3 1761 06566820 4

BIBLIOTECA DE LA NACION

ROBERTO PROCTOR

NARRACIÓN DEL VIAJE POR LA CORDILLERA DE LOS ANDES

BRIEF
FC
0058107

VOLU 830 MEN

BIBLIOTECA DE
LA NACION

BIBLIOTECA DE LA NACION

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ROBERTO PROCTOR

NARRACIÓN DEL VIAJE

POR LA

CORDILLERA DE LOS ANDES

Y

RESIDENCIA EN LIMA Y OTRAS PARTES DEL PERÚ EN LOS AÑOS 1823 Y 1824

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. ALDAO

LONDRES
IMPRESO PARA
ARCHIBALDO CONSTABLE Y C.ª, EDIMBURGO,
Y HURST, ROBINSON Y C.ª, LONDRES.
1825

BUENOS AIRES
1919

LIBRARY
MAR
6
1979
UNIVERSITY OF TORONTO
58107

Derechos reservados.

LIBRARY
DEC 11 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR. 7
PREFACIO. 13
I.—Embarque en Gravessend y arribo a Buenos Aires.—Preparativos para cruzar la cordillera de los Andes. 15
II.—Partida de Buenos Aires.—Descripción del camino.—La primera posta.—Cena y maneras de los peones.—Tropas de carros.—Una tormenta.—Límite de Buenos Aires... 18
III.—Las Pampas y sus habitantes.—Los gauchos: sus aficiones al juego.—Suelo y clima.—Boleada de avestruces.—Animales, etc., de las Pampas. 24
IV.—Accidente en un arroyo.—Instalación de una guardia.—Canción nacional.—Villorrios de Cruz Alta, Cabeza de Tigre y Saladillo. 29
V.—Barrancas.—Invasiones de indios.—Frayle muerto.—Modo de conservar granos.—Tres Cruces.—Esquina de Medrano.—La algarroba.—Caminos a Chile y Perú.—Sierra de Córdoba. 33
VI.—La casa de Achiras y su situación.—Tumbada del carruaje.—Visita de los habitantes del Morro.—Cuenta del administrador de correos. 39
VII.—San Luis de la Punta.—Matanza por Dupuis.—Madera y su precio.—Batalla de Moquegua.—Primera vista de la cordillera.—Entrada a Mendoza. 42
VIII.—Mendoza.—Escuela de Lancáster.—El general San Martín y su retiro.—Los viñedos de Mendoza.—Preparativos para reanudar el viaje. 49
IX.—Partida de Mendoza para la cordillera.—Comienzo de la sierra.—Villavicencio. 53
X.—Llano y mina de Uspallata.—Llegada al primer paso.—Descripción de los pasos. 57
XI.—Situación a la noche y descripción de un dormitorio en los Andes.—El segundo desfiladero.—El tercero y sus peligros.—Punta de las Vacas.—Casuchas erigidas por O'Higgins... 62
XII.—Puente del Inca.—Robo y asesinato de un inglés.—Paso de la cumbre. 66
XIII.—Bajada a Chile.—Laguna del Inca.—Principia el territorio chileno.—El Salto del Soldado.—Cambio en el aspecto del país. 72
XIV.—Llegada a Santa Rosa.—Salida para Santiago.—La agricultura de Chile.—El campo de batalla de Chacabuco y el villorrio de la colina.—Entrada a Santiago. 77

Págs.

XV.—Descripción de Santiago.—Visita al director.—Partida para Valparaíso.—Escasez de población.—Robos en el camino.—Bustamante.—Casablanca.—El terremoto... 83
XVI.—Valparaíso. — Efectos del terremoto. — Entrevista con O'Higgins.—Su carácter.—Asesinatos en Chile. 90
XVII.—Embarque para Lima y entrada en el Callao.—Camino a Lima.— La Alameda. 94
XVIII.—Descripción de Lima.—El palacio, la catedral, el cabildo.—Las iglesias, la Inquisición, la moneda, los mercados, etc. 99
XIX.—Retrospecto de los asuntos después del retiro de San Martín.—Derrota de Alvarado.—Riva Agüero: su nombramiento y carácter. 105
XX.—Noticia del avance realista, y alarma en Lima.—Disolución del congreso.—Fuga al Callao.—Tratamiento de los españoles residentes en Lima.—Visita a la ciudad. 112
XXI.—Estado del Callao.—Entrada del ejército español en Lima.—Carácter del general Sucre.—Partida del Congreso para Trujillo.—Noticias de Lima. 119
XXII.—Entrevistas del capitán Prescott con Canterac.—Carácter de Canterac y de los generales Lóriga, Miller y Raulet.—Amago de ataque al Callao.—Nueva expedición a Intermedios. 125
XXIII.—Viaje a Trujillo.—Huacho y sus habitantes indios.—Dificultad para conseguir caballos.—El país cerca de Huacho.— Huaura y el desierto arenoso. 131
XXIV.—Supe.—Cena con el gobernador.—Barranca y su río.—Patilvica.—Agricultura peruana.—Ruinas indias y descripción de la costa y país. 137
XXV.—Asesinatos de viajeros.—Salvaje orilla inhospitalaria.—Dificultades del camino.—Guarmey.—El cura y la canción de su concubina. 144
XXVI.—Paso del río.—Viru.—Mocua.—Llegada a Trujillo.—Su aspecto.—Situación y comercio.—Huanchaco... 150
XXVII.—Visita al presidente.—Disolución forzosa del Congreso y nombramiento de un Senado.—Regreso a Lima.—Ataque por ladrones.—Historia de un inglés. 156
XXVIII.—Despido el guía.—La loma.—Los pescadores y un incidente referente al sitio.—Chancay.—Entrada en Lima y efectos recientes de la guerra. 163
XXIX.—Entrada en Lima.—Conducta de los realistas mientras la ocuparon.—Montoneros y su institución y usos.—El marqués de Torre Tagle proclamado presidente.—Su carácter. 170
XXX.—Damas limeñas, su educación, vestido, costumbres y ocupaciones.—Ocupaciones ordinarias de la familia durante el día. 175
XXXI.—Los limeños.—Población y sus clases principales.—Sacerdotes y su influencia.—Ceremonias religosas.—Funerales.—Repiques.—Un bautizo. 185
XXXII.—Llegada de Bolívar el libertador.—Su persona y aspecto. Visita al teatro.—Descripción de la casa.—Corrida de toros y descripción de la plaza. 192
XXXIII.—Recibimiento de Bolívar.—Ceremonias y desfiles antes de la lidia.—Descripción de las corridas de toros. 197
XXXIV.—Derrota de Santa Cruz.—Su expedición y fracaso.—La Paz.—Batalla de Zepita.—Fuga de Santa Cruz.... 202
XXXV.—Expediciones de los generales Miller, Alvarado y Sucre.—Crítica situación del Perú.—El regimiento de los inocentes.—Revuelta de Riva Agüero.—Carácter de Valdez... 210

Págs.

XXXVI.—Declaración de guerra contra Riva Agüero.—Terminación de los amagos de guerra civil.—Examen de los móviles y miras de Riva Agüero.—Su escape para Inglaterra. 217

XXXVII.—Medidas tomadas por Bolívar para la prosecución de la guerra.—Nueva Constitución.—Escasez de dinero en Lima.—Monto del comercio del Perú con la Gran Bretaña.—Modo de hacerlo. 223

XXXVIII.—Chorrillos, el Brighton de Lima.—Baño de damas.—Habitantes indios.—Miraflores.—Nieblas del invierno.—El chucho y otras dolencias. 228

XXXIX.—Viaje a Pasco.—Una partida de inocentes.—Asesinatos y robos.—Minas de Canta.—Cocoto.—Paisaje peruano y habitantes.—La chicha. 234

XL.—Yasso.—Estación lluviosa en los Andes.—Lobrojillo.—Entrada de los españoles a Pasco e interrupción del viaje.—Maneras de los habitantes.—Cultivo de papas.—Caza de vicuñas. 240

XLI.—Pasco y su cerro.—Minerales en las inmediaciones, oro, plata, cobre, estaño, hierro y hulla.—Mina Matagente.—Modo de trabajar las minas.—Casa de Arizmendi y Abadía.—Reyes.—Jauja.—Guánuco.—Puentes colgantes sobre el Amazonas. 245

XLII.—Entusiasmo de los indios.—Vuelta de Lobrojillo a Lima.—Canción en elogio de la chicha.—Noticia de la vuelta de los realistas a Lima.—Robos y asesinatos en el camino del Callao. 253

XLIII.—Bolívar rechaza las proposiciones realistas.—Motín de los regimientos argentinos en el Callao.—Sus causas.—Casariego.—Nuevo motín.—Bolívar, dictador. 260

XLIV.—Visita a Chorrillos.—Robo en la puerta del Callao.—Ultrajes por los motineros en Lima.—Ladrones fusilados.—Entrada de los realistas en Lima. 269

XLV.—Entrada de los realistas a Lima y Callao.—Carácter de los generales Rodil y Monet.—Conducta de Torre Tagle y el Gobierno anterior.—El coronel Ramírez.—Tratamiento de los prisioneros.—Espías. 274

XLVI.—Entrevista con Rodil para conseguir pasaporte.—Rehusa acordarlo.—Planes diferentes para escapar de Callao.—Escape... 280

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Este libro fué impreso en Londres por Tomás Davison, Whitefriars, con el mismo título que, literalmente traducido del inglés, encabeza la presente edición argentina.

El autor, míster Proctor, es uno de los numerosos súbditos británicos que, en el primer cuarto del siglo pasado, recorrieron nuestro país y otros de Sud América estrechamente relacionados con la guerra de que surgieron la libertad e independencia del Continente austral. Sus impresiones, anotadas día por día, ofrecen doble interés, tanto en la relación entretenida y casi novelesca de viajes penosos, cuanto en lo relativo a la opinión del autor sobre los hombres públicos que tuvo ocasión de conocer y tratar y los acontecimientos en que fueron actores.

De la relación del viaje al través del territorio argentino, con referencias a sucesos políticos episódicos ocurridos durante un rápido tránsito, surge nítida la verdad de la narración y, lógicamente, la exactitud de aquella parte que no nos sea dado comprobar de manera directa. Comparando la descripción de las Pampas contenida en esta obra, con las ya publicadas por la Biblioteca de La Nación, *debidas a las plumas de míster Haigh y míster Head, se ve que*

los tres coincidieron en la descripción general del país; pero cada uno anotó detalles que pasaron desapercibidos para los otros dos. Esto prueba su sinceridad y verdad, pues no debe olvidarse lo que influyen el temperamento, la salud más o menos perfecta y las inclinaciones de cada escritor. No es de extrañar, entonces, que cosa tan monótona y chata como la vasta llanura desierta que se extendía entre el Plata y los Andes, encierre la misma variedad infinita de la Naturaleza. El medio en que ha vivido el observador hace que detalles insignificantes ejerzan análoga atracción que la Cordillera para el oriundo del litoral, al punto de no apartar de ella los ojos cuando por primera vez la ve. Sin embargo, para el nativo de las regiones andinas, es indiferente, y se diría que no mira ni le importa la Cordillera, extasiándose en cambio en la contemplación del Paraná o el Plata, con la misma falta de interés para sus ribereños.

De aquí lo interesante de las narraciones personales, como poderosos auxiliares de la historia, en cuanto contienen observaciones que dejan entrar luz en células veladas de nuestra memoria, para fijar, mediante un testimonio exterior, nuestros propios sentimientos e ideas.

Hambre, sed, intemperie, amor, odio e interés forman la trama fuerte de la vida humana y en consecuencia constituyen la base de la historia. Son notas tónicas que agrupan todas las variaciones de la literatura y del arte, pues palabras, líneas y colores giran alrededor de aquéllas como libélulas en derredor de la lámpara. Unos pocos cuentos han dado nacimiento a miles de obras literarias con palabras a que se podría aplicar el conocido problema algebraico: si se pone un grano de trigo en la primera casilla de un tablero de ajedrez, dos en la segunda, y se dobla sucesivamente la cantidad, cuando se llega a la 64, la

progresión es tan enorme que no habría trigo suficiente en el mundo para igualar el resultado del cálculo.

Aplicando el mismo cartabón a la historia en cuya urdimbre intervienen necesariamente hombres y no ángeles, se encuentra que todos los acontecimientos son resultantes de combinaciones de pocas pasiones. Hay entonces interés positivo, al estudiar un hecho determinado, sea punto de partida o meta, en desentrañar el grado de nobleza de sentimientos, de altruismo y elevación de pensamiento, de pureza en los móviles y medios de acción, que han guiado a los conductores de pueblos para formar naciones con un carácter propio que justifica y afirma su existencia. Esta especie de denudación que muestra la medula de los acontecimientos, se puede efectuar con facilidad en una historia reciente como la nuestra, no ya acudiendo al documento oficial, frío y escueto, o al tranquilo juicio necesariamente sintético del historiador, sino relacionando las pequeñas cosas de la vida diaria con sucesos de carácter general vistos a través de una impresión personal vivida.

En la historia americana quizás no haya período menos conocido, o que más pongamos de lado, que el correspondiente a la actuación de San Martín en el Perú, su retiro abnegado, y la subsiguiente aparición de Bolívar en aquel escenario para resolver y afianzar la independencia del Continente. Diríase que no satisfechos los argentinos actuales con que sus antecesores no hubiesen rematado la obra de la redención sudamericana, lanzamos un puñado de polvo para ocultar lo que no halaga nuestro orgullo o ambición. Sin embargo, nuestra razón de ser está expresada cuando proclamamos a San Martín Padre de la Patria, como hombre representativo de lo mejor del alma nacional, con sus luces y sus sombras. Animado por un alto ideal se levantó encima de las luchas civiles que

modelaron en la barbarie nativa la estructura de una democracia.

Sabemos que San Martín entró en Lima, declaró la independencia del Perú y se proclamó Protector, renunció y se retiró de la vida pública a raíz de la famosa entrevista de Guayaquil; pero no conocemos bastante las incidencias y detalles del período interesantísimo que este libro contribuye a ilustrar. No sabemos o nos es doloroso saber que el estado caótico producido en nuestro territorio por la guerra intestina, debida en primer término a que el país se vió libre del enemigo extranjero desde 1810, fué causa de que la nación no existiera como persona del derecho público, en 1820, cuando San Martín, bajo la bandera chilena, emprendió la expedición del Perú; que el ejército argentino-chileno fué odiado como extranjero en el país sobre que naturalmente pesaba, y los argentinos, desprendidos como un bólido, no recibieron refuerzos, recursos o estímulos de su patria.

Por tanto, se aflojaron los resortes de la disciplina y así se explican las páginas, tristes para nuestro orgullo, en que míster Proctor refiere la sublevación de los últimos restos del glorioso ejército de los Andes, trabajado por el deshonor y la traición, que entregó al enemigo los castillos del Callao, en 1823. De ese desastre solamente se salvaron 120 granaderos a caballo que, reducidos a 80, representaron el nombre argentino en Ayacucho y, con catorce años de guerrear por las Américas, como ellos decían, regresaron, en 1825, al mando del coronel Bogado, para depositar sus armas en el mismo sitio de donde las sacaron.

Los sucesos del Perú tienen mucho que ver con los elementos de lo que podría llamarse nuestro destino nacional, y al poner de manifiesto los gérmenes del pasado histórico, dan fundamento para predecir con alguna probabilidad el camino en que fatalmente se

desenvolverán las naciones de este Continente. Para la mejor comprensión de esa época se encontrarán en este libro temas de reflexión, en las descripciones topográficas de las regiones remotas donde se mostró la acción argentina, o en las referentes a la vida doméstica y social, y al vacilante espíritu político predominante en el Perú.

Con la presente termino la traducción de obras inglesas que contienen narraciones exactas de nuestro país y de las modalidades de su estado social, desde 1806, en que llegó el mayor de los Robertson, seguido por Hall, Haigh y Head, hasta este libro complementario del ciclo de la Revolución, tanto en la vida interior como en las últimas fulguraciones de nuestra expansión continental.

He de agregar solamente que me ha decidido a afrontar esta tarea la consideración de que, aunque míster Proctor no conoció sino fugazmente al general San Martín, retirado en Mendoza, sin embargo, del juicio sugerido por su trato personal y de los recuerdos consignados incidentalmente en la obra, surge la figura noble y austera del Libertador tal como la conciben los argentinos.

CARLOS A. ALDAO.

PREFACIO

El prefacio *es formalidad que la costumbre, y en muchos casos nada más que la costumbre, ha hecho necesaria.*

Durante su viaje y residencia en el Perú, el autor llevó generalmente un diario de su proceder y observaciones, y como, regresando a Inglaterra, encontrase haber obtenido algunos detalles especiales que otros, privados de la misma ventaja, no conocieron, resolvió imprimir el principal contenido del diario, en forma de relato continuo. Se percata, naturalmente, que, en ciertos puntos, su obra es defectuosa; por algunas imperfecciones debe quizás pedir disculpa, si realmente no debiera excusarse consigo mismo por haber escrito un libro, dada su ignorancia del arte. Pocos errores sin importancia se han deslizado, pues el autor no pudo vigilar la impresión, y por ello en manera alguna es responsable el impresor.

Para dar cuenta en cierto modo de la manera categórica con que el autor habla de la conducta y carácter de la mayor parte de los individuos que se han distinguido en Sud América, quizás sea conveniente establecer que, como representante del contratista del

empréstito peruano, fué llevado a tratar con ellos y tuvo oportunidades frecuentes de verles y conocerles. Muchos acontecimientos políticos a que ha tenido ocasión de referirse han sido mal comprendidos en este país, y ha intentado presentarlos en su verdadera luz.

Del Perú puede observarse que, aunque sea acaso el país más interesante y singular de Sud América, se conoce menos acerca de él y sus habitantes que de los demás Estados independientes. El autor simplemente espera estar habilitado, en grado insignificante, para suplir esta deficiencia de observación.

NARRACIÓN DEL VIAJE

POR LA

CORDILLERA DE LOS ANDES

CAPITULO I

EMBARQUE EN GRAVESSEND Y ARRIBO A BUENOS AIRES.—PREPARATIVOS PARA CRUZAR LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

El 8 de diciembre de 1822 nos embarcamos en Gravessend, a bordo del bergantín *Cherub* cargado con 206 toneladas de mercaderías para Buenos Aires. La familia se componía de mi esposa, un niño y dos sirvientas y un criado. Tuvimos feliz viaje de nueve días hasta la bella isla Madeira, donde empezó a pasársenos el mareo y disfrutar la serenidad y calor del clima benigno, después de los vientos borrascosos y helados, propios de la estación en la bahía de Vizcaya.

El 23 de diciembre vimos de lejos el pico de Tenerife y la isla Palma, levantándose como montaña inmensa del seno del Océano ; la cima elevada cubierta de nieve, se veía claramente arriba de un amontonamiento de nubes que obscurecía la base.

El 1.° de enero de 1823 habíamos llegado entre Fogo y Santiago, dos de las islas de Cabo Verde, y, reinando calma todo el día, tuvimos tiempo sobrado de contemplar el cráter temible de la primera, quieto e inofensivo a la sazón.

Pasamos el Ecuador el 14 de enero celebrándose la ceremonia de la visita de Neptuno para bautizar a quienes por primera vez lo cruzaban. Ese día se produjo a bordo una querella, tan seria en el resto del viaje, que hizo nuestra situación muy desagradable : el barco, por otra parte, aunque casi nuevo, hacía tanta agua que los hombres se ocupaban constantemente en las bombas. Este trabajo aumentaba el mal humor de la tripulación excitado ya por el genio impetuoso del capitán. Para nuestra gran satisfacción, el 5 de febrero doblamos el Cabo Santa María, a la entrada del Río de la Plata, y desembarcamos felizmente en Buenos Aires, cuatro días después.

Buenos Aires ha sido tan a menudo y exactamente descripto, que por mi parte sería superfluo incurrir en una simple repetición. Fuimos cordialísimamente recibidos por las familias inglesas allí residentes : en verdad nos trataron tan agradablemente durante nuestra visita que empecé con disgusto los preparativos para dejar la sociedad más agradable de Sud América. Sin embargo, se venía encima el invierno cordillerano y era tiempo oportuno de pensar en salir para nuestro destino allende los Andes.

Como éramos muchos, vime obligado a adquirir carruaje para transportar las mujeres y un carro para el equipaje. El primero era vehículo liviano de dos ruedas, con entrada por detrás, muy semejante a los carros usados en la actualidad para cortas distancias en Londres : se llamaba carretón. La carretilla era una máquina extraña con toldo de cuero, y dos grandes ruedas sin llantas.

En seguida contraté un correo del Gobierno. Estos hombres, criados en el camino de Buenos Aires a Valparaíso, se hacen cargo del manejo completo de la jornada y son responsables de todo. Se les paga cien pesos hasta Mendoza y cincuenta más a Santiago. Contratado uno a mi satisfación, inmediatamente se puso a la obra de buscar peones, que se consiguen a veinte pesos por viaje, y, ayudado por ellos, el correo procede a aprontar los carruajes para la jornada. Con este objeto remojan cueros vacunos hasta ablandarlos por completo y luego los cortan en tiras delgadas envolviendo con ellas los rayos de las ruedas, las varas y los elásticos. Esta envoltura se contrae tanto al secarse que se adhiere fortísimamente, y no sólo refuerza las diferentes partes, sino que impide a la madera de las ruedas calentarse en las junturas.

Como los lujos y algunas cosas necesarias son escasísimos en el camino, se acostumbra llevar algún vino, aguardiente, bizcochos, y yerba mate del Paraguay que reemplaza al te. La consumen los peones y se tiene por especialmente refrescante para la fatiga. Llevábamos también paquetes de cigarrillos y de azúcar para regalos y así asegurar la buena voluntad de los habitantes en el viaje.

Los carruajes, en vez de varas, tenían pértigo con travesaño en la punta, agujereado en ambos extremos, al que se atan con soga de cuero caballos muy ariscos, prendida en la argolla del recado, y la soga se pasa varias veces por el agujero del travesaño. Cada caballo va montado por un peón y no se usa más arnés que recado y brida ; los animales van atados al carruaje solamente con la soga ; de modo que tiran enteramente a la cincha. Es excelente disposición para la clase de caballos usados en el camino desde que, por mañeros que sean, no pueden volcar el carruaje, y un caballo que se abalance, cocee y aun se caiga, no sacude materialmente el vehículo.

Los peones son hombres incultos, pero diestrísimos jinetes. Usan poncho y botas de potro que se ponen mojadas, cosiéndolas en la punta del pie. Son muy durables y suaves y también calzan mejor de lo que se esperaría ; sobre estas botas llevan espuelas de hierro tremendamente grandes, que son castigo horrible para los caballos. He visto sus ijares, cuando llegan, completamente perforados e hinchados como esponjas, y también he rastreado carruajes por la sangre que mana de las heridas.

El 19 de marzo fuimos despertados por el galope de caballos en la calle y el *¡Alto, quién vive!* de centinelas ; por la mañana supe que una partida alzada de hombres armados entró en Buenos Aires durante la noche, aprovechando la ausencia de las tropas regulares (que habían sido enviadas a expedicionar al Sur) para intentar una contrarrevolución. El objeto fracasó casi inmediatamente, pues fueron rechazados de la ciudad con alguna pérdida ; pero la mañana del 20 se suspendieron todos los negocios y no se permitió a nadie abandonar la ciudad : los militares estaban sobre las armas y el cañón en la Plaza. Temíamos mucho tener que demorar algunos días por este suceso imprevisto, pero, como pronto volvieron la calma y confianza, se nos permitió partir como a las 11 a. m. del 20.

II

PARTIDA DE BUENOS AIRES.—DESCRIPCIÓN DEL CAMINO.—LA PRIMERA POSTA.—CENA Y MANERAS DE LOS PEONES.—TROPAS DE CARROS.—UNA TORMENTA.—LÍMITE DE BUENOS AIRES.

Salimos de Buenos Aires a todo galope, pues los caballos no tienen otro andar que éste o el tranco. El

camino afuera de la ciudad es infamemente malo y sería imposible evitar que en él volcase una diligencia inglesa ; pero, como nuestro carruaje era bajo, no parecía haber peligro y el correo era siempre muy precavido al pasar los lugares muy ásperos, principalmente por temor de romper los elásticos de cuero retorcido, mucho más a propósito para estos caminos que si fueran de hierro. En una o dos leguas afuera de la ciudad se recorre campo cultivado en parte, con cercados de tunas y pitas ; también notamos montes de durazneros, casi los únicos árboles que crecen en los alrededores de la ciudad, y se utilizan para hacer leña. Muy pronto empezamos a dejar todo signo de cultivo o población, exceptuando aquí y allá algún rancho solitario revocado con una especie de argamasa compuesta de paja y barro. El país es en general salvaje, cubierto de altos cardos ; mientras el camino estaba lleno de pantanos, generalmente cegados, parte con la osamenta de algún animal muerto al intentar salvarlo y parte con otros huesos que se encuentran por todo y se arrojan para dar un poco de solidez al camino.

Siguiendo más adelante, el país empieza a mejorar ; el terreno, aun en esta estación seca del año, se cubría de pasto que alimentaba cantidades inmensas del ganado que vaga por los campos hasta donde alcanza la vista. Esta es realmente la parte más interesante de todo el camino a Mendoza, cubierto el campo con trébol tan lindo que a menudo me figuraba cabalgar por un campo comunal de Inglaterra, sembrado de este pasto lozano. Los montes de durazneros plantados cerca de las viviendas de estancieros, esparcidas en las lomas, presentaban el paisaje más bien con aspecto de parque.

Esta tarde vadeamos un arroyo de márgenes muy empinadas y los caballos encontraron mucha dificul-

tad para sacar el vehículo. El campo, por otro lado, estaba cubierto de abrojos que los peones atropellaban resueltamente pues no había camino. Luego empezó a obscurecer, pero vimos la luz de la posta mucho antes de llegar, y nuestro arribo fué anunciado por ladridos de una innumerable jauría de perros bravos y mansos. Antes de allegarnos a la casas fuimos a algunos corrales de altos cercos abiertos con grandes postes torcidos y unidos entre sí por guascas ; en estos corrales se encierra el ganado por la noche—un corral separado se destina a las vacas, caballos, ovejas, etc. La posta era muy respetable, consistente en habitación espaciosa en que se abría directamente la puerta y servía de sala y dormitorio para la familia, mientras a nosotros se nos acomodó en dormitorio separado, con tarimas de madera en que tendimos las camas. Encontrando que solamente conseguiría una habitación para mi familia durante todo el viaje, con nosotros, y con este propósito zanjé la dificultad resolví que las dos sirvientas durmiesen en el cuarto de este modo: las mujeres se metían primero en cama, y cuando se hacía la señal convenida de apagar la vela, yo solía entrar y desvestirme. Por la mañana me levantaba antes que el cuarto se alumbrase.

Al averiguar lo que había para cenar, encontré que se había sacrificado un capón, y como todo era novedad me dirigí a la cocina. Era una suerte de cobertizo en el mojinete del rancho, antes cubierto, pero que ahora le faltaba la mitad del techo : en medio del piso de tierra había un hoyo abierto, no sé si por el uso o de propósito, en que ardía un fogón de leña, y dos o tres asadores clavados alrededor, en que estaba ensartado medio capón. Tal es la manera de hacer *asado*, plato común del país. En derredor del fogón se sentaron mis peones, y como su apetito no podía esperar que el asado principal estuviese listo, se proveyeron

de algunas varillas largas, con pedacitos de carne en la punta, que acercaban al fuego hasta tocar las llamas ; así que uno de éstos se soasaba convenientemente de un lado, lo engullían. Su manera de comer no era muy elegante ; tomaban la carne con los dientes mientras tenían en la mano la varilla ; cuando cortaban la carne que habían mordido colocaban por segunda vez la varilla en el fuego y repetían la operación sucesivamente, sirviéndose del mismo modo. Los cuchillos son armas formidables que se llevan dentro de la bota o en el tirador.

Nos levantamos temprano la mañana siguiente y anduvimos por el mismo país rico, con pasto en algunos sitios hasta el garrón de los caballos. Pasamos un rancherío de quincho y una capilla semejante a antiguo granero inglés ; también había en la vecindad inmediata pocos plantíos de maíz, alfalfa y montes de durazneros rodeados por cercos de tunas. En la posta nos detuvieron cinco horas a la espera de caballos, y en ese tiempo compramos un acopio de huevos y leche cocidos. El pan en todo el país es malísimo, mezclado con grasa. Llegamos tarde a la posta donde íbamos a dormir : era un conjunto de construcciones anchas y bajas, alrededor había gran número de carretas de transporte. Esta tropas de carros (generalmente viajan en convoy) son vehículos del aspecto más ridículo imaginable ; con cajón bajo sobre un par de ruedas, y amplio toldo de cuero con el pelo para afuera. Generalmente los tiran varias yuntas de bueyes en sucesión, y en lo alto del toldo cuelga una picanilla de tacuara bastante larga para alcanzar a los delanteros : el picador del carro también con esta tacuara aguijonea la bestia que desea, y está provista de clavo a propósito. Las ruedas nunca se engrasan, de modo que la tropa de carros hace el ruido más discordante, que se oye a millas de distancia : emplean seis

semanas en el trayecto de Buenos Aire a Mendoza. Estuvimos esta noche malísimamente alojados en un cuarto sucísimo e hirviente de pulgas.

Salí el 22 en un malísimo caballo que durante el trayecto rodó cinco veces conmigo y, cuando llegamos a la posta, las patas literalmente manaban sangre ; el hocico y nariz eran carne viva por contacto con el suelo. Hoy el viaje fué en extremo desagradable : el viento era muy fuerte y levantaba tales nubes de polvo que nos cubría por completo y apenas podíamos ver o respirar. El terreno que pasábamos no era tan nivelado como antes, sino accidentado, con suelo deleznable, que el viento removía cuando la tierra estaba desnuda de vegetación. Observamos un remolino que producía el efecto más curioso ; a distancia de una o dos millas parecía espesa columna de humo saliendo de una gran chimenea ; pero al aproximarse más, vi polvo, pasto, etc., llevados por el aire a inmensa altura, a veces andando con gran velocidad y a veces estacionario. El guía y el criado que venían detrás me dijeron que habían sido envueltos por el remolino y costádoles mucha dificultad salir. Después de vadear un río considerable, con márgenes notablemente empinadas que los caballos se vieron obligados a subir de galope para evitar al vehículo (usando expresión náutica) ir al socaire, llegamos a la posta de Arrecifes, linda casa buena con pulpería aneja. El dueño, al parecer de tendencias sentimentales, se entretenía, a falta de clientes, con la guitarra ; casi todos los paisanos de aquella tierra tocan ese instrumento. La música de las Pampas es triste, melancólica y monótona ; pero su retintín en estos desiertose salvajes y en ausencia de sonidos mejores, no es desagradable.

En esta posta alcanzamos el camino general para Chile y Perú, pues tres días habíamos recorrido una

ruta excusada para evitar la partida que entró en Buenos Aires el 19 y se decía se retiraba hacia Chile. La mañana del 23 de mayo pasamos por un villorrio de chozas diseminadas y anduvimos el día entero por una espantosa llanura desolada. A la tarde nos amenazó una de esas tormentas tremendas del país ; todo el horizonte comenzó a tomar el aspecto más terrible, las nubes parecían prontas a estallar con su carga mientras el relámpago, tan peligroso a la vez que tan bello, iluminaba toda la escena : no con intermitencias como en Europa, sino con un fulgor continuo, ya horizontal, ya perpendicularmente, extinguiéndose por fin en la tierra. El trueno reventaba con el estallido más tremendo, y apenas habíamos llegado a las casas de la posta cuando la lluvia cayó a torrentes penetrando el débil techo de paja de la habitación por mil rendijas. Como se puede imaginar, pasamos una noche muy fría, con las camas tendidas sobre cantidad de cueros hirvientes de bichos y la lluvia goteando constantemente sobre nosotros. El cambio atmosférico producido por la lluvia en este país es notable. Antes de la tormenta, cuando no había pizca de brisa, vi que el termómetro marcaba 88° F., y después bajó a 60° con tal crudeza helada en el aire que nos era difícil mantener el calor. La gente de la casa fué la más incivil que encontramos en todo el viaje ; particularmente los hombres rondaban perezosamente la puerta, mientras comíamos la mísera cena, y profirieron los vulgares reniegos del país porque cerré la puerta. Hasta intentaron abrirla por fuerza, pero no pudieron, pues estaba atrancada con un poste por dentro.

Aquí la provincia de Buenos Aires está limitada por el Arroyo del Medio y comienza la de Santa Fe.

III

LAS PAMPAS Y SUS HABITANTES.—LOS GAUCHOS : SUS AFICIONES AL JUEGO.—SUELO Y CLIMA.—BOLEADA DE AVESTRUCES.—ANIMALES, ETC. DE LAS PAMPAS.

Para dejar secar y correr el agua de lluvia lo más posible antes de reanudar la jornada, salimos el 24 tarde. No obstante, el campo estaba inundado en muchos lugares y los caminos excesivamente blandos y pesados por la profundidad del barro. Los arroyitos tan crecidos que era peligroso vadearlos. Habíamos ahora entrado en las Pampas. Este país es el más horrible que se imagine, y especialmente en la época que lo cruzamos, cuando los indios del Norte, tres meses antes, lo habían invadido, arreando todo el ganado y matando a tantos habitantes de los ranchos como pudieron sorprender.

Las Pampas son llanuras inmensas que se extienden hasta donde alcanza la vista con casi ningún accidente en la superficie, cubierta de pajas y cardos altos, tan grandes en verano, que imprimen al campo aspecto de matorral : como era otoño, estaban caídos y el campo en muchos sitios cubierto con los tallos. La paja común, larga y fina, no crece en césped compacto como en Inglaterra, sino en pequeñas matas casi juntas ; en los terrenos bajos alcanza más de cuatro pies de altura y se llena de mosquitos que fastidian al viajero horriblemente cubriendo caballo y jinete. El paisaje es sumamente triste, sin un arbusto donde descansar la vista, ni más poblaciones que las postas para indicar al viajero que está en el mundo habitable. Las postas se encuentran generalmente cada cuatro leguas y son construídas de adobe ; techadas con ramas torcidas, traídas de lejos y cubiertas

de paja y barro. El rancho particularmente destinado para correos y viajeros es de la misma construcción, con una puerta de cuero extendida sobre un armazón que está lejos de suplir al marco. El moblaje algunas veces se compone de un par de sillas viejas y quizás de dos pares de estacas que sostienen un cuero vacuno a guisa de banco ; pero aún éstos son lujos que no se consiguen con frecuencia, no teniendo generalmente el viajero nada más que el suelo pelado para tender cama, o un banco de adobe adosado a la pared, que sirve de lecho, mesa y asiento.

Los habitantes de esta región son de raza grosera y bárbara con rostros repelentes. Se visten con un poncho viejo puesto sobre harapos : son diestrísimos jinetes y muy habilidosos en el manejo del lazo, que siempre llevan arrollado a la grupa y lo usan para todo. La montura es un lomillo sobre jergas para no lastimar el lomo del animal, y encima del lomillo ponen dos o tres cueros de oveja para blandura : los estribos son generalmente triangulitos de madera combada, en que caben los dos primeros dedos del pie ; pero algunos se contentan con poner el dedo grande en el ojal de una lonja que cuelga del recado.

Cuando llegan pasajeros, el gaucho monta a caballo, generalmente ya ensillado, pues no se moverá una yarda a pie, y juntando la manada que pasta en las pampas salvajes, arrea todo al corral, yeguas, potros y caballos ; luego entra a caballo con el lazo revoleando sobre su cabeza y lo arroja al pescuezo del caballo que elige con destreza asombrosa ; el animal, quizás galopando en derredor del corral, conoce inmediatamente que está enlazado y se detiene completamente tranquilo ; los peones entretanto esperan afuera con los frenos, y cuando se enlaza un caballo lo sacan y ensillan. Los gauchos se cuidan especialmente del pelo de sus caballos, siendo los más estimados

el ruano y el overo ; y produce un efecto precioso ver inmensas manadas de estos animales, lindos y curiosamente marcados, galopando por el campo. Tienen, sin embargo, tropillas de todos los colores, menos obscuro, del que no gustan. Estos salvajès, pues apenas si se les puede calificar de otro modo, son sumamente aficionados al juego : muchas postas tienen pulperías anejas, donde se vende al menudeo todo lo que necesiten los ranchos. En estas pulperías los gauchos y otros habitantes celebran sus borracheras y se reunen a jugar, y es práctica, a causa de sus temperamentos ingobernables, clavar el cuchillo en el mostrador como prenda de que no reñirán : sin embargo, en cada racha de mala suerte u otra provocación, inmediatamente acuden al arma favorita. Tuve ocasión de ver dos de mis peones pelearse por una bagatela : no agarran el cuchillo como nosotros, sino que apoyan la punta del mango en la palma de la mano, cierran los dedos y el pulgar extendidos hacia la hoja ; de este modo tienen la punta del cuchillo en línea recta con el ojo y esgrimen como con florete. Rara vez se escapan de herirse seriamente ; en la presente ocasión uno de ellos tuvo una gran cuchillada en la oreja y codo, y el otro recibió el cuchillo del adversario entre la palma de la mano y el pulgar, que casi fué separado, antes que yo pudiera apartarlos.

Las mujeres son mucho más civilizadas que los hombres, y se entretienen tanto en examinar y admirar los vestidos femeninos que con frecuencia deseaban comprarlos, admirándose mucho que viajáramos por el país sin llevar mercadería para vender. He mencionado que la mayor parte de los viajeros se proveen de cigarrillos para los hombres y paquetitos de azúcar para las mujeres a fin de atraerse su buena voluntad : siempre encontré a las últimas agradecidas por la atención, mientras los primeros aceptaban los cigarrillos como cosa propia.

Aunque el país tiene aspecto horrible y sin interés para el observador superficial, hay todavía tema suficiente para reflexionar. El suelo es el más fértil que se imagine, de tierra negra con varios pies de espesor, y el clima tan favorable que las producciones de otros países pueden llevarse aquí a gran perfección. El pasto puede soportar inmensos hatos de ganado para los que hay agua en numerosos arroyos, ríos y lagunas que interceptan el campo. Todo lo que se necesita es población activa que cultive el suelo, y suficientemente numerosa para resistir a las invasiones de indios que, con intervalos, entran del Norte y del Sur, y dejan todo desolado, arreando el ganado y asesinando a los habitantes. Los caminos son trillados en que el pasto ha sido destruído dejando el suelo pelado pero no tanto como para formar carriles ; en consecuencia, el viajar es expedito. Los correos generalmente recorren las mil millas entre Buenos Aires y Mendoza en ocho o nueve días ; algunos ingleses lo han hecho en dos tercios de ese tiempo.

Las Pampas abundan en animales y pájaros raros que aumentan en vez de disminuir lo salvaje del país. Tropillas de gamas se ven por todo huyendo del aspecto y ruido de los carruajes que viajan ; y como su carne no es apetecida por los nativos, llevan vida placidísima. No sucede lo mismo al solitario avestruz : su caza es tan divertida para el gaucho salvaje como la del zorro para los cazadores de Inglaterra ; y adiestran los caballos para perseguirlo en todos sus movimientos y ojeos. El avestruz es velocísimo con la mayor facilidad aparente. A menudo he intentado aproximármeles, pero invariablemente me dejaban muy atrás, contoneándose y mirando en torno con aire de grande importancia. Los nativos los bolean por la pluma. El método de agarrarlos es con dos bolas de plomo retobadas y unidas por una soga de cuero. Esta

diversión se estila tanto en las Pampas, que los hombres siempre llevan consigo las boleadoras atadas a los tientos ; y se ve ejercitar a los muchachos en gallos y gallinas a inmediaciones del rancho.

Todo el país, desde Buenos Aires a San Luis de la Punta, está más o menos minado por un animal entre conejo y tejón, llamado vizcacha. Nunca se aleja de la cueva, peligrosa para los caballos, y es animal que casi no se ve sino por la tarde cuando sale a comer, y se observan centenares divirtiéndose cerca de las cuevas y haciendo ruido muy parecido al gruñido del lechón. Su carne es muy apetecida por la gente y son notablemente gordas, por lo que cuando se las toma a cualquier distancia de las vizcacheras son muy fáciles de alcanzar ; sin embargo, se defenderán de un perro bastante tiempo. Las partes del camino más frecuentadas por la vizcacha están plagadas de una especie de melón silvestre, amargo al paladar : no parece averiguado si contribuye especialmente el abono del animal o si la vizcacha elige para hacer su cueva la vecindad de esta planta rastrera. El armadillo también se encuentra en estas soledades y su carne goza de gran favor entre los nativos pues la comen con la mayor satisfacción. Noté muchas variedades de pájaros, además de perdices grandes, parecidas al faisán inglés, y chicas, ambas tan abundantes que casi se dejan pisar por el caballo. El terreno por todo está cubierto de langostas, algunas de cuatro pulgadas de largo ; tienen alas, y cuando se levantan entre las patas del caballo parecen pájaros. Las iguanas son también muy abundantes.

IV.

ACCIDENTE EN UN ARROYO.—INSTALACIÓN DE UNA GUARDIA. — CANCIÓN NACIONAL. — VILLORRIOS DE CRUZ ALTA, CABEZA DE TIGRE Y SALADILLO.

Acostumbraba siempre hacer adelantar el guía media milla antes de llegar a la posta para que los caballos estuviesen en el corral al arribar los carruajes. Acababa de dejarnos cerca de un arroyo que, aunque crecido por las lluvias recientes, vadeó sin gran molestia y lo seguí, pero mi caballo encontró considerable dificultad para entenderse con las patas que se hundían en el barro. La carretilla del equipaje vino después y se empantanó en el medio, cayendo los caballos sucesivamente después de grandes esfuerzos, completamente entrampados por el fango. El carretón intentó pasar en seguida y alimenté esperanzas que por ser más liviano saldría más fácilmente del atolladero ; pero apenas había llegado a la carretilla cuando los caballos patearon y cayeron, y todos los peones treparon la orilla como pudieron. Habíamos continuado media hora la tentativa de levantar los caballos, cuando resolví enviar un peón en el mío para buscar auxilio ; pero, felizmente, en el momento de despacharlo, llegaron cuatro o cinco hombres con caballos, pues el maestro de posta había creído imposible que los carruajes saliesen del arroyo sin ayuda. Los peones entonces entraron con cuidado en el barro y enlazando los caballos caídos los sacaron a la orilla. Luego procedieron a atar el vehículo con lazos, extendiéndolos hasta tierra de manera que los caballos de refresco se apoyasen en firme, y así se libraron las mujeres de su situación desagradable y algo peli-

grosa, y ambos carruajes salieron con felicidad a la banda opuesta.

Llegamos al obscurecer a la posta del Arroyito del Sauce. Encontramos la casa caída y abandonada, viéndonos precisados a seguir un poco hasta el fortín de soldados santafecinos acuartelados para defender el país contra los indios. Acá no pudimos conseguir ningún refrigerio y nos vimos obligados a bajar entre una cantidad de militares de mal aspecto ; el comandante, sin embargo, muy atento, nos rogó dispusiéramos de su cuarto sin reserva y nos prometió todas las comodidades que pudiese proporcionarnos. En consecuencia entramos en un rancho largo con banco de adobe rodeando todo el cuarto, y nos miraban los soldados semisalvajes, vestidos con viejas chaquetillas y ponchos, como si fuéramos monstruos y no prójimos. En las paredes colgaban sables, carabinas, etc. Encontré que el acomodo que conseguiríamos consistía en un cuarto donde podíamos tender camas en el suelo, quizás en medio de una centuria de estos individuos : por tanto empecé a buscar otro alojamiento, y explorando el lugar hallé en el testero del cuarto un cobertizo pequeño con entrada pero sin puerta, y con un agujerito a guisa de ventana. Nos permitieron ocupar este aposento espléndido y se llevaron allí las camas. Lo separé del dormitorio común colgando una frazada, y mi criada colocó su cama afuera atravesada a la entrada. Así que nuestro retiro hizo desaparecer la reserva producida por nuestra presencia, los soldados, muy alegres, intimaron con el correo y los peones, excitados por un poco de bebida que les envié. Finalmente empezaron a hacer música y nos dedicaron la siguiente canción nacional bien conocida en todo el territorio de la República, tanto como en Chile y Perú. Se cantaba con gran brío y, como de costumbre, acompañada con guitarra.

Oíd mortales el grito sagrado,
¡ Libertad ! ¡ Libertad ! ¡ Libertad !
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nación,
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un león.

Coro.

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir ;
¡ Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir !

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar ;
La grandeza se anida en sus pechos
Y a su marcha todo hacen temblar ;
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que va renovando a sus hijos
De la patria el antiguo esplendor.

Coro.

Sean eternos, etc.

Se repitieron otras estrofas, pero las dos precedentes bastarán quizás como ejemplo. El coro se cantaba armoniosamente por los circunstantes.

Así que nuestros joviales amigos nos permitieron disponernos a dormir, nos perturbaron nuevos inconvenientes, los ratones. Estos visitantes inoportunos primero empezaron por atacar los colchones que, puestos en el suelo, probablemente les impedían salir de

las cuevas. Los sentíamos claramente debajo de nosotros y los oíamos rechinar y trepar entre las ropas, botas y zapatos. Después comenzaron a retozar en nuestras camas, pasándonos también por las caras; y casi me electricé al sentir uno agarrándome el dedo grande del pie que, desgraciadamente, en aquel momento estaba descubierto, y el asaltante sin duda, esperaba llevárselo. Por la mañana vimos que habían hecho gran estrago en nuestras ropas y algunos objetos menores, como pañuelos de mano, volados, etcétera; realmente se los habían llevado.

Viajamos las primeras horas del 25 por una de las más horribles y poco interesantes partes del trayecto: no se veía otra cosa que espartillo, cardos y avestruces; y encontramos la primera posta completamente abandonada, sin hombre ni bestia para alegrar la sombría soledad del desierto. Era curioso ver los peones, inmediatamente de encontrar los ranchitos abandonados, buscar cualquier objeto de valor que hubiese quedado. Tuve curiosidad de acompañarlos en su perquisición; pero nada se encontró fuera de calabazas secas, usadas como vasijas, y pocos pedazos de muebles rotos, desparramados, reveladores de que no éramos los primeros en saquear las chozas. En el jardín mezquino, sin embargo, encontramos gran festín, en forma de sandías maduras, especialmente gratas para nuestro apetito. Cuando se encuentra una posta desierta, el hombre que proporcionó los últimos caballos está obligado a llevar los pasajeros hasta la población siguiente; pero tiene doble paga por este recorrido: por consiguiente, así que los caballos pastaron un poco, seguimos camino.

Por la tarde entramos en campo más alegre cubierto con hatos de lindo ganado. Cuando llegamos a la posta antes de ponerse el sol me contrarió mucho no hacer otra etapa, pues había claro de luna; pero a

los peones no gustaba andar de noche ; por tanto hicimos alto en la posta de Arequito, pasablemente cómoda, donde nos proveímos en abundancia de huevos y leche.

Salimos por la mañana muy temprano, y trasponiendo el terreno alto donde está el villorrio de Cruz Alta, llegamos por la tarde al Saladillo, en cuyas márgenes está Cabeza de Tigre. Las orillas del río estaban bellamente adornadas con sauces que, después de larga y total ausencia de arbustos, daban al paisaje aspecto interesante. La corriente era regularmente ancha y profunda, barrosa y salobre como lo indica su nombre ; nace en una de las grandes lagunas saladas que abundan en el país. Las orillas son muy altas, y como el agua era demasiado honda para pasar en el punto donde alcanzamos el río, nos vimos obligados a costearlo algunas leguas hasta llegar a vado ; allí los pasamos sin gran dificultad, y subiendo a terreno alto, llegamos al villorrio Saladillo, compuesto de pocos ranchos muy diseminados en una especie de campo comunal : allí había otra guardia contra invasiones de indios.

V

BARRANCAS.—INVASIONES DE INDIOS.—FRAYLE MUERTO.—MODO DE CONSERVAR GRANOS.—TRES CRUCES.—ESQUINA DE MEDRANO.—LA ALGARROBA.—CAMINOS A CHILE Y PERÚ.—SIERRA DE CÓRDOBA.

Encontramos abandonada la posta de Barrancas y nos vimos precisados el 28 a pagar doble tarifa hasta el Zanjón. Esta posta está lindamente ubicada y se hallan cerca los restos de una huerta de durazneros : fué la mejor que vimos desde nuestra salida de Buenos Aires. Los indios no la destruyeron, contentán-

dose con matar a los ocupantes y llevarse todo lo movible. Un amigo mío con otros viajeros, pasaron por allí en diciembre, cuando los indios rondaban en las márgenes del río, y el maestro de posta les ofreció a él y sus compañeros alojamiento y caballos gratuitos, si lo ayudaban para atacar a los salvajes y ahuyentarlos : como hombres de negocios no era verosímil, y quizás difícilmente posible, que aceptasen la propuesta, pero le dejaron parte de las municiones que llevaban consigo.

Poco después los indios rodearon la casa y asesinaron a toda alma viviente, no obstante la valerosa defensa. Dos meses antes de nuestro paso por allí, los indios habían pagado expiación completa de los estragos cometidos, pues se había aprestado y enviado una expedición contra ellos por las provincias de Santa Fe y Córdoba. Pasamos una lagunita rodeada de árboles achaparrados, en uno de los cuales aun se veía, colgado de las muñecas, el cadáver de un indio, entero y completamente seco ; parecía haber sido hombre de estatura elevada. Le corté un brazo, sin olor alguno, y lo he conservado como curiosidad.

La segunda etapa del día fué el villorrio Frayle Muerto, que puede llamarse capital de las Pampas. Se compone de unos cincuenta ranchos como los ya descriptos, construídos sin ninguna regla, y quizás de 200 habitantes ; sin embargo, era demasiado importante para que los indios arriesgasen un ataque, y después de dejar este lugar, cesamos de oír lamentos a causa de invasiones.

El campo todavía es llano, pero encontrábamos aquí y allá algunos arbustos achaparrados y las llanuras en general más o menos cubiertas de ganado, lo que amortiguaba mucho el tedio y fatiga del viaje, no solamente por el reposo que ofrecía a los ojos, disminuyendo la tristeza del campo, sino por la nutrición

láctea que obteníamos si teníamos la suerte de llegar a hora oportuna. Las vacas se ordeñan por la mañana temprano, pues no dan leche suficiente para valer la pena de hacerlo dos veces diarias. Sin embargo, son lindos animales corpulentos, semejantes en color a las vacas del Yorkshire más que cualesquiera otras.

Por estar recogida la cosecha en los pocos manchones de trigo y maíz anejos algunas veces a los ranchos, no tuve oportunidad de ver el método agrícola del país; pero el modo de conservar la mies en un granero de las Pampas, es realmente curiosísimo. Cuatro fuertes vigas derechas se plantan firmes en el suelo, con un techo encima, y entre éstas se cuelgan dos cueros de buey entrecosidos mojados, conservando la forma de cabeza y patas; dentro de la bolsa así dispuesta el grano se pone tan apretado como sea posible, y una vez cosida, los cueros quedan casi de la talla y figura de elefante. Está lejos esto de ser mal ideado para defender el grano de la intemperie, o librarlo de los bichos.

Hicimos las cuatro leguas desde Frayle Muerto a Tres Cruces en cincuenta minutos, pues deseábamos adelantar cuatro leguas más hasta la Esquina de Medrano, donde, según el correo, había buen alojamiento. Llegamos al primer punto como a las 5, y, para nuestra gran mortificación, nos encontramos sin caballos: por consiguiente, nos vimos forzados, a pesar nuestro, a parar en Tres Cruces, pero obligados a pasar la noche en el carruaje por no haber sitio para nosotros en el mísero rancho, aunque el maestro de posta tuvo la amabilidad de ofrecernos dormir en el mismo aposento suyo y de su familia. Los peones entretanto se acomodaron rodeando el fogón que encendieron bajo un árbol donde prapararon asado y tomaron mate.

Llegamos a la Esquina de Medrano en muy buen

tiempo el 29. El informe de nuestro correo sobre esta posta fué exacto, y era superior a cualquier casa que hubiéramos visto a partir de Buenos Aires. La entrada daba a una gran sala, con cielo-raso de cañizo, que imprimía a la casa aspecto de una limpieza que brillaba por su ausencia en todas las otras cuyos cuartos sin cielo-raso tenían telarañas colgando como cenefas, sin riesgo de ser bajadas con escoba. La casa se levanta en una situación muy alegre, con acceso no desemejante a extenso matorral, compuesto principalmente de acacia espinosa o algarrobos con ramas que tocan el suelo. Los habitantes del país aprovechan mucho la fruta de este árbol, que, cuando madura, es larga vaina amarilla como chaucha. Se da en grandes racimos, y tiene sabor dulce muy pronunciado. Se usa en diferentes confituras y para hacer patay, que, a nuestros paladares, estaba lejos de ser agradable. En esta posta se bifurcan los caminos de Perú y Chile, el primero a la derecha por Córdoba, Tucumán y Salta, y el segundo por San Luis y Mendoza.

Aquí perdimos el lindo, aunque pastoso camino de las Pampas, siendo el campo cubierto con helechos, lleno de colinas como tacurúes, y más boscoso. Mulas y carros han seguido una ruta con hondos huellones y era imposible andar ligero. En algunos lugares la vista producía el aspecto de un algarrobal tupido mientras en otros los troncos estaban separados más bien de modo pintoresco. La etapa de la Esquina de Medrano al Arroyo San José es de siete leguas de mal camino áspero, y en consecuencia se envió con nosotros una tropilla de caballos ; cuando necesitábamos mudarlos se llevaban abajo de un árbol, rodeándolos todos los peones que enlazaban los requeridos y los sacaban para ensillarlos.

Esta tarde cruzamos una región boscosa, antes incendiada en muchas millas, y los troncos negros de

los árboles hacían efecto muy fúnebre. Después de la jornada más larga desde que dejamos Buenos Aires, es decir, setenta millas, llegamos a Punta de Agua, donde conseguimos buen hospedaje en lo tocante a provisiones, pero nos vimos obligados a colgar una frazada por ausencia de puerta en el cuarto. Como tenía los dientes casi arrancados por los asados de capón flaco, comida que más parecía estirar cuerdas de guitarra que masticar carne, resolví probar el *hervido*, una especie de caldo o sopa hecho de la manera siguiente : Se mete un pedazo de pulpa en la olla de hierro, de largos pies, llena de agua clara, con cebollas, rebanadas de zapallo y choclos, y se cuecen estos ingredientes hasta dejarlos completamente tiernos ; es plato excelente cuando se sazona con mostaza, sal y pimienta ; la sola objeción es que requiere mucho tiempo la cocción, que solamente se obtiene de noche al fin de la jornada ; además, no siempre se consigue carne, a menos de carnear un novillo con este fin.

El país, el 30, y especialmente el 31, presentaba aspecto muy salvaje, y se levantaban por todo cerros rugosos con poquísimo verdor. A lo lejos veíamos la lista azul de la Sierra de Córdoba que, situada exactamente en la línea, obliga al viajero a dar largo rodeo para evitarla. Encontramos una gran tropilla de guanacos, pero tan distante que no los habría distinguido de las gamas. Descansamos la noche del 31 en Corral de Barrancas, después de marchar solamente cuarenta y cinco millas por la aspereza de los caminos.

El 1.° de abril todavía recorrimos el mismo terreno accidentado de cerros, cruzando de cuando en cuando cauces medio secos de los ríos del pie de la Sierra. El viaje se había hecho sumamente desagradable, pues los caminos tenían huellones tan hondos y superficie generalmente tan irregular, que era peligroso salir del tranco. Los bajos estaban cubiertos con

un arbusto semejante a la verbena, menos en la ausencia de olor tan agradable, y crecía tan completamente apañuscado hasta más de cuatro pies, que era difícil hacer pasar el carruaje. Este día tuvimos la desgracia de quebrar el eje de la carretilla y habría sido accidente muy serio si no hubiésemos tenido repuesto, pues no hay trozo de madera, en todo el país, bastante grande y derecho que sirva para ese objeto ; pero, teniéndolo, solamente demoramos dos o tres horas. Sin embargo, por esta circunstancia nos tomó la noche antes de lo esperado en estos caminos horribles que nos vimos obligados a recorrer con la máxima precaución. Para aumentar nuestra desdicha empezó a rodar el trueno en la lejanía y frecuentes fulgores de relámpago anunciaban la tormenta vecina.

Alcanzamos finalmente el ancho lecho de un río, con caudal de agua considerable, mientras la orilla opuesta era tan empinada que los caballos probablemente no sacarían el carruaje : por consiguiente, mandamos pedir auxilio a la posta de Barranquita. La orilla, efectivamente, era casi perpendicular y se requirió toda la fuerza de los caballos de refresco para tirar la carretilla. Barranquita es una larga fila de ranchos, con buena huerta y un cuarto espacioso para pasajeros, pero cubierto, como de costumbre, con polvo y suciedad, hasta ser imposible sentarse o acostarse con comodidad.

A consecuencia de copiosa lluvia durante la noche, no pudimos salir hasta cerca de las once de la mañana. Nos habíamos aproximado al pie de las montañas y al subir una altura vi una preciosa variación de cañada y cerro : no pude menos de imaginar cuán bello paisaje constituiría si la mano del hombre se hubiese empleado en este país dotado por la Naturaleza con las bendiciones de lindo suelo y clima incomparable. El brillo del sol caía sobre esta bella

perspectiva ; luego se obscureció de pronto, y una garúa menuda hizo más penoso el camino por cerros de granito y entre grandes piedras desprendidas y tumbadas en los valles. Sin embargo, por fin llegamos a la posta de Achiras, habiendo andado solamente quince millas. Como se presentaba cariz completo de una tarde lluviosa, decidimos no seguir ; no habríamos elegido mejor lugar de reposo.

VI

LA CASA DE ACHIRAS Y SU SITUACIÓN.—TUMBADA DEL CARRUAJE.—VISITA DE LOS HABITANTES DEL MORRO. —CUENTA DEL ADMINISTRADOR DE CORREOS.

La situación de esta casa es muy pintoresca. El terreno circundante, de inmensos bloques de granito amontonados en confusión, forma a veces, en los intervalos, lindos valles verdes con arbustos que sombrean los fragmentos gigantescos. La casa, como todas las demás, está en el bajo, con huerta cercada de rocas desnudas, llena de lindísimas higueras cuyo exuberante follaje obscuro, mezclado con el verdor de manzanos y perales, se doblaba por el peso de la fruta, mientras las parras con riquísimos racimos colgaban en festones llenando los claros. Los corrales para ganado se hacían limpiando el suelo de piedras y amontonándolas en círculo para formar el cercado. Como a las cinco se despejó y tomamos un sendero entre estos rudos bloques multiformes, no pocos derribados de punta en que descansaba el resto ensanchándose hacia el tope ; otros agujereados o agrupados de modo que parecían portadas góticas. La gente aquí aplicaba un método de hacer orejones para consumir en el invierno, que después encontré empleado en Chile como ramo comercial. Descarozan los duraznos, los ex-

tienden encima de las rocas para secarlos al sol : luego los arrollan en varitas de doce pulgadas de largo, y se utilizan como conserva. Esta tarde nos regalamos con fruta, especialmente manzanas, las primeras que gustamos después de dejar nuestro suelo natal.

Salimos de Achiras la mañana siguiente y, pasando un gran pedregal, alcanzamos una ancha llanura. Viendo una tropa de mulas acampada a lo lejos, salí con el guía para visitarla. Venía de Mendoza con cincuenta cargas de vino, acondicionado en barrilitos, uno a cada lado de la mula. El campamento estaba formado con la mayor simetría ; las cargas en círculo, cada una separada, con el aparejo de totora en forma de mojinete descansando sobre los barriles. Los arrieros se divertían en medio del círculo mientras las bestias vagaban en libertad por el pasto natural. Conseguimos de esta gente algún vino tinto de Mendoza muy tolerable, que se vende mucho tanto en las ciudades provincianas como en Buenos Aires. Como teníamos que recuperar esta demora y alcanzar los carruajes que no se habían detenido, partimos a toda carrera y se despertaron fuertemente mis recelos cuando de lo alto de una loma vi un carruaje tumbado. Al llegar al sitio, sin embargo, encontré a las mujeres muy alegres, pues felizmente no habían sufrido ningún daño. Me alegró muchísimo también que el carruaje no hubiera tenido desperfectos, irreparables en este país. La posta del Portezuelo está en situación curiosísima : una hendidura pequeña junto al cerro elevado y rocoso, y su huerta de higueras y durazneros hace contraste agradable y sorprendente con la superficie árida de la roca.

Después de trasponer la punta de la sierra que habíamos costeado algunos días, llegamos tarde a la posta del Morro. Aquí fuimos molestados por las visitas de la gente más respetable del villorrio ; su inten-

ción era quizás cumplir un acto de urbanidad, y resolvieron sentarse y ver cómo nos desenvolvían. De nada valieron indirectas para que se fuesen y me vi obligado a pedir la cena y se tendiesen las camas sin consideración a ellos. No nos fastidiaron con preguntas, pero se sentaron en un banco de adobe y no pronunciaban una palabra, excepto, de cuando en cuando, para cuchichearse. Vestían principalmente tejidos ingleses, tenían polleras de zaraza con chales sobre los hombros desnudos ; no usaban medias, pero sí chancletas.

La mañana del 4 hubo neblina, y los peones no pudieron dar con los caballos, lo que nos impidió salir muy temprano como era mi intento, para llegar a San Luis, veinticuatro leguas de distancia, en el día. Por tanto, tuvimos tiempo de recorrer el poblado compuesto de unos veinte ranchos desparramados, construídos en la punta de la sierra que en este lugar se proyecta en el llano como promontorio. Hay una capilla de adobe cuyo interior está elegantemente alfombrado con el material de que se hacen los tapices turcos, pero ni cerca con colores tan brillantes. Como se hacen a mano, el costo es subido, pero deben ser muy durables.

Con frecuencia me había fastidiado el largo tiempo empleado por los maestros de posta en calcular cuántos reales han de cobrar por caballos : nunca estaban contentos si yo hacía la cuenta, ni conformes con que no la hiciera. Por fin vime obligado a adoptar el método de esperar tranquilamente hasta que se desembrollaran y, si era exacta, pagaba. Esta vez el maestro de posta, joven de aspecto decente, no podía hacer la suma ni confiaba en que yo la hiciese ; llamó al cura de la parroquia que pronto resolvió la dificultad, aunque pasó largo tiempo antes que el maestro de posta se convenciera de que fuese el mismo resultado sacado por mí. Este clérigo fué el primero que vi desde que dejé Buenos Aires.

Nuestro camino hoy fué por terreno muy montuoso, con ondulaciones de loma y bajo. El bosque era de algarrobos, árbol de hojas espinosas como el acebo, y de un arbusto parecido a la ruda, aunque más alto, y con linda corteza lisa de un verde claro. De casi todos los árboles colgaban plantas de flor del aire con hoja no desemejante al clavel. Por ser otoño avanzando no pude ver la flor. Como a las cuatro llegamos a la posta de Río Quinto, situada en un lindísimo valle que se extiende a larga distancia, con río que corre por el centro, a la sazón arroyo playo deslizándose por inmenso cauce con márgenes perpendiculares. Cuando se derrite la nieve en la cordillera éste es sin duda formidable torrente. Como lo indica el nombre, es el quinto río importante a partir de Buenos Aires. Cuando llegamos a la posta temprano, nos entretuvimos en el bosque recogiendo algunas flores y plantas de flor del aire, y viendo las cabras acercándose a la casa para ser ordeñadas. Esta tarde llegó un correo de Buenos Aires, trayéndonos noticias de los amigos de allá.

VII

SAN LUIS DE LA PUNTA.—MATANZA POR DUPUIS.—MADERA Y SU PRECIO.—BATALLA DE MOQUEGUA.—PRIMERA VISTA DE LA CORDILLERA.—ENTRADA A MENDOZA.

Al dejar Río Quinto la mañana siguiente, hubimos de subir un alto cerro pedregoso, llevándonos mucho tiempo, y bajamos por el lado opuesto. Alguna distancia del camino era semejante al que pasamos ayer ; pero al aproximarse a San Luis era más abierto, pareciéndose a las Pampas—larga llanura nivelada, con pajas secas pero verde debajo—. Por la tarde entramos en terreno alto y montañoso, cubierto de ar-

bustos bajos y tunas, llamado Sierra de San Luis. Dos leguas antes de llegar a la ciudad pasamos una quebrada entre dos montañas, como indicada por la Naturaleza para camino. Producía lindo efecto porque la entrada era sombreada por arbustos y en un vallecito interior había una casa al frente. Al dar vuelta la base de un cerro descubrimos la ciudad, o mejor dicho, su ubicación, pues las casas son bajas y casi completamente ocultas por las huertas de higueras. Nuestro correo, ansiosísimo de que presentásemos buen aspecto en la capital de la provincia, puso en orden la cabalgata y dió instrucciones a los peones.

Pasamos por varias calles de míseros ranchos de barro dispuestos, sin embargo, en cuadras como si reclamaran el derecho de llamarse ciudad, y entramos a todo galope en la posta (quizás la casa más ruin de aquel lugar) entre las miradas de todos los vecinos que se daban vuelta para presenciar el espectáculo. La posta era muy sucia, sin más moblaje que bancos de adobe, medio escarbados por las gallinas que se paseaban a su placer en el cuarto, y sin duda fueron privadas de su morada ordinaria con nuestra intrusión. Las paredes habían sido antes blanqueadas pero todo pasajero, acaso desde el siglo pasado, grabó nombre y fecha en letras legibles sobre las paredes. Muchos eran ingleses, pero pocos de éstos anteriores a 1821.

San Luis de la Punta está en un valle fértil al pie de la sierra : es capital de la insignificante provincia del mismo nombre, y perteneció al antiguo virreinato de Buenos Aires, y después a las Provincias Unidas del Río de la Plata : cuando se rompió la unión federal permaneció independiente. Es célebre por la masacre que hizo un tal Dupuis, de todos los españoles que allí residían al comienzo de la Revolución ; más de ochenta fueron tomados y arcabuceados. La

ciudad contiene, según imagino, de 1.200 a 1.500 habitantes. Los alrededores se cultivan con regadío y se produce maíz, trigo, cebada, legumbres y fruta, entre la cual el higo es quizás más notable. Los habitantes lo secan al sol en zarzos de caña y forma gran parte de su alimento invernal. Aquí tuve oportunidad de ver un telar tejiendo franela burda ; pertenecía a la hija del maestro de posta, que trabajaba sin ayuda, peinando después la tela con una especie de cardo, buen substituto del usado en nuestras manufacturas británicas. Como nos faltaba franela para cruzar la cordillera, compramos toda la existencia.

El carro requería eje nuevo y no pudimos seguir esa tarde. Toda la madera de construcción y para otros usos se trae de Chile por la Cordillera ; en consecuencia, es sumamente cara ; un trozo bastante grande para eje vale siete pesos. Se transporta en vigas de doce pies de largo, una a cada lado de la mula, de modo que dos puntas se juntan sobre el aparejo y las otras dos arrastran en el suelo, y así gran parte de la viga se gasta en viaje y llega a su destino considerablemente acortada. Dos o tres peones se embriagaron la mañana siguiente, y se hirieron tan gravemente con cuchillo que no me fué posible salir hasta entrada la tarde.

Salimos tan tarde que pronto obscureció después de dejar San Luis. Sin embargo, pude darme cuenta que inmediatamente de salir del poblado, entramos en país de bosque espeso, y los huellones del camino fácilmente se sentían. La etapa era de nueve leguas, llevando arreo de caballos y me asombraba ver cómo el gaucho pasaba el matorral espinoso y tupido, manteniendo juntos los animales. El cencerro de la madrina, en tal caso, es muy conveniente, y el resto del arreo generalmente sigue el sonido. Llegamos tan tarde a la Laguna de Chorrillos, posta, que casi nos quedamos sin cenar : pero, felizmente, después de mu-

cho buscar, encontraron un cordero, que, en media hora, fué degollado, desollado y comido. La casa era muy pequeña y sucia, y algunos ingleses habían encontrado en ella desagradable compañía, de lo que se daba aviso en letras muy legibles trazadas en la pared, pero escapamos tolerablemente bien.

Encontramos un inglés que venía de Chile y nos confortó con la seguridad de que no creía posible pasar la cordillera en esta estación, por haber ya caído mucha nieve, con toda apariencia que el invierno se ausentaría pronto. En consecuencia yo estaba naturalmente ansioso de seguir, pues mis negocios eran de tal índole que sería muy perjudicial detenerme en Mendoza todo el invierno. Por el mismo conducto supe que Alvarado había sido derrotado en Moquegua. Esta noticia era alarmante, pues era de esperar que los realistas se apoderasen de Lima, lugar de nuestro destino final.

Ya resuelto a viajar con toda la expedición, el 6 me levanté obscuro, y desperté los peones, que siempre duermen sobre el recado al aire libre : la primera etapa era de diez y siete leguas, con río importante que pasar. El camino era una ruta honda y polvorosa en terreno bajo y boscoso y, a intervalos, veíamos una gran sabana líquida a lo lejos, rodeada de montañas. Era la laguna de Chorrillos de que la posta toma nombre. El viaje fué sumamente desagradable debido al calor solar y nubes de polvo levantadas por los carruajes. Llegamos a mediodía al Desaguadero, tan ancho como el Támesis en Windsor ; tenía casi bastante agua para que nadasen los caballos, pero la carretilla, con ruedas grandísimas, era alta lo preciso para pasar sin mojar el equipaje. El carretón fué descargado de todo y tirado en el agua que entró a la caja. En la ribera opuesta había una choza con pulpería, pues los dueños habían abierto casa para hospedaje de via-

jeros y construído una balsa para pasarlos, cuando el agua del río era demasiado profunda para vadearlo. Se componía de seis barriles con plataforma de postes fuertemente asegurados y unidos, y se deslizaba con una cuerda atada en ambas márgenes, mientras estaba unida a otra soga que pasaba por medio de la balsa.

Continuamos todo el día por el mismo bosque y camino polvoroso. Los caballos y ganados, en verano, vagan sueltos entre los matorrales y comen hojas; considerando la escasez de su alimento parecían en buen estado. En invierno, cuando las hojas caen, son llevados algunas leguas adonde haya pasto. Después de recorrer setenta y cinco millas nos amontonamos en la mísera posta de Corral de Cuero. No pudimos congratularnos la mañana siguiente por haber escapado de los bichos, viéndonos precisados a llevar los colchones y camas al aire libre, y sacando los insectos repugnantes con escoba mientras las gallinas que nos rodeaban los picaban vorazmente. Son muy diferentes de los que molestan en algunas casas de Inglaterra; de forma cónica y alcanzan el largo monstruoso de una pulgada.

El 7 de abril tuvimos el regalo de nuestra primera visión de la Cordillera de los Andes. Nadie se imagina el efecto producido en el viajero por esta estupenda barrera de montañas. La descubrí enteramente por accidente, pues, mientras los peones iban por caballos, empleamos el tiempo vagando en la vecindad; por fin mis ojos fueron atraídos por algo que parecía, a la mirada pasajera, grandes pilares de nubes inmóviles. Sin embargo, un poco práctico en el mar para divisar tierra, pensé que había alguna semejanza con esto y, disipándose la niebla interpuesta, apareció un espectáculo que jamás olvidaré. Montañas enormes enteramente cubiertas de nieve se le-

vantaban a tal altura que nos veíamos obligados a echar la cabeza atrás para mirarlas; parecían pertenecer a otro mundo, no viéndose más que las cimas, pues el firmamento estaba clarísimo arriba, mientras el horizonte se veía algo obscuro. Esta vez nos encontrábamos a no menos de 170 millas de la *cumbre* de la cordillera y he oído algunos viajeros asegurar que puede verse desde San Luis con tiempo muy claro.

Cuando seguimos nuestra jornada este día, comenzamos a notar algún aspecto de comodidad y cultivos —una casa aquí y allí, con alamedas, y pocos potreros con regadío—. Los álamos nos recordaban que nos acercábamos a Mendoza, pero habría sido apenas sorprendente si no los hubiéramos notado, pues, mientras avanzábamos, nuestras miradas se posaban casi constantemente en la grandiosidad de la cordillera.

Llegamos por la tarde a La Dormida, sobre alta barranca arenosa que domina el río Tunuyán. El matrimonio de esta casa era gente atenta y servicial; su alojamiento ciertamente no era óptimo, pero habían construído un cuartito nuevo de gajos entrelazados con revoque exterior de barro.

El país recorrido al otro día estaba cultivado en parte, y todas las poblaciones se distinguían por filas de álamos, que, aunque producían efecto más bien convencional, eran grande alivio para los ojos, en país donde no hay otra cosa que se dignifique con el nombre de árbol. La posta donde pasamos la noche (que toma su nombre de los álamos que la rodean) está en campo cultivado, cercado con tapias de cuatro pies de altura. Las tapias se hacen a pedazos con un cajón de madera en que se echa tierra y agua y se apisona bien; luego se saca el molde y así continúa la obra. Se cultiva solamente con regadío, pues sin esta ayuda artificial la Naturaleza nada producirá.

La casa del Retamo es muy buena, compuesta de

sala grande y un cuarto en cada cabecera : atrás tiene corredor con pilares, en que el maestro de posta, chacarero importante, guarda el trigo en bolsas de cuero. En los tirantes de los cuartos y bajo el corredor, colgaban numerosas cuerdas con lindos racimos de uva moscatel, y, se puede imaginar, nos regalamos en abundancia. El frente de la casa, que tiene también pórtico y una serie de pilares de madera rematados por una cornisa respetable en todo el frente, mira al camino, pero estaba sombreado por doble fila de álamos lozanos, con acequia en cada fila que riega constantemente las raíces.

La mañana siguiente, después de marchar una legua, volvimos a perder toda señal de cultivo, menos donde, de cuando en cuando, unos álamos indicaban alguna morada ; es más a falta de habitantes que de agua que debe atribuirse la esterilidad de este país, pues el río Mendoza, de muy considerable caudal, corre por él. El terreno luego cambia de suelo grueso a superficie pedregosa, y así continúa todo el camino hasta Mendoza. La entrada en esta ciudad es bellísima ; en el claro estaban los campos verdes de alfalfa y trébol, mezclados con viñas dobladas por su carga purpúrea y regadas por innumerables corrientes de agua que bajan de las montañas en todas direcciones ; sobre este rico país se veía la ciudad de Mendoza, con torres y minaretes alzándose del brillante verdor de los álamos que los rodeaban. Estos también contrastaban bellamente con la majestuosa cordillera que se erguía orgullosamente en el fondo con nobles masas de luz y sombra, mientras las cumbres nevadas de los Andes dominaban todo.

Mendoza parece ocupar esta situación como delicioso lugar de descanso para el viajero que ha recorrido mil millas del país quizás menos interesante del mundo ; pocos objetos de curiosidad se presentan para

quebrar el tedio de los perpetuos llanos despoblados. La mirada se fastidia al fin buscando algo nuevo, y uno puede dormitar cien millas del camino, y cuando despierte imaginarse en el mismo sitio donde se durmió. Hay, sin embargo una sola curiosidad, y es probablemente el mejor camino del mundo para expediciones a caballo. Debido a la rapidez de la jornada y aspecto monótono del país quizás muchos viajeros que han andado por esta región de Sud América conservan tan débil recuerdo de lo visto ; en efecto, una sola observación es aplicable a todo el camino, a saber, que todo lo que se encuentra es salvaje, el país, el ganado y los habitantes. Mendoza, por consiguiente, es saludada como un objeto bello, y su recuerdo se graba en la mente, más agradable y forzosamente, por el contraste que ofrece con la tristeza e identidad de las Pampas.

VIII

MENDOZA.—ESCUELA DE LANCÁSTER.—EL GENERAL SAN MARTÍN Y SU RETIRO.—LOS VIÑEDOS DE MENDOZA.—PREPARATIVOS PARA REANUDAR EL VIAJE.

Teniendo recomendación para un caballero inglés, médico, residente en Mendoza, no nos permitió quedarnos en la fonda, que es muy buena, y nos llevó a su casa, mientras descansábamos algunos días de las fatigas del viaje y nos preparábamos para el sublime pasaje de la cordillera.

Mendoza está junto al pie de los Andes, en un llano bien cultivado, fertilizado por acequias innumerables. Está trazada como todas las grandes ciudades españolas de Sud América, con plaza cuadrada de que arrancan calles paralelas, cruzadas por otras en ángulos rectos cada 150 yardas, formando lo que se llama cuadra. Con este sistema de trazado se ocupa

mucho terreno pues los fondos de una propiedad tocan con los de otra, de modo que cada casa ocupa 75 yardas de fondo. La mayor parte de ellas, por tanto, tienen buenos jardines, con abundancia de ricas uvas moscateles que se producen aquí con la mayor abundancia y perfección. Se calcula que la ciudad tiene cerca de 10.000 habitantes, y todas las casas son de adobe blanqueadas. Bajo los auspicios liberales del general San Martín y el cuidado científico del doctor Gillies, es un ejemplo de progreso para las otras ciudades sudamericanas. Se estableció una escuela de Lancáster cuando yo estaba allí, y se abrió una biblioteca pública y, por añadidura, se editaba un periódico por algunos jóvenes del lugar, que era canal para difundir los principios liberales en todo el continente. Las utilidades se destinaban para costear la escuela, a que estaba anejo un teatro rústico, donde los mismos jóvenes a veces representaban. Se había hecho mucha oposición a estas instituciones por personas fanáticas, en especial por el clero, pero el patrocinio del general San Martín fué suficiente para silenciar el clamor de estos retrógrados enemigos del progreso.

Como tenía cartas para este hombre célebre, tuve oportunidad de verle mucho. Ciertamente nunca contemplé facciones más animadas, particularmente cuando conversaba de acontecimientos del pasado ; y aunque se felicitaba de su retiro en Mendoza, imaginé ver inquietud de espíritu en su mirada, que solamente esperaba oportunidad propicia para volver a salir con su acostumbrada energía. Llevaba vida muy tranquila, residiendo habitualmente en una propiedad suya a ocho leguas de la ciudad, que estaba mejorando rápidamente. Parecía muy apegado a Mendoza como los habitantes lo eran a él ; y sin duda como este lugar fué el punto donde comenzó su brillan-

te carrera, érale el más querido. Por la tarde, con frecuencia venía a nuestras reuniones y nos divertía mucho con cantidad de anécdotas interesantes que tenía manera fácil de narrar, animada por su rostro fuertemente expresivo.

Una alameda lindísima está contigua a Mendoza : se compone de cuatro hileras de álamos plantados en líneas rectas paralelas a la cordillera de la cual hay muy magnífica vista. Tiene media milla de largo y es muy frecuentada por los habitantes en las tardes frescas, y se regalan con helados, fruta, etc., que se venden allí mismo.

Todos los alrededores de Mendoza están regados ; y durante mi estada no dejé de ir a los viñedos de uvas negras y blancas. Están dispuestos de la misma manera que nuestros plantíos ingleses de lúpulo, mientras pequeñas acequias bañan las raíces de cada fila. El tallo de la vid se deja crecer casi cuatro pies y la cabeza en que nacen los racimos es gajo del año último, que se conserva podado como cortamos los renuevos del grosellero. El suelo es muy apropiado para la vid, que florece con mucha lozanía. Del fruto la gente hace vino blanco, negro, y aguardiente : el blanco es muy tolerable, y no hay duda que con cuidado y habilidad en la vinificación sería excelente. Pocos años antes se habían enviado unos cuantos barriles a los Estados Unidos y obtenido el mismo precio que el Madeira ; y un inteligente caballero norteamericano residía en Mendoza, cuando estuve allí, que había traído barriles en duelas de los Estados Unidos, con intención de especular en vino. Sin embargo, la situación mediterránea de Mendoza es y siempre será perjudicial a este respecto, pues el transporte de mil millas en carretas impedirá la competencia con otros países que no tienen que combatir contra esta desventaja.

Las mendocinas son despejadas y donosas, pero muy desfiguradas por el coto, producido, según creo, por beber el agua de nieve que desciende de la cordillera : casi no se ve una mujer completamente libre de esta dolencia. Bajo otros aspectos Mendoza puede considerarse uno de los lugares más salubres del mundo, pues el aire es notablemente puro, y, por su proximidad a la cordillera, no tan caluroso como sería de otra suerte. Se encuentra especialmente benéfico para asmáticos y tísicos que van allí en busca de salud.

Había permanecido tres o cuatro días descansando y dando tiempo a que se derritiese la primera nevada de la cordillera, cuando comencé a impacientarme por seguir viaje. Teníamos, sin embargo, muchos preparativos previos que hacer. Lo primero fué alquilar mulas ; esto se hace acudiendo a los arrieros que recorren el camino entre Mendoza y Chile. Contratadas trece mulas a seis pesos cada una, lo siguiente fué comprar monturas de mujer, que no son más que albarditas con correas para asegurarlas en el lomo : se sientan con las piernas colgando, y descansan los pies en una tablita adherida a la silla. Según he mencionado, nos habíamos provisto de trajes completos de franela para ropa interior, de modo que no temíamos mucho el frío. No pudiéndose conseguir provisiones en el camino fué también necesario llevar con nosotros todo el comestible, así como útiles de cocina. Los peones viven en viaje exclusivamente de charqui o carne preparada del modo siguiente, y cuya preparación constituye un comercio. Una vez muerta la bestia, se desposta en grandes mantas ; luego se llevan bajo la ramada donde se hacinan con capas de sal y se apisonan bien para extraerles sangre y jugos : pasados uno o dos días se separan y tienden al sol hasta que se secan y ponen completamente negras. En este estado se acondicionan en atados para exportación,

consumiéndose mucho en el interior por mineros y en el mar por marineros. Cuando se come el charqui se sazona con ají y pónese en agua caliente, haciendo una especie de sopa espesa.

IX

PARTIDA DE MENDOZA PARA LA CORDILLERA.—COMIENZO DE LA SIERRA.—VILLAVICENCIO.

El 14 de abril, concluídos todos nuestros arreglos, trajeron las mulas al patio de nuestro bondadoso huésped ; y cuando se sacó el equipaje, se dividió en lotes conforme al tamaño de los bultos y fuerza de la mula. La carga va atada al aparejo con guascas de modo que el peso de ambos lados se equilibre. Habiendo enviado adelante el equipaje, salimos en la tarde para dormir en una chacrita a dos leguas de la ciudad, a fin de poder seguir temprano la mañana siguiente. Nuestro buen amigo el doctor Gillies nos acompañó hasta esta mísera choza y, después de tomar te, nos dejó una vez más en este ancho y, ciertamente puedo decir, salvaje mundo.

Salimos por la mañana temprano del 15 teniendo que recorrer distancia de catorce leguas al tranco corto de las mulas. El camino desde Mendoza, aunque esta ciudad, como he dicho, esté situada en la misma base de la montaña, no empieza inmediatamente a subir sino que costea la sierra unas doce leguas y luego entra en país montañoso. Este espacio se llama la travesía. Dos leguas después de dejar la ciudad, el país es mero desierto arenoso, no humedecido por una gota de agua ; lo que hace la marcha sumamente fatigosa para hombres y bestias, especialmente porque la superficie nivelada refleja los rayos solares con tal fuerza que produce calor casi insoportable. En todo

el camino no se encuentra un árbol a cuya sombra el viajero chamuscado pueda refugiarse. Al aproximarse a las montañas, la faz del país cambia de suelo polvoroso a campo pedregoso y áspero, con signos evidentes de haber sido roto por torrentes en todas direcciones, cuando se produce el deshielo en la cordillera. La superficie había sido arrastrada por el agua en numerosos canales secos, llenos de confusos hacinamientos de piedras, y arbustos con raíces al aire llevados por la fuerza de la corriente y amontonados. Nuestro camino se extendía algunas millas a lo largo de estos cauces secos, y era claro que el agua, en la estación, debía precipitarse con fuerza enorme desde que dejaba rastros tan profundos de su paso.

A las cuatro de la tarde entramos en los contrafuertes de los Andes por un valle profundo, o boquete, limitado por una especie de rendija entre dos altos cerros cubiertos en su base de arbustos bajos y tunas : hasta cierta altura subían a los cerros, excepto donde eran muy empinados, o el desmoronamiento continuo de materiales sueltos impedía a todo vegetal echar raíces.

Después de entrar en esta gradiente áspera muy pronto caímos a un riachuelito, y era curioso ver el apuro de hombres y bestias para humedecer los labios sedientos. El agua corría en tan poca cantidad que no se podía juntar con vasija ; los peones por tanto se echaron de bruces lamiendo el líquido, mezclados con las mulas que lo chupaban al mismo tiempo.

Continuamos dando vueltas al pie de estos dos cerros que a veces se separaban mucha distancia. El intervalo estaba constantemente lleno de arbustos bajos, y a menudo tan juntos que solamente dejaban un pasaje estrecho para animales : el valle, también, a veces parecía cerrado por una montaña, abruptamente, pero al adelantar siempre encontrábamos que la

senda torcía en dirección inesperada hacia otra cadena de alturas.

La choza llamada Villavicencio está a dos leguas de la entrada de un valle angosto : es la excusa más deplorable de casa, compuesta de cocina y un dormitorio unidos por corredor semitechado para librarse de la intemperie ; el conjunto es toscamente construído con barro y piedras. Fuimos bastante afortunados de encontrar sitio para tender las camas en la chocita ; pues como todavía no habíamos dormido al aire libre, creíamos preferible el abrigo más desdichado. Este apartamiento sirve a los moradores habituales de despensa, sala y dormitorio, y podría hacerse catálogo curioso de las ropas, barriles de vino, zoquetes de carne, cebollas, etc., que colgaban adentro en confusión. La esposa de un caballero con quien después trabé conocimiento, allí había dado a luz un niño. Se le aconsejó no salir de Mendoza, pero esperaba tener tiempo suficiente de llegar a Chile : sin embargo, luego de llegar a este lugar se sintió mal, sin asistencia médica, y después casi pereció. Había estado aquí tres semanas parte de las que pasó con mucha fiebre. Sin embargo, sanó como para soportar el regreso a Mendoza en litera llevada a hombros, cuarenta y cinco millas de distancia, por el país penoso que he descripto. Con felicidad llegaron en veinticuatro horas a la ciudad con los portadores completamente exhaustos y los hombros y pies del marido literalmente llagados por ayudar a sostener la carga.

A este sitio llegamos a las 5'30 p. m., con las mujeres tan cansadas que apenas podían caminar, además de estar envaradas por varios porrazos sufridos en la jornada. Mi hijito no obstante, se encontraba notablemente bien, al punto de ni desear separarse del peón contratado para llevarlo en mula. Los pobres animales, luego de descargarlos se dejaron en libertad

de ir adonde quisieran en busca del escaso pasto ruin que picaran en las laderas ; y era entretenido seguirlos con la vista cuando trepaban barrancos y precipicios para encontrar los manchoncitos de hierba seca que quizás conocían de antemano.

Cuando los pasajeros llevan consigo todas sus provisiones, no tienen más que hacer en las paradas para hacer noche que empezar inmediatamente a cocinar : esta noche, sin embargo, estábamos tan cansados que no pudimos comer. El arriero nos trajo un plato de charqui caliente, que no pudimos saborear, pero encontramos más reconfortante una pava llena de ponche de vino blanco mendocino, que bebimos caliente antes de acostarnos.

La mañana siguiente, al dejar Villavicencio, empezamos a subir muy rápidamente, dando vueltas todavía por el mismo valle angosto. Las montañas que lo formaban se hacían más escabrosas a medida que avanzábamos, y mucho más empinadas, a veces proyectándose sobre la senda, casi como si el paso hubiera sido cortado en los cerros. Subimos una cascada curiosísima de agua que se derramaba sobre grandes bloques de piedras a guisa de escalones : y no pude menos que admirar la firmeza y sagacidad de las mulas eligiendo los lugares más seguros para pisar : se detenían a menudo para ver la manera de salvar una grieta o alcanzar la roca del otro lado, y apoyándose firmemente en las patas traseras, tanteaban con las delanteras si podían tocar fácilmente el punto que tenían que alcanzar. Después de dar vueltas de este modo pocas horas, el valle se cerró con una montaña y el camino torció violentamente a la derecha subiendo enfrente del cerro. La subida era por una senda en zig-zag, marcada por pisadas de mula en forma de escalones. El efecto de subir y bajar por éstos era muy singular ; las cabezas de los animales se veían

en distintas direcciones cuando pasaban los ángulos del camino, aunque al mismo tiempo todos marchaban en el mismo rumbo. Cuando trepan las superficies heladas de las montañas, siéntese la subida tan gradual, y el animal que se tiene debajo tan seguro, que nunca se piensa en el peligro, a menos que realmente se mire abajo la senda que se sube. Los gritos del arriero para animar o reprobar a los animales son incesantes entretanto y se repiten por el eco de los cerros estériles en todas direcciones. En conjunto es espectáculo inconcebiblemente salvaje.

El color rojo domina en las montañas de esta etapa, y cuando se las ve más de cerca, donde son empinadas y desprovistas de tierra, parecen formaciones de una especie de granito rojo. Ganada la cumbre, tuvimos vista más extensa del país chato que habíamos dejado. De ningún modo era atrayente, pues no podíamos percibir nada más que lo que se asemejaba a un triste páramo estéril, extendido allá abajo como mar hasta donde alcanzaba la vista. El viento en las cimas era sumamente cortante y el suelo seco y pedregoso al punto que había poco o ningún indicio de vegetación.

En este momento habíamos alcanzado la cumbre de la primera cadena llamada por los habitantes *las sierras*, en oposición a la Cordillera de los Andes generalmente cubierta de nieve.

X

LLANO Y MINA DE USPALLATA.—LLEGADA AL PRIMER PASO.—DESCRIPCIÓN DE LOS PASOS.

El camino luego recorre terreno muy alto, con subidas y bajadas, en distancia respetable, hasta que fuimos encerrados de nuevo por una fila de cerros des-

provistos de vegetación. El valle en muchos lugares tenía hacinamientos de inmensos peñascos negros rodados de la altura. Los cerros después se hacían menos importantes y más separados, y volvímonos a encontrar en campo abierto, compuesto principalmente de arena endurecida, matizada aquí y allí con pocos arbustos achaparrados y esparcidos. Siguiendo por algunas rocas coloradas llegamos al ancho valle llamado llano de Uspallata, ubicado, como sucedía, de límite entre la sierra que habíamos pasado y la Cordillera, que se levantaba hasta las nubes a nuestro frente. Este valle había sido habitado y todavía son visibles los restos de un villorrio importante, así como tapias en forma de corral. Probablemente fué habitado por mineros que trabajaron las antiguas minas de plata de Uspallata : ni el correo que había hecho el camino varias veces ni el arriero que lo había recorrido toda su vida, pudieron informarme al respecto. El suelo es bueno y un río corre por el valle que haría facilísimo el cultivo : al presente está cubierto con matorral de acacia y otros arbustos. Es situación muy pintoresca en conjunto, con tres lados del valle amurallados por las montañas más altas que se conciban, con picos cubiertos de nieve, que ofrecen vista quizás sin igual en cuanto a grandiosidad salvaje comparada con cualquiera del mundo.

En medio del valle hay un mísero rancho donde los viajeros suelen hacer noche. Tendimos las camas en una ramada que protegía poco de la intemperie ; pero colgando todas las frazadas de que disponíamos nos compusimos bastante bien para protegernos del viento nocturno. Nuestro apetito era muy bueno, y se carneó un capón de la majada que el valle mantiene, cenándolo con algunos huevos, para ahorrar otras provisiones. Vimos un solo habitante caballero de aspecto muy sucio, pero no puedo asegurar si había otros

miembros de familia. Su residencia era construcción de arcilla como horno chico de quemar ladrillos, redondo y cónico, con un agujero en alto a guisa de chimenea, y puertita al costado. Es dudoso si se construyó al principio para vivienda, o solamente, como me figuro, para una especie de casa de fundición, aneja a las minas.

Cerca de la mísera choza donde pasamos la noche, el Gobierno de Mendoza tiene una guardia de pocos soldados para revisar los pasaportes y mercaderías, pues aquí concluye su territorio.

El camino, al comenzar la jornada del 17, parecía una sola masa empinada, imposible de subir; y mi mirada se revolvía en vano para encontrar boquete por donde trasponer esta barrera tremenda; pero no veía nada más que un muro de montañas con crestas nevadas.

Después de costear el valle dos leguas, bajamos al lecho seco de lo que, en estaciones determinadas, debe ser río poderoso, a juzgar por la altura de las márgenes y anchura del cauce; sin embargo, en la época que pasamos, no había más que dos o tres torrentes playos corriendo por el inmenso canal, formado de grandes piedras redondas de diferentes colores vivos y espato blanco. Las márgenes eran de tierra mezclada con estas grandes piedras, y muy altas. Luego de andar con muchos inconvenientes por este lecho que reflejaba los rayos solares con gran fuerza y deslumbraba la vista, percibimos una gran hendidura en la barrera de montañas, por donde el torrente parecía abrirse paso. Allí también lo costeamos, entre altas rocas perpendiculares de granito rojo. Este canal varía de anchura a medida que las montañas se aproximan o retroceden entre sí, a veces llegando a una milla de anchura, y otras reducido a espacio no mayor de doscientas yardas. La furia con que el to-

rrente se precipite en esos estrechos límites cuando la nieve se derrita debe ser tremenda, según lo prueba suficientemente el aspecto de las laderas: llega el agua perpendicularmente a altura mayor de cien pies. Donde el valle era suficientemente ancho, el camino va por el borde de la orilla entre rodados caídos del cerro, que literalmente cubren el suelo; pero se ha formado un sendero para mulas, sacando las piedras en ancho de cuatro o cinco pies. Esta operación debe haber requerido trabajo considerable, pues muchas piedras son de dimensiones grandísimas.

Por la tarde encontramos uno de los desfiladeros tan exagerados por quienes antes los han salvado y tan temidos por quienes no los conocen; en efecto, se nos había dicho en Buenos Aires ser casi imposible las mujeres los franqueasen, pero no nos desanimamos pues sabíamos que algunas damas inglesas habían cruzado la cordillera con niños. El camino en todo el valle había sido subiendo y bajando por la ladera derecha de la estupenda cumbre que encierra al torrente; a veces marchábamos entre rodados por el cauce seco del río, y otras nos encontrábamos en la mitad de la vertiente. En estas angosturas se han cortado pasos, y como los salvábamos despacio los observé especialmente. He dicho antes que las márgenes del río eran de tierra suelta mezclada con grandes piedras; en partes, todo el frente del cerro se componía de éstos materiales hasta corta distancia de la cima invariablemente de duro granito. En lo estrecho del valle, donde, por estar confinado el torrente, el lado suelto de la montaña ha sido lavado perpendicularmente, es necesario guiar las mulas por la ladera empinada. Estos senderos continúan ascendiendo inmediatamente encima del torrente por un camino de tres pies de ancho: la tierra y piedras que caen encima mantienen la ladera completamente lisa hasta la len-

gua del agua sin obstrucción alguna, y en muchos sitios los materiales sueltos, descendiendo continuamente, dan al precipicio forma semicircular. En otros lugares han desmoronado parte de la senda : y en el primer paso, hablo con moderación cuando digo que en espacio de algunas yardas la senda no tenía más de quince o diez y ocho pulgadas de ancho ; la altura sobre el torrente era quizás de cien yardas, y el camino se componía de piedras sueltas, de modo que la marcha era mucho menos segura. Lo alto de la vertiente era de los mismos materiales peligrosos. La situación del viajero en este desfiladero, si no pedregosa, es ciertamente muy temible : abajo está un precipicio profundo inclinado hacia el torrente, y arriba, la montaña, en muchos sitios sobresaliente, es de material tan deleznable que el viajero abre involuntariamente los ojos, temeroso cada momento que se desmorone y lo aplaste. Crucecitas de madera, aquí y allá en la ladera, revelan el destino de algún pobre desdichado que ha sido aniquilado de esta manera. La mula en estas senditas acostumbrada a llevar grandes pesos y conociendo que si el lado de la carga próxima a la montaña golpease las piedras, inevitablemente la precipitaría al fondo, se mantiene en el mismo borde de la senda, y nunca hay dos pulgadas libres entre su casco y la orilla, de modo que medio cuerpo del animal y una pierna del jinete van sobre el precipicio. También el terreno a menudo cede en parte a la pisada del animal, pero examina la sendita con paciencia y cautela, y coloca deliberadamente una pata en línea recta con la otra. A veces ciertamente me tentaba tirar la rienda para apartarla del precipicio, cuando había algunos pies entre mi pierna y la montaña ; pero habría sido sumamente peligroso, e invariablemente encontré mejor dejar que la mula, a su arbitrio, tomase su tiempo y ruta.

XI

SITUACIÓN A LA NOCHE Y DESCRIPCIÓN DE UN DORMITORIO EN LOS ANDES.—EL SEGUNDO DESFILADERO.—EL TERCERO Y SUS PELIGROS.—PUNTA DE LAS VACAS.—CASUCHAS ERIGIDAS POR O'HIGGINS.

El sitio en que paramos por la noche era grandioso y tremendo, lecho seco del torrente que, aunque con poca agua, bramaba a cierta distancia, mientras las enormes montañas, que aquí se acercaban muchísimo, levantaban hasta el cielo sus cabezas sublimes. La luna silenciosa, entretanto, esparcía brillo claro y plácido en el valle profundo que nos rodeaba, y distribuía masas enormes de luz y sombra sobre rocas fantásticas. Acampamos junto a un gran peñasco cuadrado de color rojo, una de las innumerables masas que desde arriba se habían precipitado ; poniendo las cabeceras de las camas junto a la roca, formamos desde ésta techo inclinado con una gran frazada sostenida con estacas, y así tuvimos biombo tolerable contra el aire frío y penetrante. Llevábamos una carpa grande, pero el terreno era duro y pedregoso y se requería tanto tiempo para armarla que fué perfectamente inútil ; utilizamos las estacas del modo indicado.

Luego de acampar, cada cual atendió a sus diferentes ocupaciones, uno llevando la pava al torrente para llenarla de agua y los demás errando por la quebrada en busca de leña, sumamente escasa. Al fin, conseguimos juntar cantidad suficiente con ayuda de algunos arbustos ruines que corté con hachita a propósito ; uno de estos arbustos ardía muy pasablemente, por ser de naturaleza resinosa. La manera de hacer fuego usada por los arrieros consiste en juntar primero

una cantidad de bosta seca de mulas que siempre hay en la senda ; luego, con eslabón y pedernal, encienden un pedazo de la yesca para encender cigarros, y amontonando bosta encima pronto comienza a arder. Encendido el fuego, dispusimos cajones para sentarnos, mientras algunas tajadas de carne cocida se freían para cenar y la pava se calentaba para hacer ponche y chuño para mi hijito. De esta manera pasamos la primera noche muy alegremente, dirigiendo la mirada de hito en hito a la estupenda vista de montañas reclinadas mansamente a la luz de la luna que mostraba las profundas cicatrices abiertas por el deshielo en sus flancos.

Encontramos nuestro dormitorio más cómodo de lo que podía esperarse, pues estábamos bien cubiertos con frazadas y dormíamos metidos en trajes de franela.

Por la mañana temprano llegamos al segundo desfiladero que, por su aspecto, lo imaginaría dañado por el terremoto de noviembre, que desoló a Chile y se sintió fuertemente en los Andes hasta Mendoza. Este paso era verdaderamente tremendo, aunque no puedo decir peligroso : caída considerable de piedras sueltas evidentemente se había producido hacía poco tiempo, y el sendero de mulas se había quebrado en tres sitios y así la senda no tenía realmente más de nueve pulgadas de ancho. Lo peor era que parte de la montaña rocosa quedó firme mientras el suelo se había desmoronado en su derredor hasta dejar las paredes rocosas proyectadas en el precipicio ; por tanto, teníamos que torcer en rincones o ángulos agudos del camino al mismo tiempo que luchar con la suma estrechez del mismo, y la mula se veía obligada a adelantar con máxima precaución, dándose maña con las patas al volver el sendero. Estos desfiladeros no pueden pasarse bien por mujeres

sin sentarse en la mula de cara a la montaña ; si sus piernas estuvieran del otro lado, todo el cuerpo sobresaldría absolutamente al precipicio, y cualquier vahido de su parte o aflojamiento de la silla inevitablemente las estrellaría en el fondo del abismo ; con el método empleado, no se dan mucha cuenta del peligro, y si la silla cediese solamente las echaría sobre el frente de la montaña.

Marchando por el mismo rocoso valle pronto llegamos al tercer desfiladero, tan malo, según nos habían informado, que no podríamos pasarlo montados. Por tanto, todos desmontamos recorriéndolo a pie, cada cual con su mula por delante. En mi opinión, este paso no es tan temible como el último : no es ni aproximadamente tan alto sobre el torrente y es muy corto en comparación ; el segundo tiene 200 ó 300 yardas de largo, mientras el tercero quizás no tiene más de 150, además que en ninguna parte tiene anchura menor de dos pies. Sin embargo, lo que lo hace más molesto cuando se va montado, es que después de subir toda la altura, el descenso es notablemente rápido y escarpado, de modo que la mula no puede tener la misma seguridad que en terreno nivelado, y como todo depende de la firmeza del animal, los arrieros creen más seguro desmontar. Fué suerte que en estos pasos no encontráramos mulas viniendo en sentido contrario, pues no había sitio para pasar ni para dar vuelta. Una mula carguera cayó una vez en la pendiente de la montaña, pero allí no era empinada ; se volvió a parar y galopó coceando y volteando la carga que desparramó por todo con gran regocijo de los arrieros.

El valle que habíamos pasado estaba lleno de bellas cascadas y torrentes precipitándose de los cerros y estrellándose contra inmensos bloques de granito desparramados como si una convulsión violenta de la

Naturaleza los hubiera arrancado de sus cauces naturales. Estos torrentes semejan a lo lejos riachuelos de leche, pues, como saltan de roca en roca, el agua es blanca de espuma y contrasta lindamente con la superficie obscura de la montaña. El agua es muy buena y clara como cristal aunque sumamente fría. Los arrieros, al pasar los diferentes arroyos, bajan guampas agujereadas en el borde y atadas a un tiento largo, y de este modo levantan agua para aplacar la sed sin detener la marcha.

Por mediodía, alcanzamos lo que parecía el fin del valle, terminado abruptamente por una gran montaña roja con cumbre nevada; al avanzar, sin embargo, encontramos que el camino torcía bruscamente a la derecha. Esta parte se llama Punta de las Vacas; y aquí, en romántica situación junto al torrente, descansamos una hora para tomar refrigerio como de costumbre; la marcha de las mulas cargueras era tan lenta que siempre recuperábamos tiempo apurando el paso. Desde Punta de las Vacas, el valle se abre un poco, de modo que continuamos subiendo por un llanito. Pronto pasamos la primera *casucha*, hornito de ladrillo construído por O'Higgins, virrey de Chile, padre del ex director del mismo nombre. En total son tres en ambos lados de la cumbre: se construyeron para refugio de los correos, obligados a pasar en toda estación a menudo marchando leguas a pie por causa de las nevadas invernales. Estas casuchas son de un solo cuarto de doce pies en cuadro, de ladrillo y argamasa, con techo abovedado; se levantan a altura de seis pies del suelo para que la nieve no las cubra y se entra por una escalera de ladrillos. Antes tuvieron puertas, pero ahora están en el estado más ruinoso, con los escalones generalmente rotos; el último terremoto ha dejado también señales visibles de su fuerza en numerosas rendijas de paredes y techos.

Tres leguas más adelante hay otra casucha donde pasamos la noche ; está sobre un montículo, con manantial al pie. A pesar de ser sucia preferimos hacer las camas adentro antes que dormir a la intemperie y fué suerte proceder así, pues hubo intensa helada esa noche. Después de hacer leña tratamos de encender fuego, pero la casucha se llenaba de tanto humo, pues no había sino un agujero en las paredes para dejarlo salir, que nos vimos precisados a encenderlo afuera. Tuvimos la suerte de encontrar algunos arbustos secos y alimentamos una llama alegre y ruidosa. Estas casuchas algunas veces han sido utilísimas a los viajeros que han pasado en estación avanzada, encontrando temporales que los detenían quizás quince días en esta mísera situación. Por esta razón todos los ingleses que actualmente pasan llevan consigo abundancia de víveres, no solamente para sí, en caso de detención por esta causa, sino para cualquier viajero afligido que encuentren. Los nativos son tan imprevisores que han sido encontrados en los Andes casi muertos de hambre. Aunque llevaba un carguero de provisiones, los peones eran tan glotones que no pude impedir las comiesen o bebiesen nuestro vino. Si sucedía que yo o el correo nos ausentáramos un momento, inmediatamente atacaban nuestra provisión particular, y me contrarié mucho esta noche por haber desaparecido todo el vino, aunque la provisión era de casi ocho galones. Felizmente había escondido un par de botellas en mi cantina de que no pudieron apoderarse.

XII

PUENTE DEL INCA.—ROBO Y ASESINATO DE UN INGLÉS.—PASO DE LA CUMBRE.

Encontramos que el agua se había escarchado con tres pulgadas de espesor durante la noche, y por la ma-

ñana el aire era muy cortante aunque a mediodía siempre lo encontrábamos suficientemente caliente con nuestra ropa adicional. Siguiendo el llano una legua, llegamos al Puente del Inca de que tanto se habla en esta parte del mundo. Tengo toda razón para creer que esta bella obra natural sufrió con el terremoto, comparando lo que vi con la descripción que de ella me hizo, antes de partir de Mendoza, mi inteligente amigo el doctor Gillies. Es necesario al viajero que desee visitar esta curiosidad tener presente las instrucciones, de otra manera es muy probable no vea ni oiga nada. En este caso mi correo se asombró de que sintiese el menor deseo de ver lo que quizás él nunca había observado en sus viajes por la Cordillera. Está a doscientas o trescientas yardas del camino y estas gentes se oponen a alargar el viaje aunque sea cinco minutos; la vista no obstante compensará la breve demora.

El Puente del Inca es un arco natural sobre el torrente que habíamos costeado desde el valle de Uspallata. La luz es de veinte yardas, la altura quizás de veinte pies sobre el agua, y el ancho del río cerca de doce yardas. Cuando se pasa el puente tiene declive gradual de derecha a izquierda: es perfectamente sólido y compacto y el arco bastante regular. Hay discusión en cuanto al origen y materiales de su formación, en que no pienso entrar. Manantiales calientes bullen en muchos lugares vecinos; a pocas yardas se levanta una formación, sólida como piedra, de altura de doce pies, en forma de pilón de azúcar, y en el tope de este cono hay un tazón regular de una yarda de diámetro y un pie de hondura en que borbota constantemente un manantial salado. El tazón está completamente lleno, al parecer sin derramar su contenido bullente, y la base cónica en que reposa incrustada de sal; pero no aseguraría si producida por el tazón al

derramarse a veces, o por el agua que filtra de la piedra. En línea recta pasando el puente hay fuente termal muy copiosa que sale de una abertura con gran fuerza ; ha formado alrededor una incrustación en forma de bañadera de diez y ocho pulgadas de profundidad y cuatro pies de largo. Todos nos lavamos por primera vez desde la salida de Mendoza, pues se tiene no solamente por insalubre hacerlo con agua fría, sino que el cutis se paspa después. Mi hijito fué desnudado y metido en el baño—probablemente la primera criatura europea zambullida en estas aguas.

También las bebimos en abundancia y produjeron el mismo efecto que aguas medicinales. Después de echar una mirada a todo lo que había que ver arriba, descendí dos o tres muescas cortadas en la roca proyectada sobre el torrente, bajo el arco del puente, donde encontré dos manantiales muy calientes : el agua de temperatura tan alta que apenas pude meter la mano. Al examinar el puente en detalle parecía de piedra o petrificación cubierta con incrustaciones de sal : el pringue del agua de las fuentes superiores que filtraba del puente formaba miles de gotas espirales blancas de un pie de largo, y cuando rompí algunas las encontré compuestas por material tan frágil que era difícil conservarlas enteras ; sin embargo, después de algún fastidio conseguí un ejemplar bastante bueno.

Dejando el Puente del Inca llegamos a una gran montaña de mármol negro apizarrado, compuesta de masas enormes irregularísimamente amontonadas. Un buen camino estaba cortado para ir y venir en el frente del cerro, camino, según decía el correo, hecho por orden del general San Martín, cuando pasó los Andes para Chile con el ejército libertador. En el tope de esta montaña, dos años atrás, un inglés fué acechado y matado por salteadores ; viajaba imprudentemente solo y a pie. Sus huesos blancos aún yacían en

un hueco entre fragmentos negros de piedra, y una crucecita de madera indicaba el lugar donde se perpetró el crimen. No se había descubierto todavía quién fué el hombre desgraciado, pero un amigo mío que pasó poco después del asesinato pudo distinguir sus facciones perfectamente; la mitad del cráneo había sido machacada, y además el cuerpo horriblemente descuartizado. Estos caminos a veces son muy peligrosos, y se narran historias terribles de arrieros que han asesinado a los pasajeros por el dinero. Sin embargo, los ingleses que recorren el camino en cualquier época y de todas maneras, nunca han encontrado interrupción excepto en el caso aludido.

Observé hoy tropillas numerosas de guanacos que habitan todos los Andes hasta el Perú. Son notablemente ariscos y se ven a gran distancia en las laderas escarpadas alimentándose de hierbas secas que aquí y allí crecen en raros manchones. Al ser perturbadas trepan las alturas con gran facilidad y pronto se pierden de vista.

A poco andar llegamos al pie de la subida a la Cumbre. Dejamos el valle que continuaba serpeando en hacinamiento inmenso de montañas nevadas, y tomamos a la izquierda, dirección en que la cordillera es más baja que en cualquier parte. Aquí preparamos refrigerio pues era necesario tomar abundantes cebollas y vino para preservarse del frío y del soroche que no pocas veces producen el efecto de hacer desmayar a los viajeros. No puedo decir que nuestro grupo sintió ningún inconveniente y pasamos la Cumbre con ánimo contentísimo. Después de haber estado algunos días entre eminencias tan estupendas, no parece esta empresa ardua. Habíamos serpeado al pie de montañas, y ahora era preciso trepar el mismo frente de la vasta cadena, objeto de nuestra admiración y asombro desde que dejamos San Luis. Mien-

tras nos refrigerábamos abajo, sucedió que una arria de mulas venía de la Cumbre hacia nosotros y estuvimos mejor habilitados para calcular la altura grande que teníamos por delante, que comparando la parte de cordillera que teníamos de cruzar con las elevaciones todavía más altas de ambos lados. Pasó mucho tiempo antes que los arrieros, con la vista acostumbrada, pudieran hacerme distinguir el arria que se nos aproximaba ; y cuando la vi, parecían solamente pequeños insectos. Así que avanzaban podían observarse más claramente, nos daban noción más exacta de la senda que teníamos que tomar y que subía como escalera. Todas las mulas parecían ir en diferentes rumbos aunque en realidad se seguían invariablemente hacia abajo por la senda estrecha.

La parte de la cordillera cruzada por los viajeros ha sido bien escogida, pues la montaña no es allí ni aproximadamente tan perpendicular y se compone de materiales más suaves que en cualquier otro sitio ; de modo que aun cuando el trayecto sea largo y aburrido, no hay el mínimo peligro, pues las mulas siempre son muy firmes en la marcha. La montaña en la base se compone de tierra colorada mezclada con piedritas del mismo color, y, como el resto, totalmente desprovista de vegetación. Pero el suelo se hizo de roca cuando nos aproximamos a la cumbre. En partes diferentes de la subida encontramos nieve por primera vez, pero únicamente en manchoncitos de no más de pocas pulgadas de espesor, y derritiéndose. Llegando a la Cumbre, lo que efectuamos después de subir cerca de dos horas, encontramos una pequeña explanada de diez yardas antes de comenzar el descenso del otro lado. Aquí nos detuvimos pocos minutos para recoger algunos recuerdos insignificantes del lugar, y echar una mirada que, por la altura inmensa en que nos encontrábamos, se esperaría dominase todo

un hemisferio : en efecto, uno de nuestros modernos poetas (Champbell) ha dicho :

Where Andes, giant of the western star,
His meteor-standard to the winds unfurl'd,
Look from his throne of clouds o'er half the world (1).

Pero haciendo todas las concesiones a la exageración poética, ciertamente pensaba por lo que había leído en narraciones de otros viajeros, que dilataría mi mirada sobre Chile, descripto como el país más rico del mundo, tendido a nuestros pies como un mapa, y compensando nuestra tarea con sus perspectivas sin fin y exuberantes. Me disgustó mucho encontrar todo lo contrario. Atrás no veíamos nada más que el valle que habíamos dejado, con profundidad inconmensurable, triste y solitario ; arriba, a cada lado, los picos escabrosos y cumbres nevadas de montañas que subían todavía más al cielo ; adelante, la vista era todavía más espantosa y sin esperanza. Enormes montañas negras se amontonaban sin orden y parecían mucho más áridas y salvajes que las que acabábamos de pasar. La bajada parecía conducir solamente a un pozo sombrío, camino abajo, que sólo mirarlo casi nos daba vértigo, pues era mucho más empinado y escabroso que la subida opuesta. Encontramos el aire de la Cumbre frío en extremo, y el viento muy penetrante. Es costumbre de la mayor parte de los viajeros envolverse la cara durante todo el camino de la Cordillera para abrigarse del aire y proteger especialmente los ojos contra el deslumbramiento del sol en la nieve. He oído de algunas personas que llegaron a Chile completamente ciegas y quedaron así algunos días,

(1) Donde el Ande, gigante de la estrella occidental, desplegado al viento su estandarte meteórico, domina desde su trono de nubes la mitad del mundo.

con todo el rostro y particularmente los labios tan hinchados que sus amigos difícilmente los conocerían. El único efecto en nosotros fué que los labios se nos hincharon por breve tiempo y luego se despellejaron, y lo mismo los rostros en mayor o menor grado.

XIII

BAJADA A CHILE.—LAGUNA DEL INCA.—PRINCIPIA EL TERRITORIO CHILENO. — EL SALTO DEL SOLDADO.— CAMBIO EN EL ASPECTO DEL PAÍS.

El lado de la Cumbre que ahora debíamos bajar era cubierto de nieve, debido a la ausencia completa de sol, que mucho aumentaba la lobreguez natural del paisaje. Por componerse solamente de rocas rugosas, y ser mucho más empinada, la bajada ni con mucho era tan buena como la subida, y se necesitaba gran cuidado especialmente donde la nieve era algo gruesa. Felizmente, debido al tráfico considerable después de la nevada, el sendero se hallaba bien batido ; también la nieve estaba blanda y derritiéndose.

Llegamos a la base chilena de la Cumbre como a las 3 p. m. empleando cerca de tres horas en pasarla ; al pie, las montañas de ambos lados se aproximan tanto que forman portillo, nombre que ha recibido por esta circunstancia.

Todavía continuamos descendiendo rápidamente hasta llegar a la Laguna del Inca, a corta distancia a la derecha del camino, en un escondrijo completamente encerrado entre montañas ; es una gran sabana de agua dulce procedente con toda probabilidad de los deshielos que vienen de las cimas de los montes. Aparece completamente llena y se considera maravilla que nunca se inunden las riberas aunque algunos torrentes caudalosos desaguan en ella ; si es así, quizás tenga desagüe subterráneo.

Una legua más adelante, llegamos a un vallecito casi enteramente rodeado por altos cerros negros. Aquí acampamos para hacer noche, cerca de una arria que venía en sentido contrario. Pasamos la noche de la misma manera, en mucho, que las dos anteriores; pero tuvimos gran dificultad para conseguir leña, no encontrando ningún arbusto seco, sino una planta baja espinosa, entre yuyo y arbusto que produce fuego mezquino. Este lugar se llama Ojo de Agua, por el manantial que surge cerca de la senda que bajamos, y forma en su curso arroyo considerable. Con mucha dificultad trepé el precipicio de piedras sueltas hasta el manantial, y hallé que brotaba en masa entre los materiales sueltos que componen el cerro. Como fuerza de agua tan crecida es raro surja de una fuente, no es imposible que ésta sea uno de los canales de desagüe de la Laguna del Inca.

El día siguiente empezamos la jornada con un descenso rápido y difícil yendo por masas separadas de piedra suelta, entre dos elevadas, negras y estériles cadenas de montañas, cuyas cabezas, rugosas y deformes, estaban nevadas. Al avanzar más, encontramos pocos arbustos bajos, y también flores, formando bello contraste con los cerros de ambos lados, e inmensos bloques de piedra de que el valle está atestado. El líquido de Ojo de Agua, uniéndose con algunos otros torrentes en su curso, corre con fuerza valle abajo. Cinco leguas más adelante llegamos a la Guardia del Resguardo, donde empieza el territorio chileno. La frontera es un acantonamiento militar compuesto de un cuadrado amurallado con galpón o más bien ramada larga a cada lado frente al camino. Atrás de estas construcciones arranca una pirca baja que cruza todo el valle (allí quizás de un cuarto de milla en ancho) y sube a altura considerable por las montañas de ambos lados, formando así

barrera para Chile. Hay también un potrerito con regadío, utilizado por la guardia ; ahora está cubierto de arbustos, pero también vimos unos cuantos durazneros raquíticos, con fruta pintona que devoraron ávidamente nuestros peones. La casa de la guardia, cuando pasamos, estaba desierta y tenía aspecto de haberlo estado algún tiempo.

El valle luego empezó a tomar aspecto agradable y nos apercibíamos de nuestra proximidad a país mejor ; las montañas gradualmente disminuían de altura, y estaban cubiertas de vegetación hasta altura considerable. La tuna de forma alta y linda flor morada, era objeto muy saliente. La maciega del valle se cambiaba en arbustos y árboles florecidos, muchos de ellos sauces inclinados sobre el torrente, y numerosas cascadas brindaban descanso agradable a nuestros ojos, fastidiados de posarse tanto tiempo en montañas peladas. Más adelante, el valle torcía abruptamente a la derecha, con la senda oculta por completo a intervalos por el verdor intenso del matorral, parcialmente cubierto con flores moradas en forma de madreselva. Esta noche dormimos en sitio bastante abajo de la senda, e inmediato al precipicio, donde los árboles formaban círculo completo, como si fuera para nuestro alojamiento ; aunque las camas estaban a la intemperie, sin más techo que los gajos verdes, pasamos la noche más agradable desde la salida de Mendoza. El aire era lindamente claro y cálido, con la luna brillando sin interrupción en las montañas que todavía se alzaban a inmensa altura, pero sin el aspecto terrible y escarpado antes descripto. A nuestros pies bramaba el torrente furioso. Nos despertamos por la mañana descansados y disfrutamos de un paisaje muy novedoso, sorprendente y agradable.

Nuestro camino, la mañana del 21 de abril, principalmente recorría la falda de las montañas, domi-

nando el verde valle inferior : a veces teníamos que pasar rodeando vallecitos boscosos que subían la falda de los cerros. En las barrancas que teníamos encima anidan loros de larga cola, que volaban chillando sobre nuestras cabezas, luciendo al sol su alegre plumaje verde y amarillo, y fué la primera señal de vida que habíamos visto en la cordillera, con excepción de los guanacos. Esta mañana encontramos un viajero inglés, esposo de una dama que habíamos conocido en Buenos Aires. Bondadosamente hízonos partícipes de sus provisiones, pues habíamos cenado muy magramente la noche anterior y almorzado nada por haber devorado todo los peones. Apenas puedo figurarme placer mayor que, en el silencio y soledad del desierto, interrumpidos únicamente por la gerigonza de los arrieros, topar con un compatriota a cuyo idioma y hábitos nos hemos acostumbrado desde la infancia.

Las montañas aún continuaban disminuyendo su altura, mientras el torrente aumentaba en ancho y rapidez con numerosos tributarios. Su curso frecuentemente se interrumpía por isletas verdes cubiertas de sauces con que este valle es tan favorecido. Esta mañana pasamos un célebre boquete en una roca de que salía un torrente : se llama El Salto del Soldado, y se le llama así por la anécdota siguiente : Cuando San Martín avanzaba hacia Chile con el ejército libertador, un desertor de un regimiento fué perseguido cuesta arriba por la partida : viéndose muy apurado por sus perseguidores, al llegar a este barranco, tomó impulso consiguiendo saltar al otro lado. Sus enemigos se detuvieron al borde, y no animándose a afrontar el mismo riesgo, el sujeto escapó. Nuestra senda se interrumpió poco más adelante por un arroyo caudaloso ; pero costeándolo a corta distancia llegamos a un puente rústico hecho con dos vigas largas atrave-

sadas a la corriente, con los extremos descansando en toscos estribos de las piedras brutas diseminadas por todas partes. Gajos de árboles tapados con cascajo formaban el piso, y cruzándolo llegamos a una choza mísera de ramas revocadas con barro ; en su derredor había un potrero de regadío que alimentaba a los desdichados habitantes con provisión escasa de trigo, maíz y sandías. A poca distancia de aquí volvimos a salvar el mismo arroyo por un puente de madera, tan inseguro que nos obligó a desmontar y guiar las mulas.

A eso de mediodía, cuando se abrieron las cadenas de montañas que nos traían encerrados desde Uspallata, se presentó a nuestra vista campo bien cultivado, tanto más digno de notar, cuanto fué la única perspectiva agradable que vi en Chile. Era un valle ancho limitado por una fila de cerros más bajos y detrás los tremendos picos nevados de la Córdillera. Después de la región estéril e inhospitalaria que habíamos pasado, se nos abrió de súbito un encantamiento, y aun las pobres mulas parecían animarse con vida extraordinaria por la promesa del pastaje lozano que tenían por delante, después de cuatro o cinco días de ayuno. Marchamos una legua por potreritos de alfalfa y trébol, y campos donde el espeso rastrojo amarillo indicaba que recientemente se había levantado cosecha abundante de trigo. Encontramos pocos ranchos aislados a lo largo del camino, que, aunque notablemente sucios, eran muy pintorescos por su ubicación en medio de huertas de manzanos e higueras, mientras los techos estaban generalmente cubiertos con pasas de uva azucaradas. Los habitantes eran de aspecto escuálido : las más de las mujeres usaban sombreros negros masculinos encima de pañuelos atados a la cabeza por debajo del mentón. Los hombres eran fornidos y claramente con mucha mezcla india.

XIV

LLEGADA A SANTA ROSA. — SALIDA PARA SANTIAGO.— LA AGRICULTURA DE CHILE.—EL CAMPO DE BATALLA DE CHACABUCO Y EL VILLORRIO DE LA COLINA.—ENTRADA A SANTIAGO.

Luego llegamos al pueblo de Santa Rosa cuyas torrecitas habíamos visto algún tiempo atisbando por encima del espeso follaje de las huertas. Está trazado en calles derechas y paralelas que rematan en la Plaza, donde se hallan la catedral, el cabildo y otros edificios públicos. Las calles son muy limpias, con acequia por el centro, y aunque las casas sean solamente de barro, son hermosas y arregladas. Había pedido al caballero que encontramos hoy en la Cordillera me recomendase casa donde parar ; y por tanto, bajando en la que él se había alojado ordené todo lo que necesitaba, como si fuese fonda. Los dueños de casa eran tenderos respetables, la esposa argentina, el marido chileno ; éste se ocupaba en llevar de día a lomo de caballo mercaderías a los ranchos de las afueras, mientras la esposa atendía la tienda. Tuvimos tarde muy alegre, comiendo una bonísima cena muy bien parada, y teniendo cuarto tolerablemente cómodo para las camas.

Como las mulas venidas de Mendoza estaban completamente cansadas con la larga jornada y completa falta de alimentación en tres o cuatro días, los arrieros procuraron animales de refresco, montándonos a caballo. Cuando pregunté el importe del hospedaje me sorprendió que mi huésped y su esposa nada querían recibir, declarándose suficientemente honrados con nuestra visita. Me sentí contrariado, por el recuerdo de la manera que había pedido todo en la casa, su-

poniendo naturalmente tener que pagarlo : sin embargo, todas nuestras súplicas fueron vanas y solamente pude conseguir que la mujer aceptase una joyita de mi esposa y eso solamente como regalo amistoso. En este pueblito hay guardia donde se revisan los cargueros al entrar en Chile, para percibir los derechos. Encontré que el comandante era oficial retirado y afable que no me molestó, pero me han dicho que en general son muy minuciosos.

A eso de las doce, el 22, salimos de Santa Rosa siguiendo nuestra jornada para Santiago, veinte leguas de distancia. Después de dejar los potreros de las inmediaciones, entramos en campo seco, estéril y accidentado, con un rancho solitario aquí y allá, donde un arroyito permitía a los habitantes convertir los eriales circundantes en tierra cultivable para sostén de la familia, o donde pocas acacias raquíticas suplían alimento mísero y escaso a vacas y cabras medio muertas de hambre, que ramoneaban hojas y ramas. Me sorprendió mucho en Chile, ver primero un distrito improductivo, montañoso, cercado con pircas como si el campo valiera algo, no creyendo en aquel tiempo que los ganados pudieran mantenerse con el matorral raquítico y ralo desparramado en los cerros.

A tres leguas de Santa Rosa llegamos al pie de un cerro escarpadísimo que se llamaría montaña en cualquiera otra situación no tan cercana de los Andes : la subida fué muy aburridora con el camino torcido en zig-zag y, llegando por fin al tope, encontramos que era la cadena más elevada en aquella parte del país. Como había oído tanto del bello y fértil suelo chileno, esperaba ver al menos, solamente en mayor escala, una vista semejante a la que nos ofreció el valle donde se asienta Santa Rosa. Me chasqueó mucho contemplar, hasta donde alcanzaba la vista, una serie de cerros rugosos, estériles ; en verdad nunca he visto

perspectiva más horrible ; no tenía ni la alta vegetación y ganado de las Pampas, ni el orgullo ceñudo aunque estéril de la Cordillera ; todo parecía un desierto abatido, que no decía nada, horrible.

El descenso era muy empinado por camino estrecho que domina la quebrada boscosa. Se dice que si los españoles se hubieran apoderado de este paso, en tiempo que San Martín avanzaba sobre Chile, le habrían impedido la entrada, o, en todo caso, ocasionádole tropiezos y demora considerables al intentar invadir por otra ruta.

Noté con algún asombro que todo viajero que encontráramos en el camino llevaba un par de pistolas en las pistoleras de la silla, y sable al costado ; al averiguar la causa, encontré que después de la revolución los caminos habían sido constantemente perturbados por bandidos, desertores del ejército, que muchos robos y también asesinatos habíanse cometido principalmente entre hijos del país. En nuestra jornada nunca encontramos la mínima interrupción y aunque grupo fuerte en cuanto al número, íbamos completamente desarmados.

Hallamos tierras parcialmente cultivadas pero de la manera más descuidada, sembrándose mies cuando se podía regar el terreno, entre matas que se dejaban crecer sin estorbo. Naturalmente, la agricultura chilena parecía muy inferior para quien está acostumbrado a la prolija y excelente labranza de Inglaterra. El cultivo tal como es, se hace todo con bueyes ; la mies se transporta en carros cerrados, y la paja (de que víven todos los animales del país en invierno) en carretas con un palo alto en cada esquina, entre los que se amontona la carga a grande altura. La paja era de bello color claro, pero sumamente quebrada por el procedimiento de trilla empleado allí, igual al de las naciones antiguas de Oriente. Anejo a cada he-

redad hay una era circular, con piso pavimentado o nivelado de arcilla ; dentro de este espacio se ponen las espigas y se hace entrar luego una manada de yeguas arreándolas en círculo para que pisen el grano y, naturalmente, trituran la paja con los cascos. Se ara notablemente mal rozando apenas la superficie del suelo y echando los surcos a cada lado, de donde concluyo, aunque no vi hacer el trabajo, que los chilenos usan el mismo arado ineficaz que después vi emplear en el Perú. Como acababa de levantarse la cosecha, noté en Chile solamente uno o dos manchoncitos de trigo sin madurar.

Después de marchar ocho leguas llegamos al llano de Chacabuco, de larga fama por la victoria de San Martín sobre el ejército español. Es de grande extensión, la mayor parte cultivado, con algunas casas importantes anejas a los diferentes fundos. Sin embargo, colinas secas de arenas están diseminadas en todos los rumbos, aunque el campo en general sea bastante abierto y, por consiguiente, muy apropiado para evoluciones de caballería, de que siempre se enorgullecieron los españoles de América. Los ejércios eran casi iguales en número, cada uno de 4.000 hombres, aunque los españoles deben haber estado en mejor condición que las tropas de San Martín.

Pasamos la noche, junto al campo de batalla, en un rancho ruin, sin más que un cuarto y ése ocupado por la familia ; de modo que nos vimos precisados a dormir en la intemperie, disponiendo una especie de cobertizo con estacas y una frazada como habíamos hecho en el corazón de los Andes. Aunque habíamos visto muchas casas tolerables en el camino, ahora era obscuro y demasiado tarde para volver : todo lo que podíamos era hacer de tripas corazón en nuestro mal hospedaje. De acuerdo con esto entramos en la casa, y nos sentamos, entreteniéndonos en ver la fa-

milia hasta que llegó la cena, simplemente hervido semejante al que habíamos gustado en las Pampas. La única porción de la familia que permanecía en el rancho eran tres muchachonas atareadísimas en hacer pan, de harina y grasa mezcladas, golpeado violentamente con las manos y sobado en una batea semejante a artesa de carnicero. Esta ocupación era ejercicio muy duro, y las muchachas se turnaban : sin embargo, no les impedía cantar la célebre canción nacional chilena, compuesta a raíz de la victoria de San Martín en las inmediaciones. Lamento no recordar sino la primera estrofa y el coro, así concebidos :

¡ Ciudadanos ! el amor sagrado
De la patria os convoca a la lid ;
Libertad es el eco de alarma,
La divisa triunfar o morir.
El cadalso o la antigua cadena
Os presenta el soberbio español ;
Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantadle su cuello feroz.

Coro.

¡ Dulce patria ! recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró :
Que o la tumba serás de los libres,
O el asilo contra la opresión.

El coro en que se unían todas las voces es particularmente armonioso.

El día siguiente (23) después de cruzar un cerro descolorido, llegamos al villorrio de Colina, compuesto de ranchos, y algunas casas mejores de adobe : éstas tenían al frente columnatas de madera, que, como las cornisas, eran generalmente pintadas de rojo. Hay también una capilla de adobe. El camino, pasando

Colina, es ancho y limitado por tapias, o por ramas amontonadas que forman una especie de tosco cerco muerto. Este es el método más extraordinario y pródigo de utilizar materiales, particularmente donde escasea la madera : en vez de clavar postes y entrelazar las ramas como en Inglaterra, la gente elige los gajos mejores de acacia espinosa y los coloca unos encima de otros ; cuando se destruyen pónense ramas nuevas, y con el tiempo forman banco habitado por centenares de ratas que se veían retozando en el camino, y continuaban sus cabriolas aun al pasar nosotros.

Pronto perdimos toda traza de cultivo, el país se hace montuoso, y el llano está cubierto aquí y allí de rajas cortadas por leñateros que las venden luego por carga de mula en Santiago. Encontré que en todo el país la capital, Santiago, se llama Chile, lo que produce efecto curioso al oído del viajero, cuando es interrogado por los que encuentra : «¿Va usted a Chile? ¿Cuántas leguas hay a Chile?» Es lo mismo que si una persona en camino a Londres preguntase, en Kensington, cuántas millas hay a Inglaterra.

A juzgar por apariencias externas los habitantes de Chile no ceden a ninguna nación del mundo en punto de cortesía ; nadie, de cualquier clase, nos pasaba en el camino sin cambiar, aun con nuestros arrieros, la atención de tocarse el sombrero. Observé que ésta era práctica constante en todo el país, entre gentes de toda condición. El traje común de hombre era sombrero chico de Lima (como llaman erróneamente a los sombreros de paja blanca que vienen de cerca de Guayaquil) y poncho sobre chaqueta y pantalones. Nos divertía muchísimo ver los estribos extraños usados por los chilenos. Es un triángulo macizo de madera con dimensión de doce pulgadas, ahuecado para admitir la punta del pie. Va atado a un ángulo de la silla con estribera de cuero ; con frecuencia es muy tallado y los

dos ángulos inferiores, cortados generalmente como cuernos de algún animal, sirven al jinete a guisa de espuelas, estando siempre los ijares de la bestia muy maltratados por la constante aplicación de una de estas puntas.

Volteando la base de un cerro, a dos leguas de Santiago, tuvimos la primera vista de las torres elevándose entre plantaciones de álamos. La entrada viniendo de Colina no es bella, ni da al viajero idea muy favorable de la capital. Recorrimos alguna distancia entre altas tapias, destruídas en todas direcciones por viajeros que se metían cortando campo para evitar los malos caminos. Estos campos parece que antes estuvieron cultivados, pero ahora estaban en el estado más descuidado y estéril. Nos alegró encontrar algunos carruajes de familia. Me imaginé eran solamente de campo y no se usaban para paseos en la ciudad. Nos recordaban las grandes caravanas de títeres que frecuentan las ferias inglesas : quizás no sean tan altos, pero tenían cuatro ruedas bajas y techo inclinado como el de una casa. Podían contener doce o quince personas e iban tirados por una larga fila de bueyes uncidos : adentro veíamos la familia sentada tan cómodamente como en su propia sala.

XV

DESCRIPCIÓN DE SANTIAGO. — VISITA AL DIRECTOR.— PARTIDA PARA VALPARAÍSO.—ESCASEZ DE POBLACIÓN. —ROBOS EN EL CAMINO. — BUSTAMANTE. — CASABLANCA.—EL TERREMOTO.

La entrada inmediata a Santiago era por una sucia calle ancha, con casas generalmente muy ruines ; pocas más amplias y mejores tenían el frente coloreado de diferentes modos ; por primera vez veíamos esta

pintura que produce efecto muy original. Luego pasamos por un puente de mampostería lo que se llama río, pero en esta altura del año no es más que cauce ancho con cantidad insignificante de agua. Después entramos en la Plaza, y, teniendo a la vista el Hotel Británico, de la señora Walker, y estando muy cansados, las miradas no buscaron mucho otras cosas. Fué regalo completo, después del mísero alojamiento que habíamos probado y las fatigas y suciedad que nos habíamos visto obligados a soportar, volver a entrar en la vida civilizada y disfrutar por lo menos una sombra de las comodidades inglesas con una dueña de casa inglesa.

La ciudad de Santiago está junto al pie de los Andes, aunque habíamos recorrido veintidós leguas por país bastante nivelado desde Santa Rosa para llegar aquí ; lo cierto es que en esta distancia marchamos en línea paralela a la Cordillera ; pero hay otro camino, llamado del Portillo, más corto aunque no más seguro, al final de la estación, que desemboca de la Cordillera junto a la ciudad. Está trazada en *cuadras* con plaza central, tan hermosa como cualquiera que haya visto en Sud América. El palacio del Director, el cabildo y la cárcel, formando línea de edificios bastante regulares y majestuosos, componen un costado del cuadrado, y otro, la catedral y el palacio episcopal ; los dos restantes se componen principalmente de tiendas.

La catedral es hermoso edificio de piedra sillar, evidentemente construído por un europeo a juzgar por el estilo clásico de su arquitectura ; único ejemplar de su clase que recuerde haber visto en Sud América, donde este género de edificios públicos generalmente participa del estilo morisco. Este edificio no estaba terminado, ni hubo trabajadores ocupados en él mientras permanecimos en Santiago : el cuerpo de la iglesia, sin embargo, está completo y se celebra

allí el culto. El palacio episcopal es edificio ruin y una vergüenza para una ciudad católica romana. En media plaza hay una fuente hermosa que provee agua a la ciudad : la rodea una gran pila donde peones y esclavos llenan de agua los barriles que llevan a las diferentes casas. Las calles son derechas y pasablemente anchas, cruzándose cada 150 yardas en líneas paralelas, con acequias la mayor parte. Las casas son principalmente de un piso, bien blanqueadas, con cornisas figuradas y puertas y ventanas pintadas de verde. Entendí que el año anterior se había efectuado gran mejora en el exterior de las casas y habido en consecuencia gran demanda de cal y pintura verde. La entrada de las casas es por gran puerta de dos hojas que da al patio pavimentado, al que se abren los cuartos principales. Las mejores casas, atrás del primero tienen un segundo patio, y, al fondo, corral. Me sorprendió mucho un día que comíamos con un amigo, mientras todos estábamos muy ocupados, ver que los caballos se llevaban por la sala y, preguntando, supe que era el único pasaje de la calle al corral. Lo mismo sucedía en muchas casas de la ciudad : en efecto, una dama que alquilaba casa muy buena, no agradándole esta molestia, pidió al propietario le permitiese construir un zaguán tomando parte de la sala ; pero el pedido fué denegado, alegando que importaba inutilizar la mansión.

Las iglesias en general son bastante hermosas, así como la Aduana. Hay también un teatro. La alameda llamada Tajamar, a lo largo del río, es muy concurrida por la gente. Desde allí se goza linda vista de la Cordillera, y los árboles dan sombra agradable durante el calor diurno, mientras el viento que viene de las cumbres nevadas es fresco y tonificante.

El día siguiente de llegar visité al Director en su palacio. Es hermoso edificio con habitaciones princi-

palmente ocupadas por oficinas de gobierno. Entré en una antecámara pequeña donde estaba el ayudante de servicio, quien, tomando mi nombre, me introdujo por una puertita al salón de audiencia, en que se hallaba el director Freire. Este salón es hermoso y amplio, con el testero del fondo un pie más alto que el piso. En el estrado había silla y mesa en que el Director estaba escribiendo. Cuando entré se levantó y adelantó hasta el borde de la plataforma para recibirme y, luego que le impuse de mi asunto, me dió la bienvenida con un cordial apretón de mano. Su aspecto era sencillo, con maneras rudas de soldado : se había distinguido por su valor, particularmente en el asalto de Talcahuano, última fortaleza defendida por España ; era querido por la tropa, pero, según lo que vi y oí, imaginaría que carece de aquella especie de talento adaptado para hacer gobernante prudente y político en Estados nuevos.

Después de estar seis días en Santiago para reponernos y tener noticia de los barcos que iban a Lima, salimos el 29 de abril, para Valparaíso, distante treinta y una leguas. El viaje se hace con frecuencia en quince horas, mudando caballos, pero, en general, toma dos días : el grupo sale a mediodía y llega a Bustamante, diez leguas, antes de anochecer, y en la tarde siguiente llega al Puerto, como llaman a Valparaíso para distinguirlo del Pueblo, como llaman a Santiago.

Tanto las mujeres como yo montamos a caballo y, como antes, el equipaje se llevó en mulas. Preferí viajar así, aunque más bien lento, porque en total es más conveniente ; además, tendría el equipaje a la vista. De este modo hicimos el viaje cómodamente saliendo de Santiago a mediodía, marchando el día entero en el segundo, y llegando a Valparaíso el tercero temprano.

Saliendo de Santiago, cruzamos primero una llanura seca y tostada de tres leguas de largo, dejando a la izquierda el célebre llano de Maypú. Cuando mencioné a un amigo que nos acompañó parte del camino, mi chasco por la esterilidad dominante en todo Chile, me informó que no siempre estaba tan seco y quemado como al presente ; pero, según mi información, diría que nunca viajé por un país con tan poco aspecto de aptitud y tan totalmente imposibilitado para mantener población densa. Todo el camino de Santiago a Valparaíso es sucesión de tres cuestas que producen poco, excepto matorral. En algunos lugares, en efecto, se encuentran lindas quebradas umbrosas, llenas de verdor, que algo alivian la tristeza del camino. En vez de valles bien cultivados entre cerros, no encontré más que llanuras chamuscadas, menos donde los habitantes de un rancho desdichado se habían esforzado para regar y cultivar un parchecito en la aridez circundante. También me sorprendió la escasez de población, más especialmente en el camino principal de Chile. Creo que pasé solamente dos o tres villorrios de no más de 200 habitantes cada uno, en toda la distancia de noventa millas, fuera de algunos ranchos aislados muy desparramados.

El camino de la ciudad al puerto, supondría según lo que veía y recordaba, es uno de los mejores de Sud América ; es muy ancho y sólido y para bajar los cerros rugosos ha sido cortado en forma de escalera, bastante ancha para pasar tres carruajes de frente. Fué obra del virrey O'Higgins, y largo tiempo será monumento de su espíritu público. Sin embargo, como sucede con todas las obras nacionales de estos y algunos otros países, que han costado grandes sumas de dinero, se las abandona, no obstante que una reducida anualidad bastaría para repararlas. En la época que lo pasamos, la lluvia había abierto profundos canales en distintos puntos del camino.

El tráfico entre la ciudad y el puerto se hace en mula o grandes carros pesados y cubiertos, tirados por bueyes que avanzan con lentitud muy aburridora con gran dificultad para bajar las cuestas. Lo hacen uniendo una yunta de bueyes en la culata, que van para atrás, conservando tirante la cuerda del tiro, a fin que el carro baje gradualmente. Antes había una especie de diligencia entre Santiago y Valparaíso, cubriendo la distancia en un día. Un doblón español, £ 3.5.0. 5c. se cobraba por asiento, y el negocio lo hacía un inglés; pero resultó que no respondía y se abandonó.

Estas cuestas son refugio de numerosos bandidos que diariamente roban y asesinan a viajeros nativos; pero, aunque los ingleses recorren el camino a todas horas, apenas ha sucedido un ejemplo de que sean atacados. Tienen cuidado siempre de ir muy bien armados. El día que dejamos la ciudad, el sirviente de un caballero inglés fué asesinado en la primera cuesta, a cinco leguas de Santiago, y robaron los caballos que conducía para muda del patrón. Pasamos por el sitio dos horas después ignorando lo ocurrido, no habiéndose encontrado el cadáver en dos días, pues lo hicieron rodar cerro abajo a una quebrada boscosa. Nadie piensa en viajar sin armas, ni aun los arrieros, que, no obstante, son atacados a menudo. Estos salteadores, generalmente hacen fuego desde el matorral sin prevención alguna, de modo que todo preparativo contra ellos poco sirve; y si yerran el blanco la persecución es imposible pues conocen muy bien todos los vericuetos del país.

Al pie de la primera cuesta, que bajamos por la senda de mulas más áspera que se imagine (los arrieros siempre prefieren el camino a su manera, a cualquier progreso), llegamos obscuro a Bustamante, fila de ranchos bajos de barro, con dos o tres cuartos dis-

puestos para viajeros, exactamente por el estilo de las postas pamperas. Los platos de nuestro refrigerio fueron también muy semejantes, hervido y caldo.

Seguimos el 30 antes de venir el día y encontramos el aire notablemente sutil y penetrante. Por la mañana llegamos a un villorrio, donde nos vimos obligados a apearnos para entrar en calor dentro de un rancho. Después de pasar la segunda cadena de cerros, bajamos a un llano donde vi la primera aproximación de lo que en Chile se llamaría propiamente árbol. El sol, a medida que avanzaba el día, brillaba con mucha fuerza y nos alegramos de hallar algunas sandías para aplacar la sed. Al fin de un trozo largo y derecho del camino, llegamos al villorrio de Casablanca, viendo allí las primeras señales del espantoso terremoto del último noviembre. Aunque pasados seis meses, poquísimas casas se habían reconstruído y el resto del poblado ofrecía horrible espectáculo de ruinas. Llegamos allí algo temprano ; sin embargo, como no podíamos llegar en el día a Valparaíso, distante diez leguas, resolvimos quedarnos, pues no había otro lugar en el camino donde alojarnos. Nos apeamos donde un inglés llamado Brown, cuya casa, construída y alhajada a todo costo para albergar pasajeros, fué destruída. Sin embargo, no se había acobardado y sus posesiones, cuando estuvimos allí, surgían rodeadas de desolación y ruinas. Nos trataron bien esta tarde, aunque el dueño de casa se quejaba mucho de la carestía y escasez de los víveres.

Saliendo de Casablanca el 1.° de mayo temprano llegamos a la tercera cuesta, tres leguas de Valparaíso ; y, cuando la subimos, avistamos de lejos el Océano Pacífico. Después de la fatiga de cruzar todo el continente sudamericano, saludamos gozosos la vista del mar, pues en sus orillas nuestras andanzas, al menos por algún tiempo, iban a cesar, aunque nos recordara

la inmensa distancia que nos separaba de nuestros amigos y de nuestro país. El sendero de mulas, desde el alto de esta cuesta áspera, es lo más incómodo ; pero los arrieros aun lo prefieren a la carretera, por ser quizás algo más corto.

XVI

VALPARAÍSO.—EFECTOS DEL TERREMOTO.—ENTREVISTA CON O'HIGGINS. — SU CARÁCTER. — ASESINATOS EN CHILE.

No vimos Valparaíso hasta estar encima, debido a hallarse completamente oculto por barrancas. Compónese de una larga calle tortuosa, trazada en una faja angosta de tierra entre el mar y los cerros casi perpendiculares. En efecto, están en algunos lugares tan cerca del Océano que ha sido necesario cortar parte de las montañas rocosas para ensanchar la calle. Sin embargo, hay dos o tres quebraditas, en ángulos rectos con la calle, en las que se ha edificado. El terreno adecuado es realmente tan escaso, que una o dos casas se han levantado en lo alto del precipicio, que por lo menos deben estar a cien yardas de las inferiores.

La ciudad se divide en dos partes, el Almendral, o suburbios, y el Puerto. En el Almendral el terreno comprendido entre el mar y los cerros es más ancho, y lo ocupan algunos jardines. Esta parte, a juzgar por su nombre, ha consistido primitivamente en jardines hasta que el aumento de población en la ciudad ha valorizado la tierra. El Puerto está alrededor de una caletita en que fondean los barcos. Cuando llegamos, Valparaíso ofrecía un espectáculo tristísimo, a causa del último terremoto. El Almendral sufrió muy severamente escapando apenas algunas casas ; y

sorprendía que en seis meses los habitantes no hubiesen progresado más en reconstruir sus viviendas. En los departamentos del Gobierno esta demora era más visible, pues mientras la mayor parte de los particulares se ocupaban en sacar los escombros o reconstruir sus moradas casi todos los edificios públicos permanecían siendo un montón de ruinas. Entre los más notables de éstos estaba la iglesia del Almendral, que, aunque con muros de materiales sólidos de cuatro pies de espesor, cedió al remesón, y sepultó muchas pobres víctimas que habían esperado de la santidad del lugar evitar la espantosa catástrofe. El castillo y fuerte de Valparaíso también tenía el mismo aspecto de haber sido hecho pedazos por el enemigo. Algunas casas nuevas fueron reconstruídas, como dicen «a prueba de terremoto», enteramente de madera o gajos entrelazados con maderos, revocadas con barro y luego blanqueadas. Se sintieron muchos remesones mientras estuvimos en Valparaíso; y tan fresco los habitantes conservaban el recuerdo de la calamidad que, a la menor alarma, se precipitaban a la calle, santiguándose, e invocando el socorro de la Virgen.

Tenía cartas para O'Higgins, ex director de Chile, e informándome que podía verle a pesar de ser una especie de preso político, resolví visitarle. Lo encontré viviendo en casa del gobernador de Valparaíso, Zenteno, con permiso de andar por la ciudad bajo palabra de honor. Mucho me complació la entrevista, encontrándole muy animado y entretenido. Este oficial veterano había nacido en Sud América pero sido educado en Irlanda, de donde provenían sus antepasados. Hablaba nuestro idioma notablemente bien y parece en particular partidario de todo lo inglés. Es de baja estatura y corpulento y su rostro me recordaba mucho los retratos de Oliver Cromwell. O'Higgins es sin duda valiente y general pasable; pero su carác-

ter parece demasiado abierto y sincero para épocas de intriga y revolución. Tomó parte importantísima en la liberación de Chile, levantando un gran partido en favor de la independencia y estuvo con San Martín en la batalla de Chacabuco. En ocasión que el ejército realista, al mando de Osorio, sorprendió de noche a los patriotas, O'Higgins, con su influencia y actividad restableció el orden en la capital y ayudó a su amigo para reorganizar las tropas dispersas. Fué instrumento principal para movilizar el ejército que poco después ganó la batalla de Maypú contra el ejército victorioso que marchaba lleno de confianza para apoderarse de Santiago. O'Higgins habría sido quizás un buen Director de Chile de actuar por sí, no permitiendo que un ministro artero imperase en los consejos. Su nombre constituye poderoso apoyo para la causa independiente, pues su padre, virrey de Perú y Chile, ha dejado recuerdo de un carácter que será siempre venerado en Sud América.

Valparaíso disfruta comercio muy importante: término medio hay continuamente en el puerto ochenta barcos, incluyendo los cascos viejos de la llamada escuadra y los buques nacionales. El número ordinario de barcos británicos es de veinte y casi otros tantos norteamericanos. Los asuntos de Aduana se despachan de la manera más molesta y embrollada, por no haberse establecido ningún sistema regular; y los empleados eran tan accesibles al cohecho que sin él nada se hacía. La ciudad está llena de ingleses, muchos de ínfima condición y de pésimo carácter; operan de corredores, contrabandistas, etc., y aferran al pobre extranjero que llega por consignación de mercaderías, dejándole generalmente arrepentimiento por su credulidad. Las principales exportaciones de Chile son cobre, trigo, cebada, cueros y caballos; de los tres últimos artículos, Valparaíso tiene tráfico costane-

ro muy considerable con Perú y Guayaquil. Es uno de los lugares más desagradables en Sud América para residir ; pues, aparte de los frecuentes terremotos, la ciudad es tan encerrada por cerros que el calor del verano es horrible ; el sitio también es sentina del país entéro, de modo que la población nativa es de pésima clase. Muy raramente pasa una noche sin algún asesinato ; y los extranjeros, en la época de mi estada, rara vez pensaban en salir de sus casas después de obscurecer. Los naturales chilenos son considerados de los más sanguinarios e incivilizados de todos los hispano-americanos ; y aunque muestran mucha cortesía exterior, sacan cuchillo a la menor provocación.

Lo mismo sucede en Santiago. Una tarde disfrutaba el paseo del Tajamar, y me sobresaltó un jinete que venía por el paseo a toda furia. Atropelló y mató a un hombre en el sitio, continuando su carrera sin mirar siquiera atrás. La mayor parte de los ingleses se precipitaron al lugar mientras los paseantes nativos no se tomaron el mínimo interés en el suceso, y vimos sacar el cadáver con la mayor indiferencia. Uno ó dos días después de este incidente, un oficial inglés al servicio de Chile paseaba a caballo fuera de la ciudad, cuando vió un hombre que atacaba a su mujer con cuchillo. El oficial se apeó de un salto para interceder por la víctima, y el marido inmediatamente vació los intestinos del oficial dejándolo muerto. Generalmente se cometen asesinatos del modo más cobarde mediante puñaladas en los riñones y el bellaco se pierde de vista, antes que el herido dé vuelta para hacer frente al asesino.

XVII

EMBARQUE PARA LIMA Y ENTRADA EN EL CALLAO.—CAMINO A LIMA.—LA ALAMEDA.

El día 13 de mayo, con pasaje tomado a bordo del *Medway*, matrícula de la India, nos hicimos a la vela de Valparaíso para nuestro destino, Lima. Tuvimos viaje agradabilísimo ; las comodidades eran excelentes y la ruta quizás más placentera del mundo. El mar abierto de esta costa es verdaderamente pacífico ; el viento es generalmente firme y constantemente del Sur, de modo que adelantábamos sin ningún movimiento y a toda vela. Llegamos al Callao en el décimo día, tomándonos la calma dos días a la vista del puerto. Por otro lado, la navegación del Callao a Valparaíso es desagradable y fastidiosa, pues los barcos tienen viento contrario en todo el viaje. Los primeros pobladores españoles empleaban dos o tres meses del Callao a Valparaíso ; seguían la costa con bordos costosísimos ; y se cuenta en el Perú que un navegante audaz, resolviendo abandonar el antiguo derrotero, salió mar afuera, y llegó a Valparaíso en un mes. Al retornar a Lima, refirió a sus paisanos lo rápido del viaje, pero tuvo razón para arrepentirse de su espíritu emprendedor, pues fué quemado por la Inquisición de Lima, por haberse valido de la magia, merced a la que había llegado a Valparaíso más pronto de lo que la destreza humana, sin ayuda del diablo, le hubiera permitido.

Desembarqué en el Callao el 23 de mayo. Los fuertes tienen aspecto imponente al aproximarse, conservándose en buen estado, y armados con numerosos cañones ; pero la ciudad misma es de apariencia misérrima. Se compone de ruines chozas y casas de ba-

rro, una desgracia para la capital vecina. Remamos en el bote hacia un muellecito que entra cien yardas en la bahía, compuesto en parte con un buque de sesenta cañones echado a pique muchos años atrás con este fin, y prolongado con algo como muelle de pilotes, con intervalos rellenos de piedras.

Sentí calor sofocante al desembarcar, y el polvo fino y sucio del lugar, que casi llegaba al tobillo, era muy molesto. Como tenía carta de recomendación para la casa española del señor Estanislao Lynch, agente del *Medway*, fuí con el capitán para visitarle; y bondadosamente mandó buscar carruaje que llevase mi familia a la ciudad.

Del Callao, el camino de Lima, pasa por el portón del fuerte, a un camino nivelado, con antepecho a ambos lados de diez y ocho pulgadas de altura. El piso es de guijarros sueltos o de arena espesa, que lo hacen muy desagradable para quienes van a caballo. Como a media milla del Callao pasamos un villorrio importante, a la derecha, llamado Bellavista, que en épocas florecientes era lugar de recreo para excursiones de placer, pero ahora está muy descuidado. Los jardines, al principio muy cuidadosamente cultivados, se hallaban en estado de desolación. Me sorprendió mucho el aspecto de bullicio y tráfico en todo el camino, indicando la vecindad de una gran capital. El camino, notablemente ancho, era frecuentado por arrias de mulas grandes llevando sus cargas para Lima cuyas torres acabábamos de ver rodeadas de verdor, al pie de los Andes gigantescos.

Camino de la capital iban mezcladas mercaderías procedentes de todo el mundo; manufacturas británicas, con sus pulidos embalajes, marcas y números; barricas de harina norteamericana, dos por mula; botijas de aguardiente de Pisco, con capacidad de diez y ocho galones, hechas de fuerte arcilla provistas de una

especie de canasta lateral ; sedas y algodones de India y China ; fardos de tabaco de Guayaquil ; y pilones de azúcar de la costa norte del Perú, en forma de pequeños timbales. Los arrieros presentaban el aspecto más grotesco imaginable. Los más eran negros o mestizos y notablemente altos : sus facciones obscuras bajo los inmensos sombreros aludos del país, a veces de color natural, blancos, otras pintados de negro ; y sus piernas largas colgando desnudas a ambos lados de la bestia, con enormes calzones holandeses, dábanles aspecto salvaje y feroz, contribuyendo a aumentarlo sus largos rebenques y gritos de enojo o estímulo para las mulas.

A medio camino de Lima hay una pulpería y, como contraste, una iglesia ; esta casa se llama La Legua, pues hay una legua de Lima y del Callao ; todos se paran aquí ; probablemente no pasará un solo arriero o carrero, sin hacer lo mismo por consideración alguna. El país, a lo largo del camino, es susceptible de cultivo y hay abundante agua de riego ; pero a consecuencia de los tiempos turbulentos ha sido abandonado, y, derrumbadas las tapias en muchos sitios, queda un simple llano seco. Como una milla y media antes de llegar a la muralla de Lima, entré en la bella Alameda que conduce a la ciudad ; los árboles, especie de sauce, casi se tocan con las copas, y hacen sombra gratísima. Hay cuatro hileras y el espacio intermedio es pavimentado en veinte yardas de ancho, con veredas laterales entre las filas exteriores, donde a intervalos regulares hay bancos de ladrillo para comodidad de los peatones. El camino y la Alameda se hicieron bajo la dirección del virrey O'Higgins que también construyó la carretera de Santiago a Valparaíso. Su proyecto era llevar la Alameda hasta el Callao, pero nunca la completó. A medio camino del paseo, la puerta de Lima, compuesta de tres altos arcos, parece arco

triunfal y sugiere al viajero una gran idea de la ciudad. Mirando atrás hacia el Callao, la vista también es muy linda : los árboles se diría llegan hasta la orilla del mar y los barcos en el Pacífico azul, mediante esta perspectiva natural, parecen más cerca de lo que realmente están ; más allá, la isla de San Lorenzo cierra la perspectiva.

Por la puerta pasamos a una calle corta y ancha, empezada por San Martín, pero nunca concluída ; y es de lamentar mucho la ausencia de una calle buena que lleve desde la puerta directamente al corazón de la ciudad.

Tenía cartas de recomendación para míster Juan Parish Robertson, y le visité primero. Muy bondadosamente me invitó a llevar mi familia a su casa, ya preparada al efecto, y después de hacer una visita apurada al Presidente de la República y al ministro de la Guerra, volví al Callao en el carruaje de míster Robertson, tirado por mulas, que esperaría hasta el día siguiente para llevar mi familia a Lima.

Por tanto salimos para Lima en el carruaje de míster Robertson y en otro que nos prestó míster Lynch. Llegamos a eso de mediodía, y encontramos a todos muy atareados en los preparativos de un baile que darían, el 25, los argentinos residentes en Lima, conmemorando la independencia de su patria. Se nos enviaron invitaciones, y aproveché el intervalo en presentar mis cartas de recomendación y recibir visitas.

La noche siguiente fué la alegre fiesta, por la que cientos de corazones frívolos habían palpitado. Entrando en el patio de una linda casa, alquilada a propósito, subimos una escalera alfombrada entre dos filas de granaderos del regimiento del Río de la Plata (1), a un salón bellamente adornado. En el teste-

(1) El Regimiento del Río de la Plata, se componía de

ro ondeaba la bandera argentina, blanca y celeste, sostenida por los estandartes peruano, colombiano y chileno. Los adornos del salón eran blanco y azul, y la mayor parte de los asistentes llevaban lazos de cinta del mismo color. La concurrencia estaba espléndidamente vestida, especialmente los militares; y quizás no había un solo país de América, y acaso diría también de Europa, sin estar representado por algún nativo. Mientras muchas mujeres parecían muy superiores a cualesquiera que hasta entonces hubiese visto en Sud América, y vestidas con mejor gusto de lo que se esperaría tan lejos de Europa, otras parecían uno o dos siglos atrás, ataviadas con enormes aderezos mal hechos de brillantes finos, colgados en las personas sin discernimiento o elegancia. Las modas europeas habían venido gradualmente con las modistas francesas de Buenos Aires a Chile y de allí a Lima y entendí habían hecho rapidísimo progreso en solo un año. Las damas mejor vestidas daban pruebas de ello.

Allí fuí presentado a muchas personas que se habían distinguido en Sud América, principalmente oficiales peruanos, colombianos, chilenos, argentinos, ingleses, franceses y norteamericanos que ostentaban en sus pechos la orden del Sol de San Martín. Las danzas españolas eran muy elegantes y los nativos generalmente tienen mucha gracia. Las parejas se colocan al estilo inglés antiguo; pero el compás es de vals lento y las figuras son mucho más variadas y complicadas. La música en esta ocasión a cargo de la banda del regimiento Río de la Plata, era como pocas veces he oído mejor; y aunque consideramos difícil para ejecutantes en instrumentos de cobre tocar tan largo tiempo, sin embargo, estos músicos no solamente lo

---

los batallones núm. 1, 7 y 8 de los Andes, refundidos en dos batallones al mando del coronel Correa (argentino)—B. Mitre, Victoria de San Martín.—N. del T.

hicieron con gran facilidad, sino que también tocaban marchas en los intervalos. Empezando el baile a las diez, a las doce se abrió el salón para una cena magnífica, provista de todas las delicadezas. Este apartamento, como el salón de baile, estaba adornado con los colores argentinos, y los dulces eran muy apropiados. El moblaje, la plata labrada, etc., se habían prestado para la fiesta por las familias. Durante la cena, el general Guido, ministro de la Guerra de San Martín, presidía y se desempeñó con gran brillo, pronunciando oportunos brindis y discursos patrióticos. Después de la cena se reanudó el baile, que continuó hasta el día.

XVIII

DESCRIPCIÓN DE LIMA.—EL PALACIO, LA CATEDRAL, EL CABILDO.—LAS IGLESIAS, LA INQUISICIÓN, LA MONEDA, LOS MERCADOS, ETC.

Aproveché la oportunidad temprana de recorrer Lima para ver los edificios públicos y particulares, y quizás sea bien intentar aquí una descripción breve de la ciudad, tal como la encontré, confirmada por observaciones posteriores.

La capital del Perú se considera la ciudad más bella de Sud América, relativamente a tamaño, población y belleza. Su largo es casi una legua, por media legua de ancho. Los habitantes generalmente se calcularon en 70.000 ; actualmente se supone pasan de 100.000 ; pero, que yo sepa, no se ha levantado censo desde la revolución. Está al pie de un país montañoso, junto a los Andes, sobre el Rimac que, corriendo de Este a Oeste, separa los suburbios, de la misma manera que Southwark está separado de Londres por el Támesis. Para unir la ciudad con los suburbios, se

erigió en 1618 un puente de cal y canto con seis arcos ; es perfectamente plano, sin balaustradas, y con antepecho de dos pies de alto a cada lado, para impedir que los peatones caigan al agua.

Lima generalmente se considera ciudad abierta, pero no es así estrictamente : la rodea una tapia de quince pies de altura y cinco de espesor, dispuesta con bastiones regulares, cerrando el circuito en la orilla sur del río. Esta muralla se levantó simplemente contra invasiones de indios ; y, de ser apta para resistir a la artillería, difícilmente se guarnecería con menos de 80.000 a 100.000 hombres.

Se entra en Lima por seis puertas, tres de las que son hermosos arcos de piedra, según modelos romanos o griegos ; la del Callao y la que conduce del puente a la plaza son las más dignas de atención por su tamaño y justas proporciones.

Como la muralla toca la orilla del río, en cada extremo forma un arco de círculo bastante regular, y por ser la ciudad amurallada más larga que ancha, no está ocupado por casas un espacio considerable hacía el Sur, y mayor distancia desde el Rimac, pero tiene trazados terrenos y jardines de recreo, llenos de lozanos frutales. Las frutas más notables son chirimoyas o manzanas de crema, granadilla del tamaño de un huevo con aspecto y sabor de uva espín, y limón dulce, además de limón, lima, banana, duraznos y naranjas de tamaño grandísimo en abundancia. Al lado exterior de la muralla hay también lindos jardines particulares, y más allá alfalfares muy extensos y productivos para proveer la ciudad, llevándose diariamente los ataditos a lomo de pollinos.

La entrada en Lima, especialmente por la puerta del Callao, es muy atrayente ; las lucientes cúpulas y las torres de varias iglesias y edificios públicos, se alzan del seno de arboledas de naranjos y limoneros y

contrastan lindamente con su verdor. El ápice de la catedral, la cúpula de San Agustín, y las torres de Santo Domingo y San Francisco, son las más salientes. En el fondo, los Andes, que parecen en algunos sitios aproximarse a la ciudad hasta cerrar las calles principales.

Cruzando el puente el pasajero llega inmediatamente a la plaza de cuyos cuatro costados las calles se ramifican como de costumbre en cuadras ; naturalmente son derechas y casi todas del mismo ancho ; muchas tienen acequias que contribuyen mucho a la salubridad y limpieza. El pavimento central es de guijarros, y las veredas de los costados de losas toscas malamente colocadas, y tan estrechas que aun en las calles principales dos personas apenas pueden caminar de frente.

Dos costados de la plaza están formados por edificios públicos. El palacio o casa de Gobierno, donde al principio el virrey mantenía su rango, ocupa una manzana entera de 150 yardas por costado. Es edificio antiguo, revocado y feo, de color rojizo, con la entrada principal a la plaza, y otras tres calles, cada una de las cuales forma un costado : las tiendas más ruines semejantes a las de nuestros tratantes ingleses en artículos navales o hierro viejo, ocupan lo que puede llamarse piso bajo en los dos frentes principales de este edificio ; de ahí que el conjunto tenga un aspecto de desdicha y grandeza venida a menos. Adentro el moblaje y los apartamentos de gobierno corren parejas con el exterior ; las habitaciones son largas y angostas, pero algunas aun ostentan reliquias de deteriorada magnificencia. Ahora se usan principalmente para oficinas que atienden el despacho de los asuntos públicos. Los patios tienen fuentes y los jardines están trazados de manera muy regular. Durante la administración del marqués de Torre Tagle, asuntos de gobierno se resolvían en su domicilio particular, uno

de los más hermosos edificios de Lima y poco antes de mi arribo había sufrido restauración completa.

Mirando del palacio a la izquierda, está la residencia del arzobispo y la catedral; la primera es indigna de la última, que es imponente estructura de piedra gris, con dos torres al frente. Opuesto a la residencia arzobispal hállase el Cabildo, difícil a primera vista de distinguir de los portales que ocupan el resto de la cuadra; filas de tiendas se instalan bajo estos portales, con las veredas del frente hechas con guijarros de colores, dispuestos en forma de cruces, estrellas y otras figuras ornamentales. Bajo los portales se tiene la bolsa de comercio, donde los comerciantes y otros se reunen para negociar, u oír y discutir las novedades del día con los holgazanes que también frecuentan. En el centro de la plaza hay una hermosa fuente de bronce, que se levanta de un gran pilón y tiene leones echados a los costados; compónese de tres órdenes de chorros, coronada por la estatua de la Fama. La ciudad se surte de agua en mucho de este pilón, y se lleva en barrilitos a hombro, o a lomo de mulas y pollinos.

Las iglesias, con excepción, según creo, de la catedral, son de adobe o madera enyesada; las principales son Santo Domingo, San Agustín, la Merced, San Francisco y Santa Rosa, pero hay muchas otras de menos notoriedad. Las cuatro primeras están anejas a conventos, hermosas construcciones que ocupan cada una gran espacio de terreno con patios sucesivos. Los muros son generalmente pintados con pasajes de las Escrituras, y los pisos de baldosa de colores imitando mosaico. Los frentes de la mayor parte de las iglesias son prolijamente ornamentados con nichos llenos de santos, arabescos y otros dibujos, cuyo costo y trabajo no fueron mucho mayores, antes de despojárseles de sus utensilios y ornamentos de oro y plata.

No tienen mamparas que dividan el coro de la nave, y al entrar por la puerta mayor nada hay que obstruya la mirada hasta el altar en el otro extremo. Las mesas, las barandillas que las rodean, y las arañas colgadas por todas partes, fueron antes de plata maciza dorada ; pero durante la contienda pendiente la madera y el metal de baja ley la han reemplazado, aunque el dorado se ha prodigado en éstas con la máxima profusión para ocultar su falta de valor intrínseco. Se da aspecto particular de magnificencia a las iglesias mayores de Lima con cortinas de terciopelo carmesí que en las grandes funciones oficiales cuelgan y cubren todos los pilares que soportan el techo de la fábrica. Generalmente tienen dos órganos, uno frente a otro, y sobre la puerta mayor.

En el suburbio del otro lado del Rimac hay una capilla de yeso pintado que los limeños tienen como gran curiosidad ; se dice fundada por mano de Pizarro, pero nunca pude obtener ningún testimonio auténtico de esta historia. Aun se usa para el culto y se tiene gran cuidado que siempre ardan cirios en ella. Relacionada con edificios religiosos se puede mencionar la Inquisición ; este edificio ha desmejorado mucho y no es notable por nada excepto sus enormes puertas macizas, y una inscripción en ellas para justificar la propagación del cristianismo a filo de espada. En los calabozos y cámaras interiores se exhiben instrumentos de tortura y argollas y cadenas con que los criminales eran atados a las paredes. Ultimamente la Inquisición ha sido utilizada por tropas de la guarnición de Lima. La actual sala del Congreso primero formó parte de la Inquisición, y ni adentro ni afuera presenta nada digno de mención.

La Moneda es edificio muy grande e importante, aunque durante la guerra ha sufrido como todos los demás establecimientos públicos. La única observa-

ción respecto a la Aduana, es que ocupa la ubicación más inconveniente para los negocios y los depósitos son demasiado chicos para llenar su objeto.

Las casas particulares de Lima, son hermosas y algunas, habitadas por ingleses, se conservan en muy buen estado y amuebladas con la mayor comodidad y esplendor. Ya he mencionado el palacio del marqués de Torre Tagle ; pero apenas inferior a éste es la residencia de un gran comerciante británico muy eminente. Lo que antes se llamó Hotel de Francia, arreglado para el Libertador Bolívar cuando vino a Lima, quizás iguale a cualquiera de los dos. Todos son de adobe y como no llueve, los techos de caña enyesada son planos y sin declive. Las paredes de los zaguanes a la calle y del interior de los patios son pintadas muy alegremente con paisajes, batallas, escenas de la Biblia, o acontecimientos históricos, con figuras de tamaño natural. No pocas casas en vez de zaguanes costosos los han pintado de relieve y generalmente con tanta habilidad y efecto que engañan la mirada por completo cuando se miran de cierta distancia. La mayor parte de las ventanas son con reja de hierro trabajado en varias formas caprichosas ; y por ser ésta y los balcones a menudo dorados dan a toda la ciudad grande apariencia de riqueza y esplendor.

Los grandes mercados de Lima son los de San Francisco y San Agustín, pero hay además otros en los atrios de las iglesias. Se nota que los carniceros con puestos en ellos, son limeños. Los mercados son las partes más sucias de la ciudad y están atestados de negros que cocinan platos sabrosos al aire libre para vender a los transeuntes. Traen el pescado en canastas mujeres indias de la costa, principalmente de Chorrillos. Los vendedores de fruta y legumbres las extienden en el suelo bajo un enorme paraguas de lona : estos productos son traídos por esclavos desde las cha-

cras y huertas de los arrabales : son pagados por sus amos conforme al precio que obtengan y, en general, todo lo del género es sumamente caro. La carne es pasable, pero ni cerca tan buena como en Inglaterra, parte debido al modo de carnear los animales y parte a los criadores que no entienden jota de engordar ganado para el abasto.

XIX

RETROSPECTO DE LOS ASUNTOS DESPUÉS DEL RETIRO DE SAN MARTÍN.—DERROTA DE ALVARADO.—RIVA AGÜERO : SU NOMBRAMIENTO Y CARÁCTER.

Llegado en la narración hasta mi arribo a Lima, para presentar un examen tan completo y exacto como me sea posible de los sucesos políticos de que fuí testigo, es necesario echar mirada retrospectiva al desarrollo de los sucesos, desde el retiro de San Martín. Cuando resignó el poder en manos del Congreso (1), un ejército de 4.000 hombres al mando de Alvarado estaba listo para zarpar a Intermedios, y un número igual en la costa al mando del veterano Arenales estaba reunido para avanzar sobre Jauja y Cuz-

(1) Este congreso era formado no solamente por representantes de las regiones del Perú que se habían declarado independientes, sino de las ciudades y provincias que estaban todavía en manos de los españoles, siendo elegidos por la suerte los diputados de las últimas, entre los naturales que a la sazón residían en Lima. Los godos, o realistas, contribuyeron a formar un partido fuerte dentro de la asamblea, y, aunque minoría, eran quizás superiores en talento o, en todo caso, más locuaces; de modo que si no podían llevar a cabo planes propios, eran capaces de distraer al gobierno, y demorar u obstaculizar sus determinaciones. Esto se tendrá muchísimo en cuenta para comprender las inconsistencias, contradicciones y aparente indecisión del Congreso en muchos casos.

co, y ocasionar una diversión. El general San Martín tenía buenas razones para creer que estas fuerzas eran suficientes para aplastar el poder español en el Perú ; probablemente hubieran sido adecuadas de ser bien mandadas y eficazmente empleadas. Cuando se retiró San Martín, el Congreso nombró una junta suprema de tres personas que fueron el general La Mar, el conde de Vista Florida y don Felipe Alvarado, hermano del general del mismo nombre.

La Mar era español de nacimiento, aunque por este tiempo al servicio independiente ; era excelente soldado, y se le dejó como gobernador de la fortaleza del Callao la primera vez que los realistas se retiraron de Lima ; la defendió hasta el último extremo, pero, encontrando que los habitantes eran partidarios de la independencia, se afilió a los patriotas acérrimos.

En su persona es sumamente marcial, caballeroso en su porte, y ornamento de cualquier causa que abrace. El conde de Vista Florida es hombre de buena inteligencia y gran respetabilidad, se le tiene por patriota decidido, y colaborador muy capaz del general La Mar. Don Felipe Alvarado no es notable por su habilidad, pero siendo hermano del general que se había hecho a la vela con la expedición de Intermedios, se creyó persona adecuada para formar parte del Gobierno.

Aunque, en épocas turbulentas, siempre se ha encontrado que un Dictador es más eficaz, quizás el Congreso no podía haber elegido tres individuos más aptos en conjunto y dada la situación, si el cuerpo constituyente les hubiera también dado facultad de decidir y proceder ; pero, en verdad, la junta cargó con el odio del mal éxito de planes que no fueron suyos y sobre los que no tenían ningún control. Se ordenó al veterano Arenales se estuviese tranquilo con sus tropas y no se le permitió avanzar para coope-

rar con Alvarado, propósito con que se había alistado expresamente el ejército. Se hicieron insistentes solicitudes al Congreso firmadas por Arenales, Santa Cruz, Herrera, Brandsen y otros oficiales, afirmando estar prontos para marchar y operar de consuno con Alvarado, y que el momento era muy oportuno; pero el Congreso permaneció sordo a las protestas, y el general Alvarado, en consecuencia, fué sacrificado. Este jefe desembarcó sus hombres en Arica y, después de esperar algún tiempo que se restablecieran las tropas enfermas con el viaje de mar, hallándose muy escaso de vituallas, resolvió internarse con 3.500 hombres, toda la fuerza disponible que pudo reunir. Avanzó hasta Tarata, dos etapas de Arica, y aquí cayó sobre el general realista Valdez a quien obligó a retroceder con alguna pérdida. Todo probablemente hubiera salido bien entonces, si Arenales hubiese avanzado por Jauja en protección, pero los españoles que conocían los movimientos de los patriotas y más probablemente estaban avisados por sus partidarios del Congreso de que se mantendrían inactivas las fuerzas de Arenales si era posible, así que supieron la marcha de Alvarado, Canterac, con todo su ejército (que debía haber sido mantenido en jaque por Arenales), a marchas forzadas reforzó a Valdez, y las fuerzas combinadas a su turno presionaron a Alvarado. Vióse precisado a retirarse a inmediaciones de Moquegua donde se vió obligado a combatir con desventaja de posición y número. Después de pelear dos días sus tropas cedieron y huyeron en todas direcciones hacia la costa, donde muchos perecieron de cansancio y necesidad. Solamente 1.000 hombres de esta expedición regresaron a Lima, abandonando armas, artillería y bagajes en poder del enemigo victorioso. Entre ellos Alvarado, que llegó a Lima en enero de 1823. Arenales, entretanto, había tirado el mando de su división de ejército, retirándose a Chile.

El ejército del centro (así se llamaba el mandado por Arenales), disgustado por la acogida que sus quejas habían merecido del Congreso, y por el resultado desastroso de la expedición de Alvarado, y trabajados al mismo tiempo dos oficiales por las intrigas de Riva Agüero, exigió del Congreso un cambio de Gobierno, y cuando ese cuerpo vacilaba en acordarlo, el ejército levantó campamento en Cañete, y con Santa Cruz a la cabeza, avanzó sobre Lima para intimidar al Congreso. Don José Riva Agüero fué indicado como persona capaz de desempeñar la presidencia, y encontrándose el Congreso muy apurado, al fin destituyó la junta y nombró presidente al marqués de Torre Tagle. Un batallón, sin embargo, entró en Lima, y Santa Cruz informó al Congreso que Riva Agüero era el único capaz de restablecer los asuntos del Estado, y finalmente que no se disolvería sin antes decidir nombrarlo. Se suscitó discusión muy acalorada que duró toda la noche y por la mañana, se lanzó una proclama nombrando presidente de la República a don José Riva Agüero ; al día siguiente fué designado general un jefe de los ejércitos del Perú.

Inmediatamente puso con actividad manos a la obra para recuperar el terreno perdido y preparar otra expedición a Intermedios, que se admitía universalmente ser el punto débil del enemigo. Ahora, por la noticia del empréstito levantado en Londres para el Perú, y con esta garantía, pudo contratar con siete casas respetables inglesas y extranjeras de Lima, para el fin que tenía en vista ; y las tropas iban a ponerse al mando del general Santa Cruz. Los contratistas hicieron esfuerzos inmensos para llevar las cosas adelante, y sabemos bien, cuando se emplean el capital e industria británicos, cuán presto se completan asuntos de esta clase. A principios de mayo, una fuerza de 5.500 hombres estaba lista para embarcarse y había

zarpado. Las tropas y sus oficiales se componían enteramente de peruanos, esperándose, y con alguna razón, que los habitantes del Alto Perú preferirían recibir como libertadores a compatriotas y no a extranjeros ; se creía también que no habría tanta probabilidad de insubordinación e indisciplina entre ellos, como se sabía existir entre las fuerzas argentinas y chilenas, que antes habían descontentado a los habitantes por su sed de saqueo. El presidente, sin embargo, no procedió con su habitual prudencia nombrando segundo jefe al general Gamarra, hombre de carácter desacreditado y valor discutido. Esto mismo trajo perjuicio considerable a la expedición, pues muchos oficiales dignos rehusaron servir bajo las órdenes de hombre que, según ellos, era un cobarde ; y se contaba entre éstos el general Miller.

El 23 de mayo, como he dicho antes, llegué a Lima, y al día siguiente el general Santa Cruz se hizo a la vela para Intermedios. Mientras el presidente se ocupó en despachar la expedición, mandaba insistentes invitaciones a Bolívar, presidente de Colombia, a fin de que viniese en su auxilio ; algunos regimientos al mando del general Sucre habían ya llegado, y el Libertador, como Bolívar era llamado, esperaba solamente aquietar algunos disturbios en Pasto para embarcarse. Se pensó adoptar el viejo plan de San Martín para hacer la guerra, a saber, dividir a los españoles atacándolos por el frente y retaguardia : Santa Cruz con tropas peruanas en el Alto Perú, y Bolívar, con los auxiliares extranjeros, consistentes en regimientos de Colombia, Buenos Aires y Chile, por Jauja, camino principal del Cuzco, donde esperaban caer sobre la flor del ejército español.

El propósito con que yo había venido al Perú era obtener, como agente de los contratistas, la ratificación del empréstito por el Gobierno y el Congreso, y

girar su importe sobre Londres. Encontré que el Gobierno había adelantado liberalmente fondos públicos y que mi arribo era esperado con la mayor ansiedad tanto por las autoridades públicas como por quienes habían adelantado algún dinero a crédito. Ninguna objeción se hizo por tanto a las cláusulas del contrato por el poder ejecutivo, aunque el Congreso parecía inclinado a hesitar : todos los artículos se discutieron algunos días antes que la asamblea prestase su sanción y ratificación. No debe suponerse que los artículos del contrato eran como para inducir al Congreso a vacilar ; pero no habían olvidado la manera en que Riva Agüero se había impuesto con las tropas, y encontrando su autoridad e influencia considerablemente debilitadas, estaban resueltos, cuando se requería una ley de ellos, a demostrar la escasa facultad que le dejaban, y derrotar o debilitar las medidas de Gobierno en lo posible. Consiguientemente, este espíritu opositor se llevó más allá de lo conveniente, y al fin, desgraciadamente para el país, estalló en abierta hostilidad.

No hay duda que este sistema de suscitar discordia fué inculcado por los españoles a sus amigos del Congreso, que trataban por todos los medios, de reducir el Gobierno a la impotencia. Sabiendo por experiencia que Riva Agüero, como peruano y hombre activo, tendría partido fuerte en el país, aprovechaban cualquier coyuntura para desacreditarle.

Riva Agüero había nacido en o cerca de las famosas minas de Pasco y era lo que los limeños llaman *serrano ;* cuando muchacho fué enviado a España para educarse y, ya tan temprano, en Madrid, mostró síntomas de su carácter inquieto. Se divertía de noche pegando carteles sediciosos en las calles, que dieron mucho trabajo a la policía para arrancarlos de día y descubrir al probable autor. Mientras los españoles

gobernaban en el Perú, Riva Agüero fué abogado, faccioso e intrigante, y a menudo había sido encarcelado a causa de sus opiniones. Es activo e industrioso, muy listo con la pluma y constante en utilizarla. Bajo el gobierno de San Martín, ocupó la presidencia del departamento de Lima, empleo de primer magistrado, y desempeñó los deberes de su cargo con mucho crédito para sí y utilidad para su superior. Se creía generalmente que durante San Martín estuvo ausente de Lima para visitar a Bolívar en Guayaquil, Riva Agüero, con sus intrigas, sublevó el populacho para deponer a Monteagudo. Es buen gobernante civil, pero totalmente desprovisto de experiencia en asuntos militares; muy insignificante en su aspecto, pero dotado del arte de atraer a sus paisanos. Se refería y creía en Lima que entregó a Santa Cruz una suma importante de dinero para realizar el cambio que lo puso al frente del Gobierno. Se enorgullece del grado de confianza prestado a su Gobierno, y de la rapidez con que pudo reunir y equipar la expedición de Santa Cruz; pero debe recordarse que el crédito del empréstito peruano, en hora venturosa, dióle recursos de que cualquiera en su posición se habría valido. Sin embargo, fué ciertamente el mejor gobernante que Lima había tenido desde el retiro de San Martín, pues fué cauto en sacar dinero por medios ilegales, y económico en gastarlo cuando lo conseguía. También durante su administración las tropas estuvieron bien pagadas y vestidas y mantuvieron mejor disciplina; y, lo que rara vez puede decirse de ningún gobernante en análogas circunstancias, nunca malversó los dineros públicos para enriquecerse. Tenía muchos amigos y defensores entre el pueblo, pero como no descendía de familia notable del país, fué siempre mirado como plebeyo por las clases superiores.

El 2 de junio recibí la ratificación formal del em-

préstito hecha por el Congreso, y estuve algunos días muy ocupado en librar giros para el Gobierno. Bolívar era ahora esperado con tanta seguridad que se arreglaba en palacio un salón provisorio para la fiesta que se celebraría a su arribo, y Riva Agüero juntaba caballos para su uso.

XX

NOTICIA DEL AVANCE REALISTA, Y ALARMA EN LIMA.— DISOLUCIÓN DEL CONGRESO.— FUGA AL CALLAO.— TRATAMIENTO DE LOS ESPAÑOLES RESIDENTES EN LIMA.—VISITA A LA CIUDAD.

El 2 de junio se esparció el rumor en la ciudad de haberse efectuado algún movimiento de las tropas españolas acuarteladas en Jauja. Los realistas de Lima (o godos, como los patriotas les apodan) siempre decían que los españoles caerían sobre la ciudad ; y nuestras noticias de Intermedios confirmaban la versión, mientras mencionaban al mismo tiempo que todas las tropas se habían retirado del Alto Perú para reforzar el ejército de Canterac, que estaba en el depósito de Huancayo, valle de Jauja. Los patriotas, sin embargo, nunca dieron crédito a esta noticia, sosteniendo que, oyendo de la salida de la expedición de Santa Cruz, los españoles habían levantado campamento con el fin de atacarla. No obstante, día por día tomaba más cuerpo la noticia que los españoles avanzaban, y la confusión y ansiedad empezaron a manifestarse en la ciudad y el Gobierno. El 12 de junio se tuvieron nuevas bastante precisas de haber una fuerza cruzado la Cordillera a veinticinco leguas de Lima, pero no se podía asegurar si era el cuerpo principal o solamente una partida desprendida para hacer una finta o arrebatar ganado.

Hubo consejo de guerra y se convino que las tropas de la vecindad que no se necesitasen para guarnecer la fortaleza del Callao marcharan y acamparan afuera de la ciudad, sobre el camino por donde los españoles debían avanzar. Conforme a esto, las tropas colombianas se situaron a una legua de Lima en sitio llamado el Pino, mientras los regimientos chilenos y argentinos guarnecían los castillos del Callao. Al mismo tiempo el general Miller fué destacado con ochenta dragones de granaderos a caballo, a lo largo de la costa, por el camino que los realistas debían tomar al bajar de la Cordillera. Este jefe salió secretamente de noche, por temor a ser estorbado por un número de jóvenes ingleses que deseaban acompañarle.

El 13 de junio la ciudad comenzó a mostrar mayor confusión, aunque no se tuviesen noticias más ciertas; el Gobierno embalaba y enviaba todo al Callao, y muchas familias empezaban también a despachar allá sus muebles.

Se esperaba ahora que el Congreso delegase su poder en las autoridades ejecutivas y se disolviese, pues en desorden tan general es imposible que un gran cuerpo colegiado proceda con eficacia. Bajé a caballo al Callao para comer con el capitán Prescott del barco de S. M. *Aurora*, y al regresar por la tarde encontré el camino apiñado con soldados enfermos procedentes de los hospitales de Lima que iban al Callao; los menos enfermos marchaban a pie, el resto en carretas y pollinos. Nunca en mi vida vi cuadro de tanta desdicha; generalmente estaban semidesnudos y algunos tan débiles que se veían obligados a tenderse en animales de poca alzada, con sus largas piernas, reducidas a piel y hueso, tocando frecuentemente el suelo.

El general Miller mandó decir, el 14 de junio, que sin ninguna duda el ejército español avanzaba aun-

que no lo había encontrado todavía y que sus caballos estaban completamente inutilizados ; rogaba por tanto se le enviasen otros, y sus amigos despacharon caballos que lo habilitasen para desempeñar la arriesgada tarea que se le había confiado.

La mayor alarma y calamidad se apoderó de Lima en este momento ; muchos hasta entonces habían puesto en duda las noticias, pensando ser alguna treta del Gobierno para decidir al Congreso a disolverse ; pero ahora que sin duda la ciudad iba a ser entregada al enemigo, o teatro de lucha sangrienta, el terror era visible en todos los rostros. Todos pensaban solamente en salir : algunos para el Callao y otros que no tenían bienes en Lima, para Trujillo. La congoja fué mayor cuando nadie podía conseguir mulas para trasladarse, pues el Gobierno había requisado todas para servicio público ; aun aquellas casas particularmente adictas al Gobierno no podían obtener permiso para mulas, y nos vimos obligados a quedarnos tranquilos hasta que las autoridades hubiesen despachado todos sus efectos para el Callao. Las iglesias fueron despojadas de sus remanentes ornamentos de plata, y se sacó todo lo que podría aprovechar el enemigo.

Hoy se produjeron discusiones violentísimas en el Congreso antes de disolverse ; y hasta que se gritó en el recinto «¡ ya están los godos !» los diputados no consintieron en desprenderse del poder. Al fin dominó el terror, y se disolvieron hasta época más propicia, quedando el Gobierno en manos de Riva Agüero. Muchos diputados se dirigieron a la costa Norte ; pero la mayor parte se retiró al Callao, mientras algunos, sospechados de tener connivencia con los españoles, resolvieron permanecer en Lima para saludar la entrada de sus amigos.

Esta tarde cabalgué para visitar el ejército colombiano en el campamento. El terreno elegido era un

seco espacio abierto sobre el camino de la ciudad a Lurin. Había sido nivelado por los españoles antes de evacuar Lima, para campo de ejercicios ; y en el costado izquierdo había una larga pared blanqueada con soldados pintados, usada antes para tirar al blanco. Más allá de la pared había cerros altos, rugosos, estériles, principio de la Cordillera ; y a la derecha, el mar distante dos leguas. Por medio de esta posición corría el camino a Chorrillos y Lurin, y media milla más adelante estaba el gran fundo e iglesia de San Borja. Lo ocupaba una guardia avanzada mientras el resto de la tropa vivaqueaba en tres divisiones, con el estado mayor del general Sucre instalado en círculo al frente. En cuanto yo podía juzgar, habría tres mil hombres en el campamento : se consideraban tropas tolerablemente de buen aspecto, pero muy diferentes de las que hemos acostumbrado ver en Europa ; la mayor parte sin zapatos y todos sin medias. Muchos tenían solamente ojotas, y no pocos también descalzos. El uniforme era de picote azul ordinario con vueltas de diferentes colores ; sus gorras de cuero con los colores colombianos, rojo, azul y amarillo, pintados en una escarapela. Los hombres en general eran bajos, con excepción de las compañías de granaderos, y los mestizos de indio y español.

Ahora fué bastante claro que no se libraría batalla, pues la caballería patriota, en número de quinientos hombres, había salido de Lima para Chancay, doce leguas sobre el camino de Trujillo, para aprovechar el pastaje. Corrían muchos comentarios acerca del por qué no se oponía resistencia y algunas personas lo atribuían a cobardía del presidente ; pero creo que el general Sucre tenía órdenes terminantes de Bolívar para eludir una acción general y, en efecto, sus tropas eran insuficientes para competir con los españoles. Era bien sabido que avanzaban con toda su

fuerza en la esperanza de aplastar a los patriotas de un solo golpe, no soñando nunca con la expedición de Santa Cruz a Intermedios. Además, era evidentemente la política de los patriotas mantener a los españoles en la costa donde los hombres morirían por la diferencia de clima o se enervarían en la molicie de Lima, mientras Santa Cruz asentaría pie firme en el Alto Perú, y reclutaría sus hombres antes que ninguna fuerza le saliese al encuentro.

El domingo de mañana, 15 de junio, por especial favor, se nos dió permiso y pasaporte para cuarenta mulas y, encerrándolas en el patio de la casa, las cargamos con equipajes, dinero, libros y algunos muebles, y conseguimos un oficial que las acompañase en la salida de Lima, donde a menudo el guardián extorsionaba inmensas sumas de dinero por dejar pasar equipaje. A eso de las doce salimos para el Callao, en carruaje las mujeres y yo a caballo. El camino estaba literalmente atestado de toda clase de vehículos, caballos cargados, mulas, pollinos y peatones. El Callao estaba lleno de gente, aunque todavía miles se encaminaban allá. Nos embutimos en una casita de negocio perteneciente a míster Robertson en el Callao, con la intención de refugiarnos a bordo, lo que en tales circunstancias sería preferible a vivir en tierra.

El día siguiente trajeron de Lima informes numerosos y contradictorios : algunos decían que el enemigo estaba en las puertas ; otros, difíciles para creer, repetían que al fin no se trataba más que de una excursión de pillaje de los españoles, que ya estaban en retirada.

Resolví ir a Lima el 17 para saber, si era posible, la verdadera situación. El camino estaba aún atestado como el 15 ; pero la mayor parte iban a pie, medio desmayándose en el camino, particularmente las mujeres, pues era imposible alquilar animales para con-

ducirlas. De esta manera encontré respetabilísimos ingleses así como nativos, y entre otros extranjeros, al juez Prevost, enviado norteamericano.

A medio camino encontré la vía tan enteramente bloqueada que fué imposible avanzar y vime forzado a salir. La presión extrema era ocasionada por un batallón de cívicos que llevaban al Callao a los pobres peninsulares prisioneros que no se habían escondido en Lima. Debe ser ciertamente endurecido quien no se apiade de estos míseros, muchos de familias nobles. ¡Qué contraste con su estado originario, cuando tenían las riendas del gobierno peruano! Orgullosos, insolentes y despreciativos de los criollos, como despectivamente llamaban a los americanos, disfrutaban todas las riquezas de la tierra: ¡cuán a menudo se habían precipitado a este mismo camino en sus caballos vistosos, o reclinados en fastuosas calesas, para visitar la chacra o divertirse con amigos en Bellavista! y ahora, míseros, despreciados, a medio vestir y aguijoneados por los mosquetes de rudos milicianos que antes los miraban casi como de raza superior.

Entrando en la ciudad encontré las calles desiertas: en efecto, la plaza estaba semivacía, y muchas familias respetables se habían refugiado en los conventos para librarse de esperados ultrajes a la llegada del ejército realista. Visité a los amigos que resolvieron quedarse en Lima, y eran los que no se habían identificado de ningún modo con la causa patriota. Los comerciantes que habían emigrado dejaron dependientes a cargo de sus almacenes y mercaderías. Se había dejado a un hombre llamado Dupuis de gobernador por Riva Agüero: era de procedencia francesa y héchose ya terrible por la masacre de ochenta españoles en la pequeña ciudad de San Luis, en el camino de Buenos Aires a Mendoza, como antes he mencionado. Había impartido orden de que todo español encon-

trado en la calle, dos horas después de publicado el bando, sería arcabuceado, intimando rigurosamente que todos acudiesen a Bellavista con este fin y se les daría pasaporte, al presentarse.

A las cuatro de la tarde, habiéndome despedido de mis amigos y provisto de una nota oficial dirigida al capitán Prescott, de la *Aurora*, por los comerciantes, requiriendo su presencia en Lima para tratar con los españoles, salí de retorno, esperándose cada hora la entrada de los realistas. El camino estaba tan concurrido como cuando lo recorrí en la mañana, por tanto tomé mucho tiempo para llegar al Callao. Al pasar la puerta del fuerte principal, un soldado enlazó el pescuezo de mi caballo, y me metió entre la tropilla de más de cien caballos que habían requisado. Mi primer impulso fué sacar la pistola y hacer fuego al sujeto, tan exasperado estaba por sacárseme del camino sin ceremonia ; y ya le había puesto la puntería para volarle la tapa de los sesos, cuando felizmente llegó el presidente de la República y ordenó a los soldados me soltasen, al mismo tiempo que se disculpaba por el tratamiento de que yo era objeto.

Puedo mencionar aquí un acto tiránico a que se acudía siempre por el Gobierno en épocas de apuro : si se necesitaban caballos, inmediatamente pregonaban bando, llamando a los habitantes para entregar los que tuvieran, y al mismo tiempo salían soldados por las calles y hacían apear a todas las personas ; devolviéndoles las sillas y bridas, pero llevándose los caballos. Lo peor de esta medida arbitraria era que los soldados no llevaban orden formal de sus jefes, y se apoderaban de los caballos volviéndolos a vender y metiéndose el dinero en el bolsillo : también entraban a la fuerza en propiedades particulares para llevarse animales de los establos.

XXI

ESTADO DEL CALLAO.—ENTRADA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LIMA.—CARÁCTER DEL GENERAL SUCRE.—PARTIDA DEL CONGRESO PARA TRUJILLO.—NOTICIAS DE LIMA.

Encontré las calles del Callao atestadas a tal punto de no poderse transitar. Todos los corredores del frente de las casas habían sido convertidos en viviendas divididas por esteras; y además, filas enteras de chozas, construídas de estera atada a cuatro postes clavados en el suelo, se levantaban a orillas del mar, bajo los cañones de los fuertes. Los víveres eran sumamente caros: un huevo seis peniques, bollitos seis peniques, y carne, lo más abundante, un chelín la libra. Mi familia se mudó hoy a bordo del *Medway*, matrícula de la India, el mismo barco que nos condujo a Lima. Aunque estaba horriblemente atestado de gente, todavía era preferible a estar en tierra, donde teníamos toda razón para creer, por la suciedad y número del populacho, aparecería la peste antes de mucho tiempo.

El capitán Prescott fué a Lima la mañana siguiente, y me mostraron una nota del general Miller diciendo que las avanzadas españolas habían llegado a San Borja, donde, como antes he dicho, se encontraba la guardia avanzada del general Sucre. Al mismo tiempo llegó un desertor del enemigo indio, vestido de blanco con vivos azules; dió informes muy escasos, pero suponía que el ejército era de 7.000 hombres. A la tarde supimos que un cuerpo de doscientos hombres había entrado en Lima; y mientras mirábamos en frente del fuerte pudimos distinguir las fuerzas colombianas desfilando de Magdalena a Bellavista, ca-

mino del Callao, desde su posición en el Pino ; marchaban en tres columnas y finalmente tomaron posición por la noche bajo los cañones del Callao, dejando gran guardia avanzada en el camino principal cerca de Bellavista.

Fuí al fuerte el 15 para visitar al presidente. Estaba de muy buen temple, habló del paso falso dado por los españoles al caer sobre Lima y de la oportunidad favorable que se ofrecía a Santa Cruz. Al mismo tiempo me dijo las exigencias de los españoles en compensación de respetar los bienes de los emigrantes de Lima : a saber, 40.000 yardas de paño, tres millones de duros, y 3.000 juegos de armas. Dijo haberse limitado a contestar verbalmente que vinieran al Callao y los tomasen si podían.

Por la tarde fuí a ver el campamento del regimiento colombiano de rifleros, estacionado en una esquina del fuerte. Los hombres descansaban en cuadro sobre el montón de ripio que formaba la explanada, sin carpas o abrigos de ningún género. La mayor parte de los oficiales eran irlandeses que habían servido largos años en Colombia. Parecían muy ofendidos por la orden de retirarse sin ver siquiera al enemigo, y decían estar acostumbrados a pelear con los españoles, tres contra uno, y que si Bolívar estuviese con ellos seguramente habría comprometido batalla. Del campamento continué mi paseo por la lengua de tierra que corre al sur del fuerte principal, y pasé por el terreno ocupado por el antiguo Callao, destruído por un terremoto, ochenta años atrás. Este sitio tiene todo el aspecto de haber estado antes edificado : está cubierto con masas de albañilería, y topes de paredes casi enterradas se ven todavía. Hay también algunos sótanos descubiertos, que se decía haber sido iglesias, donde se tiran los muertos de la guarnición. Al pasar por ellos encontré hedor horrible, los cadáveres estaban

medio descubiertos en todos los estados de putrefacción, algunos vestidos y desnudos otros.

Las intrigas del Congreso contra Riva Agüero, aplacadas durante los últimos pocos días de confusión, empezaron luego a renacer, y pronto se encontró la persona para jefe y campeón. El general Sucre, a quien Bolívar había conferido el mando limitado de las tropas colombianas hasta su llegada, es joven de buen aspecto marcial, especialmente a caballo, que se ha distinguido en Colombia. Mandó las tropas en la batalla de Quito, expulsando completamente a los españoles de la provincia ; sin embargo, yo le tendría por mejor político que soldado, y, como es activo intrigante, hace pareja con Riva Agüero.

El Congreso comenzó a volver los ojos a él, para sostener la causa contra el presidente a quien deseaba destituir. El general Sucre era muy callado en sociedad, pero su aspecto revela aire de pensar y es muy diligente y hábil en el manejo de la pluma. También es ambicioso, y las vistas del Congreso parecían armonizar exactamente con sus ideas de engrandecimiento. Por tanto, fácilmente compartió sus medidas, que al mismo tiempo preparaban el camino para el poder absoluto que deseaba asegurar a Bolívar cuando llegase. En la primera oportunidad se quejó al Congreso de la mala administración de la fortaleza, desperdicio de víveres, municiones, etcétera, y soldados mal provistos. Las quejas oíanse con avidez por muchos diputados que a la sazón sesionaban en una capillita del Callao, y nombraron al general Sucre gobernador de los castillos. Este proceder irritó a Riva Agüero que por ese tiempo vivía en los castillos. El general Sucre, sin embargo, no se detuvo allí ; pues más adelante manifestó que sus disposiciones para proseguir la guerra se inutilizaban al no ser aprobadas por el presidente que nada entendía en cuestio-

nes militares. En consecuencia se suscitó un debate largo y muy acalorado en el Congreso, durante el que los partidarios de Riva Agüero se mantuvieron firmes ; pero sus enemigos eran también numerosos y se sancionó que el general Sucre tuviese el mando supremo, político y militar, en la parte del país amenazada por el enemigo, hasta el arribo de Bolívar. Esta resolución, como es natural, concluyó con el poder de Riva Agüero en el Callao, quien se dirigió por escrito al Congreso renunciando la presidencia y pidiendo pasaportes. El Congreso, sin vacilar un momento, aceptó la renuncia y le acordó permiso para ir donde quisiera, después de rendir cuentas debidamente, y entregar los documentos públicos, etc., que tenía en su poder.

Sin embargo, el mismo día siguiente, el Congreso resolvió trasladarse y fijar el nuevo asiento del Gobierno en Trujillo, volviendo a nombrar a Riva Agüero y pidiéndole fuese con los diputados. Sus amigos le persuadieron que accediese a este arreglo ; y el general Sucre quedó en el Callao al mando de las fuerzas. Congreso y presidente se embarcaron el 26 de junio, en compañía de numerosos emigrantes. He anticipado así, en cierto modo, mi relato, para completar el curso de las intrigas de Riva Agüero, Sucre y el Congreso, que después dieron resultado tan triste para la paz del Perú. Ahora continuaré donde lo dejé.

El 19 de junio llegaron dos transportes con seiscientos hombres procedentes de Guayaquil, y Bolívar era esperado cada día. Por la noche nos alarmó el rumor que Lima estaba en llamas ; todos los habitantes salieron corriendo del Callao para ver, y en verdad se observaban numerosas fogatas en todas direcciones y muchas conjeturas se hacían acerca del origen. Quienes tenían casa y bienes en Lima sentían ciertamente que el incendio era positivo ; pero

muchos otros estaban persuadidos de lo contrario, y resultó que las luces procedían solamente de los fogones del ejército español acampado entre Lima y Callao.

Con las primeras luces de la mañana, el 20 vimos que el enemigo había tomado posiciones sobre una fila de cerros artificiales, restos de construcciones o cementerios de los antiguos indios. Era sitio bien elegido, de donde podían ver todo lo que pasaba en el Callao. El general Miller llegó en un reconocimiento tan cerca de un cuerpo español que pudo conversar con ellos, y uno de los oficiales le dijo en broma que él (el oficial español) deseaba unirse al general Miller ; que era del regimiento de negros arequipeño y todo el cuerpo tenía la misma opinión. Esta declaración fué mal interpretada por un dragón de Miller, que inmediatamente regresó galopando al fuerte con la noticia de que el regimiento de Arequipa se había pasado y venía en camino para unirse a los patriotas. Había yo avanzado con mi anteojo unas millas por el camino, a la altura de Bellavista, para ver lo que pudiese, y oí el rumor más discordante en el Callao ; dándome vuelta observé que toda la población se derramaba frente a los castillos exactamente como abejas saliendo de la colmena para enjambrar. Así que pasó mi primera sorpresa me pareció ese clamor de gozo más bien que de terror, y por tanto dime prisa en regresar y saber las buenas nuevas. Cuando me aproximé a la multitud abigarrada, me interrogaban centenares de bocas : «¿Los ha visto? ¿Vienen?» «¿Visto a quién? ¿Quién viene?», naturalmente, contestaba. Entonces me dieron la falsa información traída por el dragón. Cerca del sitio donde me encontraba se ofrecía la escena más ridícula del mundo. El presidente de la República, con su estado mayor de gran uniforme, y majestuosa condescendencia, había

salido para recibir a los patriotas hijos del país, desertados del enemigo, mientras los demás de la multitud se abrazaban con exclamaciones de: «¡Qué día feliz! ¡Qué golpe mortal al enemigo!» Entretanto llegaron uno o dos dragones sueltos que nada sabían del suceso; y por fin, un oficial que había ido a saber la verdad, volvió con la noticia de que era un error. Toda la escena cambió al instante, y el presidente y todos en silencio se metieron cabizbajos en sus casas, disgustados y medio conscientes del tonto papel hecho.

Hoy entró un buque procedente de Arica, con despachos del general Santa Cruz, datados el 9 de junio, comunicando que los barcos habían arribado a puerto con felicidad; y que las tropas, debido al buen acomodo de los transportes, estaban notablemente bien de salud. La expedición había desembarcado siendo bien recibida por los habitantes, y en consecuencia se hicieron salvas en todos los fuertes del Callao. Hoy también se ajustó contrato con algunos comerciantes ingleses y extranjeros, para proporcionar barcos, etcétera, que transportasen 3.000 hombres, con víveres para cuarenta días, en una expedición secreta.

Como el buque en que estaba mi familia era de los transportes contratados, vime obligado a dejarlo, y, después de buscar buques y casas, no pude encontrar lugar donde refugiarnos. Tenía en efecto conmigo una orden de don Andrés Reboredo para una casa suya del Callao; pero un oficial la ocupaba ya, y yo no deseaba vivir en tierra, pues eran frecuentes las alarmas de que los españoles entraran de noche en la ciudad.

Un inglés que ejercía la medicina en Lima salió a caballo para ver el campamento español y solicitó permiso de Canterac para bajar al Callao y visitar algunos enfermos. Se le concedió y despachó una partida que le acompañase hasta la avanzada patriota, cer-

ca de Bellavista. Como era la primera comunicación que teníamos de la ciudad desde la entrada de los españoles, naturalmente estábamos ansiosos de noticias. Afirmó que la fuerza española consistía en cinco á seis mil hombres, de los que 2.000 estarían en Lima quizás, que los ingleses hasta ahora habían sido respetados, aunque nada se resolvía tocante a sus bienes, que el Cabildo había requisado 300.000 duros, principalmente despojando las iglesias de la poca plata labrada que quedaba, y que el enemigo nada supo de la expedición de Santa Cruz hasta llegar a Lima. Cuatro marineros ingleses, tomados prisioneros en Arica, también llegaron como desertores. Primero habían abandonado un bergantín patriota en la costa y alistádose en la caballería española ; pero pronto se cansaron del servicio y resolvieron dejarlo en la primera oportunidad. Calculaban el ejército realista en 8.000 hombres ; y agregaban que muchos españoles desertarían si tuvieran cerca fuerza patriota adecuada para protegerlos.

Con mucha dificultad obtuve acomodo para mi familia en el *Harleston*, de la India, y me trasladé a bordo. Estaba completamente lleno y nos vimos obligados a aguantar muchos inconvenientes.

XXII

ENTREVISTAS DEL CAPITÁN PRESCOTT CON CANTERAC.—CARÁCTER DE CANTERAC Y DE LOS GENERALES LÓRIGA, MILLER Y RAULET.—AMAGO DE ATAQUE AL CALLAO.—NUEVA EXPEDICIÓN A INTERMEDIOS.

El capitán Prescott regresó del campamento español el 23 de junio, después de entrevistarse dos veces con Canterac. La primera a causa que aquel general exigía de la ciudad la suma de 350.000 duros,

antes de las cuatro de la tarde : era del todo imposible conseguir la suma dentro del plazo fijado, y el capitán Prescott, en nombre de los comerciantes ingleses, trató de inducirle a disminuir la exigencia. Halló a Canterac cortés pero resuelto ; dijo que si los ingleses enviaban sus bienes al campamento serían protegidos, pero mientras estuvieran en la ciudad debían correr el albur. Después de mucha conversación desagradable, Canterac, sin embargo, quedó convencido por la caballerosidad y argumentación sólida del capitán Prescott, y modificó la resolución ; 150.000 duros se pagaron en el plazo especificado, pero nunca supe si toda la suma exigida se completó después. El capitán Prescott, en la última entrevista, cuyo objeto preciso no recuerdo, fué recibido por Canterac en su carpa sin más en ella que un catre de campaña, uno o dos baúles para sentarse y un cajón de vino francés.

El general Canterac desciende de francés o es francés de nacimiento ; y en la lucha de los ejércitos de Bonaparte con los españoles, en la guerra peninsular, tomó parte con los últimos y sirvió como coronel, mientras, por coincidencia singular, San Martín combatía del mismo lado. Cuando las tropas depusieron al virrey Pezuela por incapacidad, Canterac fué activísimo, y como segundo de la Serna, cuando éste fué nombrado virrey por el ejército, asumió el comando en jefe de las fuerzas. Es buen oficial y entiende de táctica militar ; pero se me ha dicho que personalmente de ningún modo es valiente : cierto que no es querido por los soldados como Valdez, más intrépido y audaz en el mando. Es de baja estatura, rubio, con finas barbas ensortijadas. Todos los oficiales usan barba ; y se dice que en su primera retirada de Lima, prometieron no afeitarse hasta volver vencedores. Cualquiera sea la causa, como a menudo están expuestos a bruscos cambios de clima aseguran que el cabello les proporciona utilísimo abrigo en la cara.

A las 10 a. m. del 20, mucho nos sorprendió un cañoneo de los fuertes. Inmediatamente tomé un bote y fuí a tierra. Encontré el Callao en fermentación y lleno de tropas, pues se esperaba que los españoles intentasen atacar la plaza. Subí a una azotea atrás de la ciudad, que dominaba toda la escena, pues no había diez yardas del parapeto que unía los fuertes; desde este sitio, podía ver todos los preparativos de ambas partes. Observé las tropas colombianas apostadas en diferentes sitios, todos los fuertes y baterías con sus dotaciones, y el regimiento argentino de negros, fuerte de 500 plazas, en el parapeto que une los castillos con el gran fuerte Real Felipe; parte de la ciudad del Callao también había sido derribada y despejada para hacer, en caso necesario, resistencia más eficaz.

El grueso de los españoles estaba en Bellavista, donde se hallaban cubiertos por los edificios que aún quedaban en pie. Su izquierda estaba en una especie de huerta defendida por pared baja, detrás de la que vi gorras blancas de la infantería, y hombres de bruces parapetados en diferentes terraplenes. Su derecha estaba justo fuera de tiro de cañón del fuerte izquierdo patriota y desde este punto avanzaron sus escaramuzadores entre el matorral y por las zanjas casi hasta tiro de mosquete. Me afligió que los realistas nunca pensaran en atacar realmente los fuertes, pues la posición de los patriotas era tan sólida, y sus fuerzas no muy inferiores a las españolas; y resultó que Canterac deseaba provocarlos si era posible a salir de las defensas y empeñar combate en campo abierto.

A medio camino entre Bellavista y el fuerte principal del Callao hay una cruz de madera con pedestal de piedra; en este punto el general Miller, que andaba en reconocimiento con el coronel Raŭlet, encontró al general español Lóriga y celebraron una conferencia que duró algún tiempo.

El general Lóriga es muy valiente, pero nada simpático al ejército realista por su genio intemperante; y a no ser, en otros respectos, militar estimable, el virrey probablemente no le hubiera dejado seguir en el servicio. A consecuencia de su índole apasionada tiene orden expresa del virrey de nunca usar espada sino en actos de servicio porque ha matado, de rabia, a varias personas en diferentes épocas. Entre él y el general Miller existía una especie de amistad romántica, por haberse los dos mutuamente salvado la vida en tiempos que había orden en ambos bandos de fusilar a todos los prisioneros.

El general Miller es inglés, y sirvió en la guerra peninsular como teniente de artillería; se unió al general San Martín en Chile y mandó los marinos del lord Cochrane en el asalto de Valdivia, donde fué herido muy gravemente. Salió con la expedición de San Martín al Perú con grado de mayor, y condujo un cuerpo de tropas destinado para atacar a Pisco, mientras su amigo el coronel Charles mandaba otro. El lugar fué tomado peleando contra fuerzas muy superiores, pero Miller y Charles cayeron en el momento de la victoria: se les llevó a la misma carpa, pero Miller sobrevivió al amigo muerto de sus heridas. Ha sufrido horriblemente en la causa independiente, habiendo explotado la mezcla de combustibles que estaba preparando en la isla de San Lorenzo, en época que el lord Cochrane bloqueaba el Callao y trataba de destruir los barcos españoles con brulotes. Esa ocasión Miller estuvo postrado días, con la cara como bofe y tomaba alimento por un canuto de pluma. Además es manco por tener atravesada la palma de la mano por una bala de mosquete. A las órdenes de San Martín, reclutó y mandó la legión peruana, modelo de disciplina en el ejército. Es el único inglés, de los pocos al servicio de los patriotas, que ha ascen-

dido ; fué general y fundador, el grado más alto, de la Orden del Sol de San Martín, a la edad de veintisiete años. Es excelente oficial para comisiones peligrosas ; valiente, dispuesto y activo. Los realistas tiénenle gran respeto y más miedo que a cualquier otro jefe patriota. Conoce bien el Perú y es muy querido por los nativos, a tal punto, que ha podido sostenerse en país enemigo con fuerza diminuta. Su persona es alta y caballerosa, sus maneras atrayentes, moderadas y modestas.

El coronel Raulet es francés y oficial intrépido y temerario que ha dado cumplimiento a las empresas más arriesgadas de manera valerosa. Ha pasado la mayor parte de su vida en medio de la revolución y fué preso en España a causa de sus opiniones. Creo que se juntó a San Martín antes de la invasión a Chile, pero no me consta. Fué de la expedición al Perú ; y durante las operaciones de San Martín en la costa se distinguió grandemente ; al frente de poca caballería, sorprendía al enemigo en cualquier situación. Es excelente jefe de guerrillas, pero no ha demostrado en general suficiente consideración con los habitantes pacíficos. Su vida ha sido llena de aventuras y su conversación recae muchísimo en anécdotas de su carrera militar. Después de la ocupación de Pasco por los patriotas, cuando Arenales hubo derrotado al general español O'Reilly que ocupaba la ciudad, el capitán Raulet fué enviado de parlamentario al cuartel general de Jauja. A su regreso entró en Reyes, pueblo a doce leguas de Pasco, habitado por indios vaqueros, todos celosos patriotas, que confundieron su uniforme con el español y le tomaron prisionero. Exhibió su pase que ninguno pudo leer : y no obstante sus afirmaciones de ser amigo, lo ataron de pies y manos, despojándolo de todo, y cada uno le dió una trompada por «maldito godo» ; la mañana siguiente, después de

recibir el mismo tratamiento, lo sacaban para arcabucearlo, cuando felizmente llegó al pueblo un oficial montonero que lo reconoció y salvó.

Mientras estos tres oficiales conversaban juntos, Canterac había avanzado considerablemente desde Bellavista, con un dragón asistente, para reconocer los castillos ; y permaneció a tiro un cuarto de hora con anteojo en mano, y poncho blanco y sombrero de paja.

Como a las tres de la tarde, dos compañías de cazadores salieron del fuerte chico para desalojar a los escaramuzadores a quienes cargaron a la bayoneta e hicieron retroceder ; pero cuando los cuerpos realistas avanzaron en protección, las dos compañías regresaron a los fuertes. Poco después cesó el fuego, y Canterac, encontrando no poder inducir a los patriotas a dejar las fortificaciones, retiró sus fuerzas.

Los españoles permanecieron quietos al día siguiente aunque los patriotas esperaban que volverían a avanzar, y en la noche, por tanto, habían estacionado dos bergantines de guerra cerca del fuerte de la izquierda que era el más expuesto. Caminé por el terreno que ocupó ayer el enemigo pero sin encontrar cadáveres, habiéndose llevado cada bando sus muertos y heridos. Los españoles perdieron un coronel : una bala que entró en una masa del ala izquierda mató e hirió diez y siete hombres. Bellavista tenía también aspecto de haber soportado el cañoneo.

Hoy arribó un barco de Valparaíso, con noticias del horrible temporal del Norte ocurrido el 9 de junio, que echó a tierra e hizo naufragar catorce barcos, y averió muchos otros. Esta tormenta ocasionó demora a la expedición que se aprestaba en Valparaíso para unirse con Santa Cruz, pues se perdieron los transportes que debían conducir las tropas y con ellos muchas armas y equipos ya embarcados.

El gobierno y los comerciantes estaban ahora ac-

tivamente empeñados en alistar otra expedición a Intermedios, mientras el ejército español permanecía inactivo en su campamento delante del Callao. Como 3.000 hombres se destinaron a este servicio en dos divisiones, una mandada por Miller y otra por Alvarado; eran principalmente colombianos; y el general Sucre iba a zarpar detrás de ellos a la brevedad posible, para asumir el mando en jefe. La primera división del general Miller partió el 3 de julio y la otra el 7 del mismo mes. Entretanto la ciudad había sido frecuentemente alarmada de noche, por escaramuzas furiosas fuera de las murallas entre las avanzadas patriotas y la caballería española.

Así que Canterac tuvo noticia de la salida de la expedición Miller, despachó al general Valdez con un cuerpo de tropas para oponérsele, y se refería confidencialmente por desertores y otros de Lima, que el cuerpo principal de los realistas pronto levantaría campamento y se retiraría.

XXIII

VIAJE A TRUJILLO.—HUACHO Y SUS HABITANTES INDIOS.—DIFICULTAD PARA CONSEGUIR CABALLOS.—EL PAÍS CERCA DE HUACHO.—HUAURA Y EL DESIERTO ARENOSO.

El 8 de julio zarpaba un barco para Trujillo, y como tenía asuntos que arreglar con el presidente y el Congreso, me presenté al general Sucre y recibí su correspondencia. Luego me embarqué en la goleta *Carmen*. Debimos salir a la tarde, pero nuestra ancla se enredó en el cable de la fragata *Venganza*, y nos detuvo hasta hora avanzada. Mientras tratábamos de zafar, el primer teniente del *Chimborazo*, bergantín de guerra colombiano, capitán Ramsay, vino a bordo y

ordenó no salir de noche, por haberse dado contraorden en virtud de la fuga reciente de algunas personas endeudadas con el Gobierno. El teniente se quedó a bordo, bebiendo ponche con el capitán y el piloto de la *Carmen*, y como los tres se emborracharan un poco, se siguió una gresca terminada con la captura del piloto por los marineros traídos a bordo por el teniente. Se le condujo al *Chimborazo*, pero una hora después fué devuelto por el capitán Ramsay y a las cuatro de la mañana la *Carmen* se hizo a la vela.

Con viaje incomodísimo de dos días y dos noches, aunque la distancia no sea más de treinta leguas, encontré que nos íbamos aproximando a la región de la costa en que está Huacho. Todo el país, cuando lo costeábamos al largo parecía sucesión de altos cerros de arena y fuerte marejada rompía en las rocas. Cruzamos la hermosa bahía de Salinas donde estuvo la flota de San Martín, cuando su ejército se hallaba en esta región ; y, doblando un promontorio escarpado entramos en una bahía chica, cerca de Huacho. Sentíame tan enfermo del viaje que resolví dejar la *Carmen* y seguir por tierra si era posible. En consecuencia, el 2 desembarqué con mi criado, dejando que el equipaje siguiese por mar. La marejada, aun dentro de la bahía, es tan fuerte, que hace desagradabilísimo y a veces inseguro desembarcar. El bote no puede aproximarse a la orilla por el poco fondo, pero los indios llevan los pasajeros a babuchas.

Desde el desembarcadero hay una milla de playa con césped, bañada por arroyitos que bajan escurriéndose del cerro, aquí tan cerca del mar que deja solamente este estrecho escape. En el tope de esta altura está Huacho, uno de los lugares más ruines que vi en el país. En los suburbios vense chozas indias, de cañas entretejidas, con techos planos de una estera especial sobre la que a veces desparraman un poco de barro.

La mayor parte de los indios son pescadores, de raza robusta e intrépida, gordos, rollizos y de buena índole, aunque con facciones más bien tristes. Tienen sombreros manufacturados con una especie de junco, imitación Jipijapa, pero inferiores; éstos, así como las tabaqueras, se hacen principalmente por mujeres y niños que en cuclillas trabajan al frente de las casas. Los indios de ambos sexos usan larguísimo cabello negro, echado atrás y hecho trenza colgando sobre la espalda. Ambos sexos andan vestidos con el tosco picote azul del país, los hombres con chaquetas y grandes calzones amplios, abiertos en las rodillas, que llegan, sin embargo, casi hasta los tobillos. Las mujeres usan camisas de manga corta, de picote azul, abiertas en el pecho, y enaguas azules espesamente acolchadas, llenas, redondas, y tan largas que no se ven los pies. Hombres y mujeres se atan la cintura con faja retorcida de colores, que consideran grande adorno. La clase mejor de mujeres indias tienen una vestidura bajo la camisa tosca de lana hecha de hilo, con peto bellamente bordado, dejando siempre el cuello descubierto. Los niños, si no están completamente desnudos, usan camisitas azules.

Lo mejor de la ciudad es la plaza y dos o tres calles; aquí las casas son de construcción más sólida, pero hay gran falta de aseo en toda la ciudad. El polvo fino de las calles cubre absolutamente los zapatos, y como los edificios son de barro y sin blanquear, tienen aspecto sucio e incómodo. Las casas generalmente sujetas al mismo plano, tienen una columnata al frente, que sale del techo chato y se apoya en una pared de adobe de tres pies de alto donde los habitantes se sientan y fuman. El interior se compone generalmente de dos antecámaras que ocupan todo el frente. Atrás de éstas hay uno, dos o tres dormitorios y corral al fondo. Esta ciudad y sus contornos son fa-

mosos por haber sido largo tiempo cuartel general de San Martín. Su ejército sufrió horriblemente aquí por las enfermedades; 2.000 de los 4.000 hombres que trajo de Chile, murieron en los cuarteles.

No había posta donde conseguir caballos, y acudí al gobernador de la ciudad que estaba sentado en un cuarto sucio entre una pila de papeles polvorosos. Así que mencioné el pedido de que me facilitara caballos para ir a Trujillo, pareció tan desconcertado como si le hubiese pedido dinero, prorrumpiendo en grandes exclamaciones. Por fin, oí que el coronel Lavalle, al mando de tropas próximas, de granaderos a caballo y batallón núm. 11 de infantería había requisado todos los caballos y por tanto a él debí dirigirme. Le visité por consiguiente, y cortésmente me otorgó pasaporte para Trujillo, poniendo caballos del Estado a mi disposición, y ordenando a los tenientes gobernadores de los pueblos del tránsito me facilitasen cualquier acomodo y ayuda. Por tanto ahora esperaba seguir cómodamente, y llevando mi pasaporte donde el gobernador, pedíle inmediatamente dos buenos caballos para mí y el criado. Entonces supe que «caballos del Estado» eran los de la pobre gente poseedora de algunas míseras bestias, indignas de ser arrebatadas por los granaderos a caballo. Mandó buscar al alcalde, indio descalzo, pero, no obstante, por su empleo, personaje formal y dignificado (con gran sombrero de paja blanca y azul, que creía lindísimo, y vara que aumentaba su importancia), y después de una consulta en que hallé ser sumamente difícil conseguir caballos y mucho menos buenos, los *ministros* o corredores del alcalde, fueron enviados para requisar los que encontrasen.

Después de esperar bastante tiempo, dos o tres mancarrones con lomos lastimados, y puntas (aunque no las buenas) muy discernibles, se trajeron para que

eligiese ; el gobernador me informó que irían solamente hasta una legua de Huaura, donde encontraría abundancia de buenos caballos. Necesitaba, en efecto, librarse de mí a cualquier precio, y, dadas las circunstancias, difícilmente puede vituperársele. Como solamente había una silla y brida, lo difícil ahora era conseguir montura para mi criado. Averigué si habría alguna «del Estado» y me dijeron comprase una silla vieja por la que pagué el doble de su valor, pero en ninguna parte podía conseguir brida o estribos. Los *ministros* del alcalde, por tanto, se pusieron de nuevo a la obra, y sacaron el freno al caballo de una pobre mujer a quien, sin embargo, pagué en la misma proporción que por la silla. Al fin montamos, después de obligar a un indio que nos sirviera para correr a nuestro lado como guía y regresar con los caballos. Sin embargo, pronto alcanzó un conocido que llevaba el mismo camino y montó en ancas.

Los indios primitivos aprovecharon todas las corrientes de la cordillera y, llevándolas desde sus fuentes por innumerables riachuelos, las han utilizado de la manera más económica en el regadío de sus tierras ; y toda la costa del Perú, desde el desierto de Atacama hasta su confín norte, es desierto arenoso y seco, excepto donde algún río baja de las montañas al mar. En su cercanía se produce el verdor más bello y la más lozana vegetación, con suelo generalmente de tierra negra profunda. El valle divisorio entre Huacho y Huaura, bien regado, es deliciosísimo, poco menos que un paraíso, comparado con las montañas estériles que lo limitan. Los potreros son chicos y divididos por cercos vivos cubiertos de enredaderas, y diversificados por árboles con fruta de colores vivísimos, la amarilla naranja, verde chirimoya, cachos de banana y uva purpurina ; están llenos además de pájaros con bellísimo plumaje, mientras la quejumbrosa

tórtola peruana, con arrullo distinto de la europea, agrega su dulce voz al encanto del paisaje. Las sementeras de estos ricos y bien cultivados potreros son mandioca, alto y lustroso maíz, y alfalfa, alimento universal del ganado peruano. El efecto, sin embargo, de este bello paisaje mucho se malogra con el mísero aspecto de las chozas inmundas de los habitantes.

Se entra en Huaura por un puente provisorio e inseguro tendido sobre una quebrada profunda en cuyo fondo corre el torrente fertilizador del valle. Todavía se ven restos de un hermoso puente de ladrillo, pero fué destruído por San Martín y se derribaron obras frente a él para proteger el pequeño ejército enfermo. La ciudad misma es respetable, con la calle principal bastante bien edificada y casas a estilo de las mejores de Huacho. Tiene también iglesia, y, ubicada sobre el cerro, ofrece linda vista de la bahía de Salinas. Me contrarió tristemente cuando acudí al gobernador (que por la mañana había estado con el coronel Lavalle y recibido órdenes de patrocinarme) y resultó que no había podido encontrar caballos de ninguna clase ; así, vime obligado a seguir en los mancarrones montados hasta Supe, distante siete leguas ; aunque, haciendo justicia a las pobres bestias, se habían portado mejor de lo que esperábamos.

El país, cuatro leguas más allá de la ciudad, era siempre fértil y alegre ; pero después se convirtió en una serie de llanuras y cerros arenosos, llamadas en el Perú pampas sin agua. En estos horribles desiertos no hay el menor vestigio de vegetación y, en muchos sitios aparecen sobre la arena yacimientos de sal gema. Tal es el caso en toda la región de este país, del que toma su nombre la bahía de Salinas que se encuentra cerca, y constituye ramo de comercio muy importante. El camino a través de desiertos, llamado camino real, es una senda en la arena o en las rocas, por

todo con osamentas desparramadas y huesos emblanquecidos de animales que han muerto de cansancio y sed ; como el clima es constantemente seco decaen muy lentamente y se acumulan con el tiempo.

XXIV

SUPE.—CENA CON EL GOBERNADOR.—BARRANCA Y SU RÍO.—PATILVICA. — AGRICULTURA PERUANA. — RUINAS INDIAS Y DESCRIPCIÓN DE LA COSTA Y PAÍS.

Estaba obscuro cuando alcanzamos el tope de una alta lomada arenosa, desde donde veíamos simplemente el valle de Supe, más obscuro que el arenal circundante. Después de dar vueltas entre altos cercos vivos, que excluían completamente la vislumbre que de otro modo habríamos disfrutado, entramos en campo abierto donde, por el ladrido de centenares de perros, conocimos hallarnos en los arrabales. La ciudad tiene plaza donde están la iglesia y la casa del gobernador ; el resto se compone de casas de adobe como las de Huacho, y chozas indias de caña. Se halla a una milla del mar y tiene tráfico costanero con Lima y Trujillo.

Cuando presenté mis pasaportes al teniente gobernador me ofreció su casa diciéndome que la familia se había retirado al interior llevando consigo todo lo valioso y movible, pues se había esperado a los realistas. Pronto se nos juntó el marqués de Casa Muñoz emigrado de Chancay, donde tiene fundos, a Barranca, una legua de Supe : tenía consigo pocos subalternos armados de lanza ; todos los caballeros del país formaban bandas guerrilleras, tanto para molestar al enemigo como para defender sus bienes. El gobernador de Supe había ocupado el empleo mientras los

españoles conservaron autoridad, y lo confirmaron los patriotas.

Sin probar bocado desde que dejamos el barco en la mañana, no me disgustó ver la cena en la mesa, consistente en chupe y picadillo de gallina. El chupe es buen manjar, originariamente aprendido de los indios, y compuesto de pescado, huevos, queso y papas, estofados juntos. Los comensales se sientan alrededor y cada uno con su cuchara se sirve lo que guste. No se usaban platos, aunque se puso uno para mí por cumplimiento. Después de la cena se trajeron dulces en cajita de madera, acompañados de un cántaro de agua cristalina. El teniente gobernador se disculpó de no tener cama para mí, pero puso un pellón blando sobre la mesa y, con mi montura por almohada, habría dormido notablemente bien si las pulgas, que hierven especialmente en la costa, no me hubiesen casi devorado.

A las 9 a. m. del 14 de julio, pasaba la gran dificultad de conseguir caballos, que al fin resultaron casi tan malos como los de ayer, partí, bebiendo previamente con el *padre*, que habitaba puerta por medio, una mezclilla de cerveza, aguardiente, azúcar y huevo, combinación para que el buen cura se pintaba solo. No lejos de la ciudad, la yegua vieja que montaba mi criado se echó en el camino, de pura debilidad : por consiguiente, sin ceremonia entramos en un potrerito donde vimos un caballo pastando, lo tomamos y dejamos la yegua vieja en reemplazo. Después de marchar media legua por un arenal desierto, llegamos al valle y pueblo de Barranca, por el mismo estilo de Supe. Encontré al gobernador, hombre bien criado, a caballo, y me invitó a almorzar en su casa, una milla del pueblo, sobre mi ruta, mientras dió órdenes que se nos trajeran dos buenos caballos. Me obsequió comida excelente de picadillo de gallina y chupe y, en

seguida, chocolate con tostadas. Era un oficial que había servido a las órdenes de San Martín, y por consiguiente conocía muchas personas con quienes yo estaba en relación. Después de almorzar, los caballos (verdaderamente óptimos) estuvieron listos para la etapa siguiente a Guarmey e insistió en acompañarme hasta el río, para verme vadearlo con seguridad. El camino en aquel lugar corre por grandes campos cultivados, con tapias y no con los bellos cercos vivos y floridos que tanto admiré en el valle de Huaura.

Se llega al río de Barranca mediante una bajada rápida en la ribera alta formada por grandes guijarros y tierra ; por ser la estación seca meramente lo componían tres torrentes separados, con agua que llegaba a las costillas, pero inseguros, pues el lecho es de inmensos cantos rodados, que ofrecen para el caballo piso muy incierto : la anchura del cauce en total quizás sea más de un cuarto de milla, y cuando llueve en la Cordillera se llena por completo, corriendo con furia, y arrastrando árboles y aun rocas, que lo hacen generalmente impasable. Algunas veces, sin embargo, se pasa con los caballos a nado, pero muchos se han perdido al intentarlo. En la otra banda, el terreno es bajo y pantanoso, cubierto de matorrales algún trecho, y los caballos marchan con dificultad en distancia considerable con el agua a las costillas. El terreno pronto empezó a levantarse y vinimos a un lindo ingenio azucarero, perteneciente a un noble residente en España, cuyo hermano, viejo realista, vive en el lugar. El camino pasa por el patio, y como un caballero venía de Barranca e iba conmigo hasta Patilvica, se detuvo para hablar con el viejo plantador. Es fundo notablemente bueno, con capilla y edificios cercados de alto muro, como fortaleza. Cuando pasamos la portada entramos en un gran patio oblongo, con linda casa en un extremo, y el resto ocupado por el molino, trapi-

ches y cuartos de esclavos. La tierra está abundantemente provista de agua llevada a todas partes por acequias de mampostería ; algunas plantaciones empezaban a brotar, otras se hallaban en pleno crecimiento, y otras más a medio desarrollar.

Poco después llegué al pueblo de Patilvica, quizás mayor que los ya vistos. Algunas casas, también, son más cómodas, aunque el polvo y suciedad de las calles son tan grandes aquí como en cualquier parte. Me demoré simplemente para presentarme al presidente del departamento de Lima, que aquí acaba ; había emigrado al aproximarse los españoles, y el respetable caballero anciano fué bastante bondadoso para darme pasaporte ordenando empeñosamente a los tenientes gobernadores del trayecto que me facilitasen todo.

Después de andar una legua por país bien cultivado, campos abiertos, cercados de tapia, llegamos a una casa grande ; y por creer el guía que sería mejor sacar algún maíz para los caballos, resolvimos conseguirlo aquí. Nuestro guía exigió maíz para «caballos del Estado», naturalmente sin pagar, lo que nos atrajo la familia entera. El propietario, muy razonablemente requirió ver la autorización ; pero concluí la disputa diciendo que pensaba pagar todo ; el anciano entonces nos señaló un montón de maíz rogándonos tomásemos gratis lo que necesitáramos.

Como viajar a caballo es tan universal en este país, se han inventado numerosas comodidades para disminuir la fatiga del camino ; por ejemplo, sobre las sillas y debajo del pellón, se ponen frazadas, sábanas, etcétera ; también se llevan cruzadas al animal alforjas de algodón fuerte, como maletas inglesas que contienen ropa blanca, comestibles, etc. ; para beber los jinetes llevan en la cabezada de la silla un porongo o un par de chifles con tapas de plata.

He mencionado que más allá de este fundo nuestra ruta seguía una legua a través del mismo país fértil donde tuve oportunidad de ver el método peruano de arar. Cuatro bueyes van uncidos casi a la usanza inglesa, y el arado en parte es de la misma construcción, solamente mucho más angosta la uña de madera y mal hecha, de modo que apenas roza el terreno dando vuelta al surco a un lado y a otro. Es costumbre, después de levantar la cosecha, dejar correr algún tiempo el agua sobre el terreno hasta ablandarlo, y luego se ara. La profundidad de la linda tierra negra encontrada en la región regada del país sería asombrosa si no recordáramos que desde tiempos inmemoriables mucho suelo ha sido acarreado desde los Andes en cada inundación proveniente de lluvias o deshielo. La cercanía de Patilvica es de las muy contadas excepciones, pues es de suelo pedregoso ; pero el por qué sea diferente del resto, no me puedo explicar. Después de arar el terreno y cruzarlo a satisfacción, los agricultores trazan surcos profundos, distantes dos o tres pies entre sí, para que corra el agua ; luego dejan caer granos de maíz en el declive de tierra tapándolos con los pies. Toda clase de granos o legumbres se siembran o plantan de esta manera, para regarlos con menos agua y más regularidad que donde se siembre en superficie lisa.

Así que dejamos el campo cultivado, pasando por una pampa verde, llegamos a orillas del mar y el camino ahora va por encima de una ribera alta, pedregosa, cubierta de resaca y dientes de ballenas, arrojados por el oleaje más tremendo que nunca vi, no solamente por romper con tanta violencia en la orilla, sino por internarse lejos en el mar ; en más de una milla el agua era una sucesión de olas revueltas que parecían unirse al aproximarse a la orilla, de donde retrocedían con sonido, a lo lejos, semejante a descargas tremendas de artillería.

En esta parte del camino se encuentran dos ruinas notables de los antiguos indios, llamadas fortalezas ; la mayor está en el extremo de un llano, al pie de algunas montañas rugosas, como a una legua del mar. Ofrece aspecto de gran masa cuadrada de tapia, en forma de pirámide truncada con amplios escalones. Aunque sin duda muy antigua, no parece haber sufrido materialmente, pues todos los lados son cuadrados y los ángulos filosos. Está cubierta en parte con una especie de estuco en que todavía se ven extrañas representaciones coloreadas de pájaros y bestias. La otra ruina está sobre una roca altísima que se proyecta en el mar, accesible solamente por el lado de tierra, y eso muy difícil ; parecía en estado mucho más ruinoso que la otra. Es tradición que desde esta altura los indios, en la época incaica, solían precipitar los criminales condenados, como los romanos desde la roca Tarpeya.

Después de pasar junto a una laguna salada, donde todavía existen ruinas de obras utilizadas por los españoles, entramos en un largo arenal llano, en la actualidad perfectamente estéril, pero que, por los restos de acequias y escombros de casas, es muy claro que el cultivo lo cubrió antes con su verdor. Parece muy probable que las ruinas indias que acabo de describir fueran estructuras pertenecientes al Inca, levantadas en un país populoso. Si el agua que antes alimentó estas acequias ha faltado por completo, o si los escasos habitantes actuales son demasiado indolentes para tomarse el trabajo que se aplicó a este suelo, no puedo determinarlo ; pero estoy persuadido, por mi observación, que gran parte de las áridas llanuras de la costa han sido antes pobladas y cultivadas, y troncos secos de árboles se ven todavía en varios lugares. Se conjetura, y pienso que plausiblemente, que el Perú era mucho más poblado en tiempo de los in-

cas que en la actualidad, y que los nativos actuales, teniendo tierra suficiente bajo cultivo para sus propósitos, no se toman la misma pena y gasto para traer agua de su fuente, como los indios antiguos estaban obligados a hacer para que el país soportase mayor población.

Por otro lado, parece probable haya habido alguna revolución de la Naturaleza que cambió enteramente el curso de las aguas ; como que en la costa hay varios grandes cauces llamados por los habitantes *ríos secos*, por donde, sin duda, corrió agua, pero la presente o varias generaciones anteriores no conservan memoria de ella. Uno de estos anchos cauces secos está solamente a dos leguas de las notables ruinas de que he hablado, y el curso de la corriente y la arena por ella arrastrada, son perfectamente discernibles. Puede suponerse, por tanto, que la falta de agua obligó a los habitantes a salir de esta región y emigrar a tierras antes secas pero que el nuevo curso del agua hizo aptas para cultivo.

El camino luego se aparta del mar por un mísero distrito arenoso, mientras el casi intolerable calor solar y el paso lento de los caballos en el arenal profundo, hacen la marcha doblemente fastidiosa. Pasé esta tarde por varios cerrillos de diferentes tintes claros que no puedo explicarme mejor sino suponiendo que los colores provienen de substancias minerales mezcladas con arena : el rosado, azul y verde eran especialmente vivos. Pensé recoger un poquito de cada uno, pero encontré, al separarlo del cuerpo principal, que perdía mucha brillantez.

El camino luego entra en una fila de altos cerros de piedra con vueltas que la gente de la vecindad llama callejones. Luego se hizo obscuro, y mi guía que, según yo había observado algún tiempo, no parecía seguro de la ruta, por fin declaró no saber dónde nos

encontrábamos ; por tanto creí mejor acostarme para pasar la noche que seguir vagando fuera del camino. Desensillando los caballos y atándolos a una piedra pesada, única manera de asegurarlos en tales lugares dímosles espigas de maíz que habíamos traído, y dividí por partes iguales nuestro pan, queso y agua, con el criado y el guía. Me acosté en la silla y me envolví con la capa, para defenderme del rocío muy copioso.

XXV

ASESINATOS DE VIAJEROS.—SALVAJE ORILLA INHOSPITALARIA.—DIFICULTADES DEL CAMINO.—GUARMEY.—EL CURA Y LA CANCIÓN DE SU CONCUBINA.

El 13 de julio, al alba, con alguna dificultad encontramos el camino que continuaba girando por pasos angostos donde, en ocasiones, cruces de madera, sustentadas en montoncitos de piedra, indicaban el sitio donde algún viajero había sido asesinado ; en verdad, lugar alguno sería más a propósito, con senda tan angosta que era imposible evitar, y había poco peligro para los asesinos de ser interrumpidos por intrusos en la tarea. Saliendo de estas angosturas, el camino vuelve a bajar a una llanura pedregosa, junto al mar, con arena tan liviana y profunda que los rastros del animal se borran inmediatamente. Aquí encontré algunos que venían de Trujillo, y me confortaron con la afirmación que la peor mitad de la etapa quedaba por recorrer, cuando les pregunté cuántas leguas faltaban, me dijeron, «diez leguas mortales», y las llamaban así con razón, pues las hallé excesivamente pesadas y fatigosas ; los caballos a veces se hunden casi hasta el encuentro en la arena caliente y como de cuando en cuando trepaban médanos casi perpendicu-

lares trataba de ahorrar mi caballo lo que fuera posible, pasándolos a pie.

La orilla aquí se cubría de aves marinas, y entre ellas abundaban los pelícanos; las rocas destacadas, batidas por furiosa y resonante marejada, eran habitadas por innumerables rebaños de focas cuyos discordantes balidos y gritos prestaban a la escena rusticidad y horror singulares.

Después de estos profundos caminos cerriles descendimos a un valle plano y abrigado, adornado con arbustos silvestres, verdes y llenos de vida. No vimos agua, pero se encuentra cavando muy poco. Antes una familia intentó residir allí para albergar viajeros, pero como algunos miembros de ella murieron, los demás abandonaron el lugar. El valle tiene dos leguas de largo, y como el suelo es duro resulta camino excelente. Nuestros caballos, sin embargo, comenzaron a aflojar a causa del camino fatigoso que habíamos pasado, y unas leguas más adelante el mío se echó; la situación, por tanto, se hizo sumamente desagradable, pues estábamos a seis leguas del fin del viaje, y parecía imposible que los caballos siguieran adelante. Empecé a mirar huesos de animales esparcidos alrededor con algunos sentimientos de conmiseración y esperaba ver cada minuto que mi caballo cesase de respirar. Ni asentí a la propuesta del guía que quería seguir en mula hasta Guarmey y volver con caballos, pues no podía regresar antes de la noche, y tenía ya muestra de su conocimiento del camino en la obscuridad. Por tanto, resolví, sucediese lo que sucediese, quedarnos juntos y hacer a pie el resto del trayecto. Después de descansar breve tiempo, sin embargo, conseguí que mi caballo se levantase y llevándolo de la rienda para subir una loma arenosa que me cansó excesivamente, volví a montar; el pobre animal hacía eses con mi carga, y no había ido lejos cuando volvió a echar-

se. Al desensillarlo hallé el lomo horriblemente lastimado, pues mi silla lo había desollado gravemente. Por consiguiente hice que mi criado le pusiera la suya de diferente construcción, y en seguida lo sentí más aliviado, y marchamos despacio. El excesivo calor del valle que acabábamos de dejar había extenuado mucho los caballos por el sol fuerte, sin pizca de aire; pero al ganar la altura tuvimos brisa marina que los refrescó. El camino también era un poco más firme y cuesta abajo.

Por fin tuvimos el placer de contemplar el bello valle de Guarmey a tres leguas de distancia. Era asombroso observar el instinto de los caballos: en el momento de discernir el valle, pararon las orejas y adelantaron con brío hacia el pastaje. A las tres de la tarde llegamos a Guarmey marchando las últimas dos millas por callejones angostos, entre cercos de ricos alfalfares a que nuestras bestias cansadas volvían lánguidos ojos, no habiendo tenido ningún jugo en la boca treinta horas.

El pueblo se compone de una calle larga de chozas indias, con dos o tres casas de adobe, una perteneciente al teniente gobernador, viejo tendero respetable que parecía reicito entre sus paisanos. Cuando le exhibí mis pasaportes ofrecióme bondadosamente su casa, aconsejándome al mismo tiempo no seguir esta tarde, pues la etapa siguiente hasta Casma era también de diez y ocho «leguas mortales». El anciano me brindó hospitalidad muy amable, dándome chupe caliente especialmente hecho para mí, y sacando una botella de jerez añejo, un verdadero tesoro; en efecto, casi la vaciamos, mientras yo relataba las noticias que traía de Lima.

Por la noche fuí en su compañía para beber te con el cura del lugar, hombre instruído que me entretuvo con sus cuentos sobre las costumbres de los indios del

interior, entre quienes había residido y cuya lengua conocía. Por los ejemplos que dió deduje que era dulce y musical, llena de vocales y bien adaptada a las vidas sencillas e inocentes de quienes la hablan. No obstante el aspecto respetable de este cura, tuve buen motivo para saber que, en punto de moralidad, no era superior a la mayor parte de los de su profesión en el Perú : vivía públicamente con una preciosa muchacha interesante, dotada de voz dulce, que nos entretuvo con la siguiente canción, acompañada, como es usual, con guitarra :

—Corazón, ¿por qué pretendes
Con ese traidor estar?
Si él no te tiene amor,
Deja, corazón, de amar.
—Pretende porque lo quise
Con él a perseverar,
Y aunque él me sea traidor
Yo siempre lo he de amar.

—Cuando más fina lo adores,
Mira, te ha de abandonar ;
Y para no sentir mucho,
Deja, corazón, de amar.
—Bien pudiera a mis fuerzas
Con abandono pagar ;
Pero yo siempre constante
No puedo dejar de amar.

—Hartos consejos te doy
Queriéndote consolar :
Ten presente sus traiciones,
Deja, corazón, de amar.

—En vano son tus consejos,
No los quiero ni escuchar ;
Ciega estoy en su belleza,
No puedo dejar de amar.

Estaba evidentemente lejos de ser feliz sin más sociedad que el cura, y había un delicado lamento en su tono y maneras que despertaba hondísima simpatía ; nada pude saber de su historia. Nos preparó te conduciéndose con mucha gracia natural ; pero noté en el cura un modo autoritario muy ofensivo para ella.

He explicado, al referir la última jornada con regular extensión, la clase de viajes en estos arenales desiertos ; todos se parecen muchísimo, menos el camino de hoy, aún más pesado y fatigoso. A cuatro leguas de Guarmey, un charquito de agua mala, rodeada por pocos arbustos, llamado Las Culebras, fué el solo sitio de tierra firme encontrado en todo el día. Como tenía gran horror de que los caballos se aplastasen en el camino, empecé a marchar muy despacio, y completamente obscuro llegamos a Casma. Mi intención era andar toda la noche, si fuese posible, y presenté los pasaportes al teniente gobernador, rogándole me despachase inmediatamente. Me informó no haber un animal en el pueblo, perteneciente a particulares, que sirviese a mi objeto, y que tenía órdenes estrictas de no requisar en servicio del Estado los caballos de posta. Alegremente alquilé caballos de posta al precio usual ; pero hallé que vendría la mañana sin poder partir, pues los animales pastaban a distancia considerable. Por tanto, me vi forzado a permanecer algunas horas en Casma.

En el cuarto que ocupé estaba también un oficial y así que mi guía lo vió, acusóle de haber robado algunos caballos en Guarmey esa mañana, y entregó una

carta al gobernador de Casma, de una persona de Guarmey que constataba el hecho. Parecía que el oficial, no contento con los caballos del Estado que se le habían facilitado en Guarmey, había mandado dos o tres soldados, de noche, para apoderarse de otros, con intención de llevarlos a Trujillo, y allí quizás venderlos por su cuenta. Oyó la acusación como cosa natural, pero después de discutir, debió entregar los caballos.

Salí de Casma a las cinco de la mañana con caballos excelentes, pagándolos a razón de seis peniques por legua cada uno ; y como marchaba muy ligero, llegué a Nepeña, por diez leguas de arenal, en cinco horas, trabajo horriblemente duro para los animales. Aquí me lavé y mudé ropa blanca por primera vez desde la salida del Callao. Encontré al gobernador, un realista muy incivil, e informándoseme también que trataba mal a los oficiales y soldados que dependían en absoluto de su protección, se lo dije al presidente cuando llegué a Trujillo, y se envió reemplazante. Nepeña nada tiene digno de mención y de allí me proveyeron caballos para Santa, distante ocho leguas.

Mis guías hasta aquí habían sido invariablemente indios, pero el que me procuré ahora se llamaba Luis Castillo, sujeto inteligente, bien vestido, montado en caballo propio, con un pañuelo limpio y perfumado en cada bolsillo de la chaqueta, además de una cantidad de duros. Me dijo que su negocio era de *propio ;* se ocupaba con el Gobierno y los particulares y percibía de Trujillo a Lima 100 ó 200 duros, cubriendo generalmente la distancia en cinco días.

El camino de Nepeña a Santa continúa por un arenal accidentado. Dimos con varios vestigios de pueblos indios, particularmente dos calles paralelas que se extienden derechas una legua. Son de veinte pies de ancho pavimentadas con adobes, y pared de

tres pies de altura de cada lado ; a intervalos hay ruinas de casas medio enterradas en la arena. La llanura en que se hallan estos pueblos, evidentemente fué cultivada, viéndose todavía los troncos secos de árboles antes florecientes. Hay otras ruinas cerca de Santa, algunas en grande escala y construídas de adobe.

Al entrar en el valle de Santa observé una huaca, o gran montículo de tierra, con paredes de tapia, tan frecuentes en todo el Perú y tenidas por cementerios de los antiguos indios, pues contienen esqueletos y utensilios que se suponen haber sido enterrados junto con los cadáveres.

Llegamos a Santa a eso de las cuatro de la tarde ; es pueblo importante con gran plaza e iglesia, ubicado en un llano productivo. Tiene excelente puerto donde acuden barcos de Lima en busca de arroz, azúcar y tocino. Cerdos y vacunos son abundantísimos. No habiendo aún quebrantado mi ayuno estuve completamente listo para el manjar proporcionado por el goberandor, y encontrando poder conseguir caballos, resolví marchar de noche hasta Viru, diez y ocho leguas, y catorce de Trujillo.

XXVI

PASO DEL RÍO.—VIRU.—MOCUA.—LLEGADA A TRUJILLO. —SU ASPECTO. — SITUACIÓN Y COMERCIO. — HUANCHACO.

Salimos de Santa a las 5'30 en buenos caballos facilitados por el gobernador de su caballeriza particular. Seguimos el valle por una senda angosta donde la caña de azúcar silvestre y de otras clases, entrelazada con arbustos, cubría la senda tan completamente que tuvimos que abrirnos paso por ella en distancia

de una milla hasta llegar al río. Es parecido al de Barranca, pero más peligroso, como que el agua es más honda. Aquí hay siempre indios con caballos, para guiar a los viajeros por los rápidos, con un caballo a cada lado, el de aguas arriba para quebrar la fuerza de la corriente y el otro para sostener el caballo del viajero en caso que no aguante la corriente o tropiece en los grandes rodados del fondo. Como antes advertí, el agua estaba muy baja en esta estación del año, pero, sin embargo, era necesario marchar muy despacio, y sería sumamente peligroso pasar sin guías, pues el cauce está lleno de pozos que forman ollas y remolinos muy fuertes.

Del otro lado, a corta distancia, hay una gran hacienda y casa donde se albergan los viajeros y consiguen caballos. Nos detuvimos breve tiempo para que el correo y un oficial que iban en nuestra dirección se nos juntasen. Inmediatamente de dejar esta hacienda llegamos a un desierto estéril, pero como era obscuro, nada veíamos. Conocía, no obstante, por las pisadas de los caballos, ser terreno sólido ; en efecto, pasábamos por rocas de sal, y donde no había rocas, la superficie estaba incrustada de sal que sonaba bajo los cascos como camino duramente escarchado. A media noche llegamos a una alta cadena de cerros arenosos, y después de treparla convinimos en acostarnos para descansar un poco. Es malísimo, sin embargo, y lamentamos después de haberlo hecho, pues nos pusimos tan soñolientos que cuando volvimos a montar apenas veíamos los caballos.

Llegamos a Viru a las 7 a. m. y encontré el pueblo exactamente igual a todos los que habíamos pasado ; el teniente gobernador también (como había sucedido en todo el trayecto, menos en Nepeña) era muy hospitalario. Después de almorzar chocolate en su compañía, sentíme tan cansado y enfermo que te-

mí no poder seguir ese día ; pero como Trujillo distaba solamente catorce leguas, resolví probar. Los caballos del Estado eran deplorabilísimos, pero cuando monté me encontré bastante descansado. Dos caminos conducen de Viru a Trujillo ; el más directo tierra adentro es de arena horriblemente pesada, el otro, tres o cuatro leguas más adelante, baja al mar y continúa por la costa hasta dos leguas de Trujillo. Es trayecto espantoso : cerros áridos de arena se levantan a considerable altura y la tremenda rompiente que se revuelve en la playa, mezclada con maderas y huesos, produce impresión muy horrorosa.

Los caballos eran tan malos que se cansaron antes de la mitad del camino ; y por fin se plantaron lindamente a cuatro leguas de Trujillo. Ahora nada podíamos hacer sino enviar el guía hasta un pueblo llamado Mocua, dos leguas de nosotros, para conseguir caballos de refresco, y, mientras, me envolví en la capa para dormir un poco sobre la arena. El guía no volvía hasta hacerse completamente obscuro y empecé a impacientarme muchísimo, no agradándome la idea de pasar toda la noche en aquella situación ni de seguir a pie con la mayor seguridad de perderme. No obstante, apareció con dos caballos bastante buenos y volvimos a reanudar el camino, dejando que las pobres bestias pasasen la noche como pudieran y acaso aumentasen los huesos de la ruta.

Al pasar sobre un cerro considerable que nos impedía costear la orilla del mar, observé el terreno sembrado en muchos sitios con crucecitas de madera y, averiguando, supe eran colocadas por los pescadores antes de salir al mar, para asegurarse buena suerte y feliz retorno. El pueblo de Mocua está una legua al interior ; parecía, en cuanto podía ver con aquella luz, extenso pero muy ruinoso, con iglesia grande ; de allí a Trujillo el camino recorre país cultivado con lindos

cercos vivos exuberantes, cubiertos de bellas enredaderas de varias clases, que por completo impiden al transeunte mirar los campos. Entramos a Trujillo a eso de las 8 p. m. y en el acto fuí donde un caballero inglés para quien tenía carta de recomendación.

Trujillo, capital de la provincia del mismo nombre, puede llamarse Lima en miniatura ; y, como Lima, está rodeado de una tapia de doce pies de altura, formando una sucesión de bastiones y cortinas : contiene unos 10.000 habitantes. Las calles son derechas y en manzanas, y casas e iglesias construídas y coloreadas como en Lima. Situado a dos leguas del mar en ancho y rico valle al pie de los Andes, abunda en todo lo necesario para la vida, comparativamente barato ; el alquiler de casa es también bajo, siendo el precio de las mejores 300 duros anuales. Aunque cuatro grados más al Ecuador, la temperatura de Trujillo es preferible a la de Lima y no está tan sujeto a tercianas o chucho, probablemente porque hay mejor aereación.

Trujillo mantiene comercio bastante considerable con la capital, Guayaquil y Panamá. El comercio con Lima consiste en productos del valle fértil, algodón, azúcar, arroz y tocino, junto con el picote azul ordinario, tejido en las inmediaciones y usado en general por los indios. También se envían de Trujillo cantidades considerables de oro y plata de que hay muy buenas minas en la cordillera y a corta distancia. Los retornos se componen principalmente de manufacturas británicas que generalmente obtienen precios 25 % más altos que en la capital.

Huanchaco, puerto de Trujillo, es poco mejor que una rada abierta ; el pueblo mismo no es sino un villorrio indio, de chozas construídas con cuatro pedazos cuadrados de estera de junco o caña, cosidos a soportes delgados, y otra estera para techo plano. Las calles son tan angostas que dos caballos pasan con

dificultad y el jinete domina con la vista el pueblo entero. Los únicos edificios que pueden llamarse casas son la aduana y otros dos o tres cerca de ella, con frente a la playa. Se alza una iglesia sólida en un cerro atrás del pueblo y se utiliza de marca por los barcos para encontrar fondeadero.

El desembarco en Huanchaco es sumamente peligroso debido a la rompiente que, como es usual, se interna en el mar. Los botes de los barcos rara vez o nunca intentan ir a tierra, tantas vidas se han perdido; pero se hacen señales pidiendo la lancha del gobierno, gran chata pesada, que reman ocho indios expertos. El método de embarcar aquí es tan extraordinario y tan hábilmente hecho, que quizás sea digno de breve descripción. La lancha siempre está amarrada a veinte yardas de la orilla, afuera de las rompientes, y los pasajeros son conducidos por indios; se sientan sobre un hombro y se agarran de su cabeza, con una pierna sobre el pecho y otra en la espalda; de esta manera los indios se ingenian para llevar las personas secas aun cuando las olas lleguen al pecho de los portadores. Algunos indios se colocan a medio camino del cerro de la iglesia, y la lancha con los pasajeros permanece inmóvil hasta que el grupo del terreno alto hace la señal; cuando ven venir los rodillos, como dicen, del mar, están en silencio; pero inmediatamente que las olas se han retirado corto tiempo, prorrumpen en un silbido agudo, modulándolo exactamente de acuerdo con el tiempo que la lancha tendrá antes que las olas lleguen. El botero rema inmediatamente, con moderación o con fuerza, regulando la velocidad por el tono del silbido; con mucha frecuencia, después que han partido, se les previene con otra señal silbada que se estén quietos hasta volverles a avisar del mismo modo que avancen.

Durante mi estada en Trujillo, tuve ocasión de ir

a bordo de un ballenero, cuyo capitán, muy corajudo, decía que nunca había visto rompiente en que su bote no pudiera vivir ; conforme con esto nos metimos en él para ir a tierra, pero después de habérsenos llenado el bote de agua y casi a pique, cuando nos hallábamos más de una milla de tierra, se vió obligado a desistir del empeño y hacer la señal acostumbrada pidiendo lancha. En vez de botes o canoas los indios usan las llamadas balsas, tanto para pescar como para traficar con los navíos ; éstas son nada más que dos atados de juncos, de doce a quince pies de largo, bien atados y puntiagudos en la proa levantada. En esta máquina frágil, el indio sentado en los muslos, boga, con una astilla larga de caña, en la rompiente más tremenda. Flota como pato y si es arrebatado de la balsa por las olas, vuelve sin dificultad, pues todos son diestros nadadores. Los indios de este modo llegan a los barcos que en otra forma no comunicarían con tierra. Constantemente se ocupan de contrabando y sacarán cada vez cien pesos plata, volviendo con mercaderías manufacturadas, generalmente sin mojarlas. La paga ordinaria de estos servicios es duro y medio por viaje.

La provincia de Trujillo parece haber sido muy populosa en tiempo de los incas, pues el país está lleno de ruinas indias, de que las más curiosas son de una gran ciudad entre Trujillo y Huanchaco. Parte de las casas aun están en pie y se conocen las calles muy fácilmente ; algunas deben haber sido sumamente estrechas y las chozas no mayores de ocho pies en cuadro. Sin embargo, en el mismo lugar hay reliquias de grandísimos edificios con tapias de más de una yarda de espesor ; y sobre todo, fortificaciones antiguas de ciudad, convertidas en muchos sitios en simples montones de tierra. El conjunto de ruinas cubre espacio inmenso de terreno.

Junto a ellas hay muchas huacas con aspecto solamente de cerros comunes ; pero cuando se exploran se hallan compuestas de nichos separados o sótanos donde indios han sido sepultados. Los túmulos se han explorado prolijamente con fines de curiosidad y avaricia, y encontrado varios tesoros de plata antigua, además de numerosas vasijas de barro cocido de diferentes formas curiosas, y herramientas de cobre y pedernal. El método usual es emplear un indio práctico, regularmente experto para descubrir un buen sitio ; explora el montículo con una vara de hierro, y así que siente hueco el grupo comienza a cavar, y son generalmente compensados conforme al rango del indio cuya tumba han invadido ; en algunas se han hallado husos empleados por la clase baja, con hilo de algodón todavía perfecto, aunque según cálculos corrientes, deben haber estado enterrados 300 años.

XXVII

VISITA AL PRESIDENTE.—DISOLUCIÓN FORZOSA DEL CONGRESO Y NOMBRAMIENTO DE UN SENADO.—REGRESO A LIMA.—ATAQUE POR LADRONES.—HISTORIA DE UN INGLÉS.

Como visité Trujillo por asuntos relacionados con el presidente y el Congreso, daré breve noticia de algunos sucesos ocurridos durante mi estada allí.

Visité a Riva Agüero la noche de mi arribo, para entregarle las comunicaciones que traía del Callao. Le encontré junto al escritorio rodeado de papeles, mientras su madre recibía gente en el mismo cuarto. Hablamos algún tiempo de la situación política, y, especialmente, de la probabilidad que los españoles abandonasen Lima. El presidente díjome haber organizado 5.000 soldados en la provincia, de los que mil

quinientos estaban a la sazón en Trujillo, mientras gran parte del resto estaba al mando del general Herrera, ex ministro de la Guerra, en Huaras, capital de la provincia de Huailas que está en la Sierra, entre Trujillo y Lima. Tuve oportunidad de ver las tropas de Trujillo; el regimiento de infantería era de mil hombres, muchos simples reclutas; pero los oficiales eran infatigables en adiestrarlos; había, no obstante, gran escasez de armas, no teniendo mosquetes más de dos tercios. La caballería estaba bien montada, armada y equipada, pero, como la infantería, sin mucha disciplina.

Antes he mencionado que Riva Agüero no podía marchar de acuerdo con el Congreso, que nunca le perdonó haberse apoderado del mando por la fuerza. En Trujillo los representantes siguieron el antiguo sistema, poniendo obstáculos y dilaciones aun en los asuntos más triviales.

El 23 de julio ocurrió el suceso más extraordinario. Deseando ver cierto diputado fuí a la casa donde se reunían. Mientras estaba allí, dos ayudantes del presidente llegaron y, no obstante protestas de los porteros, penetraron al recinto. Oí inmediatamente barullo considerable adentro y poco después la puerta se abrió, y uno de los oficiales salió corriendo y sacando la espada llamaba soldados, dejando a su compañero en lucha con algunos diputados que lograron expulsarlo. Poco después los dos oficiales volvieron con una partida de soldados que colocaron en las puertas para impedir que nadie saliese de la casa. Los oficiales entonces empezaron a reunir los diputados en el recinto y siguió el espectáculo más risible. Algunos, que sin duda creyeron que iba a llevárseles a la cámara para ser carneados, traslucían la cobardía más despreciable, y, vestidos con medias de seda y diamantes, se escurrían a cualquier agujero o rincón sucios para

ocultarse. Los dos oficiales y sus hombres entretanto los cazaban por todas partes y llevaban a la *sala* como rebaño al chiquero. Allí uno de los ayudantes leyó a los diputados un largo papel, recapitulando toda su mala conducta hacia el Estado y Gobierno, y declarando el Congreso disuelto. El presidente afirmaba saber que siete de ellos correspondían con el enemigo y fueron presos ; pero, retirándose los soldados, a los demás se les permitió ir adonde quisieran.

Resolví ver el asunto hasta el fin y por tanto fuí inmediatamente al palacio del presidente, donde se había congregado escasa multitud, y vi algunos diputados, a quienes había oído minutos antes protestar contra la grosera violación de la ley y la Constitución, entrando a palacio para ofrecer sus servicios y felicitar a Riva Agüero por el paso decisivo que había dado. El presidente, poco después, se mostró al pueblo y, cuando el populacho gritó : «¡ Viva Riva Agüero !», él replicó que gritasen más bien «¡ Viva la independencia !», y explicó que, por los procederes vejatorios del Congreso, había creído necesaria su disolución, pero que, aunque muchos diputados eran despreciables y traidores, otros eran celosos patriotas, y elegiría entre éstos un Gobierno que sostuviese las libertades del Perú. Por la tarde se publicó un bando diciendo que los asuntos gubernamentales en adelante estarían a cargo del presidente asistido por un Senado ; los nombres de los senadores y sus obligaciones también se publicaron.

Durante esta importante revolución hubo poquísima confusión en las calles y no se puede dar mayor prueba de la apatía de los peruanos en los asuntos públicos. Para presenciar un espectáculo o seguir una procesión religiosa, siempre se mueven con actividad ; pero tratan casi con indiferencia un cambio político que las naciones libres consideran interesantísimo.

El día siguiente el presidente ofreció un banquete al nuevo gabinete y un número de amigos ; se propusieron y bebieron brindis adaptados a la ocasión. Luego los invitados pasaron a otro cuarto para tomar café y otros refrescos, y divirtióme muchísimo ver algunos comensales, particularmente frailes, atascarse los bolsillos con masas y dulces de postre, cuando Riva Agüero y sus relaciones inmediatas se retiraron.

La misma tarde se recibieron noticias del Callao que produjeron la creencia general de que los españoles estaban al punto de abandonar Lima. El general Sucre había salido del Callao para unirse con la expedición de Intermedios, y todos por consiguiente empezaron a moverse o a pensar volver a la capital ; el presidente mismo habló de partir en uno o dos días más.

El 28 de julio, cumplido ya el objeto de mi visita a Trujillo (donde mi criado me dejó muy inconvenientemente), y deseando volver al seno de mi familia, salí en la tarde con un guía para Viru, donde llegué como a las nueve ; encontrando algunos viajeros que iban a Santa persuadí al goberndor que nos proporcionase caballos y salimos inmediatamente. Llegamos a Santa el día siguiente a las diez de la mañana. Después de visitar a un amigo que estaba con un violento ataque de chucho, salí de Santa a la una del día y llegué a Nepeña a las cinco de la tarde. Era domingo, y toda la gente andaba vestida con sus mejores pilchas ; la mayor parte de los hombres disfrutaban de riñas de gallos, y entre ellos vi a mi elegante guía, Luis Castillo, en el reñidero con su gallo bajo el brazo. Predomina muchísimo en todo el Perú esta diversión ; todos cuidan gallos de pelea que se ven en todas las puertas de las casas. Se estiman especialmente los de cría inglesa, que se venden a precios subidos.

El administrador de correos me hizo demorar dos

o tres horas a espera de caballos y en ese intervalo tuve oportunidad de conseguir algo de comer. Llegué a Casma a media noche, después de la etapa más horrible, pues estuvo obscuro todo el camino.

Aquí vime forzado a descansar en la casa sucia del correo, donde encontré gente jugando y bebiendo aún a esa hora, y discutiendo en consecuencia. Luego de cenar huevos y mal pan, me acosté sobre un banco para dormir, pero las pulgas no me dieron oportunidad de hacerlo. Era mi intención seguir temprano para Guarmey, pero no pude porque todos los caballos del lugar habían sido tomados por algunos oficiales y empleados de gobierno que retornaban a Lima. No pude por tanto salir antes de la 9 a. m., aunque estaba en pie desde las cinco. Casma fué antes famosa por su algodón, y el valle está todavía lleno de plantaciones donde se dejan vagar cabras que las destruyen, a causa de lo inseguro de los tiempos y lo caro del trabajo, pues el Gobierno se ha llevado todos los indios para soldados.

Por el sol muy sofocante y no soplar pizca de aire tierra adentro, marché por la costa ; este camino es más largo que el que seguí para ir a Trujillo, pero más fresco y la arena no tan pesada : es cabalgata tristísima con la sola variante de los chillidos de voraces aves marinas, balidos de focas innumerables y el asombroso bramido de las rompientes. Los caballos, aunque tolerables, se aplastaron completamente con el calor y obscureció antes de llegar a Culebras, cuatro leguas de Guarmey, donde descansamos una hora. Reanudamos nuestra jornada, pero la noche era tan obscura por la densa niebla, que era imposible ver los rastros de animales en la arena, único distintivo entre el camino real y el desierto. El método usual empleado por los viajeros en tal emergencia es encender un cigarro y con la cabeza junto al suelo buscar los

astros. Vagamos bastante tiempo con nuestros caballos fatigados en médanos vivos hasta que, por fin, saliendo la luna, llegamos a una senda que parecía tomar nuestra dirección. Había hecho que el guía indio montase mi caballo porque el suyo estaba más cansado y él no tenía rebenque ni espuelas para apurarlo; él iba pocas yardas delante de mí, con mi equipaje y silla, cuando encontró de repente dos hombres en el camino: uno se apoderó súbitamente de mis alforjas y preguntó qué contenían. Les intimé de atrás que dejasen las alforjas y, desembozando la capa, saqué el sable para estar pronto a repeler el ataque esperado; sin embargo, el sujeto que había hecho la pregunta venía hacia mí y díjele que se apartase y, al verme preparado para recibirlos, se excusaron diciéndose de una partida de soldados que había perdido el equipaje; que los demás estaban en el yallecito de Culebras, y que ellos, mandados a buscar el equipaje, habían perdido la ruta. Nosotros acabábamos de dejar el valle de Culebras y debiéramos haber visto u oído cualquier grupo de soldados, pues era un simple manchoncito verde con un charco de agua, de modo que, evidentemente, su historia no era cierta. Los dos hombres nos acompañaron un trecho, pero siempre cuidaba de tenerlos adelante, y en llegando al valle de Guarmey parecían conocer muy bien el camino y se nos separaron.

Los bribones estaban armados, y sin duda sólo el miedo les impidió robarnos. Mi guía indio, que casi no se atrevía a respirar mientras los sujetos nos acompañaron, halló la lengua inmediatamente que nos dejaron, con la exclamación «¡pícaros ladrones!»

Esta noche dormí en casa de mi amiguito hospitalario de Guarmey, donde encontré un conocido suyo, arriero, que iba en la mañana para Patilvica, y convinimos ir juntos. Pedí que los caballos de posta estu-

viesen listos a la madrugada, pero no pudimos salir hasta las siete. Yo y mi guía teníamos excelentes caballos, y el arriero una linda mula que le costó 150 duros ; de modo que anduvimos acaso más ligero por el horrible camino, que cuando lo pasamos antes en las cansadas bestias que ya he mencionado. Nada puede ser más triste que este país ; el camino está cubierto con huesos y osamentas de animales que han perecido y, de cuando en cuando, también se encuentran despojos de sillas y aparejos, de algún infeliz viajero que se vió forzado a dejar perecer el animal y hacer a pie el resto de la fatigosa jornada. Mi compañero me refirió que algunos años antes recorría este camino y, habiéndose extraviado, anduvo absolutamente vagando tres días en que la mula nada tuvo que comer y beber y él mismo poquísimo. Las mulas son los mejores animales para viajar en desiertos salvajes, pues son mucho más resistentes, viven más tiempo sin alimento y sufren mejor el calor, que el caballo. Sin embargo, hay una desventaja ; una vez parada la mula cansada, nada hay que la haga mover, mientras el caballo seguirá literalmente hasta caer muerto debajo del jinete.

Entramos en Patilvica a las siete después de recorrer veintidós leguas en doce horas, extraordinaria velocidad en tales caminos. Dormí donde un inglés que tiene tienda al menudeo y siempre alberga a los paisanos que pasan ; es un ingenuo hombre honrado, y ha residido treinta años en Sud América. Su historia es algo interesante. Llegó al Perú *vía* Panamá como payaso de una compañía de volatines ingleses. Cuando la compañía se deshizo y algunos volvieron a su tierra, resolvió quedarse en el país y estableció panadería, para lo que había sido educado en Inglaterra, ejerciendo el negocio casi en toda Sud América. Vivió sucesivamente en Cuzco, Arequipa y La Paz, y

en este último sitio eligió esposa. Me dijo que continuaba mudándose en el país, pues resultaba que luego de saberse que había juntado alguna platita, los habitantes se la robaban.

A las ocho de la mañana siguiente me despedí del amigo inglés, don Julián Campos (como le llamaban los nativos por haberles él dicho que su nombre materno era Field), y llegamos a Huacho a mediodía, después de andar diez leguas. Encontré la misma escasez de caballos experimentada antes, a pesar de expresar mi voluntad de pagar cualquier suma por ellos. El alcalde mandó sus *ministros* y, como a las cinco, me trajeron algunos mancarrones deplorables, en que partí con mi guía ; no obstante, los animales eran tan lastimosamente malos que a las dos leguas nos plantamos. Por tanto no tuve más que volver a Huacho y tratar de conseguir otros mejores. El gobernadorcito antes descripto volvió a disgustarse por verme de retorno, pues esperaba haberse librado de mí. Díjome que, si quería esperar uno o dos días, quizás tendría animales más útiles ; pero no seguí su consejo, y, dando algún dinero al alcalde, pidióme prestado el sable, y envió dos agentes a traer dos buenos caballos de propiedad privada, indicando dónde los encontrarían. Pasado algún tiempo, regresaron los *ministros*, sin haber podido dar con los caballos que fueron a buscar, pero me trajeron una mula grande ; y otro guía llegó sin dilación montado en una vieja mula blanca.

XXVIII

DESPIDO EL GUÍA.—LA LOMA.—LOS PESCADORES Y UN INCIDENTE REFERENTE AL SITIO. — CHANCAY.—ENTRADA EN LIMA Y EFECTOS RECIENTES DE LA GUERRA.

Marchábamos muy despacio, la mula resultó un demonio perfecto y acudía a toda suerte de tretas para

librarse de mí. Aunque casi obscuro, pude distinguir un esqueleto humano tendido en la arena, y el guía me dijo ser los restos de un soldado que había sido sacado y arcabuceado un año antes por asesinar un indio de Huacho. Por fin llegamos a orillas del mar, en la bahía de Salinas ; pero se puso tan obscuro por la niebla espesa que no veíamos una yarda adelante de nosotros. Además, el guía parecía no conocer muy bien el camino y creímos prudente acostarnos a dormir cerca de tres horas hasta que saliese la luna. Montamos de nuevo y encontramos dos hombres durmiendo en la arena, y cuando los despertamos resultaron ser dos vaqueros que volvían con su ganado al valle de Lima, evacuado por los españoles el 19 de julio. Dijeron que habiéndose acostado a dormir sus peones, los caballos habían escapado y andaban buscándolos. Al informarles que no habíamos encontrado ninguno, resolvieron desistir de la busca y acompañarnos. Pronto dimos con un gran arreo de novillos, vacas, ovejas, caballos, mulas, cabras y asnos, todos echados en la arena formando círculo, rodeados por perros y peones.

Como nuestras mulas eran tan malas, traté de alquilarles un par ; pero dijeron que parte de su gente iba a pie por falta de bestias para todos. El arreo no pertenecía a nuestros compañeros ; pero los dejamos y no me había adelantado mucho cuando el guía, en su mula blanca, se quedó tan atrás que me fué imposible retenerlo. Por tanto vime forzado a pagarle y despedirle en el desierto ; no sé cómo regresaría con su animal cansado.

Como solo nunca habría encontrado el camino, resolví incorporarme al arreo que había dejado y a la sazón se acercaba con gran pausa. Semejante a los patriarcas de la antigüedad, que llevaban ganados y rebaños por el desierto, adelantamos algunas leguas hasta llegar al fin de lo que los vaqueros llaman la

Loma. Es una especie de pasto que en invierno cubre los cerros arenosos más elevados y entonces alimenta casi todo el ganado del país, pues la hierba de los valles generalmente falta en esa estación del año. Este verdor es producido por densas nieblas *(camanchas)* que se asientan sobre los cerros y dan tanta humedad a la tierra, que convierten en suelo grueso la arena seca pulverizada de que parecen formadas estas alturas en el verano : de horrible desierto, el país conviértese en alegre y habitable. Los indios acompañan sus ganados y rebaños arriba de las montañas en este período, y viven enteramente con ellos, mientras pájaros innumerables de variado y bello plumaje también acuden para dar la bienvenida a esta resurrección de la Naturaleza.

Dejando el ganado vagando a su placer en esta loma verde, resolví adelantarme, pues los vaqueros dijeron no poderse confundir el camino. Después de pasar la altura que se extiende como dos leguas volví a bajar a un llano arenoso y estéril. El camino desciende a la costa en dirección de dos chozas indias llamadas Los Pescadores, donde los pasajeros habitualmente se detienen para refrigerarse con pescado frito. Era la una del día y, sin comer ni beber nada casi treinta horas, era muy natural me sintiese inclinado a probar la cocina de los habitantes ; desensillando mi mula, dile un atado de pasto ordinario que para ella había traído desde Chancay. El único propósito de los indios al establecerse aquí es que al cavar la arena encuentran agua dulce y pueden sacar buenas utilidades de gente hambrienta como yo. Extendiendo mi pellón en el suelo me acosté para descansar mientras las indias preparaban la comida.

Aquí relataré un episodio que ha hecho famoso el sitio en los anales del Perú. Habiendo oído que un soldado usaba medalla por ser uno de *los vencidos en*

Pescadores, pregunté si el orden de las cosas se había invertido en el Perú, otorgándose medallas a los vencidos en vez de a los vencedores, y me dieron la siguiente explicación : en tiempo que el general San Martín estaba en Huacho, destacaba partidas de caballería del ejército, molestado grandemente por los españoles acuartelados entre Chancay y Lima ; los soldados patriotas eran tan entusiastas en este servicio que ninguna fuerza española igual que se les opusiese era capaz de rechazar el ataque. Avanzando al valle de Chancay una partida de cincuenta patriotas mandada por un teniente (1), con el fin de forrajear, el general español despachó más de 200 lanceros por un atajo para tomar por retaguardia al osado enemigo, y este designio se cumplió. Al regresar este grupito a Pescadores vieron fuerza española muy superior pronta a recibirlos, y el teniente en el acto exhortó a sus hombres a perecer antes que entregarse prisioneros. Llenos de recuerdos del éxito de sus camaradas en expediciones análogas, a una voz asintieron, y cargaron con ímpetu sobre el enemigo que, deliberadamente, esperó el ataque. Dos hombres y el oficial de los patriotas solamente escaparon y, cubiertos de heridas, saltaron al mar, siendo afortunadamente salvados por un bote. De aquí el origen de las medallas a *los vencidos en Pescadores*.

Después de descansar y comer pescado volví a montar y me uní a un oficial y su esposa salidos de Huacho por la mañana, que iban a Chancay. La dama cabalgaba como hombre, según usanza del país. Pasamos algunos horrendos cerros altos de arena, y luego llegamos a vista del fértil valle de Chancay, ahora convertido en desierto por la ocupación alternada de los ejércitos realista y patriota ; estaba completa-

(1) Juan Pascual Pringles, argentino de San Luis. N. del T.

mente seco, como el arenal que lo rodeaba, y el regadío del todo abandonado. Luego de presentar mis respetos al gobernador, enfermo en cama, bondadosamente dispuso facilitarme caballos. Cené chocolate y huevos y me acosté a dormir sobre un banco hasta las cuatro de la mañana, cuando me levanté y desperté al guía contratado previamente, que dormía enfrente de la casa con los caballos.

Salimos completamente obscuro, pero como el camino iba entre potreros, no tuvimos dificultad ninguna para encontrarlo. Dejando el valle pasamos una cadena de altos cerros empinados, cubiertos por la camanchaca, de los cuales, de noche y sin gran cuidado, el viajero se precipitaría al mar. Tuve el placer de entretenerme todo el camino con mi guía que refirió numerosos robos recientes sufridos por los emigrantes que retornaban a Lima. Parecía tan seguro que nos detendrían, que creí más prudente entregarle el dinero que llevaba, reservando solamente una suma pequeña que suponía satisfaría a los reclamantes. Me informó haber pasado pocos días antes por este camino con un oficial y que les habían hecho fuego despojándoles de todo lo que llevaban. Habíamos alcanzado un hombre en una mula tordilla con quien nos acompañamos hasta aclarar; pero como su animal no marchaba tan ligero como yo deseaba, le dejamos atrás.

Al bajar un largo cerro, observé a mi guía ser extraño que tan pronto hubiésemos perdido de vista al compañero y el indio replicó que temía hubiera sido perseguido por ladrones. El guía esperaba evidentemente se le hiciese fuego cada momento y estaba no poco alarmado; volviendo atrás la cabeza vió dos individuos de aspecto sospechoso bajando rápidamente el cerro en nuestro seguimiento; él juraría que eran ladrones e insistió que me apurase para alejarnos lo

antes posible. Sin embargo, como teníamos tres leguas largas por delante antes de llegar a nada parecido a civilización, y era imposible echarse a correr en nuestros jamelgos si se trataba realmente de ladrones, no accedí, y mientras el indio seguía apurándome, con espanto suyo me erguí y desmonté, resuelto a hacer frente a nuestros perseguidores y conocer quiénes y qué eran. En vez de ladrones resultó iban persiguiendo a un hombre que se había llevado una mula de cien duros de Chancay y se apuraban en alcanzarnos para averiguar si habíamos visto algún animal de esa clase.

Allí claramente ha habido últimamente tráfico considerable en el camino con el regreso de los emigrados de Lima, y conté en el corto espacio de una legua no menos de seis caballos abandonados a perecer en el arenal; estaban en diferentes períodos aproximándose al final de sus míseras vidas; algunos todavía parados con la poca fuerza que les quedaba; otros echados y expirando, mientras las aves de rapiña se posaban en el suelo o en el mismo animal y empezaban el ataque antes que cesaran de respirar. Fué la más deplorable vista de esta clase que recuerde haber nunca presenciado; hambre, sed y cansancio habían combinado sus poderes para vencer el vigor de uno de los animales más nobles de la creación.

Antes de mucho andar volví a contemplar con deleite indecible el verde valle de Lima; ciertamente no en toda su lozanía, pues los estragos de la guerra y ocupación de un ejército hostil eran visibles por varios indicios. Las viviendas de muchos habitantes pacíficos de las inmediaciones habían sido incendiadas; las puertas y ventanas de otras, derribadas o forzadas, y mostraban haberse hecho vana resistencia a la violencia ilegal de la soldadesca. Aquí y allá de los cercos vivos colgaban obscuros jirones amarillos de uniformes realistas, y el camino en algunos sitios estaba

sembrado con sobras de avíos. A medida que avanzaba buscaba en vano la población alegre que antes contemplé en este distrito fértil ; dos o tres pobres esclavos negros tímidos que difícilmente se atrevían a asomar las cabezas, fué todo lo que vi ; pero cuando me aproximé a la capital la escena se hizo algo más horrible a este respecto. El número de habitantes aumentaba, pero aun todo tenía aspecto de saqueo y desolación. Los jinetes únicamente montaban los animales más ruines, pues los españoles habían barrido del país entero caballos y mulas y aun se habían llevado muchos de los numerosos pollinos.

Quizás sea útil consignar aquí las distancias de las postas y lugares, conforme a las leguas que el Gobierno paga desde Trujillo a Lima ; pero debe tenerse presente que éste es más bien un cálculo bajo ; yo creería que todo el camino es realmente de ciento treinta leguas.

Trujillo a Viru.	14
Viru a Santa.	18
Santa a Nepeña.	8
Nepeña a Casma.	8
Casma a Guarmey.	18
Guarmey a Patilvica.	18
Patilvica a Huacho.	10
Huacho a Chancay.	12
Chancay a Lima.	12
	118 leguas.

XXIX

ENTRADA EN LIMA. — CONDUCTA DE LOS REALISTAS MIENTRAS LA OCUPARON.—MONTONEROS Y SU INSTITUCIÓN Y USOS.—EL MARQUÉS DE TORRE TAGLE PROCLAMADO PRESIDENTE.—SU CARÁCTER.

Llegando a las puertas me obligaron a dar nombre y domicilio en Lima, pues el enemigo no estaba tan distante para permitir a los extranjeros entrar y salir de la ciudad sin averiguación. No encontrando allí mi familia, me apresuré a trasladarme al Callao donde supe que aun permanecían a bordo del *Harleston* por enfermedad muy seria de una sirvienta. El lugar se hacía sumamente insalubre en el preciso momento que los españoles se retiraron de Lima, y no hay duda que si eso no hubiese ocurrido, muchos de ellos habrían sido víctimas de los malos víveres y de la atmósfera malsana causada por el hacinamiento de tantas personas en lugar tan reducido.

Dije antes que, mientras yo estaba en Trujillo, un caballero llegó del Callao de donde había salido el 15 de julio, cuando los españoles se preparaban a retirarse de la costa. Del 15 al 19 estuvieron atareados en reunir los requisitos necesarios y saliendo por divisiones. Caballos y mulas y aun pollinos eran requisados tanto para el ejército como para los *godos* limeños que resolvieron probar fortuna con sus amigos y relaciones al servicio español. No pocos desertores de la causa independiente sabían que su crimen probablemente no se olvidaría y también dejaron la ciudad. Los españoles continuaron marchando en cuerpos de soldados y emigrantes hasta la mañana del 19, cuando salió la última compañía, incendiando antes el palacio con numerosos papeles pertenecientes

al gobierno independiente, y también la Moneda, después de llevarse o destruir la maquinaria principal. Era tiempo que abandonasen esta parte del país, pues los víveres eran muy escasos y caros, y después que el primer destacamento realista al mando de Valdez salió de Lima, a principios de julio, la ciudad y también el campamento español habían sido rodeados por guerrilleros, llamados Montoneros, que cortaban muchas provisiones.

Esta clase de fuerzas fué primero fomentada por el general San Martín y produjo tal efecto con su intrepidez que los hombres de que se componía a veces efectivamente derrotaban grandes cuerpos de tropas regulares. No recibían paga, pero les era permitido robar al enemigo doquiera lo encontrasen. Ni sus depredaciones, como puede suponerse, se limitaron a los españoles, pues antes de mucho andar, degeneraron en bandas de ladrones patentados y organizados, bajo la policía relajada y defectuosa de los gobernadores patriotas; cualquier salvaje sujeto ocioso, con un poco de ánimo y mucha aversión a ocupación útil, no tenía más que hacer sino ponerse de oficial de guerrilla, o, como se decía, Capitán de Montoneros. Pronto se atraía una banda de compañeros por el estilo, a quienes vestía con una suerte de librea, y los armaba lo mejor que podía, algunos con sables, otros con bayonetas o macanas, y pocos con mosquetes, carabinas o trabucos. Al fin se hicieron tan desordenados que eran terror de la sociedad civilizada; y como se limitaban principalmente a la proximidad del enemigo, estaban casi fuera del alcance de los gobernadores patriotas de distrito.

Algunos de estos jefes eran hombres temerarios y habían escapado con vida de número infinito de hazañas arriesgadísimas. Recuerdo especialmente de uno, llamado «Hombre trabuco» por el arma inmen-

sa de esta clase que usaba y parecía más bien piecita de bronce de artillería ligera. Era muy corpulento y fuerte, y dondequiera que lo acosaran cargaba su trabuco con una bolsa de balas de mosquete y se sabía que de este modo había matado o dispersado un cuerpo entero que le atacó, mientras el retroceso de su pieza fué tan fuerte que le echó de espaldas sobre el caballo. Sin embargo, esta clase de fuerza rara vez viene a las manos con tropas regulares, pero era bien calculada para molestar un ejército acampado en retirada, copando dispersos, interceptando víveres, y apoderándose de cualquier bagaje o munición que se pierda por falta de conocimiento de los caminos, accidentes u otras causas. Presionaron activamente la retaguardia del ejército español en su retirada de Lima, impedido como iba por emigrantes y bienes de toda clase.

Un día antes que los realistas dejaran definitivamente la ciudad, el capitán Prescott del barco de S. M. *Aurora* obtuvo permiso de los generales españoles e independientes para llevar un cuerpo de marinos a Lima, con el fin de proteger los bienes y casas británicas de los robos que se cometieron entre la evacuación de las tropas patriotas y la entrada de los españoles : no se volvieron a presenciar aquellas escenas desgraciadas.

Así de saberse en Lima la disolución del Congreso en Trujillo, unos veinte diputados godos que habían quedado en la ciudad cuando los otros se retiraron al Callao—y no habían emigrado ahora probablemente porque sus servicios serían útiles en el Congreso para sus amigos realistas—, creyendo la presente buena oportunidad para ejecutar sus planes, sesionaron y declararon traidor a Riva Agüero, y nombraron presidente de la República al marqués de Torre Tagle.

Este noble tenía mal carácter y era jugador incorregible. Era casado con la viuda de O'Higgins, hermano del famoso virrey de ese nombre y tío del ex director de Chile ; con esta dama tuvo gran fortuna, pero nada bastaba a su prodigalidad. Con todas sus propiedades del Perú hipotecadas a españoles y siendo además de índole inquieta, fué el primero que pensó en llamar a San Martín (en ese tiempo empeñado en libertar a Chile) como medio único de volver a ser persona importante. En aquel tiempo era gobernador de Trujillo, nombrado por los españoles, y aceptó esta provincia con preferencia a La Paz, para estar en mejor situación de llevar adelante sus planes traidores. Así que San Martín llegó con la expedición a la costa del Perú, el marqués levantó el estandarte de la independencia en Trujillo y ayudó en grande a los patriotas suministrándoles hombres, dinero y víveres que les enviaba de su departamento. Cuando San Martín se declaró «Protector del Perú» nombró a Torre Tagle, con título de marqués de Trujillo, jefe delegado al frente nominal del Gobierno. Se hizo aceptable a San Martín en esta posición por ser instrumento dócil, y su nombre e influencia, en donde no había transcendido su mala reputación, añadían cierto prestigio a la causa de la libertad que surgía. Cuando fué depuesta la junta suprema, a principios de 1823, el Congreso lo eligió presidente de la República ; pero, como antes se mencionó, las tropas resistieron tal medida, y se nombró a Riva Agüero en su lugar.

Por tanto, Torre Tagle no apareció más en la escena política hasta julio de 1823, cuando los veinte diputados realistas volvieron los ojos a él, como rival a propósito que oponer a Riva Agüero. Probablemente nunca hubiera existido como político a no ser su fácil condescendencia que lo hacía apto para instrumento manejado por manos extrañas ; solamente por

esta razón lo ocuparon San Martín, el Congreso y Bolívar. Su aspecto, al principio, según he oído, impresionante, cuando yo le vi era muy diferente ; había engrosado y estaba abotagado por la bebida a que tanto se aficionó últimamente, que rara vez se le podía ver por la tarde para hablar de negocios.

El 13 de agosto, ya mejorada nuestra sirvienta lo bastante para moverse, volvimos a Lima y nos instalamos en los departamentos poco ha ocupados por míster Robertson, que por este tiempo salió del Perú para Inglaterra en el bergantín *Atahualpa* como enviado del Gobierno. Las mulas en esta época eran tan escasas, a causa de la arreada hecha por los españoles, que costaba más llevar mercaderías del Callao a Lima que traerlas de Inglaterra ; pagué, en efecto, tres y media guineas por un carrito y dos mulas, que llevó carga de una tonelada a la ciudad ; y por un carruaje para la familia, tirado por dos mancarrones, el dueño me extorsionó el mismo precio. En nuestro camino a Lima pudimos ver muy claramente los lugares recientemente ocupados por el ejército español, con el suelo cubierto de trapos, huesos, etcétera ; el olor más desagradable predominaba aquí, no sé si por los cadáveres enterrados o por los restos de osamentas carneadas. El país inmediato al camino no era más que pampa árida, con paredes demolidas para utilizar los ladrillos en construir cocinas para los soldados.

La «ciudad de los Reyes» salía de la tristeza que la había dominado largo tiempo ; y como no existía ya el horror del enemigo, el placer empezaba a restaurar su reinado sobre una población cuya máxima parecía ser que el único fin de la vida es gozar. Durante esta breve pausa política, será bien consignar algunas referencias sobre los habitantes de Lima, combinando observaciones propias con datos auténticos

que recibí de varias procedencias. Se entiende que las observaciones generales que ofrezco son resultado del conocimiento que tuve durante casi un año de residencia ; pero, naturalmente, en varios puntos estoy sujeto a errores que un conocimiento mayor rectificaría.

XXX

DAMAS LIMEÑAS, SU EDUCACIÓN, VESTIDO, COSTUMBRES Y OCUPACIONES.—OCUPACIONES ORDINARIAS DE LA FAMILIA DURANTE EL DÍA.

Las damas limeñas ciertamente de raza muy superior a los hombres son los principales actores en esta ciudad de vicio y enervamiento, y sus maneras y dumentaria diferentes en muchos detalles de las de otras sudamericanas. Su educación se descuida totalmente y hallé muy pocas entre las mujeres más respetables que supiesen leer y escribir. Se las educa para que se crean objeto de admiración y homenaje, y por tanto temprano contraen hábitos de coquetas consumadas. Estas artes se practican con frecuencia a tal punto por meras criaturas que es simplemente ridículo ; y entre otras perfecciones, todas las niñitas aprenden a manejar el abanico con destreza ; cuando crecen lo reducen a sistema completo de coquetería, expresando con movimientos especiales, placer, celos, amor o enojo. Las limeñas, por tanto, pueden hablar casi tan inteligible con el abanico como las jóvenes inglesas de la misma edad con los dedos.

Su traje contribuye mucho para ayudarlas en las intrigas que su educación les ha enseñado a considerar como fin primordial de la vida. La saya y el manto tienen la doble ventaja de dibujar las buenas formas de la manera más excitante, y asegurar completamente a la portadora de no ser reconocida. La saya

es de estambre, estofa o rico raso, acolchada y plegada perpendicularmente, para hacerla elástica. Si de estofa, es de color negro u obscuro, perfectamente lisa; si de raso, es de todos los colores imaginables y con ruedo ancho hasta la rodilla adornado ricamente con flecos de cintas obscuras e hileras de aljófar. El manto es simplemente un pedazo de gasa de seda negra ajustado con un cordón en la cintura y echado sobre la cabeza.

Las mujeres de virtud más frágil se distinguen generalmente por usar las sayas más ricas y los colores más chillones; pero las clases más respetables se limitan a estofa para diario y raso negro para las grandes ocasiones. Esta regla, sin embargo, no es absoluta pues el vestido en Lima se presta a intriga y galantería y las damas con frecuencia se ocultan en sayas muy andrajosas cuando desean pasar desapercibidas. En tales casos la manera de distinguir la dama disfrazada de la mendiga es a menudo por los pies; pues cualquier pena que una mujer sufra para disfrazarse, generalmente es tan vanidosa de la pequeñez de su pie y bien torneado tobillo, que la delicada media de seda o el zapato nuevo de raso, a menudo denunciarán una bella intrigante. Sin embargo, la mendiga más pobre de Lima desdeñaría usar medias de algodón o estambre; y aunque parezca increíble, he conocido una mujer que gastaba diez y ocho peniques en lavar un par de medias de seda, cuando efectivamente carecía de pan. La siguiente, en efecto, es la razón del inmenso número de medias de seda importadas al Perú con medidas masculinas casi todas; a las limeñas les gustan largas de pierna, pues cuando el pie se gasta se las sacan, cortan el pie viejo y chapucean algo en forma de uno nuevo.

Si las formas de una dama no fueren tan atrayentes como ella desea, recurre a caderas postizas y aun

a falsas protuberancias traseras ; y la figura así artificialmente rellena o naturalmente redondeada se denuncia primorosamente por la saya ajustada en todas partes. El extranjero se sorprende del magnífico, o más bien lascivo balanceo en el caminar de la limeña ; y su *tout ensemble*, con un ojo negro atisbando del manto en busca de admiración, da al principio noción desfavorable de la moralidad y discreción de las beldades limeñas ; esta impresión acrece encontrándolas siempre solas y por tanto con oportunidad para llevar adelante sus «empresas amorosas».

Generalmente son de buena figura, caras vivas e inteligentes, índole bondadosa y amable ; y, si se agregara la educación a estas ventajas, se convertirían en adornos de la sociedad ilustrada y ellas mismas contribuirían a mejorarla. Como he anotado ya, se enorgullecen especialmente de sus pies, en verdad pequeñísimos por naturaleza, pero los achican por el arte. Desde la infancia usan zapatos sumamente ajustados. Con frecuencia he visto gruesas señoras mayores que aún conservaban su vanidad de mostrarse con zapatos tan pequeños que el tobillo y la carne rebasaban y ocultaban mucho del pie. Los zapatos son uniformemente de raso de color y renglón muy caro en los gastos de una dama ; pues por la pequeñez de sus dimensiones y fragilidad del material, no pocas veces revientan la primera vez que los usan.

Dentro de casa las damas no llevan cofia u otro abrigo en la cabeza, y se peinan de una trenza que cuelga sobre las espaldas hasta abajo de la cintura. El vestido de casa es también lo que en inglés se diría traje sumamente suelto : consiste en batón holgado de muselina blanca o de color, ceñido al pecho mientras deja el cuello descubierto, excepto cuando un chal se echa negligentemente sobre los hombros ; como no usan corsés sus figuras aparecen así muy poco favo-

recidas. Aunque no usan adornos artificiales en la cabeza, algunas veces las damas arreglan el cabello de adelante en trencitas, donde prenden algunas flores naturales. Siempre tienen a mano una canastilla con flores frescas para ofrecer a los visitantes y se estima como el mejor cumplimiento que se puede hacer a un caballero.

Aunque las limeñas se cuenten entre las mujeres más afables del mundo, tienen poca sociabilidad, y casi se desconoce el trato doméstico entre las familias. Sus placeres no son tan castos ; y las tertulias de Buenos Aires no se practican mucho en Lima. Por esta razón los residentes ingleses hallan sumamente difícil reunir número suficiente de damas aun para dar baile, y las que asistían eran principalmente de Buenos Aires, Chile o Colombia. Al mismo tiempo las limeñas irían como *tapadas*, parándose en puertas y ventanas para presenciar el alegre movimiento de adentro. No vacilan, en estas ocasiones, en mezclarse con mujeres de la peor clase y negras, en la confianza de permanecer desconocidas a menos que algún accidente desarregle o haga caer el manto que oculta el rostro. Como las casas se abren completamente durante el baile para que corra todo el aire posible, las tapadas son serio impedimento para el orden de la diversión ; en los intervalos a veces la sala de baile se despejará, mientras los hombres andan a caza de sus parejas, que quizás se han echado un gran chal que envuelve cabeza y hombros y disfrutan el cigarro favorito en algún obscuro rincón. Ambos sexos de cualquier condición fuman en Lima ; la primera cosa que toman por la mañana al despertar es el cigarro y también se acuestan de noche con él en la boca. Es fácil figurarse el disgusto de un inglés al contemplar una mujer bella que con delicada mano saca el cigarro de los labios ennegrecidos, para descargar

en el suelo, con el injurioso jeringazo de establero inglés, la saliva recogida en la boca.

Se juega con grande exceso en Lima, por hombres y mujeres, y algunas de las familias más opulentas continuamente están por el juego en la pobreza. Una viuda respetable, de mi relación, tenía renta superior a £ 7.000 anuales, y aunque gastaba poco en su manera de vivir, siempre se hallaba endeudada por entregarse a este vicio ; y su hija, de catorce años, era considerada muy aficionada a todos los juegos.

Las limeñas nativas, aunque defectuosas por falta de educación, tienen numerosas buenas cualidades que fácilmente se convertirían en virtudes ; entre otras, un alto grado de afabilidad, y bondad sencilla de corazón. Mi esposa, casi la única inglesa en Lima, como es natural, por la novedad del vestido y aspecto, excitaba gran curiosidad muy desagradable ; pero aunque frecuentábamos la calle casi a todas horas, nunca recibimos el mínimo insulto, resultando nuestro principal inconveniente los abrazos de las mujeres que con frecuencia la tomaban de la cintura en plena calle o se detenían para admirar y examinar el vestido. Al principio acostumbrábamos pasear con nuestro hijito, pero éramos detenidos por gente afable, que lo entraba corriendo a sus casas con exclamaciones de *qué precioso*, *qué bonito*, etc., que a veces nos veíamos en figurillas para sacarlo, y por fin nos vimos obligados a dejarlo en casa, aunque él gustaba pasmosamente de las atenciones que recibía. La mejor clase de mujeres se contentaban con ponerse al lado de la vereda, y escudriñarnos con gran seriedad.

Las damas limeñas, como puede suponerse, son dueñas de casa sumamente malas ; en efecto, esto no forma parte de su educación, y nunca se interesan en lo mínimo en las ocupaciones domésticas, siempre lastimosamente manejadas por algún esclavo favorito o

mayordomo. Acaso no hay mejor manera de dar noción del modo en que se pasa el tiempo en Lima que detallando la vida diaria de una mujer de familia respetable.

Para que se me entienda mejor, primero describiré brevemente la clase de casas en que residen, y tomaré aquella en que vivíamos como modelo de las habitadas por la burguesía. Antes he dicho que todas las casas en las grandes ciudades sudamericanas se construyen formando patios a que dan la mayor parte de los cuartos. El cuadrángulo por consiguiente se puede dividir fácilmente en dos casas separadas, y esto sucede con frecuencia, teniendo cada lado su entrada independiente y escalera a los altos. Ocupábamos las habitaciones de la derecha del patio, pues la familia propietaria retenía el lado opuesto y la parte que hacía frente a las entradas. La entrada a su porción era por una serie de escalones que conducen a un corredor largo, dorado y coloreado, y en la cornisa, como es muy usual, inscripto un versículo de la Escritura. Del zaguán se entra a un vestíbulo grande, de cuarenta pies en cuadro, amueblado parcialmente y destinado a las esclavas, donde trabajan y es recibida la gente que viene por negocios. En seguida de este vestíbulo hay otro cuarto del mismo tamaño que se comunica con el primero por una gran puerta plegadiza; estaba hermosamente amueblado con sofás de terciopelo carmesí en tres lados de la habitación y las paredes con colgaduras de seda del mismo color. Enfrente de la ancha puerta se sentaría la familia con solemnidad para recibir visitas, de modo que se vea completamente de la calle cuando se abran las puertas. Se sientan en sillas bajas de esterilla o en los sofás. Todavía más allá, en el fondo de la casa, estaba el segundo patio principalmente rodeado de dormitorios, y detrás de éstos las cocinas y servicios.

Después del almuerzo (invariablemente de riquísimo chocolate con pan, y una gran libación de agua) la familia iba a misa a las ocho en punto, siguiéndola la esclava con alfombritas en que las damas se sientan en el piso de los templos desprovistos de reclinatorios o escaños, excepto un banco largo extendido desde el altar por ambos lados de la nave principal hasta la mitad. Después de misa, se acostumbraba ir en carruaje a los baños, una milla de la ciudad, por una linda alameda que costea la orilla del Rimac. Estos baños fueron construídos para negocio o por una familia española y consistían en gran pileta de doce yardas en cuadro, cercada por tapias y cubierta con zarzos de parra cuyos pámpanos lozanos formaban lindo techo natural. Adosados a las tapias hay bancos de piedra cubiertos, así como el piso, con esteras : el fondo de la pileta es embaldosado y nada puede ser más claro que el agua que por ella corre en abundancia. Esta gran pileta destínase solamente para hombres ; pero anejos hay veinte baños especiales para mujeres. En los meses de verano se llenaban de grupos de damas que permitían a los caballeros venir y hablarlas en la puerta mientras ellas se bañaban con vestido liviano a propósito.

A las doce la familia reúnese en la sala esperando visitas que, cuando llegan, caminan por el vestíbulo exterior con sombrero puesto, saludando a los esclavos. En la puerta del cuarto principal, los hombres se sacan el sombrero, y se inclinan separadamente ante cada miembro de la familia, y toman asiento en los sofás laterales : si son mujeres, las de la familia se paran y las abrazan, poniendo primero un brazo alrededor del cuerpo y después el otro. Se considera contrario a todas las reglas de delicadeza y decoro que la mujer en ningún caso estreche la mano del hombre ni se le ocurriría hacerlo a la mujer más abandona-

da : cuando se despiden por mucho tiempo o se encuentran después de larga ausencia, abrazan a los hombres rodeándoles la cintura con los brazos. Durante la visita las damas de casa se hacen traer una canastilla de flores y eligen una para cada visitante, así como limones o manzanitas atravesadas con clavos de olor en forma de corazones y otros artificios. No contentas con el olor natural de las flores, agréganles fragancia artificial rociándolas con agua perfumada y la vierten en su seno y el de sus amigas delante de gente.

A las dos, se han ido las visitas y poco después suenan las campanillas para comer y se cierran las puertas de calle. A esta hora se ven los esclavos corriendo a las pulperías por artículos ínfimos como sal, manteca, especia o vinagre. Nada por el estilo compran las familias hasta el momento de necesitarlo y es natural que lo consigan carísimo. La comida, siempre servida en el cuarto más incómodo de la casa, se compone de vasto número de platos mezclados con gran cantidad de tocino que usan con profusión en la sopa. Dos platos de resistencia son el chupe ya descripto en mi viaje a Trujillo y la olla con garbanzos o *puchero*, como se dice en el Perú. Se compone de carne y tocino hervidos y servidos con repollo, porotos, batata, o zapallo. Los habitantes de Lima consumen en la comida mucho ají, pero no conocen la mostaza.

Después de comer, la familia se queda largo rato tomando conservas que son sencillamente dulces, con casi ningún sabor a la fruta, acompañados con grandes libaciones de agua pura. Poco después se hace venir la calesa para dar un paseo en la alameda. La calesa es de dos ruedas que, en vez de estar debajo la caja, van tan atrás, que el peso descansa en gran parte sobre las varas ; es tirada por una mula montada por esclavo de librea ; los cojines son pintados de todos

colores y a veces con paisajes. Después de dar una o dos vueltas por la alameda, la calesa se pone a un lado y las mujeres se sientan silenciosas, mirando a la gente o, si bellas o de alta sociedad, se les acercan los caballeros que van y vienen por el centro de la alameda montados en vistosos caballos. A veces las damas bajan de las calesas para pasear por las veredas o apoyarse negligentes en los bancos de ladrillo.

Otra diversión, más tarde, es caminar hasta el puente, generalmente lleno de personas de ambos sexos bien vestidas que van para encontrarse con amigos o disfrutar la brisa del mar. Este es asimismo el paseo favorito en noche de luna, particularmente claras en el Perú. A un lado del puente está el silencioso valle de Lima limitado por el tranquilo Pacífico ; al otro la cordillera gigantesca, magnificada por la clase de luz que descansa en sus estupendas laderas y apareciendo casi suspendida sobre la ciudad ; abajo se precipita el furioso Rimac, aumentado con las lluvias y rojo con la tierra arrebatada de la sierra.

De vuelta a casa pasando por la plaza, los grupos se detienen para beber refrescos y comer fruta en los puestos con filas de bancos a propósito, servidos por negras vestidas con primor ; no se cree de ningún modo incompatible con damas respetables sentarse allí a reír y charlar hasta una hora después del obscurecer. En realidad, aquí las damas regulan su conducta, y todo es como debiera ser siempre que ellas lo dispongan.

Mientras la familia se divierte afuera, los esclavos de la casa tienen fiesta ; se busca inmediatamente guitarra y arpa y los criados gozan en bailar, cantar o jugar al gallo ciego. Los negros limeños son muy músicos y las mujeres cantan en coro muy armoniosamente y con buen gusto, aunque con poca o ninguna instrucción ; las canciones amorosas son naturalmente favoritas, y especialmente recuerdo el estrambote

y tres estrofas de una, constantemente pedida en sus alegres reuniones. La incluyo para mostrar el estilo general de tales producciones, pues no son indecorosas.

Tan ciega estoy en quererte,
Es tan grande mi pasión,
Que el breve rato que duermo
Contigo mis sueños son.

Y sabiendo que el quererte
Causa es de mi perdición,
Y el origen de mi muerte,
Yo no sé por qué razón
Tan ciega estoy en quererte.

Mis tristes lamentaciones
Duros mármoles quebrantan ;
No te cause admiración,
Pues mi adoración es tanta
Y es tan grande mi pasión.

Muévate la compasión
De mi dolor tan funesto ;
Convénzate esta razón,
Pues cada vez que me acuesto,
Contigo mis sueños son (1).

Los esclavos ciertamente llevan vida muy dichosa en Lima. Generalmente hay muchos en todas las casas, con poco más que hacer para un sexo que apoyarse en el respaldo de las sillas de sus amas durante

(1) La música era sumamente bien adaptada a la letra, en tono menor, pero sospecho que fuese italiana, pues, ciertamente, es en mucho de la mejor música cantada o tocada en el Perú.

las comidas, y para el otro coser. El tratamiento de los esclavos por los españoles es la parte más amable de su carácter y forma violento contraste con el brutal de los portugueses. Durante mi estada en el Perú, nunca vi látigo o un esclavo castigado. En Río Janeiro la espalda de casi todos los esclavos está sajada con azotes aplicados por los motivos más triviales.

Si la familia se queda en casa para recibir visitas por la noche, se sientan exactamente como por la mañana, con una bujía solitaria en el inmenso vestíbulo ; de modo que al entrar, casi se imagina hacerlo a una iglesia, con un cirio encendido delante de un grupo de sagradas imágenes. La gente se acuesta muy tarde en Lima, y extraordinariamente desagradable para un inglés es que ambos sexos duermen desnudos sin más que gorro en la cabeza.

XXXI

LOS LIMEÑOS.—POBLACIÓN Y SUS CLASES PRINCIPALES. — SACERDOTES Y SU INFLUENCIA.—CEREMONIAS RELIGIOSAS.—FUNERALES.—REPIQUES.—UN BAUTIZO.

Los limeños (hablando aquí de los nativos de la ciudad en contraposición a otros residentes) son de raza tan insignificante que realmente apenas parecen dignos de atención ; nunca hubo gente más inepta para empleo activo y útil. Todo el tiempo que disfrutan su cigarro parecen tener difícilmente deseo no satisfecho, y si caen en la pobreza, se entregan a la desesperación y la miseria, sin energía para esquivar el golpe, o fuerza para soportarlo. Es casi increíble que, en población de 100.000 almas y con extenso tráfico en el puerto, no haya más que dos o tres casas comerciales peruanas en Lima y Callao ; el comercio, puede decirse, es monopolizado por extranjeros, entre los

que hay muchos chilenos y argentinos. Si caminando por las calles de Lima encontráis un hombre con semblante pálido cetrino, atisbando de la capa bien embozada en la garganta, cigarrillo en la boca y sombrerito de copa angosta en la cabeza, podéis asegurar que es limeño. Si os cruzáis con un hombre elegantemente vestido, si no es europeo, es de algún otro país hispano-americano. Dentro de casa dos limeños se sacan la capa que en invierno y verano usan para salir. Su traje usual, debajo, es de corte antiguo, casaca bordada, medias de seda y aditamento de un gran bastón puño de oro.

Esta carencia de energía corporal y mental en los naturales del Perú proviene, sin duda, principalmente de dos causas : falta de educación y clima igual ; la mayor parte de los peruanos educados en Europa han resultado tan buenos como el resto del mundo, y entre los clérigos educados en el país hay muchos hombres activos y celosos. La política española siempre se ha opuesto al adelanto de los conocimientos entre los seglares sudamericanos y la consiguiente difusión de principios ilustrados ; pero parece haber tenido efecto más poderoso en el Perú que en otras colonias, pues ha sido ayudada por el suave clima enervante ; no es que el excesivo calor domine la energía del organismo y, como sucedía, desgaje los nervios del cuerpo humano, pues el termómetro es raro suba de los 82° F. ; pero hay una suavidad y poder relajante en la atmósfera invariable en toda estación por falta de vientos tónicos, que, como todos los que han visitado el país pueden atestiguar, desarma la naturaleza de sus fuerzas habituales.

La población de Lima, que, como antes dije, se estimaba en 100.000 habitantes, puede dividirse en tres clases : blancos, mestizos y negros y mulatos. La primera se compone de los descendientes directos de

pobladores españoles y entran en ella las familias más respetables y ricas de Lima. Esta misma clase, sin embargo, era tenida por los españoles europeos muy en menos, y aun los hijos de padres españoles, nacidos en América, se consideraban haber perdido su rango social.

La segunda clase, o los mestizos, desempeñan las ocupaciones de tenderos, negociantes y artífices bajo la denominación general de comerciantes y artesanos. Forman la porción más numerosa y útil de la sociedad y son civiles e industriosos. Los principales oficios entre ellos son sastres, zapateros, cigarreros y chocolateros. Los plateros ocupan una calle.

Los negros y mulatos, de que se compone la tercera clase, son esclavos o se emplean en todas las ocupaciones penosas de la capital; trabajadores, changadores y aguateros.

Los negros africanos son escasos y caros, costando un buen esclavo de 80 £ a 120. Los mulatos son lindísima raza de hombres corpulentos, sumamente fuertes; pero de ninguna manera industriosos, pues ganan la vida muy fácilmente. Son al mismo tiempo ladrones conocidos y frecuentan las *chinganas*, o casas de bebida, donde se permiten las diversiones más tumultuosas. Son muy músicos y tocan la guitarra y una suerte de tambor hecho con pergamino en un cántaro de barro, al son del que bailan con las posturas más indecentes, mientras todos los circunstantes corean la música. De esta manera, con ayuda del licor, y el sonido aturdidor del tambor golpeado con la mano abierta, se excitan casi hasta el frenesí. No es mucho decir en favor de la moralidad y delicadeza de las damas limeñas, pero es positivo que he visto mujeres consideradas respetables mirando y gozando en estas grotescas diversiones. Me informaron que se han conocido arrogantes virreyes, en tiempos de su prosperidad en Lima, que asistían disfrazados.

No es de admirar que los limeños fuesen supersticiosos o fanáticos hasta el último grado. Son enteramente dirigidos por sacerdotes cuya máxima parte son de costumbres muy depravadas. El dinero comprará la absolución de cualquier crimen ; y el culto, como en otros países católicos, en vez de dirigirse a la Deidad se tributa a las imágenes que llenan los templos, cargadas por los devotos con presentes de oro, plata y piedras preciosas. Estos presentes se substituyen generalmente con oropel y vidrio pintado por sacerdotes que consumen el producto en gratificar su sensualidad y extravagancia. A tal punto el clero lleva estas depredaciones, que he visto un sacerdote ofrecer en venta, como oro y plata antiguos, los vasos sagrados del templo ; no se atrevía a tocarlos, e insistía en que el comprador los tomase con una servilleta limpia para meterlos al crisol. A la noche, era difícil para una mujer sola caminar por las calles menos frecuentadas sin ser víctima de sus insultos o verse obligada a presenciar las escenas más desgraciadas y repugnantes. De ningún modo era desusado en Lima ver sacerdotes borrachos aun de día, y su afición al vicio del juego es conocida.

Mientras esta clase social holgazana y artera continúe ejerciendo tanta influencia en la mente popular, es imposible que los habitantes sean bien instruídos o virtuosos. Una vez introducidos en la familia, se infiltran en la confianza de sus miembros, y, conociendo sus secretos, ejercen dominio absoluto e intervienen en todo. No solamente ejercen poder en los asuntos religiosos de familia, sino que en muchos casos asumen todo el manejo de los asuntos mundanos. Se confía al sacerdote la educación de los niños, y felices los padres que no tienen que arrepentirse de su confianza ; son numerosos los ejemplos de sacerdotes sin escrúpulos que se sirven de las hijas de familia para

sus fines mientras enseñan a las víctimas casi a gloriarse del crimen, como si se honrasen con la santidad de sus seductores y se descargasen del pecado con su santa absolución.

Como prueba de la manera en que los confesores muestran el poder más tiránico en los asuntos temporales, puedo citar el caso de una joven española que nos visitaba con frecuencia y era parienta de la familia, parte de cuya casa ocupábamos. Admiraba mucho los vestidos ingleses de mi esposa y tomándolos por modelo se hizo algunos para su uso ; pero como las limeñas no usan corsé sino en el salón de baile, no le sentaba bien en otras ocasiones. En consecuencia, la aconsejamos usara corsé ; pero declaró francamente que su confesor no se lo permitiría. Otra vez vino a nuestra casa muy abatida por habérsele negado absolución en público, por rizar un poco el cabello de adelante, siguiendo la moda inglesa. Sin embargo, debe admitirse que, entre el clero secular particularmente, hay muchos hombres de ideas ilustradas y vidas piadosas. Uno que merece esta honorable distinción es un lindo anciano, deán de Lima, que por muerte del arzobispo y no nombrarse sucesor, desempeñaba las funciones de jefe de la iglesia y residía en el palacio arzobispal. Veía mucho a este excelente dignatario y con frecuencia iba al palacio. Este gran edificio contiene biblioteca de teología antigua, ediciones viejas de clásicos, y algunos libros ingleses a que él era particularmente aficionado y podía leer un poco.

Antes he apuntado que los limeños son sumamente aficionados a espectáculos fastuosos ; y las ceremonias de la religión católica tienden mucho a fomentar ese gusto. En determinados días de los santos más estimados, las imágenes se bajan de los nichos y se llevan en procesión (de que forman parte los habitantes principalmente y el clero) a diferentes iglesias,

para visitar los santos vecinos. En estas ocasiones, muy frecuentes, las calles por donde pasa la procesión se llenaban de multitud de gente y las ventanas y balcones con una fila de personas vestidas con sus mejores atavíos. Cuando la imagen pasa por delante, se derraman desde las ventanas canastas de flores en obsequio del santo, y por estas flores la turba generalmente disputa y pelea y las conserva como reliquias preciosas.

Todas las ceremonias religiosas se celebran con el mayor boato y ostentación. Cuando está en peligro de muerte alguna persona importante, se manda buscar el sacerdote para sacramentarla. La hostia, en espléndido carruaje tirado por cuatro caballos, es llevada por un sacerdote que canta o lee todo el camino, y la sigue una procesión a pie, con cirios y antorchas, acompañada por soldados para mantener el orden. Es recibida en la puerta de calle por los parientes arrodillados del agonizante ; y cuando concluye la ceremonia se vuelve al templo del mismo modo. Los funerales de personas de calidad, se celebran generalmente con una procesión de sacerdotes por la noche, iluminada con antorchas, que acompaña el cadáver desde la casa a la iglesia. Después se coloca en una carroza fúnebre para llevarlo a enterrar en el cementerio público, una milla de la ciudad. Este cementerio consiste en una capilla y un gran terreno cercado de pared, y despide el olor más pestífero, pues los cadáveres se ponen apenas bajo la superficie del suelo.

Prevalece en Lima, principalmente entre gente baja, la práctica repugnante, para evitar gastos de entierro, de exponer los cadáveres cerca de alguna iglesia. Al principio no conocía esta costumbre y, como a menudo pasaba por una iglesia cercana a la casa donde vivía, me fastidiaban muchísimo los olores repugnantes procedentes de unos envoltorios colocados

sobre la pared baja que rodeaba el edificio. Averiguando, supe que aquellos envoltorios contenían cadáveres de niños, dejados allí hasta que la carroza pública viniese para llevarlos a enterrar. Esta carroza recorre todas las iglesias para recogerlos. Como nada se averigua tocante a los padres, ni se investiga la causa del fallecimiento, no puedo menos de sospechar que, en lugar tan inmoral como Lima, el infanticidio sea muy frecuente.

El tañido de las campanas forma parte importante de las ceremonias religiosas de Lima, y hacen un ruido tan aturdidor, que imposibilita escuchar nada atentamente durante los repiques. Las campanas realmente son muy musicales, pues el bronce que las compone tiene mezcla considerable de plata ; pero se tocan del modo más discordante. En vez de hacerlo armónicamente, como en Inglaterra, se atan guascas a los badajos y, determinadas veces, suben muchachos al campanario y, balanceando los badajos de todas al mismo tiempo y a dos lados, producen la combinación más bárbara imaginable de ruidos. Un fraile que había estado en Inglaterra decíame que los ingleses tienen muy buenas campanas, pero no saben tocarlas.

Monteagudo, primer ministro de San Martín, prohibió que las campanas sonaran más de cinco minutos cada vez y reglamentó el número de toques diarios ; pero esta disposición fué abolida después por profana e irreligiosa.

El 8 de septiembre, mi esposa dió a luz una criatura, y, deseando cristianarla, consulté con las amigas en cuya casa vivíamos. Me congracié completamente con ellas por este paso y una de las damas me rogó la permitiese ser madrina, que en Lima se considera gran cumplimiento. Se señaló el día siguiente para la ceremonia y fuimos en carruaje a la catedral. La criatura, adornada para la ocasión, era llevada por

la sirvienta de la familia. Al llegar al templo, pasando ante una multitud reunida para presenciar el bautizo, nos guiaron a una capilla lateral, donde estaba la pila bautismal. La ceremonia fué oficiada por un canónigo, amigo particular de la madrina. Después de concluída la ceremonia, la madrina distribuía entre la multitud un saco de moneditas llevadas al efecto, según es costumbre, mientras nos trasladábamos al palacio arzobispal, contiguo a la catedral, pues el venerable deán deseaba honrar al niño con bendición especial. En el Perú, más todavía que en España, la madrina y el padrino del niño se consideran parientes de la familia, y la intimidad más estrecha se mantiene entre ellos ; en efecto, la vinculación se considera más que una relación ordinaria, y los títulos de comadre y compadre son palabras de especial estimación y afecto.

XXXII

LLEGADA DE BOLÍVAR EL LIBERTADOR.—SU PERSONA Y ASPECTO.—VISITA AL TEATRO.—DESCRIPCIÓN DE LA CASA.—CORRIDA DE TOROS Y DESCRIPCIÓN DE LA PLAZA.

La atención de todas las clases sociales había estado embargada durante algunos días a la espera de Bolívar, y se había preparado casa suntuosa para recibirle. Era la misma en que se celebró el gran baile del 25 de mayo. El primero de septiembre, salvas de las baterías del Callao anunciaron el arribo del Libertador, y todas las tropas de la guarnición marcharon al camino del Callao para escoltarle al entrar, lo que se efectuó en la tarde del mismo día. Las calles de Lima eran un continuo despliegue de banderas y colgaduras en ventanas y balcones ; los colores

peruanos, chilenos y argentinos, con divisas apropiadas, se ostentaban en honor de su llegada, y Lima se entregaba a la más entusiasta expresión de admiración por este dichoso guerrero americano. Casi una semana no se oyeron sino discursos y hubo diversiones en su honor.

Uno o dos días después de llegar, se anunció al público su intención de ir al teatro, donde tendrían oportunidad de verle. Se entabló inmediatamente la mayor competencia para conseguir palcos, pues eran pocos los disponibles, por estar la mayor parte alquilados a las familias mensualmente o por año. La sala, más o menos del tamaño y aspecto de nuestro teatro de Hay Market, estaba toda adornada con los colores colombianos, y sobre el palco presidencial, inmediatamente en el centro del orden más bajo, estaban las banderas entrelazadas del Perú y Colombia. Desde temprano la sala se llenó por completo. La llegada de Bolívar se hizo saber encendiendo afuera cohetes voladores, y entró en el palco con el presidente. Naturalmente, fué acogido con el mayor entusiasmo, y contestó al saludo con una rápida reverencia, sentándose inmediatamente.

Es hombre muy delgado y pequeño, con aspecto de gran actividad personal; su rostro es bien formado, pero arrugado por la fatiga y ansiedad. El fuego de sus vivaces ojos negros, es muy notable. Tiene grandes bigotes y cabello negro y encrespado. Después de muchas oportunidades de verle, puedo decir que nunca encontré cara que diera idea más exacta del hombre. Intrepidez, resolución, actividad, intriga y espíritu perseverante y resuelto, se marcaban claramente en su semblante y se expresaban en todos los movimientos de su cuerpo.

Su traje en esta ocasión era sencillo aunque militar. Vestía, como de costumbre, chaquetilla y panta-

lón azules, con botas granaderas. Pareció prestar mucha atención a la representación, no obstante ser mala, y evidentemente gustóle el sainete o petipieza jocosa de gracia y bufonería burdas, por las que son famosos los españoles de Lima.

El teatro tiene tres órdenes de palcos, galería y platea. La platea se divide en asientos separados, con brazos como de silla, y numerados ; así, una persona puede tomar por temporada el que más le agrade. Parte considerable del orden inferior es ocupada por dos palcos presidenciales (uno oficial y otro particular), y por un tercero para el cabildo, o municipales de Lima que no lo pagan. Los demás palcos se abonan principalmente por mes o año, teniéndose que pagar por entrada individual alrededor de un chelín inglés, además de la subscripción. La abominable costumbre de fumar en el teatro se practica por todas las clases en los entreactos. Así que cae el telón, se oye el chocar de eslabones y pedernales y la boca de cada uno presto se adorna con un cigarro : las damas de los palcos también se permiten este hábito chocante. Siempre están muy bien vestidas, y las de virtud fácil son las más lucidas sino las mejores. Unas pocas de la clase más elevada se sientan en palco de propiedad acompañadas de una esclava. La galería generalmente se destina a la clase inferior de mujeres cuya vestimenta presenta aspecto singular ; gran chal o pañuelo de muselina en la cabeza y encima un sombrero de hombre.

Pocos días después de la visita de Bolívar al teatro, se dió un gran baile en palacio al que fueron invitadas todas las personas respetables de Lima.

A pesar de haberse abolido en la Constitución sancionada por el Congreso las corridas de toros por ser incompatibles con la época presente de cultura y civilización, sin embargo, desde que se supo que el Li-

bertador era sumamente aficionado a ellas, las autoridades estaban ansiosísimas de satisfacer sus deseos, y una serie de estos espectáculos, en escala espléndida, se anunció al populacho deleitado y de nuevo impaciente por participar de la diversión favorita. Además de la ventaja de satisfacer los deseos de Bolívar, el Gobierno encontró sin duda modo muy conveniente para hacerse de fondos : la plaza de toros pertenece al Estado y el dinero percibido formó siempre parte de la renta de los virreyes. Algunos días antes se hizo todo esfuerzo para preparar la plaza, grandemente destruída por el desuso, y se arrostraron muchas dificultades para reunir un número de toros de lidia, procedentes de todo el país. Un famoso matador, llamado Espinosa, se hizo venir de Ica, donde era jefe de un cuerpo de montoneros contra los españoles.

El día fijado todo era en Lima alboroto y alegría ; se cerraron las tiendas, los negocios quedaron suspendidos, todas las clases se ataviaron lo mejor que pudieron y se declaró feriado.

La plaza de toros está en la mitad de la alameda del otro lado del Rimac y a medio camino entre la ciudad y los baños de que antes he hablado. A medio día, la alameda estaba atestada de gente : en efecto, todo el esplendor de Lima se trasladaba directamente al espectáculo. Jinetes en nobles brutos, la mayor parte oficiales, se confundían arriba y abajo del paseo, ostentando sus trajes magníficos, cubiertos de medallas y condecoraciones, mientras mujeres espléndidamente ataviadas en sus calesas sonreían complacidas a los saludos graciosos de los caballeros. También se veían muchas mujeres a la moda del país, cabriolando a horcajadas en palafrenes vivarachos. Usaban principalmente vestidos y largos calzones blancos con hileras de alforcitas. Asomaba para mejor efec-

to, un piececito fino dentro un zapato de raso, con ligero espolín de plata y estribo pequeño del mismo metal. En la cabeza usaban sombreritos de hombres.

Las veredas, al mismo tiempo, estaban tan completamente atestadas de multitud abigarrada de todas las clases sociales, que era imposible avanzar sino con la turba moviente. Las calles y casas de Lima, se vaciaron literalmente de su población, que iba de prisa al sitio del placer.

El anfiteatro es un gran círculo de 100 a 150 yardas de diámetro ; el piso es de polvo nivelado con rastrillo, y en el centro, fuertes postes a poca distancia entre sí, por donde los toreros se escapan del furor del animal. En derredor de la arena, hay lo mismo una barrera alta, para que salten o trepen en caso de verse muy apurados y no poder refugiarse en los postes del centro. El todo está a cielo abierto y rodeado por tapias, al interior de los cuales se levantan asientos y palcos en fila. En el piso, y también al nivel de la arena, hay una fila de palcos ; arriba de éstos hay varias gradas, las dos primeras divididas y numeradas para asegurárselas como asientos especiales, y las restantes destinadas al público indistintamente. Arriba de todo está la hilera principal de palcos. Se entra a los asientos y palcos por atrás, pasando un corredorcito exterior, desde donde puede verse el corral en que se encierran los toros, aparentemente domados y dóciles, pero atormentados casi hasta enloquecerlos antes de soltarlos al redondel. Desde este corral hasta el redondel hay cuatro bretes sucesivos, apenas bastante grandes para contener un toro ; son de fuertes vigas atadas con guascas, y adentro se pone igual número de toros. El brete inmediato al redondel se llama cuarto de vestir, y aquí se tortura al animal hasta enfurecerlo, cubriéndolo principalmente con espléndido ropaje de cintas cosidas a la piel con agujas col-

choneras. También se le atan petardos que explotan cuando se precipita a la arena.

El palco presidencial está directamente frente a la puerta del toril y arreglado de hermosa manera. Abajo de éste se colocaron bancos para dos bandas de música, que tocaban alternativamente durante toda la corrida. Frente al palco presidencial, y sobre el toril, se sienta el Cabildo, y al frente cuelgan banderillas espléndidamente adornadas con oropel, para arrojarlas al toro y fastidiarlo con el ruido, además de infligirle herida dolorosa. Debía quizás mencionar que el precio de los palcos con seis asientos era ocho duros, además de medio duro pagado por cada entrada ; los asientos de grada valían medio duro cada uno y otro tanto la entrada. La multitud paga solamente la entrada por los asientos que se le destinan.

XXXIII

RECIBIMIENTO DE BOLÍVAR. — CEREMONIAS Y DESFILES ANTES DE LA LIDIA.—DESCRIPCIÓN DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

La arena, cuando llegué, estaba llena de ociosos paseándose para exhibirse y ver al público, cada uno, naturalmente, con cigarro en la boca. Los dos alguaciles de la corrida pronto entraron en lindos caballos, y vestidos con la librea presidencial. Esta era señal de que el espectáculo iba a empezar, y los ociosos así como los de afuera se precipitaron a sus asientos. Una de las bandas militares apareció en seguida con un grupo de soldados y dieron vuelta al redondel y el oficial que los mandaba leyó frente al palco presidencial el programa de las diversiones del día.

Cuando Bolívar tomó asiento en el palco presidencial fué ovacionado estrepitosamente por la vasta con-

currencia de espectadores. Una vez despejado el redondel, otro cuerpo de soldados, encabezado por otra banda, marchó hasta frente al palco presidencial, bajo el cual la banda, al son de sus instrumentos, tomó el sitio que le estaba reservado. A toque de tambor, esta partida ejecutó evoluciones pintorescas preparadas de antemano; luego describieron un círculo pequeño que aumentaban gradualmente, ajustándose cada soldado al compás con tanta exactitud que por fin se encontraron formados en torno del anfiteatro, equidistantes, y en el mismo momento. Luego subieron a las gradas para colocarse entre el público de los bancos. Esta parte del espectáculo se llama el *despejo*.

La entrada principal al redondel se abrió en seguida y entró la cuadrilla en procesión. Primero venía Espinosa, el matador, a pie, vestido con chaqueta y calzones de raso celeste y capa española de raso morado; al pasar el palco presidencial, hizo una profunda reverencia al héroe colombiano rodeado del estado mayor. En seguida del matador venían los picadores a caballo vestidos de estofa obscura con inmensas botas en las piernas y armados con lanzas del tamaño de espeques. Luego marchaban cuatro capeadores a caballo, con traje de estofa morada y capas de colores diferentes, montados en animales muy liberales; detrás de éstos venía el séquito de puntilleros y capeadores a pie, y la procesión concluía con figuras de hombres, caballos y bestias salvajes, rellenas de combustibles y fuegos artificiales, para ser colocadas en distintos puntos del redondel a fin de molestar y enfurecer a los toros. Toda la compañía de toreros serían unos treinta, y luego tomaron sus puestos respectivos. A cada lado de la puerta del toril, que era del tamaño del animal, había otras dos; una grande y de dos hojas por donde el arreo entraba al corral, y otra pequeña apenas lo suficiente para admitir al hom-

bre cuyo oficio era abrir la puerta por donde el toro salía del redondel.

Luego, preparado ya todo para la lidia, un capeador a caballo se situó a pocos pasos del toril, y, una vez que hacía señal de estar listo, el guardián corrió el cerrojo. Cuando el toro, previa y suficientemente atormentado adentro se lanzaba sobre hombre y caballo, el capeador, con un movimiento rápido y diestro, evitaba la embestida y continuaba cabriolando alrededor del toro, cegándolo con la capa, de manera que el animal, echando espuma por la boca, no podía alcanzar otra substancia que la seda flameante para saciar su venganza. Sin embargo, en estas ocasiones, he visto cornear al caballo del capeador y al hombre por el aire ; pero un buen jinete puede siempre esquivarlo si el toro no es muy rápido.

Después que el toro había sido envuelto de este modo, es toreado por los capeadores a pie, y por los puntilleros, cuyo arte consistía en herirlo en la nuca para quebrarle el espinazo y matarlo en el sitio. Esta tentativa sin embargo, rara vez tiene éxito, y la posición del hombre, en caso de errar el golpe, era peligrosísima. Cuando se creía que el toro había divertido lo suficiente a los espectadores, embistiendo a los toreros, y agitando las figuras rellenas de fuegos artificiales que explotaban sobre él, el matador Espinosa, que había estado mirando tranquilamente, se adelantaba para atacar al animal todavía terrible y no muy cansado, aunque la sangre corría abundante de las heridas. El capeador avanzaba con la muletilla en la mano izquierda y la espada en la diestra, y esperaba tranquilamente la embestida como a diez pasos del toro ; recibía el choque con la muletilla haciéndose a un lado un poco y tirando al mismo tiempo una estocada por entre las paletas al corazón. Si tenía éxito en la primera embestida, se seguía un aplauso

general, y paquetes de duros se tiraban en recompensa desde el palco del cabildo. He visto dar así hasta cuarenta duros por un toro matado con destreza.

La mayor parte de los toros al salir del redondel eran tratados del modo descripto ; pero variaba la manera de matar cada toro. Cuando se determinaba que el picador matase, espoleaba su caballo para cargar, tomando la lanza con la mano derecha y colocando el pulgar en el extremo para afirmar el arma dirigiendo al mismo tiempo la punta hacia abajo : se afirmaba en la silla y esperaba la embestida. El toro lo atropellaba, y en el momento de ponerse en contacto con la pierna del picador, protegido por la bota, o con el cuerpo del caballo, el hombre hundía su lanza en las paletas. Si el toro no caía muerto, siempre era herido mortalmente. He visto varias veces la lanza bandear el cuerpo, y quedarse hasta que con los esfuerzos del animal sale por abajo. El caballo casi siempre es matado y se pone deliberadamente para ser corneado, mientras el hombre toma con calma la puntería : los picadores por este motivo usan caballos de poco valor.

Otro modo de matar los toros es la *lanzada:* se procede de la manera siguiente : Un gran palo de doce pies de largo rematado en punta de hierro macizo, se tiene por un hombre sobre la rodilla ; el palo o lanza se afirma en una estaca clavada en el suelo, con un agujero donde encaja el cabo. El hombre tiene la lanza a diez pasos del toril y cuando el animal sale, le agita la muletilla para incitarlo a embestir ; en medio del tremendo empuje, encuentra la punta de la lanza dirigida a la frente. La única vez que vi al toro arrostrarla, el arma penetró en lo alto de la frente y salió por el costado, y así, con seis pies del palo de la lanza saliendo entre los cuernos, galopó y espantó a los toreros, que al fin se vieron precisados a desjarretarlo. Esta operación se hace con instrumentos cortantes lla-

mados *media luna*, adheridos en la extremidad de unas varas largas. De esta manera todos los toros eran estropeados por ser demasiado bravos o tan avisados que no querían embestir, pues solamente en la embestida el toro puede ser dominado. Siempre que un hombre era lanzado al aire, un grito general de aplauso salía del público, en vez de manifestar temor por su vida. Si por acaso el toro conseguía ventaja sobre el adversario, todos los toreros acudían, obligándolo pronto a dejar su víctima y atropellar algún otro objeto, mientras se sacaba el herido.

Así que se mataba el toro, las puertas grandes del redondel se abrían, y cuatro lindos caballos tordillos entraban manejados por dos postillones ; tiraban dos ruedas a que estaba adherida una collera que se prendía al pescuezo del animal que era sacado a todo galope.

Para dar a los espectadores suficiente variedad, después de destruído un número de toros de la manera ya descripta, se adopta otro método, que generalmente produce gran satisfacción. Se ensilla uno de los toros más bravos y un hombre lo monta : los esfuerzos del animal para librarse del jinete son tremendos, y si puede sostenerse de una agarradera adherida a la silla, hasta llegar el toro al centro de la plaza, el animal, que vale 50 duros, es suyo. Nunca vi voltear a nadie, aunque los he visto en inminente peligro de ser despedazados contra los postes del medio del redondel. Durante los intervalos de las corridas se alcanzan al público agua helada, frutas y flores.

Las diversiones del día concluyeron plantando ante el toril un número de indios borrachos con lanzas cortas que asían con el regatón afirmado en la rodilla derecha en tierra ; el animal, al soltársele inmediatamente, atropellaba al grupo y los desparramaba en el

suelo, sacándose generalmente uno o dos hombres desmayados.

Luego atardeció, y aunque faltaban aún dos o tres toros que lidiar, se hizo obscuro y terminaron las diversiones. La alameda volvió a llenarse de gente y el terreno que rodeaba la plaza de toros se cubrió de carruajes pertenecientes a los que estaban dentro, además de los equipajes de muchos que venían para ver salir al público y ser vistos. Mientras la alameda ofrecía así el espectáculo más alegre y rumoroso, con equipajes lucientes, caballos braceadores y espléndidos uniformes, de repente se oyó la campana grande de la catedral, y todo enmudeció un momento : era la oración. El caballo braceador fué refrenado, el cumplimiento tributado a medias a alguna mujer bondadosa quedó sin concluir, el arrogante soldado se quitó el casco brillante, y toda la concurrencia se entregó pocos minutos a la plegaria. El mundo parecía silencioso ; las campanas al fin tañeron alegre repique, y, como de costumbre, todos dijeron buenas noches al vecino, volviendo a girar el mundo como antes.

XXXIV

DERROTA DE SANTA CRUZ.—SU EXPEDICIÓN Y FRACASO. —LA PAZ.—BATALLA DE ZEPITA.—FUGA DE SANTA CRUZ.

Fué en uno de estos días de placer (pues fueron repetidos) que el Libertador dejó el espectáculo por la noticia de la derrota de Santa Cruz. Rumores aciagos habían circulado varios días acerca del estado de su ejército y su rechazo de unirse con el general Sucre ; no obstante, los más vehementes aseguraban feliz resultado hasta que llegó un barco inglés de Intermedios, con noticias ciertas del fracaso completo de la ex-

pedición de Santa Cruz, en las circunstancias más desastrosas.

Daré aquí breve cuenta de esta expedición, frecuentemente mal comprendida y falseada, aun en el Perú. Me fué dada por un oficial inglés que sirvió a órdenes de Santa Cruz, y fué testigo ocular de casi todo lo que refería. Se recordará que la última vez que se mencionó esta expedición fué durante el sitio del Callao en junio y julio, tiempo en que se habían tenido noticias de Santa Cruz, especificando el buen estado de su ejército al llegar a Arica y su acogida favorable por los habitantes de esa región. Tuvo informes de que algunos reducidos destacamentos de caballería española se hallaban en las inmediaciones y consiguió sorprenderlos y arrebatarles caballos y mulas, para él valiosísimos.

Inmediatamente avanzó a Moquegua, campo de la derrota de Alvarado, y aquí resolvió, en vez de seguir para Arequipa, gran ciudad en el camino del Cuzco, cruzar la cordillera en Moquegua, y marchar sobre La Paz, lugar de su nacimiento, donde esperaba sublevar el país en su favor y donde, en caso necesario, podía defenderse detrás del río Desaguadero que corre desde el gran lago Titicaca hasta Oruro, pasando por varias lagunas más chicas. El lago Titicaca está lleno de islas pequeñas, una de las cuales, llamada Chuquito, había sido usada por los españoles como depósito de prisioneros; en aquel tiempo estuvieron allí varios centenares de cautivos, principalmente oficiales, durante años confinados en aquel lugar estéril; en verdad, desde la batalla de Sipe Sipe, perdida por las fuerzas argentinas en el Alto Perú. Estos prisioneros marcharon para el Cuzco, al aproximarse el ejército patriota, y corrían referencias muy horrendas, aunque probablemente algo exageradas, acerca del número de ellos que perecieron de cansancio en el camino.

La cordillera es tan densamente habitada por aquel lindo animalito, la chinchilla, especie de conejo, que sus cuevas fueron grande impedimento para caballos y mulas. Pasadas las montañas, el ejército entró al camino general del Cuzco a Potosí que corre por Puno, Pomata, Zepita y La Paz.

El río Desaguadero, encerrado por altas márgenes en el sitio donde nace del lago Titicaca, es muy profundo y correntoso ; se pasa por el llamado puente del Inca, muy diferente del descripto en la primera parte de esta narración, y probablemente se denomina así por ser construído todavía de la misma manera que en tiempo de los monarcas indios. Muchas balsas de totora (semejantes a las usadas para salir al mar por los indios de Huanchaco, solamente más sólidas) se atan juntas, formando un cuerpo flotante con sus proas contra la corriente ; éstas se aseguraban con sogas fuertes de junco en ambas márgenes ; y en la jangada así construída se amontonaba totora hasta que la masa pudiese soportar caballería y aún cañones. Esta clase de puente tiene una ventaja notable sobre los demás ; pues el último soldado que lo pasaba no tenía más que cortar las sogas con que estaba asegurado a la orilla que acababa de dejar, y la fuerza de la corriente llevaría la punta así soltada aguas abajo y por fin quedaría del mismo lado que el ejército que lo había utilizado.

La situación de la ciudad de La Paz, a tres días de marcha del Desaguadero, es singularísima. Pasando un llano chato y estéril, el viajero llega de repente al borde empinado de un valle profundo en cuyo fondo está La Paz, que se mira casi perpendicularmente. El descenso es tan escabroso que toma algunas horas para bajar la senda áspera que en total tiene tres leguas de largo. El valle concluye en este punto, siendo el lado opuesto tan empinado como el res-

to, y un río chico corre por el mismo fondo. La ciudad se levanta sobre laderas en declive y por esta disposición del lugar es imposible usar allí carruajes. Las calles se levantan como escalones una encima de otra, con un lado de la vía más alto que el otro.

Santa Cruz estableció su cuartel general en Viacha, pueblito a corta distancia antes de llegar a La Paz. El ejército había sufrido duramente por los caminos pedregosos y el frío cordillerano, pues había sido mal provisto de mantas, y, por consiguiente, requería descanso : más de 600 de los 5.500 hombres estaban en el hospital. Santa Cruz fué bien recibido en su país natal, y se le incorporaron muchos reclutas ; un número de jóvenes también, de las mejores familias paceñas, formaron un cuerpo que se llamó escolta del general. Trató de hacerse aceptable e iba a todos los espectáculos, entretenimientos y paseos con el mayor contento. La única fuerza realista que a la sazón se hallaba en el país estaba al mando de Olañeta, que fué obligado a retroceder sobre Oruro, adonde fué perseguido por el general Gamarra con una división del ejército patriota.

Esta inactividad, sin embargo, terminó con la noticia, enviada por el destacamento que dejó Santa Cruz en el paso del Desaguadero, de que Valdez había llegado a Puno, con la división sacada del ejército de Canterac sitiador del Callao. Santa Cruz salió inmediatamente de Viacha a la cabeza de tropas ligeras, ordenando que el resto del ejército lo siguiese sin demora al Desaguadero. Cuando llegó allí encontró a Valdez en la margen opuesta y se empeñaron algunas escaramuzas. Santa Cruz, sin embargo, no se encontró bastante fuerte entonces para trabar combate y se mantuvo quieto, cuidando el paso del río hasta la llegada del resto del ejército. Luego cruzó el río sin demora, y empujó a Valdez hacia Zepita, donde

tomó posición en un cerro alto. Las tropas de Valdez que lo acompañaban desde Lima estaban tan completamente postradas que se vió obligado a dejarlas en Puno, mientras avanzaba con una fuerza reunida por La Serna en las inmediaciones del Cuzco y Arequipa, al mando de Carratalá, gobernador del último lugar.

Santa Cruz resolvió atacar a Valdez en su posición y, con este propósito, marchó cerro arriba con todo su ejército ; pero la infantería fué completamente derrotada y dos o tres batallones habían ya arrojado las armas, cuando la caballería realista se metió en algunas ciénagas profundas en el ardor de la persecución, y los húsares del Perú, al mando de Brandsen y Soulanges, cargaron haciéndola pedazos. La infantería española, viendo la derrota de la caballería, se retiró en confusión dejando que los batallones patriotas recogiesen las armas que habían tirado poco antes. Santa Cruz, en sus partes al Gobierno, invocó el mérito de haber hecho huir la infantería para engañar a los españoles y sacarlos del cerro ; pero con todo, fué encuentro de poca importancia y ambos bandos se atribuyeron la victoria.

Luego se incorporaron a Valdez las tropas dejadas en Puno para reponerse, y, abandonando a Santa Cruz, que se había situado en el puente, marchó costeando el Desaguadero para unirse con Olañeta en Oruro. Santa Cruz, por otra parte, reunido todo su ejército, siguió por la otra margen del río para impedir la reunión. Los tres luego se aproximaron y Santa Cruz intentó en vano atraer a Valdez a aceptar combate antes de unirse con Olañeta. Los indios, que en gran parte componían la fuerza española, al fin dejaron atrás a la gente costanera que formaban las tropas de Santa Cruz ; y una mañana, cuando se suponía el ejército realista considerablemente a retaguardia, se le vió pasando una alta lomada cerca de Oru-

ro, y se efectuó así la conjunción con Olañeta, a despecho de los esfuerzos patriotas.

Valdez luego con todas sus fuerzas combinadas y siendo por tanto superior al ejército patriota, a su turno ofreció batalla que Santa Cruz esquivó, y se resolvió en consejo de guerra retirarse rápidamente por el Desaguadero para incorporarse al ejército del general Sucre. Para que los patriotas marchasen tan expeditamente como posible fuera, así como para aprovechar el forraje de los animales, la munición y la artillería del ejército se enviaron por diferente ruta que la seguida por el cuerpo principal. Las fuerzas realistas, sin embargo, acosaban tan duramente a Santa Cruz, que fué inevitable una batalla, y se tomó posición en consecuencia y se enviaron oficiales inmediatamente para traer la munición y artillería ahora tan necesarias. Como no se tenían noticias y los oficiales despachados en su seguimiento nunca volvieron, se hizo inevitable una fuga precipitada más bien que una retirada. Váldez, efectivamente, escribió a Santa Cruz que marcharía contra el ejército patriota, rápidamente mermado por la fatiga, desgranándose los hombres por centenas en el camino. En un solo día, no menos de 1.000 quedaron rezagados.

El deshecho ejército de Santa Cruz llegó al Desaguadero en la mayor confusión e insubordinación. Aquí el general habría deseado hacer pie firme para defender el paso y recoger los rezagados que llegaban continuamente ; pero del total, solamente quedaban 400 hombres cuando llegó al puente. Con este pequeño cuerpo mantuvo dos días la posición y allí se le unieron muchos que habían quedado a retaguardia ; como continuaban llegando otros, situó una partida pequeña al mando de un oficial para recibirlos, con órdenes de destruir el puente al aproximarse el enemigo. Váldez, viendo la total destrucción del enemigo,

marchaba despacio en su seguimiento, recogiendo los prisioneros, armas y bagajes de que el camino estaba sembrado.

Santa Cruz, entretanto, reunió como pudo sus fuerzas dispersas en Pomata, convocando un consejo de guerra para resolver si repasarían inmediatamente la cordillera y refugiarse en los barcos, o tratarían de alcanzar la división del general Sucre en Arequipa. En este consejo se manifestó la mayor insubordinación entre los oficiales. Santa Cruz era favorable a avanzar hasta Puno, pero Soulanges, oficial francés que se había distinguido en la pelea de Zepita, declaró amotinadamente que el resto del ejército podía ir donde quisiera, pero que él y su escuadrón de caballería marcharían directamente a la costa ; amenaza que ejecutó, cuando Santa Cruz halló las tropas en tal mal estado que era imposible alcanzasen la división colombiana antes que los realistas les volvieran a pisar los talones ; por tanto se metió en la cordillera donde alcanzó de noche la partida de Soulanges ; tomándose erróneamente por enemigos, se trabó un combate que terminó con la dispersión completa de los restos de esta expedición desgraciada. Todo el bagaje fué saqueado ; ni siquiera se respetó el equipaje de Santa Cruz, y la caja militar con 10.000 duros fué robada.

En seguida, como 1.200 hombres de todo el ejército llegaron a Moquegua en el estado más deplorable, sin armaas ni ropas : y así terminó esta desastrosa e infortunada empresa en que se habían cifrado tan ardientes esperanzas y cuya preparación había costado al Gobierno independiente no menos de un millón de duros. El gran error parece haber sido poner un oficial joven y sin experiencia al frente de ejército tan mezclado e indisciplinado : gran parte de la expedición se componía de reclutas novicios, tomados

y conducidos a bordo, y tenían que hacerse soldados en el tiempo que debieran dedicar a prepararse para el servicio activo. Riva Agüero había puesto a Santa Cruz en esta situación porque lo sabía su criatura, y confiaba que el crédito a ganar en la empresa, le afianzaría sólidamente en la presidencia obtenida mediante la ayuda de Santa Cruz. Si el mando se hubiera dado al general Lamar, con Miller de segundo, es muy probable que el resultado hubiese sido muy diferente. Santa Cruz sin duda era valiente, pero sin conocimiento y discreción; Gamarra, que actuaba a sus órdenes, era buen táctico, pero carecía de coraje y virtud, y desagradaba a todo el mundo. El primer desatino fué no incorporar la división colombiana inmediatamente de llegar; pero el ejército estaba entonces entero y Santa Cruz no consentiría jamás a nadie participar de la gloria que esperaba conquistar. Otro gran error fué, que cuando logró interponerse entre Valdez y Olañeta no marchó y atacó a éste para llevarlo por delante hasta territorio argentino; allí Olañeta no obtendría ningún auxilio, mientras los patriotas reclutarían fuerzas sin dificultad evitando la retirada más desastrosa. El error más fatal y evidente fué separar la artillería y municiones del grueso del ejército, medida que un muchacho de escuela difícilmente habría tomado; es lo mismo que si Santa Cruz hubiera deliberadamente mandado los mosquetes a lomo de mula por un camino y los hombres por otro. Pero los desastres de esta malhadada y peor dirigida expedición no concluyeron aquí: el transporte en que Soulanges con algunos buenos oficiales y alrededor de 300 húsares peruanos, de las mejores tropas en servicio, se habían embarcado, fué capturado de regreso a Lima por un pequeño corsario aprestado en Chiloé y estos valientes fueron llevados como prisioneros de guerra.

XXXV

EXPEDICIONES DE LOS GENERALES MILLER, ALVARADO Y SUCRE.—CRÍTICA SITUACIÓN DEL PERÚ.—EL REGIMIENTO DE LOS INOCENTES. — REVUELTA DE RIVA AGÜERO.—CARÁCTER DE VALDEZ.

Daré ahora, relacionada con los pormenores precedentes, breve relato de los progresos de la expedición que zarpó al mando de los generales Miller y Alvarado, a principios de julio, a la que se unió el general Sucre poco después.

Estas dos divisiones diéronse cita en Quilca, puerto de Arequipa, donde permanecieron pocos días esperando al general Sucre. Se resolvió entonces que las fuerzas marchasen inmediatamente sobre Arequipa, donde habría modo de unirse con Santa Cruz, o avanzar al Cuzco, según exigiesen las circunstancias. Una vez incorporado Sucre confirió el mando de la caballería al general Miller, a cuyas órdenes estaba el infatigable y emprendedor Raulet. El primero escribió una narración interesantísima de la entrada a Arequipa, dirigida a sus amigos de Lima, que yo vi; describía ser tan grande el entusiasmo del populacho que él no podía salir a la plaza a causa de los fogosos abrazos de la gente, aunque mucho ansiaba hacerlo, cuando vió la retaguardia de la fuerza española al mando de Carratalá desfilando casi en el otro extremo de la plaza : no pudo perseguir al enemigo por la opresión afectuosa de la multitud. Sucre entró después con la infantería, y durante su estada conservó la disciplina más estricta entre los soldados.

Mientras estaban en Arequipa recibieron referencias confusas de la batalla de Zepita, que Sucre transmitió a Lima : fueron traídas a Arequipa por un dis-

perso de Valdez, que huyó durante el entrevero y manifestaba que el ejército realista se hallaba destruído y Valdez prisionero. Los limeños, por tanto, se disgustaron atrozmente cuando recibieron después el parte de Santa Cruz, diciendo que el número de muertos, heridos y prisioneros enemigos subía a poco más de cien. Sucre, en comunicaciones a Santa Cruz, habíale urgido para que se uniese, pues podía aparecer Canterac con su división que venía de Lima a marchas forzadas. A Santa Cruz, sin embargo, no le gustaba la idea de entregar el mando a Sucre, como habría estado obligado a hacerlo, de conformidad con la autoridad conferida al último por el Congreso.

Entretanto llegó noticia a Arequipa de la probabilidad del pronto arribo de Canterac a Puno para unirse con Valdez ; y el general Sucre escribió a Lima ser su intención marchar inmediatamente sobre Puno para cortar a Canterac, dejando que Santa Cruz hiciera cara a Valdez, para lo que, después de la supuesta derrota en Zepita del último, naturalmente se le creía habilitado. Se conjeturaba que las fuerzas de Sucre serían más o menos iguales a las de Canterac, cada ejército de 3.000 hombres, habiendo Canterac dejado al general Lóriga con 2.000 hombres para retener la fuerte posición de Huancayo, en el valle de Jauja. Por tanto, el general Miller se apuró con la caballería en dirección a Puno, y Raulet con las avanzadas llegó a doce leguas del enemigo y destacó un piquete para obtener noticias.

El momento era muy crítico para el Perú : se supo ahora que Santa Cruz y Valdez se encontraban tan cerca que una acción parecía inevitable, y se creía a Canterac tan próximo a Puno que se dudaba quién llegaría primero, si el general Miller o él. El piquete de Raulet en este momento le envió la noticia desastrosa de la derrota de Santa Cruz y que una fuerza

superior española marchaba contra él, de modo que no le quedó más que retirarse ; y este valiente oficial tenía completa razón para desconfiar que el enemigo alcanzase su retaguardia y lo cortase del grueso de los patriotas. En consecuencia, se retiró precipitadamente, pero en buen orden, resolviendo con su osado escuadrón intentar abrirse camino contra cualquier fuerza que se opusiese a su avance. Llegando a Arequipa, encontró que la división colombiana del ejército se había ya retirado sin confusión hacia la costa, pues fué estrechada por todo el ejército español ; y Raulet fué con tanto calor perseguido dentro de Arequipa, que se vió obligado a disponer que sus hombres de a uno galopasen por las calles angostas para volverse a reunir en la plaza, en vez de marchar despacio por el lugar en un cuerpo. Apenas se hubieron formado allí, cuando se vió entrar los españoles en corto número por el otro extremo de la ciudad, y como la mitad del impetuoso escuadrón de Raulet cargó inmediatamente al enemigo sin tener órdenes haciendo retroceder la guardia avanzada realista ; pero, entrando el cuerpo principal, los intrépidos patriotas fueron hechos pedazos, peleando hasta el último.

Habiendo el general Sucre evacuado Arequipa, donde se demostró mucho pesar por su salida, se retiró al puerto de Quilca, donde se hallaban los transportes, sin perder un solo hombre, mientras Miller y Raulet protegían eficazmente su retaguardia. En su retirada tuvo lugar una pequeña escaramuza que demostró el carácter real de las tropas con que los españoles tenían que combatir.

Cuando San Martín zarpó de Chile para el Perú, se acudía a todos los medios para levantar tropas. Para formar un cuerpo de caballería se vaciaron las cárceles, y los presos, organizados en escuadrones, eran, como puede imaginarse, las reputaciones más vicio-

sas y degradadas de Chile ; eran conocidos en todo el Perú con el título irónico de *Los Inocentes* y se hicieron notables por toda clase de crímenes. La división de retaguardia del general Miller consistía en 120 de estos malhechores. En la retirada de Arequipa a Quilca, encontrándose apuradísimo por un escuadrón español, Miller arribó a la conclusión que sería mejor elegir una buena posición para hacer pie, que verse obligado a pelear siempre con desventaja. Los oficiales fueron de la misma opinión y, encontrando a sus hombres valientemente decididos, les condujo a una suave eminencia, mientras los españoles hacían alto frente a ellos y a muy corta distancia. El enemigo estaba sin armas de fuego, y Miller se acercaba bastante a caballo para reconocerlos cuando descubrió que los realistas retrocedían en la retaguardia sobre la fuerza principal ; inmediatamente volvió a su partida de Inocentes y les propuso cargar, pues la avanzada realista se componía solamente de 80 hombres que evidentemente tenían miedo de un encuentro.

Los Inocentes clamaban ser llevados al ataque y marcharon al trote contra el enemigo. El oficial que mandaba la carga deseaba llevar sus hombres exactamente frente a los españoles, pero o dió voz de mando equivocada o la tropa no la entendió, lo cierto es que se produjo alguna confusión entre ellos : además, les estorbaban las lanzas que no sabían manejar ; y los españoles, viendo la vacilación, a su turno cargaron sobre los Inocentes, que dieron media vuelta y huyeron dos o tres yardas antes de ponerse en contacto con el enemigo. Miller montaba un excelente caballo regalo de un amigo limeño y trataba de reunir su disperso escuadrón y al hacerlo llegó muy cerca de muchos soldados españoles que frecuentemente le tiraban botes ; pero como no tenían mosquetes y munición no pudieron herirle.

Llegado a la costa, el general Sucre escribió a Bolívar pidiendo órdenes, pues sabía que había llegado una expedición de Chile compuesta de 2.500 hombres ; y muchos creían que se la haría internar para presentar batalla a los realistas. Pero los asuntos del Perú tenían ahora cariz muy siniestro. Riva Agüero, excitado por las noticias exageradas del éxito de Zepita y confiado en el apoyo de Santa Cruz, y probablemente confiando también en la flota al mando del almirante Guise, levantó en Trujillo estandarte de rebelión, e intentó despertar los ánimos de los peruanos nativos contra la facción colombiana, como entonces se designaba al partido gobernante de Lima ; al mismo tiempo imputaba a Bolívar miras siniestras, aunque el mismo Riva Agüero había sido quien invitó al jefe colombiano a venir en ayuda de los patriotas.

Bolívar, aunque altanero e ingobernable en la mayor parte de los casos, estaba deseoso de ceder mucho a las circunstancias en tan crítica coyuntura ; pues sabía que una guerra civil sería golpe de muerte para la causa de la libertad. Por tanto hizo proposiciones altamente favorables a Riva Agüero ; en efecto, le concedió todo lo que pedía ; y en una entrevista que tuve con Bolívar, díjome estar todo arreglado ; que Riva Agüero sería presidente en Lima y que iba a traer consigo 4.000 hombres y 2.000 caballos y mulas para servicio del Estado.

Riva Agüero, sin embargo, es probable hubiese simplemente formulado estos términos en la expectativa que no fuesen aceptados ; y cuando el ayudante de Bolívar llegó a Santa con la concesión, esperando como es natural que todo se arreglaría, se sorprendió de encontrar que Riva Agüero no quería adherirse a sus propias condiciones, declarando, confiado en el éxito anterior, que jamás haría arreglo amigable con el Congreso y Torre Tagle.

El marqués de Torre Tagle había convenido previamente, sin duda por sugestión y consejo de Bolívar, en retirarse a Chile y sacrificar sus vistas personales en bien del país ; pero el Congreso, temeroso de la unión entre Bolívar y Riva Agüero, usó toda su autoridad para ensanchar la brecha existente, diciendo a Bolívar que tenía en su poder la prueba de una correspondencia traidora con el enemigo. Estas manifestaciones, junto con la obstinación de Riva Agüero, indujeron, con la mayor repugnancia de Bolívar, a declararle la guerra, y en consecuencia, impartió órdenes a todas las fuerzas de Quilca y Arica que se le uniesen en Supe, puertecito que he mencionado entre Lima y Trujillo. Prontitud era lo más necesario, pues se sabía en Lima que la flota del almirante Guise estaba por zarpar para Huanchaco en ayuda de Riva Agüero y que a bordo se encontraban Santa Cruz y otros oficiales.

El general Sucre, en consecuencia, embarcó su división conforme a las órdenes recibidas y propuso al general Miller destruir todos los caballos, mulas y ganados que aquel activo jefe había traído en la retirada para que no cayesen en manos del enemigo. Miller, sin embargo, creyó poder arrearlos con seguridad por la costa hasta Lima ; y consiguió permiso de Sucre para intentarlo, pues eran muy valiosos, y llevó a cabo la empresa con mucho crédito para él. Entretanto, la expedición chilena, que no quería inmiscuirse en las disensiones del Perú y se oponía probablemente a ponerse al mando de jefes extranjeros, cuando fué acosada por Valdez (quien, a la partida de las fuerzas de Sucre, marchó de Arequipa a Moquegua), degolló numerosos lindos caballos traídos para remonta, y se embarcó de regreso a su país.

Así terminó una campaña que, bien dirigida, habría sido la última del Perú, pues los patriotas nunca

tuvieron ejército tan numeroso y respetable, y los españoles, desde su primera retirada de Lima, nunca se vieron reducidos a tales apuros. Incluyendo peruanos, colombianos y chilenos hubo en Intermedios en un tiempo 10.000 patriotas, mientras los españoles jamás les habrían opuesto más de 8.000 hombres, la mayor parte cansados y deshechos por las marchas. Después también resultó que Valdez habría sido completamente copado, pues las fuerzas de Canterac nunca avanzaron cerca de Puno y no hubieran llegado a tiempo para protegerlo si las tres divisiones patriotas se hubieran unido. Debe admitirse que a los españoles les acompañó mucho la buena suerte, pero Váldez ciertamente mereció el mayor crédito por su prontitud y actividad.

Su vida era la de un espartano, sencilla y austera ; su único deleite era la guerra, pero su índole de ningún modo era cruel, como lo demostró el afecto personal que siempre le tuvieron los pacíficos habitantes del país. Cuando volvió a entrar en Arequipa, promulgó amnistía general, lo que fué mucho reprimirse de su parte, después de la manera decidida con que los habitantes habían expresado sus sentimientos al recibir la expedición de Sucre ; también envió a un español, coronel al servicio de los patriotas, dejado herido en La Paz, pasaporte para seguir a Buenos Aires sin molestia, así que estuviese bastante restablecido. Su carácter es muchísimo el de los primeros conquistadores de América, sin su ferocidad ; valiente, perseverante y paciente en las dificultades más duras, apenas conocía el valor del dinero y la persona que servía su mesa se veía con frecuencia obligada a pedir prestado unos pocos duros para la comida frugal. Se decía que rara vez se permitía el lujo de un lecho ; sino que envolviéndose en su capa de soldado de caballería, hallaba aquel reposo a menudo no encontra-

do en cama de plumas. Casi siempre estaba a caballo y se había acostumbrado a dormir bien aun en esa posición. Fué el enemigo más obstinado de la independencia del Perú ; los demás jefes a veces podían ser inducidos a negociar, pero él no quería oír de ningún convenio.

Cuando el ejército de San Martín estaba en Huaras y la fuerza realista acampada fuera de las murallas de Lima, se concertó un armisticio, y San Martín se entrevistó con La Serna y Canterac en una chacra próxima ; estos dos jefes se comprometían a reconocer la independencia del país en ciertas condiciones, con tal que los demás oficiales del ejército realista aprobasen los términos. Valdez, cuando fué consultado sobre el punto, puso su mano en la espada y juró no sacrificar jamás de esta manera los derechos del rey de España, y la mayor parte de los oficiales siguieron su ejemplo.

XXXVI

DECLARACIÓN DE GUERRA CONTRA RIVA AGÜERO.—TERMINACIÓN DE LOS AMAGOS DE GUERRA CIVIL.—EXAMEN DE LOS MÓVILES Y MIRAS DE RIVA AGÜERO.—SU ESCAPE PARA INGLATERRA.

Durante su correspondencia y negociación con Riva Agüero, Bolívar daba los pasos necesarios para hacer la guerra con todo vigor si era necesario. Sus tropas del Callao y Lima continuamente se disciplinaban y ejercitaban ; se les proveyeron buenos uniformes y, con consentimiento del Congreso, se impuso tributo a los habitantes de Lima, conforme a sus respectivos comercios, en proporción que produciría 400.000 duros en cuatro meses. También requisó todos los caballos y mulas del país, exceptuando los que

fueran propiedad de extranjeros, y los llevó a buenos pastajes, donde ganasen fuerza y se hicieran útiles, en vez de ser galopados por ahí, y aun vendidos por los militares, como hasta entonces se acostumbraba.

Se creía, sin embargo, que las cosas no llegarían a extremarse con Riva Agüero ; pero al fin concluyó la paciencia de Bolívar por una negociación infructuosa que evidentemente se tramitaba por Riva Agüero sólo para ganar tiempo. La guardia colombiana de 600 jinetes en consecuencia, salió de Lima, tomando el camino del Norte por la costa y fué obvio luego que iban a empezar las operaciones activas. Este regimiento estaba bien equipado, todos los hombres montaban mulas con avíos nuevos, mientras los caballos iban arreados adelante para no inutilizarlos con la fatiga de viajar por los arenales que he descripto en mi expedición a Trujillo.

Pocos días después, el mismo Bolívar se embarcó para Supe con 2.000 infantes, dejando a Torre Tagle al frente del Gobierno en Lima sostenido por 1.000 infantes, consistentes en el regimiento Río de la Plata y el número 11 de Chile, mientras los granaderos a caballo, mandados por Lavalle, se apostaron en Ica con un batallón de infantería fuerte de 700 plazas. Los castillos del Callao fueron guarnecidos por el regimiento colombiano de Vargas, fuerte de 1.000 hombres, y algunas compañías de artillería chilena al mando del general Alvarado.

Riva Agüero, oyendo que Bolívar había positivamente desembarcado en Supe con intención de atacar, no pensó en resistir y ordenó que la mayor parte de sus tropas se retirasen a Cajamarca, país montañoso en el norte del Perú, lindando con Quito. Había convocado un consejo de guerra de su partido en Trujillo, cuando la casa fué rodeada inesperadamente por un cuerpo de caballería al mando del coronel La Fuente, que

por todo se había declarado su particular amigo, pero que, encontrando que las cosas no presentaban cariz favorable para Riva Agüero, resolvió traicionarle haciendo las paces con Bolívar y el Congreso. Inmediatamente envió comunicación al Libertador sobre lo que había hecho, agregando haber mandado seguir a Novara que estaba al frente de las tropas de Riva Agüero, en Cajamarca, para hacerlo volver. Entretanto, Bolívar avanzaba desde Supe a marchas forzadas sobre Huaras, cuartel general de las tropas de Riva Agüero, y entraba al lugar sin oposición, dispersándose las fuerzas o pasándose a los colombianos. Así, en un momento terminó la conspiración que una vez amenazó la total destrucción de la causa independiente y que, aunque solamente existió breve tiempo, arrastró para los patriotas consecuencias muy desastrosas.

Riva Agüero después aparentó justificar su conducta, pero le sería difícil probar ninguna vindicación satisfactoria. Sin duda tuvo envidia de los colombianos y habiendo conseguido la autoridad suprema del Perú, no le agradaba entregarla a extranjeros. Este sentimiento, si realmente patriótico, hubiera sido perdonable si él hubiera tenido la mínima probabilidad de librar al país de españoles sin ayuda extraña. Bien sabía que no podía hacerlo, y, por consiguiente, a raíz de ser electo presidente, invitó o más bien suplicó con insistencia al jefe colombiano que trajese sus tropas al Perú. En todo caso, después de conocida la derrota de Santa Cruz, estas vanas esperanzas, si alguna vez efectivamente las abrigó, debieron haberse abandonado y debió estar listo para cooperar con Bolívar ; si sospechaba de miras siniestras en el proceder de los colombianos, sería tiempo de oponérseles cuando el enemigo fuese expulsado del país y estas miras se patentizaran. Además el Congreso peruano érale decidi-

damente adverso ; naturalmente no me refiero sólo a los veinte diputados reunidos en Lima que eligieron presidente a Torre Tagle, sino a la gran mayoría de representantes y entre ellos muchos en quienes él había depositado su mayor confianza. Aun su Senado elegido en Trujillo le abandonó y, al fin, fué sostenido en su resistencia solamente por unos pocos militares aventureros en quienes se ha visto no podía confiar y le abandonaron en el momento que su cooperación se necesitaba más. El Congreso le imputó estar en correspondencia con los españoles ; y creo por todo lo que pude saber que estaba en comunicación con ellos, pero no con intención traidora ; en efecto, su vida entera había sido tan completamente contraria a ellos que los jefes realistas probablemente no habrían confiado en cualesquiera insinuaciones de esta clase que él les hiciese.

En este período se hizo circular muy intencionada, aunque secretamente, por algunos de sus partidarios de Lima, un documento, base supuesta de una negociación entre Riva Agüero y La Serna ; su objeto era probar que su propósito al comunicarse con el enemigo era promover la paz del Perú, cuando se hubieran obtenido los grandes objetivos de guerra. Se decía que sus proposiciones fueron éstas : que los realistas reconociesen la independencia del Estado ; que las fuerzas patriotas fuesen disueltas y empleadas las de los generales españoles, por ser mejor disciplinadas, más respetadas, y por tanto más adaptadas para mantener el orden ; que todos los españoles, a la sazón en el país, gozarían los privilegios de americanos, pero todos los que llegasen en adelante se considerarían extranjeros ; y finalmente que se convocase un Congreso libre constitucional, con facultad de elegir su propio gobierno.

Tales eran los términos mencionados por los ami-

gos de Riva Agüero, como base de un tratado que daban por casi concluído; mientras por otra parte sus enemigos afirmaban que, encontrando su poder casi al punto de concluir había adoptado este modo de entregar el Perú al enemigo. Ciertamente la cláusula de este tratado que el ejército independiente se disolviese mientras el realista quedaba hecho, favorece la conclusión que, si sus intenciones eran honradas, su juicio era muy defectuoso. Sus opositores, por tanto, argüían que debía elegir entre ser loco o traidor y su talento reconocido daba asidero a la alternativa menos favorable.

Sea lo que sea, tendrá ciertamente que soportar el odio de ser considerado hombre que prefirió la satisfacción de su ambición y de sus animosidades personales, al bien público. La causa de la independencia del Perú era la causa de toda la América española, y la seguridad de toda dependía de la extirpación del ejército realista del Perú; y admitiendo que Bolívar procediese en algún grado mirando a su gloria personal, nadie, con todo, de ningún partido, ha negado o afectado negar que mientras el Perú continúe bajo el dominio español, Colombia no puede estar segura. En efecto, si Bolívar, como Riva Agüero en Trujillo, hubiese disuelto y dispersado el Congreso con fuerza militar y opuéstose a las autoridades constituídas del Estado, sus intenciones pudieran discutirse; pero considerando su temperamento altivo no acostumbrado a someterse y la amplitud de su influencia militar, me parece haber procedido con gran consideración por Riva Agüero y gran desinterés para el Perú.

La defección de Riva Agüero y sus consecuencias inmediatas puede tenerse quizás como la calamidad más grave de la causa patriota, aun entre todos los muchos desastres que la acompañaron. De actuar de concierto con Bolívar todo hace suponer que la gue-

rra hubiera terminado en una sola campaña, y al principio el mismo Riva Agüero no parecía esperar que los intereses de ambos chocasen para la consecución de un fin común. Al frente del Gobierno de Lima, por sus talentos, actividad y popularidad habría levantado y suministrado recursos de hombres y dinero ; mientras Bolívar con su experiencia y el terror de su nombre, apoyado en las fuerzas colombianas, se llevaba por delante a los realistas. Los españoles continuaron dos años dominando en el Perú, no por ningún mérito propio fuera de la unión y firmeza, sino por los sucesivos desatinos, celos y mal manejo de los adversarios. En efecto, durante algún tiempo, los generales vieron que nada harían mejor que permanecer quietos en sus cuarteles, mientras los patriotas echaban a perder su propio juego. Al fin, los españoles resolvieron proceder decisivamente y por tanto bajaron a Lima ; este fué el único error grande que cometieron, y si los patriotas hubieran sido capaces de aprovecharlo, debía haber sido su destrucción.

Así que el Congreso y Torre Tagle supieron que Riva Agüero, por traición de La Fuente, estaba preso, enviaron instrucciones a Bolívar de hacerlo ejecutar lo mismo que a su principal asociado y soporte, Herrera, que fué tomado junto con él. Bolívar, sin embargo, no creyó conveniente cumplir estas órdenes sanguinarias ; probablemente por ser demasiado prudente para exasperar de este modo a los peruanos entre quienes Riva Agüero era muy querido ; envió los dos prisioneros a Guayaquil y después llegaron a Inglaterra, vía Gibraltar.

XXXVII

MEDIDAS TOMADAS POR BOLÍVAR PARA LA PROSECUCIÓN DE LA GUERRA. — NUEVA CONSTITUCIÓN.—ESCASEZ DE DINERO EN LIMA.—MONTO DEL COMERCIO DEL PERÚ CON LA GRAN BRETAÑA.—MODO DE HACERLO.

Bolívar después de estos sucesos, reunió todas sus tropas en Huaras, ciudad importante, y capital de la provincia de Huaylas, situada en fértil región al mismo pie de la cordillera ; y hallando que el país podía mantener el ejército, resolvió concentrar las fuerzas en esa cercanía, donde estaría más próximo para proveerlas ; ahora no podía esperar auxilios sino de Colombia y envió órdenes para que toda la fuerza disponible allá se le incorporase. Con esto en vista y para acostumbrar sus soldados al clima frío de la sierra donde sabía continuaría la guerra y donde los españoles tenían tanta superioridad por ser sus hombres nativos, se acantonó en la sierra, entre Cajamarca al norte y Guánuco, ciudad importante a sesenta leguas del cuartel general español en Huancayo, valle de Jauja. En Guánuco estacionó al general Sucre con un cuerpo considerable de guardia avanzada, mientras él estableció cuartel general en Patilvica sobre la costa, cerca de Huaras, donde estaba acampado el grueso de su ejército, y desde donde podía comunicarse constante y rápidamente con Lima y Trujillo.

Se creyó generalmente en Lima, poco después, que se produciría un cambio de Gobierno, a consecuencia de las instrucciones dejadas y enviadas por Bolívar, y varios rumores corrieron en esa ocasión ; pero aunque se pensase en una alteración no se efectuó, y el Congreso siguió su vieja treta tratando de cegar los ojos del pueblo. Bolívar, en más de una ocasión,

pero especialmente a la diputación que le fué enviada, manifestó que se necesitaba reformar varios ramos del Gobierno y se entendió dejaba a cargo del Congreso las investigaciones necesarias para cumplir este objeto.

Para demostrar el sistema de imposición adoptado, quizás sea justo mencionar brevemente las medidas tomadas por el cuerpo representativo, a este respecto. Primero, procedió a una nueva elección de presidente, y nombró a Torre Tagle. En seguida se publicó un código de leyes impreso, que se leía bien en el papel, pero no se pensaba ejecutar. También hizo una gran reforma importantísima cambiando el santo patrono de los ejércitos, pues no había tenido éxito con el anterior ; y, por último decretó una renovación del juramento de independencia, que se realizó pocos días después con grande esplendor y ceremonia. Se levantaron tablados en diferentes puntos de la ciudad y a ellos marchaba el gobierno en procesión al frente de tropas y se leía un largo documento conteniendo las principales prescripciones de la Constitución. Cuánto más prudente habría sido elegir un gobernador eficaz en Lima que hiciese algo por restaurar el crédito del país, poner al comercio sobre cimientos convenientes, administrar justicia igual para todos, inducir a los propietarios de los fundos que rodeaban la capital a cultivarlos, y levantar refuerzos para el ejército.

La nueva Constitución, además, abolió los títulos de nobleza, reduciendo todas las clases al simple rango de ciudadanos, y el marqués de Torre Tagle ahora firmaba Ciudadano Tagle, presidente ; y el conde de San Doxas, ministro de la Guerra, se redujo a simple don Juan Berindoaga. Ninguna medida pudo calcularse mejor para disgustar a las clases superiores, raza débil afeminada, cuya única gloria largo tiempo había sido el rango y las cruces. La política de San

Martín cuando se apoderó de Lima, fué muy diferente : apercibido del gran punto débil del carácter peruano, una de sus primeras medidas fué fundar la Orden del Sol. Se censuró mucho en Europa este proceder, pero no fué acción de vanidoso sino de hábil político ; él sabía que la nobleza limeña sería atraída por bagatelas vistosas y honores vacíos y que éstos la mantendrían de buen humor ; pero privada de los que antes poseía inmediatamente lamentaría en silencio el antiguo estado de cosas, durante el que fué respetada y envidiada. No puedo dejar de presumir que esta medida impolítica fué iniciada por el partido español del Congreso : su intuición era más honda ; conocían que el Perú no estaba preparado para tal medida y que de este modo minaban secretamente la causa republicana, al mismo tiempo que se suponía generalmente la sostenían con decisión.

Lima empezó otra vez a disfrutar un poco de alivio y tranquilidad, pues no se manifestaba allí ninguna causa inmediata de alarma, aunque las fuerzas de Bolívar estuviesen a distancia considerable. No se esperaba que los españoles intentasen recuperar Lima en esta estación del año, pues se debilitaría su posición de Jauja ; y jamás se quedarían mucho tiempo en la ciudad mientras los patriotas conservasen el dominio del mar y la posesión de los castillos del Callao. Los habitantes más ricos de Lima por entonces estaban convirtiéndose en horriblemente pobres ; los tiempos eran también inseguros para valer la pena de cultivar las chacras y recomprar los esclavos y ganado que en los tres años últimos se les habían arrebatado diferentes veces por la ocupación alternada de los partidos contendientes. La mayor parte del dinero sonante también se había escurrido, o desaparecido de la ciudad ; parte fué embarcado para Europa, mientras los empréstitos forzosos y la carestía de víveres

consumía no muy despacio todo el oro y plata en circulación. El gobierno había agotado el crédito con frecuentes emisiones de papel y moneda feble ; y nada, estoy persuadido, disgustó más a los peruanos con la causa independiente, que obligarlos a recibir pedacitos de papel y monedas de cobre por sus géneros en vez de plata u oro, que en tiempo de los virreyes eran tan copiosos y sabían abundaron en su país.

Cuando al fin el valor corriente del cobre alcanzó depreciación de setenta y cinco por ciento, fué retirado, es decir, desmonetizado, y por tanto quedó en manos de los tenedores como crédito contra el gobierno cuando pudiera o quisiera pagarlo. Por causa de esta situación, los negocios de toda clase aflojaron notablemente ; y como en países civilizados el litigar generalmente aumenta con la pobreza, el consulado, o tribunal de justicia, se llenó de demandas. Tal era la manera corrompida de administrar justicia que quienquiera no desease pagar sus deudas evitaría saldarlas tanto tiempo como se le antojase con tal que jurara repetidamente que no podía pagar. Con este sistema el crédito particular naturalmente desapareció.

Lima, en tiempos prósperos, siempre ha de ser lugar de la mayor importancia comercial para la Gran Bretaña. Además de la cantidad de manufacturas consumidas en la ciudad, inmensa en proporción a la población, toda la costa norte ha sido provista por el mercado de Lima. El país montañoso hacia Huaras, las ciudades de Guánuco y Pisco, y el valle de Jauja, todos situados en regiones populosas, se proveen también de la capital y requieren grandes importaciones de mercaderías. Se estimaba por un comerciante inglés de Lima, mientras yo estaba allí, que la renta aduanera, a veinticinco por ciento sobre las importaciones, en tiempo de paz, sería de dos o tres millones de duros anuales. Debemos recordar que las mercade-

rías se evalúan en menos del precio de costo, de modo que el valor de las importaciones sería igual a dos millones de libras esterlinas por año. Los retornos, por ahora, al menos, deben ser en especie, pues pocos productos del Perú pueden tomarse como carga de retomo.

Además hay en Pisco tráfico costanero muy importante : aguardiente, arroz, azúcar, tabaco y cera, en que, según concibo, pueden ocuparse muchos barcos ingleses. Bajo los virreyes, marcada diferencia entre el por mayor y el menudeo, no se observó en el Perú ; y un comerciante, bajo el antiguo régimen, abría un gran almacén donde vendía de todo en cantidades ínfimas. Muchos de los principales comerciantes españoles amasaron fortunas, sin llevar, o quizás también, sin saber llevar una simple cuenta. Sin embargo, con la independencia nacional, vino el comercio, y la regularidad y actividad de las casas extranjeras, particularmente inglesas, echaron completamente a pique el antiguo sistema ; y los viejos establecimientos desaparecieron por incapacidad para competir con los cálculos limpios y regularidad a que se sometió el comercio por causa de la competencia.

El comercio al fin quedó en manos de cuatro clases : 1.ª. Los comerciantes extranjeros que no vendían menos de un cajón de mercadería. 2.ª. Comerciantes, generalmente nativos, que no vendían menos de una pieza de género. 3.ª. Tenderos, que naturalmente vendían cualquier cantidad por pequeña que fuera. Y 4.ª los mercachifles de calle. Los tenderos, conforme a sus medios, compraban a la primera o segunda clase, mientras los mercachifles compraban a la segunda o se empleaban en vender cobrando un tanto por ciento. En las ciudades y pueblos de Sud América, se negocia generalmente en la plaza estando allí las tiendas principales o en la inmediata vecindad,

de donde se usa la expresión «precio de plaza» como se emplea entre nosotros «precio de mercado». Siendo siempre bueno el tiempo, sin lluvia, algunos mercachifles despliegan sus artículos en esteras tendidas en el suelo en contorno de la plaza, haciendo de este modo gran exposición ; mientras otros caminan constantemente por las calles, con sus manufacturas y vara de medir tratando de decidir a los transeuntes a comprar sea por la baratura de sus artículos o por su habilidad para recomendarlos : nada más que artículos ordinarios se venden de esta manera.

XXXVIII

CHORRILLOS, EL BRIGHTON DE LIMA.—BAÑO DE DAMAS. —HABITANTES INDIOS. — MIRAFLORES. — NIEBLAS DEL INVIERNO.—EL CHUCHO Y OTRAS DOLENCIAS.

Ahora era pleno estío peruano, estación en que la mayor parte de la alta sociedad de Lima deja el calor de la ciudad para disfrutar las chacras o alquilar casas en Chorrillos, el Brighton limeño. No obstante la tristeza que la pobreza más o menos proyectaba sobre todos, muchas familias visitaban esta playa balnearia, pero la mayor parte de las casas eran ocupadas por comerciantes ingleses o extranjeros. Chorrillos, pueblo de indios pescadores, seis millas al sur del Callao, y ocho de Lima, se halla sobre una alta barranca arenosa formando una bahía chica, famosa ya por la pérdida del *San Martín*, barco de guerra de sesenta cañones, ex *Cumberland* de la Compañía de las Indias, allí encallado y perdido por negligencia de la tripulación. Los *ranchos*, como se llaman por desdén, se componen generalmente de gran sala abierta hacia el mar, con dos o tres dormitorios detrás ; completamente de construcción común, los más con pisos de arci-

lla y techos cañizos. Pertenecen a los indios más ricos que viven generalmente en chocitas de caña al fondo de las casas que alquilan por la temporada, o sea durante los cuatro meses más calurosos del año. Aquí traen las familias sus muebles, vino, etcétera, y se instalan para gozar la brisa marina y los baños, y comer pescado, entre los que uno chico semejante a nuestras sardinas, goza de alta y merecida estima.

No puede decirse que los habitantes de Lima mostrasen mucho juicio y buen gusto en la elección del balneario, por estar en un estéril promontorio arenoso y cuando hay viento fuerte las casas se llenan de polvo que, afuera, cubre los zapatos. No obstante, en compensación de la suciedad y lo desagradable del lugar, el aire en general es particularmente agradable, y aun los cuidados del mundo parecen desterrados entre los alegres visitantes. De día las limeñas endosan largos vestidos de baño y bajan por la senda arenosa a unas chocitas de caña enyesada, distribuídas entre las rocas rugosas de la orilla. Son atendidas por bañistas indios sin más que un pedazo de lienzo en la cintura. Permanecen en el agua de media a una hora por baño y no se ofenden mucho si un amigo nada hasta ellas y les da conversación.

Por la noche siempre se baila y hace música en algunas casas donde todos tienen entrada libre : en estas ocasiones se toca la guitarra para acompañar canciones del país : la música tiene suavidad lastimera y las voces femeninas son generalmente armoniosas.

El indio de Chorrillos es gente muy sencilla que vive enteramente de la pesca, cuyo producto lleva al mercado de Lima. Las canoas pescadoras salen al ponerse el sol, cada una tripulada por dos hombres, uno sentado a proa y el otro a popa, ambos con pala, y bogan con asombrosa rapidez : retornan al venir el día cuando la orilla está llena de hombres, mujeres y ni-

ños con sus pollinos, que reciben el producto de la expedición nocturna : transportan el pescado cuesta arriba en canastas y cargan en asnos las redes que luego extienden al sol para secarlas. Las indias son particularmente modestas, y, si no lindas, con caras muy interesantes que resaltan por la excesiva prolijidad con que alisan el cabello, al que prestan la mayor atención. Su vestido aquí es exactamente igual al que se ve en toda la costa y describí en Huacho : es la misma gente en Chorrillos, solamente más rica y acaso de raza superior ; pero el dinero influye poco en sus hábitos y se enorgullecen de adaptarse a las costumbres antiguas.

A medio camino entre Lima y Chorrillos está el villorrio de Miraflores, que también solía ser residencia veraniega de algunos magnates limeños, y lo formaban antes hermosas casas rodeadas de lozanos jardines y huertas. Cuando estuve en Lima se hallaba abandonado, y el país que lo rodeaba, otrora rico y bien cultivado, volvía a su estado originario de esterilidad y desolación.

Toda la región parece haber sido densamente poblada por los indios en alguna época anterior y sus huacas de tierra, y restos de tapia, están desparramados con profusión por todas partes ; trazas de cercados de tapia de que los españoles sin duda tomaron el modelo para las suyas, se ven asimismo en algunos parajes. Estos cercos dan al país aspecto muy desagradable para un inglés ; pero los lozanos cercos vivos a que está acostumbrado, no pueden existir en muchos lugares del Perú, donde nada crece sin regadío, y por tanto el agua es lo más valioso. El clima es tan bueno que estas tapias duran siglos, a menos que se las eche abajo y destruya : un solo invierno crudo de los nuestros las reduciría a átomos.

Se observó antes que el clima peruano es particu-

larmente enervante. Realmente, no hay invierno ; pero esta estación del año se distingue por la garúa que, tarde y mañana, cae tan abundante que ensucia las calles. Esta niebla, no obstante, se disipa generalmente por los rayos del sol a las diez o las once, y entonces poca diferencia se nota en las dos estaciones opuestas. La variación general del termómetro es de 66° a 82° F. a la sombra. Durante la estación de garúas, los altos cerros rugosos que se levantan a espaldas de Lima, se cubren de vegetación y producen un lindo efecto ; se llenan de ganado que trepa las laderas escarpadas en todas direcciones. Al aproximarse la estación seca, este verdor desaparece, y examinando entonces el suelo, parecería imposible, a juzgar por su dureza y esterilidad, que hubiese existido nunca vegetación.

Durante la temporada los indios llevan sus rebaños a pastar en los alrededores de la capital y se efectúan muchos paseos de campo a un lugar llamado Almencais, dos millas de la ciudad. Es un valle entre cerros donde la clase media acude en calesas de alquiler para visitar las chozas de caña provisorias de los indios pastores ; allí toman leche fresca y una especie de queso cremoso hecho por los indios con leche de cabra.

A menudo nos encaminábamos allí en nuestros paseos vespertinos a caballo para gozar una linda vista de Lima. Las cúpulas y torres se ven rodeadas de verde follaje, mientras toda la ciudad está casi encerrada por los poderosos Andes. En Almencais generalmente encontrábamos muchos grupos sentados entre los fragmentos de roca, bailando al son del arpa o cantando con guitarra, mientras se extendía a sus pies la noble perspectiva que he descripto rodeada de soberbias alturas verdes cubiertas de ganado ramoneando.

En una ocasión el capitán Prescott y yo, trepamos, con bastante dificultad y fatiga, una elevada montaña

cónica, llamada San Cristóbal, a espaldas de Lima, donde logramos una vista a vuelo de pájaro de la capital, el Océano y el país adyacente. En el tope hallamos una cruz hecha de largos maderos de quince o veinte pies de altura, que desde abajo parecía insignificantísima. La perspectiva amplia nos recompensó del esfuerzo para llegar a la cumbre, porque el país se extendía como un mapa delante de nosotros. La tierra cultivada a lo largo de la costa del mar, tendría seis millas de ancho ; luego empezaban áridos cerros, y en los intervalos observamos tiritas angostas productivas, y, aquí y acullá, lugarcitos apartados como oasis en el desierto : o quizás unidos al valle por una salidita en que serpenteaba el arroyo fertilizante sin el cual todo sería espantoso e improductivo. La vista de la ciudad era demasiado perpendicular para tener gran belleza, pues veíamos solamente las calles derechas y mirábamos abajo los techos chatos de barro en las casas.

El invierno, o estación nebulosa, dura de junio a noviembre, y se considera la parte del año más malsana del Perú, pues los naturales entonces sufren especialmente de chucho, muy dominante en toda la costa. Los atacados por esta enfermedad se conocen por su aspecto bilioso y enfermizo, aunque se encuentren perfectamente bien entre dos ataques. Es dolencia tan común en Lima que, si cualquiera del círculo de amigos se ausenta, se tiene por seguro que está en cama con chucho. Los médicos nativos son raza muy ignorante y presuntuosa. Muchos son mulatos y pasean las calles en lustrosas mulas bien alimentadas. No tienen ninguna noción de medidas decisivas en los casos violentos, contentándose con administrar un poco de aceite de almendra, mangla, o bebidas refrescantes. Ese mal fastidioso, la sarna, es tan dominante, y virulento en Lima, que los médicos del país fran-

camente declaran no poder librarse de él : en vez de fuertes aplicaciones externas, recetan sencillamente líquidos helados, etc., de modo que esta puerca indisposición hace estragos horribles entre las más respetables familias una vez que se introduce por accidente. Muy a menudo he ido a ver algunas de nuestras conocidas para invitarlas a diversiones vespertinas, encontrándolas postradas durante semanas por la *coracha*. Los barberos sangradores (todavía los hay en el Perú) son muy expertos en sangrar, sacar muelas y afeitar, y hacen con perfección cualquiera de estas operaciones por un chelín.

Hay dos climas distintos en el Perú : el serrano y el costanero. Siempre que los indios del interior, o sierra, bajan por cualquier tiempo a la costa, especialmente en invierno, mueren ; y el mismo efecto se produce en los nativos de la costa si van de golpe a la sierra. Reclutas del interior se han traído para guarnecer el Callao y han muerto casi todos. Los negros parecen medrar especialmente bien en la ciudad, pero no pueden soportar el frío cordillerano. Es algo singular que esta diferencia de temperatura en los climas, en cuanto observé y aprendí, no produzca efecto alguno en los blancos.

Si el invierno costanero del Perú es muy malsano, el verano es la estación más debilitante. Tenía tanta influencia sobre mí, enervando mi sistema y deprimiéndome el ánimo, que el médico inglés me recomendó hacer un viaje al interior para ocupar la mente y tonificar los nervios : como yo deseaba particularmente ver las célebres minas de Pasco, a cincuenta leguas de Lima, pensé que era excelente oportunidad para salir de la curiosidad, adquirir conocimientos y reponer mi salud.

XXXIX

VIAJE A PASCO.—UNA PARTIDA DE INOCENTES. — ASESINATOS Y ROBOS.—MINAS DE CANTA. — COCOTO.—PAISAJE PERUANO Y HABITANTES.—LA CHICHA.

El 13 de diciembre, hechos los arreglos necesarios de ropa abrigada, etc., salí con un nativo por guía y compañero, y una mula carguera para llevar nuestra pequeña provisión de equipaje y comodidades. Partí de Lima a las 3 p. m., teniendo que marchar seis leguas esa tarde. Alguna distancia nuestra senda costeaba el pie de las montañas por el camino de Chancay, hasta que a dos leguas de la ciudad, llegamos al campamento ocupado por el ejército español, cuando San Martín estuvo en Huaura : como mi compañero había sido oficial de aquel ejército, me indicaba los diferentes apostaderos y ventajas de la posición. En este sitio las montañas se aproximan mucho al mar, como para dejar espacio más estrecho para defensa que si el valle fuera más ancho. En el centro del campamento había un campo alto donde los españoles emplazaron su artillería formando una batería de seis piezas cuyas troneras aún se veían. Adelante hay un largo llano ancho por donde pasaba el camino de Chancay. Todas las tapias aquí habían sido demolidas con el fin de que la artillería funcionase con eficacia sobre el enemigo así como para que la caballería maniobrase sin obstrucciones.

En este punto el camino de Pisco se bifurca a la derecha costeando montañas áridas, mientras a la izquierda veíamos algunas haciendas muy bien cultivadas ; pero con casas y construcciones arruinadas.

A poco andar alcanzamos dos compañeros de viaje, un soldado y su mujer, pertenecientes a una parti-

da que estaba a corta distancia con «caballos del Estado», pastando gratis en un plantío cuyo propietario sin duda se pagaba suficientemente con el honor que se le hacía. Nuestro nuevo amigo era de los *Inocentes* chilenos, cuerpo mandado por el general Miller en el Alto Perú, cuyas hazañas ya he celebrado, y ciertamente eran buenos ejemplares del cuerpo de que formaban parte. El caballero tenía una res de carnero colgando a ambos lados de la montura, que llevaba para sus camaradas. La dama, montada a horcajadas sobre su caballo, me divirtió en exceso narrándome la campaña reciente y el botín que había conseguido. Vestida completamente *a la militaire*, manejaba el caballo con admirable destreza. Esta banda irregular había jugado su viejo juego en el camino, robando a los indios que bajaban con pequeñas cantidades de plata a la ciudad, y cuando íbamos por un paso angosto entre los cerros, nuestros dos compañeros nos mostraron alguna sangre en la arena que decían ser de un viajero asesinado la víspera. Díjeles claramente, para nuestra mayor seguridad, que, quienquiera que intentase robarnos se encontraría con la mejor resistencia que pudiéramos oponer y al mismo tiempo me cuidé de que viesen mis pistolas. Antes de mucho andar llegamos a la hacienda donde toda la partida descansaba y partimos previas mutuas cortesías.

Pasamos en la ruta por restos de varios pueblos indios generalmente en el tope o en las faldas de los cerros. Luego se nos juntó un viejo conocido de mi compañero, y nos invitó a dormir en su casa cerca del camino, oferta que aceptamos.

El viejo *godo*, pues resultó serlo, vivía en una buena propiedad al final del valle que terminaba entre cerros : su casa era una mísera chacra sucia, rodeada por chozas de caña de los esclavos y por diferentes corrales de tapia para varias clases de animales : cerca esta-

ba la era, espacio redondo pavimentado con guijarros. Encerrando nuestras mulas en un corral y dándoles uno o dos atados de alfalfa, seguimos a nuestro huésped a un cuartito donde tenía su cama siempre que venía a visitar la chacra.

Mientras se preparaba la cena de chupe, nos divirtió con una demostración de los perjuicios causados por los patriotas, estimados en 70.000 duros, causados por diferentes robos y exacciones, y a cada vuelta de la conversación, cuando comparaba la antigua situación con la nueva, «su excelencia el virrey» estaba continuamente en su boca. Su capataz era un viejo curioso y ayuntaba bien con el patrón. Los realistas descontentos, sin embargo, me ofrecieron hospitalariamente su lecho, que naturalmente no acepté, prefiriendo envolverme en la capa, sobre la montura, en un cuarto independiente con el equipaje. Respondiendo a una pregunta que hice al viejo capataz sobre si había pulgas en la casa, su contestación seca fué: «sí, señor, hembras y machos.»

Nos levantamos temprano por la mañana y almorzamos chocolate, habiendo llevado el aparato necesario con nosotros e hirviéndolo con aguardiente. Luego partimos; el capataz nos acompañó para mostrarnos el camino real, del que nos habíamos desviado un poco para dormir en casa del caballero anciano. El capataz, mientras nos acompañaba, hízonos la más sentida descripción de la tacañería de nuestro huésped y declaró llevar una vida de perro, todo el tiempo que había estado a su servicio.

Luego de dejarle entramos en país montañoso y seco, y a considerable altura sobre el valle pasamos una acequia, originariamente cortada por los indios, siguiendo las laderas de los cerros para conducir agua a algún sitio distante. El efecto de la corriente comparado con el frente árido de las montañas, era muy

placentero : estaba bordeada por cañas muy altas y lozanas crecidas en la misma lengua del agua que marcaban el curso tortuoso en muchas millas. Pronto llegamos a un hondo valle pedregoso o canal entre dos cadenas de estériles alturas rocosas, llamado Río Seco, por el estilo de los mencionados en mi viaje a Trujillo. Los rayos solares verticales nos daban en la cabeza con mucha fuerza, y, reflejados por el duro terreno árido, el calor era casi insoportable : la jornada, por tanto, tres o cuatro leguas, fué penosísima para hombres y bestias. Por fin llegamos a un cerro muy escarpado, célebre en esa región por ser guarida de bandidos, y ciertamente no se elegiría sitio más conveniente, pues la senda se reducía aquí a una angostura, y los ladrones divisaban muchas millas a cada lado, para asegurar inmediatamente su presa y evitar sorpresa de enemigos. Mi compañero me dijo que él y algunos otros hacían este camino otra ocasión, con considerable cantidad de duros en su poder, cuando, cerca de la cumbre vieron un grupo estacionado en el tope del cerro. Concluyeron que seguramente serían ladrones, e hicieron alto para aumentar sus fuerzas con otros viajeros que venían subiendo detrás, y convinieron por unanimidad no dejarse robar humildemente. Por consiguiente, como buenos generales dejaron el bagaje a retaguardia y todos avanzaron a la cumbre en son de batalla. Cuando llegaron resultó que los ladrones supuestos eran solamente viajeros como ellos, que se regalaban después de las fatigas del camino ; se mandó avanzar el bagaje en consecuencia, se abrieron las provisiones y pasaron el resto del día alegremente.

Desde nuestra elevada situación veíamos casi inmediatamente abajo un precioso valle verde, pero pasaron cerca de dos horas antes de llegar, engañándose la mirada en cuanto a la distancia. Pocas leguas de

este lado de Pasco sale un arroyo de la Cordillera al que afluyen otros, y, más allá de Canta toma el nombre de río de Canta, formando allí torrente considerable : se vuelca en el mar en Chancay, catorce leguas de Lima, fertilizando en su curso un país muy alegre. Toda la quebrada por donde corre el río es de lo más lindo que se imagine : angostísima en muchos sitios por causa de altas cadenas de cerros rugosos de roca viva, que dejan poco más espacio en el fondo que el necesario para el torrente. En otros sitios el agua se lleva ingeniosamente por las laderas mediante canalitos hechos prolijamente con tierra y piedras ; pues doquiera el suelo permita el cultivo, los nativos lo riegan. Con este fin, las laderas de los montes se disponen en escalones o terrazas, aunque sea con declive considerable, cada plantío con su pared en la parte interior para impedir que el suelo sea enteramente arrebatado por el agua. En estos campos pequeños y, a menudo inclinados, crece la alfalfa más lozana, entremezclada con maíz, formando todo un bello contraste con las altas y estériles montañas vecinas.

La senda de mulas por el frente de estos cerros generalmente costea una de estas corrientes fertilizantes y también el sonido del agua borbotante, corriendo por el fondo pedregoso del canal, parecía refrescarnos cuando marchábamos con el calor diurno. El valle era bien poblado : estaban desparramados a lo largo del camino pequeños pueblos de indios, con frecuencia en ubicaciones lindísimas, y sombreados por una clase de frutales que no prospera cerca de la costa. Ahora me encontraba en medio del paisaje peruano y entre sus habitantes sin mezcla de blancos y negros ; y veía el país y la gente probablemente con poquísima diferencia en su condición de los felices e inocentes tiempos incaicos.

Nuestra primera entrada en esta quebrada abori-

gen, si puede llamarse así, fué al villorrio de Cocoto, compuesto de pocos ranchos separados. Continuando hasta concluir los bosques, pasamos una linda cascada que saltaba sobre el precipicio y caía al valle perpendicularmente cien yardas. Más adelante llegamos a una iglesia solitaria, famosa por ser el supuesto lugar donde nació Santa Rosa, santa peruana, a quien es dedicada. Nos tomó la noche antes de llegar a la *pascana*, o pastaje, pero nos vimos bien compensados empinados con el solemne y grandioso efecto del claro de luna sobre vastas eminencias escarpadas, obscurecidas solamente en breves intervalos por nubes pasajeras. Al aproximarnos a Yasso, nos saludaron grandes ladridos de los perros tenidos siempre por los indios y pronto llegamos al villorrio de media docena de chozas donde desmontamos para hacer noche. Tendimos nuestras camas consistentes en monturas y frazadas en un alfalfar chico, y atamos las mulas conforme al uso del país, en un yuyo fuerte que crece entre la alfalfa.

Noté hoy que muchas puertas ostentaban gajos colgados, como señal para los viajeros de que se vendía chicha en el rancho. La chicha es la bebida nacional de los indios, y se me informó que se hace de maíz mascado por mujeres y luego fermentado. El licor así producido se parece más que nada a nuestra cerveza, y de ningún modo es bebida desabrida. Los naturales son tan aficionados a ella, que muchos, cuando pueden procurársela, están en continuo estado de ebriedad.

Una vez despachada nuestra cena de chupe, carnero hervido y un buen trago de chicha para alejar el aire frío de la noche, nos envolvimos en frazadas ; pero lo pasamos mal, pues las mulas se soltaban con frecuencia y debíamos levantarnos para atarlas de nuevo.

XL

YASSO.—ESTACIÓN LLUVIOSA EN LOS ANDES.—LOBROJILLO.—ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES A PASCO E INTERRUPCIÓN DEL VIAJE.—MANERAS DE LOS HABITANTES.—CULTIVO DE PAPAS.—CAZA DE VICUÑAS.

Por la mañana estaba algo yerto por el frío y el copioso rocío. Al aclarar hallé que el pequeño villorrio de Yasso tenía la situación más romántica, con campos verdes y árboles frutales casi cubriendo el torrente que corría espumoso entre grandes fragmentos rocosos que obstruían su curso. La escena se hacía más pintoresca con los restos de un gran edificio gótico que, al investigar, resultó ser un *ingenio* u horno de fundir plata : estaba deteriorado, pues la mina a que perteneció, pasado algún tiempo se descubrió no valer la pena de trabajarla.

Todo el país montañoso a la redonda está lleno de minerales y pasamos una cadena de cerros de hierro mineral y toda el agua que salía de ellos era de color y sabor ferruginosos. Hacia Canta, capital de la provincia, los cerros de ambos lados eran más elevados, mientras continuábamos dando vueltas en la senda de mulas como aquella de la Cordillera entre la Argentina y Chile cortada en la superficie estéril de los cerros, o a veces, costeando los torrentes. En varios lugares observé pueblitos colgados como nidos de águila en el tope de alguna elevación, en altura tan vertiginosa que los habitantes que caminaban en los altos cerros arriba de nosotros parecían pigmeos. Además de los valles lindos y lozanos ya descriptos, donde había profundidad suficiente de suelo en las montañas, los indios primitivos cultivaron el lugar e hicieron potreritos para impedir que el agua se llevase la tierra. To-

das las montañas se ven dispuestas de este modo y dan buena idea de la industria y población de los habitantes primitivos. En estos manchones plantaron, y todavía parcialmente plantan, papas, cebada, maíz y trigo, confiando a la estación lluviosa el fruto de las labranzas. Las lluvias andinas empiezan generalmente en diciembre, y las montañas al momento se cubren de pasto y flores silvestres. Cuando pasé, la estación de las lluvias se había iniciado en las regiones superiores de la Cordillera ; pero no había llegado a Canta. El retumbar lejano del trueno se oía, sin embargo, repetido por el eco de las montañas, y el río estaba crecido y rojo con la tierra arrastrada por innumerables corrientes que se le unen antes de llegar a Canta.

Poco adelante de Yasso vadeamos esta mañana el río por un puente rústico, lanzado de una roca a otra que se proyectaban sobre el torrente haciendo más angosto el canal. El puente era de dos largas vigas aseguradas con sogas de pita ; sobre las vigas había gran cantidad de otras hojas, y en conjunto resultaba un puente seguro aunque vibrante, de dos o tres pies de ancho. Las orillas del río estaban generalmente franjeadas de tacuaras, tunas, y pitas con sus soberbias flores que llegaban a veces a altura mayor de veinte pies. Luego de marchar una milla cuesta arriba por camino muy peligroso de toscos escalones, cortado o gastado en la ladera de cerros rocallosos, volvimos a bajar al torrente, y encontrando un pastizal sombreado de árboles a orillas del río, hervimos nuestro chocolate, y extendidos largo a largo en el suelo contemplábamos cómodamente el sublime paisaje de los Andes, y veíamos las labranzas de los indios que en las alturas vecinas preparaban las tierras para sembrarlas una vez pasada la primera lluvia.

Esta mañana encontramos un montonero, quien nos dijo con gran sorpresa nuestra, que los realistas es-

taban en Pasco. Este hombre era un indio de Reyes, pueblo entre Pasco y Jauja : vestía tosca chaqueta amarilla y morrión, con pantalones largos que llegaban mucho más abajo de las botas. No nos gustó la expresión del rostro y sospechamos que no pensaba bien de nosotros : por fin nos dijo claramente que él nos creía godos apurados por juntarnos con los españoles, y nada por largo tiempo lo pudo convencer de lo contrario. Sin embargo, me preguntó a casa de quién íbamos en Lobrojillo, y cuando la mencioné, dijo que estaba muy bien, pues sucedía que el hombre era capitán de montoneros. Encontrando, por tanto, que no pretendía robarnos, desde que éramos buenos patriotas, nos preguntó qué teníamos para vender : le respondimos que solamente viajábamos para satisfacer nuestra curiosidad, y siguió pidiendo todo lo que teníamos encima.

Media milla antes de llegar a Lobrojillo volvimos a cruzar el torrente por un curioso puente natural, formado por dos grandes rocas de granito que parecían haber caído con los topes tocándose, proporcionando camino seguro sin ayuda de arte.

Lobrojillo es pueblo indio, de 200 chozas de paja alrededor de la plaza en la orilla del río, y circundado por un vallecito irrigado. Al preguntar por Casquero, para quien tenía carta de recomendación, pues no había posadas en el camino, supe que su casa estaba en las afueras del pueblo. Mi huésped era un mestizo retacón, de indio y europeo, y capitán de los montoneros de Canta y sus inmediaciones. Aunque hombre de cierta importancia en el lugar, vivía a lo indio, en cabaña de tapia, o más bien en una fila de construcciones de tapia, techo de pajizo, levantadas alrededor del patio. Confirmó la noticia desagradable de que los españoles habían entrado en Pasco y me aconsejó no se me ocurriese de ningún modo proseguir, pues ade-

más de haberse apoderado de Pasco los españoles, ocupaban el camino bandas de montoneros, del partido de Riva Agüero, todavía no sometidas a Bolívar. Se componían muchísimo de indios que hablaban poco o nada español, según nos decía, muy bárbaros y crueles. En estas circunstancias había sido una locura insistir, y como el valle no llevaba a otro punto, vime obligado a satisfacerme con lo ya visto y recoger todos los informes que pude respecto al país del otro lado de la Cordillera, que había intentado visitar.

Canta está en una llanura seca a una milla de Lobrojillo y dos o tres leguas al pie de la cumbre andina en aquella región. Es pueblo grande, pero de lejos tiene aspecto mísero, con su gran grupo de graneros más que de casas. Los habitantes se quejaban muchísimo del retardo de las lluvias y el ganado se moría de hambre por falta de pasto. El mismo pueblo parecía más incómodo por esta razón. Los habitantes son principalmente indios de raza más robusta y osada que los costaneros, pero con la misma suavidad de maneras y la misma expresión inocente y melancólica en el semblante. Su vestido es casi enteramente manufacturado por ellos mismos. Los hombres usan ponchitos ordinarios, chaquetas y calzones de lienzo, con medias de estambre tejidas por mujeres, y ojotas. Los sombreros masculinos son de castor ordinario. Las mujeres se visten mucho más como las costaneras, y todos evidentemente son de una raza, aunque clima y ocupación han hecho a los que habitan cerca del mar algo diferentes en su aspecto y hábitos.

Los indios del interior son gente muy activa e intrépida y famosos particularmente por las largas marchas a pie efectuadas con velocidad sorprendente. El camino de Pasco a Lima es de cincuenta leguas ; y los animales lo hacen en cuatro o cinco días, mientras un indio *propio*, o correo a pie, emplea en recorrer es-

ta distancia tres días, cortando por la cumbre de las montañas acompañados solamente de su perro y caminando con largo báculo. Pueden soportar el hambre tanto como la fatiga, y con una bolsita de cancha y otra de coca, marchan días sin requerir ningún otro sustento. La cancha se hace de una especie de maíz dulce que crece en la sierra, pisado y molido en una piedra plana con otra redonda : es muy nutritiva y agradable al paladar y se come en polvo. La coca es la hoja seca de un árbol que mascan como tabaco, mezclándola con lima : tiene la doble ventaja de evitar el hambre y ser fuerte estimulante. Como el ejército español, en gran parte, es compuesto con estos indios, algo contará en la longitud y rapidez de sus marchas por desiertos horribles y montañas aparentemente infranqueables.

Antes he mencionado que la agricultura de la sierra se limita principalmente a maíz, cebada y papas. Este último vegetal crece con la mayor perfección en la sierra de donde recientes investigaciones han demostrado ser oriundo. Hay tres clases en el Perú : la primera, amarilla clara, la segunda azul y la tercera blanca ; las tres son del tamaño y forma de las que entre nosotros se llaman «campeones», y son las mejores que hasta ahora haya comido, aunque quizás la amarilla es preferible. Los más de los parchecitos de tierra cultivada por los indios se cavan a mano con una especie de azada tosca asegurada en la punta de un mango largo : luego se desmenuza con azadones ; pero también vi una yunta de bueyes arando un terreno en las márgenes del río.

Además de sus manufacturas laneras de paño tosco, medias de estambre y ponchos, los naturales hacen artículos más finos de lana de vicuña hilada por mujeres que usan un palo derecho al que se envuelve el hilo torcido con los dedos. De este lindo material

hacen medias y guantes de color natural de cervato adornando los cuadrados y costuras con seda verde. Un par de medias de esta clase vale de cinco a doce duros. También tejen lindos ponchos, de colores vivos, con preciosísimos dibujos, que valen 700 duros. Ponchos y colchas de algodón también hacen los indios, pero son carísimos.

Hay tres clases de llamas, o carnero peruano : el guanaco silvestre, inútil si no es para alimento ; la vicuña, que da lana fina, y la llama, usada solamente como bestia de carga. La vicuña es silvestre y vive en las quebradas : la caza proporciona gran diversión a los indios y se la atrapa del modo siguiente : forman cerco, en los valles frecuentados por estos animales, de postes derechos unidos por sogas horizontales a que se atan pedazos de estambre de diversos colores vivos y este círculo se deja abierto por un lado. Luego toman un ancho circuito y arrean los animales asustados por la quebrada hasta que entran al corral, avanzando gradualmente hacia sus tímidas presas : las vicuñas, viendo los pedazos de estambre coloreado agitarse con el viento, se agrupan en rebaño, alarmadas por la vista desusada y se dejan matar como los indios quieran.

XLI

PASCO Y SU CERRO.—MINERALES EN LAS INMEDIACIONES, ORO, PLATA, COBRE, ESTAÑO, HIERRO Y HULLA.—MINA MATAGENTE.—MODO DE TRABAJAR LAS MINAS.—CASA DE ARIZMENDI Y ABADÍA.—REYES.—JAUJA.—GUÁNUCO.—PUENTES COLGANTES SOBRE EL AMAZONAS.

El camino a Pasco no va por la cumbre andina como en la cordillera de Chile, pero como la cadena

elevada es interrumpida y quebrada a intervalos, el camino generalmente corre por estos valles y hendeduras. Antes de llegar al pueblo, el viajero pasa por un altiplano cubierto de ganado en la estación pastosa, que forma agradable contraste con las montañas que lo circundan. Al principio y fin de la estación lluviosa, esto es, en diciembre y mayo, se considera peligroso cruzar esta llanura a consecuencia de los tremendos truenos y rayos reinantes. Se cree que las nubes son atraídas por los cerros y la cantidad de substancias minerales que éstos encierran ; parecen dar escape a toda su furia en este lugar nivelado esparciendo el terror y la muerte ; apenas pasa una estación sin noticias de nuevas víctimas de las tormentas furiosas.

El pueblo de Pasco, propiamente llamado así, decae rápidamente, pues la veta de plata que atrajo la población está muy agotada ; pero lo que se llama Cerro de Pasco, por su riqueza en metales, progresaba rápidamente antes de estallar la revolución. El pueblo está dos o tres leguas más lejos de Lima que el mismo Pasco, y se halla entre minas en un valle encerrado por montañas en la falda del cerro de que deriva su nombre y es origen de su importancia. Es gran población desparramada compuesta principalmente de casas inferiores interceptadas por pocos edificios buenos sin formar ninguna calle regular.

El clima siempre es desagradable y en invierno llueve casi sin interrupción, acompañado por truenos y rayos que producen anualmente numerosos accidentes. En verano la atmósfera es clara pero el frío mayor que en invierno. En vez de estufas los naturales usan braseros, en que arde carbón de leña o una clase delgada de turba mohosa que cubre el valle. Se coloca en medio del cuarto y la familia se arrebuja en torno ; y se dice que ésta es en mucho la causa de la modorra y falta de salud de los habitantes que gene-

ralmente tienen las piernas ulceradas por el fuego. No se produce ninguna de las necesidades vitales en las inmediaciones ; los víveres, pasto y aun agua se traen de lejos, pero el mercado está siempre bien provisto.

Los minerales de las inmediaciones son en extremo ricos y variados. Además de la plata, con frecuencia encontrada casi pura, el país abunda en cobre, hierro y estaño que se encuentran tirados como cosas sin valor. Hay también minas de oro a cinco leguas de Pasco, y vetas de azogue se empezaban a explotar poco antes de la revolución. Una mina de azogue se evaluaba por los peruanos tan alto como una de plata, pues siempre había sido muy limitada la provisión de España o Alemania para refinar las gangas, y el precio, en consecuencia, era muy subido. La única mina de azogue en el Perú, antes de descubrir las vetas cercanas a Pasco, estaba en Huancavélica. Este lugar es una de las singularidades mayores del mundo, con un pueblo completo y su catedral en las entrañas de la tierra. Además de sus gangas abundantes, Pasco tiene montañas de excelente hulla en sus inmediaciones, que, cuando el país se vea libre de los partidos contendientes, darán mayor facilidad para beneficiar las minas mediante máquinas de vapor.

La mina más curiosa cerca de Pasco es la de Matagente, llamada así probablemente por las numerosas personas que de tiempo en tiempo han perecido en ella. Ocupa grande extensión bajo tierra con un extenso lago en el interior perfectamente obscuro. La mina misma ha estado abandonada muchos años ; pero los indios a veces se aventuran a bajar con el objeto de robar los pilares de ganga dejados para sostener el techo, y muchos que se extraviaron en el revuelto laberinto, se han encontrado muertos de hambre. El amigo que me dió estos datos, una vez fué a la mina, acompañado debidamente de antorchas y guías,

y descubrió el cadáver de un indio con los dedos roídos ; sin duda el pobre desgraciado fué víctima de su avidez, y en su hambre extrema comenzó a devorarse las manos.

La minería, como todos saben, es negocio muy arriesgado y puede compararse con el juego en grande escala, pues tiene la misma influencia sobre las pasiones. Se han perdido ingentes capitales en el Perú y hecho algunas espléndidas fortunas. El propietario de las más ricas minas de Pasco las heredó de su padre que, primero carpintero de un barco español, fué a Pasco con pocas mercaderías y abrió tienda. Su nombre era Vives, y, siendo frugal y diligente, juntó algún dinero en época que muchos propietarios de minas valiosas deseaban deshacerse de ellas : preguntaron a Vives si quería comprarlas. Naturalmente sorprendido por la propuesta, contestó no tener fondos para pagarles ; pero los propietarios que tenían buena opinión de él convinieron en otorgarle plazo para el abono de las instalaciones, que montaba a 300.000 duros. En breve tiempo Vives chanceló esta suma, y, adquiriendo otras minas, llegó a ser el hombre más rico de Pasco.

Todo el mineral se saca de las minas sobre cabezas de indios que conducen así tres arrobas o setenta y cinco libras. Desde la bocamina se lleva a lomo de mulas o llamas, a las *haciendas* donde están los *ingenios* o casas de fundición y molinos para moler la ganga, antes de amalgamarla. Esta operación a veces es un negocio aparte, y el minero en tal caso paga tanto por ciento por el trabajo de acuerdo con la riqueza del mineral. La plata, luego de extraerse de la ganga, se llama *plata piña*, y no tiene aleación ; en este estado se compra por los capitalistas de Pasco, que adelantan dinero a los mineros. La plata luego se funde en grandes lingotes, y después de pagar el quinto del rey, que sube al 15 % más o menos, se envía a Lima a lo-

mo de mula y se cambia en la Moneda por el mismo peso en duros, devueltos inmediatamente a Pasco. Comprar plata, transportarla a Lima y recibir los duros en cambio, ocupaba en término medio un mes, y se calculaba el producto, libre de gastos, de 2 a 2 y medio por ciento de ganancia y por viaje, de modo que el capitalista podía realizar de 24 a 30 % anual sobre el dinero así empleado, sin riesgo, pues el precio de la plata era siempre fijo, y, antes de la revolución, rara vez se oía de un robo : los arrieros que llevaban plata eran responsables de la carga.

La maquinaria empleada en Pasco perteneció a la casa de Arizmendi y Abadía : se suponía costar un millón de duros y empezaba justamente a trabajar cuando el comienzo de las hostilidades destruyó las doradas perspectivas de esta firma, antes famosa. Iban a recibir un porcentaje por sacar el agua de las minas, sobre toda la ganga extraída, y se calculaba que, en muy breve tiempo, hubieran reembolsado el gran capital invertido.

Habiendo mencionado los nombres de esta casa, antes célebre en el Perú, y ciertamente en toda Europa, haré breve relación de su caída, relacionada con la historia peruana. Abadía, español de nacimiento, era hombre de principios ilustrados e inteligencia bien cultivada : hablaba inglés y francés con facilidad, habiendo aprendido el primero durante su residencia en los Estados Unidos. Su casa estaba siempre abierta y su mesa frecuentada por los extranjeros que se encontraban en Lima : los oficiales ingleses, antes del arribo de San Martín de Chile, eran siempre especialmente bien venidos a la Casa de las Filipinas. Arizmendi parece que era iluso hombre de negocios y tenía todo el manejo y superintendencia del escritorio. Se levantaron a tal altura de importancia en Lima, que el virrey nunca hacía nada sin consultarlos, y fué por per-

suasión de Abadía que las tropas realistas evacuaron Lima la primera vez. Poco antes de este suceso, el general Arenales, que había sido destacado por San Martín para sublevar los habitantes del interior, detrás de Lima, había penetrado la Sierra hasta Pasco, donde derrotó al general español O'Reilly.

En este conflicto Pasco sufrió severamente: la maquinaria fué muy dañada y se suspendió todo laboreo minero. Cuando San Martín entró en Lima, Arizmendi y Abadía le fueron tan útiles como habían sido para el virrey, y los españoles en consecuencia resolvieron hacer todo lo posible para arruinar el establecimiento y satisfacer su venganza al mismo tiempo que destruir su influencia sobre el enemigo. Con este fin, Lóriga, que mandaba los españoles en Jauja, empleó dos monjes, espías de San Martín, a quienes había tomado en la Sierra, para devolver a San Martín una carta fraguada, significando que procedía de Abadía a un general realista, detallando una serie de sucesos de Lima. Los frailes de buena gana aceptaron la misión: San Martín fué engañado, y Abadía, metido en la cárcel, con dificultad salvó la vida. Entretanto, Arizmendi, para sostener el crédito de la casa, sacudida por estos acontecimientos y por las grandes pérdidas sufridas, fraguó cuentas de embarque de plata en el *Hyperion* y el *Superb;* y finalmente, para evitar detención y castigo, después de juntar todos los bienes que pudo cobrar, desapareció una noche. Antes había embarcado sus bienes en un navío inglés que le esperaba en Ancón a pocas leguas de Lima.

Abadía el perdidoso y, según se creía, honrado socio, se arruinó así completamente: desde entonces continuó residiendo en Guayaquil, respetado, pero pobre, mientras su esposa e hijo, y un socio menor, viven en Lima, de algunos cortos bienes que no les pu-

dieron quitar. El resto de la maquinaria minera perteneciente a esta firma antes poderosa, fué destruído en la última visita del general Lóriga, que entró en Pasco con 600 hombres, y así completó la venganza comenzada con la falsificación de la carta de Abadía. Esta última calamidad sucedió cuando yo estaba en Lobrojillo en camino a Pasco. Algunos ingenieros ingleses vinieron de Cornwall con la maquinaria, y eran muy respetados y queridos por los peruanos; pero desde la destrucción de las obras, la mayor parte abandonaron el país dejando detrás de ellos, como representantes, numerosos niños de cabellos rubios ensortijados, conocidos en Pasco por los *inglesitos*. Estos científicos invariablemente contaron cosas extraordinarias de las riquezas mineras de Pasco, y afirmaban que se satisfarían con lo que los nativos habían tirado en su modo de trabajar descuidado y negligente: las sobras contenían plata suficiente para realizar grandes fortunas siempre que se les permitiese extraerlas.

De Pasco a Jauja hay cuarenta y cinco leguas: la primera parada es en el pueblo de Reyes, quince leguas de Pasco, célebre por los pastos y el patriotismo de sus habitantes, debido a una circunstancia ocurrida casi al estallar la revolución. Algunos oficiales españoles se albergaban en una casa del pueblo y, por la noche fría, encendieron carbón en un brasero dentro del cuarto con las puertas cerradas. En consecuencia, por la mañana se les encontró muertos; pero sus camaradas insistieron en que habían sido envenenados y comenzaron una masacre confusa de la gente del pueblo, matando toda alma viviente que no pudo escapar, y llevándose el ganado. Desde entonces los nativos de Reyes se han distinguido por su patriotismo, y, a la aproximación de una fuerza realista, transportan sus familias y riqueza en balsas, para una isla

fértil en medio de un gran lago próximo donde están seguros de no ser molestados.

El pueblo de Jauja está en uno de los más grandes, fértiles y poblados valles del Perú, aunque hoy muy desolado por el largo tiempo que el ejército español ha acampado allí. Es punto central excelente para amenazar a Lima y defender el Cuzco, y provee amplios medios para subsistencia y recluta de un ejército. Los indios de este valle son patriotas decididos y se han sublevado varias veces contra los realistas, pero sin éxito. Una vez, poco después del desembarco de San Martín, algunos centenares fueron matados después de una lucha inútil por la independencia. El país entero entre Jauja y Cuzco es montañoso pero cortado por quebradas productivas. Las montañas abundan en minerales ; los más valiosos son el azogue de Huancavélica y la plata de Huamanga, de donde se trae la bella filigrana de plata, tan justamente admirada, que trabajan los indios.

Veintidós leguas al norte de Pasco está el pueblo de Guánuco en caluroso pero fértil valle que produce óptima azúcar, café, algodón, cacao y tabaco ; también es famoso por la fruta, piña y chirimoya especialmente, y un espíritu extraído de la caña dulce llamado *caña*. En las inmediaciones de Guánuco están los restos de una gran ciudad india, llamada Guánuco viejo, ahora completamente desierta. Este valle es célebre por ser la fuente del río Marañón o de las Amazonas, que nacen cerca del pueblo de Guánuco y fecunda la llanura. Cerca de un lugar llamado Huari se encuentra uno de los antiguos puentes peruanos, construído de este modo : dos postes fuertes se plantan en cada margen del río y se atan a éstos sogas de totora con una senda del mismo material aplanado : a cada lado hay también una soga para sostenerse los que pasan. Estos, en realidad, son en forma más sen-

cilla que los puentes colgantes de la Europa moderna, pero como son muy débiles, su balanceo es sumamente desagradable para quien no está acostumbrado: se columpian adelante y atrás con el peso del cuerpo, y un amigo mío decíase tan aturdido con ello que se vió obligado a sentarse a medio camino, dudando si llevaría a cabo su empresa. Los hombres de este distrito son tan enervados e indolentes que son proverbiales en todo el Perú, y el hombre de Huánuco es sinónimo de pobre haragán, descuidado; las mujeres, al contrario, son sumamente activas y despiertas y atienden todos los distintos ramos de comercio. He descripto ya el país occidental de los Andes, o del Pacífico, como una serie de llanos y cerros arenosos refrescados y fertilizados aquí y allá por un torrente montañoso, que produce un vallecito verde en medio de la desolación. El lado oriental de la Cordillera ofrece aspecto muy diferente, y el país, así que sale de las montañas, se dilata en lindas llanuras interceptadas por ríos navegables y cubiertas de selva, donde el suelo, también bendito con lluvias, produce espontáneamente todas las frutas y otras producciones de climas tropicales. Aquí, sin embargo, concluye la población civilizada: los aventureros españoles penetraron muy poco más allá de las montañas que contienen su querida ganga.

XLII

ENTUSIASMO DE LOS INDIOS.—VUELTA DE LOBROJILLO A LIMA.—CANCIÓN EN ELOGIO DE LA CHICHA.—NOTICIA DE LA VUELTA DE LOS REALISTAS A LIMA.—ROBOS Y ASESINATOS EN EL CAMINO DEL CALLAO.

Después de esta digresión, hecha para compensar un poco mi contrariedad de no haber visitado las mi-

nas de Pasco, y proporcionar al lector informes tan auténticos como pude conseguir, es oportuno volver a Lobrojillo y a nuestro huésped Casquero, capitán de montoneros, que nos aconsejó no seguir adelante. Pronto puso un chupe delante de mí y de mi compañero, plato universal de resistencia en la sierra, y carnero asado a la parrilla, con un plato de papas, el mejor que creo haber comido en el Perú, donde se supone que las papas son las mejores del mundo. Mi huésped se achispó con uno o dos vasos de Madeira, resto de mi provisión de viaje y que él parecía preferir aun a la chicha, y me divirtió muchísimo con historietas de las diferentes expediciones en que había entrado contra los españoles. Su mirada centelleaba de placer cuando describía el colmo del entusiasmo despertado en los indios por las buenas disposiciones de San Martín, y entraba en los detalles de la acción en que un cuerpo español en la retirada de Lima, al mando del general Ricafor, fué atacado por los indios en el paso cerca de Canta, cuando el general recibió un pistoletazo en la rodilla y gran parte de su división fué derrotada y prisionera. En esa ocasión, hombres, mujeres y niños, treparon los picos más altos de las montañas de donde precipitaban piedras y masas de roca sobre los soldados de abajo. «En aquellos tiempos—decía mi huésped—no temíamos atacar a las tropas regulares de los españoles, aunque éramos indisciplinados; pero ahora que estamos adiestrados, se ha dejado apagar nuestro entusiasmo, y perder mucho de nuestro coraje.» Como nuestro huésped no tenía más de un cuarto para sala, cocina y dormitorio, nos vimos obligados a acostarnos juntos en el suelo; pero como nunca encontré dormir peor por tener cama dura, habría disfrutado un profundo sueño, si mis viejos atormentadores, las pulgas, no me hubieran fastidiado con exceso: en el momento que cualquier po-

bre extranjero les trae sangre nueva, parecen dejar su antiguo alimento y atacarle con doble vigor.

Dejé Lobrojillo al día siguiente de retorno a Lima y marché duro para llegar a Cocoto el mismo día, distancia de cuarenta millas. Al aproximarme a unas cuantas cabañas diseminadas que componían el villorrio, pasamos una choza solitaria donde la rama colgando en la puerta anunciaba al indio sediento que la deliciosa chicha se vendía adentro. Aquí se reunían numerosos jinetes que al vernos se pusieron a gritar : uno de ellos, desprendiéndose del grupo, se acercó a mi compañero y con sable empuñado le ordenó que le siguiese. Aunque sospeché al hombre ebrio, temí, sin embargo, haber caído en malas manos, y sacando una pistola, caminé hacia el sujeto, y poniéndole la pistola montada en la cabeza, le ordené dejar el sable. Sus compañeros se adelantaron y me suplicaron no descerrajase, pues el hombre no era ladrón sino «un cristiano borracho». El jinete la escapó buena, pues mi dedo estaba en el gatillo a punto de apretarlo, y díjele cuán cerca había estado de pagar por gastar bromas con pasajeros tranquilos. El pobre muchacho hizo después todo lo que pudo para expiar su locura y nos invitó a pasar la noche en su rancho, a lo que accedí, para convencerle de que no le tenía mala voluntad.

Halléle propietario de gran parte del valle y, para indio, hombre rico ; él y sus amigos empinaban el codo en la pulpería, cuando viéndonos aproximar se ciñó el sable de una persona de Lima, con la intención única de asustarnos. Era un loco alegre, y mientras marchábamos a su casa, hacía saltar su caballo adelante y atrás sobre las altas pircas con riesgo inminente de quebrarse el pescuezo. Cuando llegamos al rancho pidió de cenar con gran aire autoritario, y, mientras se cocinaba, tomó la guitarra y cantó la si-

guiente canción española en elogio de su licor nativo :

Patriotas, el mate
De chicha llenad,
Y alegres brindemos
Por la libertad.

Esta es más sabrosa
Que el vino y la sidra,
Que nos trajo la hidra
Para envenenar.

Es muy espumosa
Y yo la prefiero
A cuanto el ibero
Pudo codiciar.

Coro.

Patriotas, el mate, etc.

El Inca la usaba
En su regia mesa,
Conque ahora no empieza,
Que es inmemorial.

Bien puede el que acaba
Pedir se renueve
El poto en que bebe
A su caporal.

Coro.

Patriotas, el mate, etc.

¡ Oh licor precioso !
Tú, licor peruano,
Licor sobrehumano
Mitiga mi sed.
¡ Oh néctar sabroso
De color del oro,
Del indio tesoro !
Patriotas, bebed.

Coro.

Patriotas, el mate, etc.

Aunque la letra es española y es obvio tuviese origen subsiguiente al estallido de la guerra en el Perú, el tono era del indio, y sin duda adaptado a palabras quichúas, aunque después de averiguar, no pude procurarlas. La música, monótona, pero de ninguna manera desagradable, fué poderosamente gozada por los alegres y rientes compañeros del cantor, que coreaban clamorosos.

Con mucho asombro mío, ya entrada la tarde, algunos viajeros me hicieron saber que los españoles volvían sobre Lima por la costa sur desde Ica : en efecto, agregaban que podían entrar y posesionarse de la ciudad antes de mi regreso. Estas noticias eran completamente inesperadas, pues antes de salir de Lima, como he dicho, no se pensaba en tal peligro. Por tanto, curioso en extremo de volver sin demora, partí por la mañana muy temprano para, si era posible, llegar a la capital al romper el día.

Al aproximarme a las murallas encontré grupos de indios a pie, diciendo les habían quitado todos los animales, inclusive los pollinos y, aunque los realistas no habían llegado, la ciudad era presa de gran confusión. Tropas enteras de mulas y asnos cargados con

arroz, papas y maíz, habían hecho alto en distintas partes del camino, pues los dueños temían llevar víveres a los mercados, con la seguridad de perder sus bestias. No gustándome entrar en Lima por las calles principales, temeroso que nos despojaran también de nuestros caballos, pasamos por algunas callejuelas, y llegando a orillas del río bastante abajo del puente, vadeamos diferentes torrentes en el cauce ancho y llegamos a mi casa por calles excusadas.

Los habitantes estaban lo más alarmados, pero los españoles no tan cerca de la capital como me habían dicho. Habían avanzado de Ica a Cañete, treinta leguas de Lima, pero un río correntoso aumentado por las lluvias de la estación, junto a Cañete, era difícil de pasar, no solamente por esta razón, sino porque los Granaderos a Caballo y un batallón de 400 plazas, esperaban del lado patriota. No obstante no haber temor de visita hostil, todas las clases sociales se hallaban en conflicto y desorden. Por la requisa de todas las mulas, etc., en las puertas, los mercados estaban tan mal surtidos que las provisiones alcanzaban precios exorbitantes y con frecuencia no se podían conseguir por ninguno. Algunas familias limeñas muy respetables, que dependían para su sustento de salarios procedentes de empleos de gobierno, estaban realmente hambrientas, y vendieron todo lo que poseían de algún valor. A tal punto llegaba esta calamidad general, que conocí la madre de una linda familia, el marido era juez, que mendigaba disfrazada por las calles para alimentar diariamente a sus hijos.

Paralizado todo comercio por la suma escasez de plata, la aduana no producía más renta que la afectada a una contribución anterior, y por propia experiencia sé que el gobierno giró sobre la Aduana una orden de 2 libras esterlinas, quedando impaga algunos días por falta de fondos. En estas circunstancias, natural-

mente, era imposible pagar a las tropas, y los caminos por ello se llenaron de bandidos, sin policía para imponer obediencia a las leyes. La comunicación entre Callao y Lima era interrumpida con frecuencia un día entero por las bandas de ladrones que apresaban los pasajeros despojándolos de todo, a veces aun de la ropa. Debo decir, haciendo justicia a los peruanos, que son gente inofensiva e inocente, y rara vez se sabe que derraman sangre, no creyéndolos culpables de los actos vergonzosos que ocurrían a diario en el camino del Callao. Hasta entonces solamente un inglés perdió la vida en este camino : su nombre era Bingham y fué misteriosamente asesinado una tarde poco antes de mi arribo. Ahora, sin embargo, se asesina todos los días, y por fin la audacia de los bribones, principalmente chilenos y negros del regimiento Río de la Plata, llegó a tal punto que los comerciantes británicos solicitaron de las autoridades les permitiesen patrullar el campo a su costa. El gobierno accedió a este pedido, y, aunque los robos fueron después menos flagrantes, no se suprimieron del todo.

A medio camino de Lima y Callao había un gran estero lleno de altas cañas que proporcionaban buen escondrijo a los ladrones y donde era casi imposible atraparlos : el oficial que mandaba la patrulla hizo quemar parte de las cañas, lo que produjo buen efecto. Una mañana mandé un sirviente en mula a Bellavista para conseguir un poco de carne en la chacra de un inglés que proveía los barcos con carne fresca, y fué asaltado por tres hombres que salieron del estero e intentaron apoderarse de la mula ; pero felizmente él tenía mis pistolas e hizo fuego al de adelante, que cayó : el compañero arrastró el cuerpo al estero. A corta distancia, mi hombre encontró la patrulla dormida junto al camino. Estas enormidades no se cometían sin, a veces, los bandidos sufrir severamen-

te : muchos fueron matados y heridos de gravedad por los ingleses y norteamericanos, cuyos negocios los obligaban a frecuentar el camino. También el gobierno hizo fusilar a cuatro tomados en la plaza de Lima, como escarmiento para los demás ; pero como escapaba al castigo cualquier preso con dinero bastante para sobornar a los jueces, el mal no tenía remedio.

XLIII

BOLÍVAR RECHAZA LAS PROPOSICIONES REALISTAS.—MOTÍN DE LOS REGIMIENTOS ARGENTINOS EN EL CALLAO. —SUS CAUSAS.—CASARIEGO.—NUEVO MOTÍN.—BOLÍVAR, DICTADOR.

Antes de proseguir ocupándome de los acontecimientos públicos, es oportuno para ponerlos en luz tan clara como sea posible, suministrar unos pocos datos que el lector piense he descuidado un tanto últimamente.

He mencionado en alguna parte el juramento vuelto a tomar por el gobierno, con mucha solemnidad, de sostener la nueva Constitución : esta ceremonia se efectuó el 20 de noviembre, 1823 ; y pasada una quincena, Riva Agüero, pronunciándose contra Bolívar, fué entregado por sus partidarios. Cuando salí para Pasco, el 12 de diciembre, los ejércitos beligerantes estaban así apostados : los realistas concentrados en las inmediaciones de Arequipa, al sur de Lima, mientras Bolívar tenía su cuartel general en Patilvica al norte ; el grueso del ejército se hallaba en Huaras y el general Sucre en Guánuco. En Patilvica, Bolívar cayó enfermo, e indispuesto algún tiempo, se decían misas en todas las iglesias por su restablecimiento. El informe de la pretendida re-entrada de los españoles a Lima, me llegó el 19 de diciembre y retorné allí al día siguiente.

Creyendo Bolívar que un armisticio sería favorable a la causa independiente, pues necesitaba tiempo para aglomerar recursos, Berindoaga, ministro de la Guerra, fué enviado a principios de enero para abrir negociaciones con los españoles, fundadas sobre la base de un tratado entre España y Buenos Aires. Sin embargo, pronto regresó, no habiéndosele permitido avanzar más allá del valle de Jauja, donde mandaba Lóriga, quien envió las comunicaciones a La Serna que permanecía en Cuzco. Según las prácticas traidoras que mencionaré más adelante, hay toda razón para creer en el rumor, corriente en Lima por aquel tiempo, de que Berindoaga también formuló algunas proposiciones secretas a los españoles. El 12 de enero se amotinaron varias compañías del regimiento negro del Río de la Plata, a causa de la prisión de algunos de sus oficiales por mala conducta ; pero fué sofocado el motín por el general Martínez, que mandaba las tropas argentinas, y se restableció el orden. No muchos días después, Bolívar, encontrándose insuficientemente fuerte en su posición, y, como decía en sus comunicaciones al gobierno, que no confiaría en nadie sino en las tropas colombianas, envió por el batallón de Vargas, hasta entonces de guarnición en las puertas del Callao, ordenando, con alguna imprudencia en consideración a los desórdenes recientes, que el regimiento Río de la Plata y el número 11 de los Andes, guarnecieran los castillos en vez de las tropas colombianas (1).

El 5 de febrero, como a las ocho de la mañana, nos alarmaron gritos horribles en las calles, y, precipitándonos a las ventanas, vimos que la gente corría a sus

---

(1) Guarnecían el Callao, según el general Mitre, el batallón Río de la Plata, el número 11 de los Andes y una brigada de artillería chilena.—N. del T.

casas, e inmediatamente cerraba las puertas. Gran concurso de gente había en el mercado cercano y proferían los gritos más afligentes, buscando cobijarse en cualquier parte. Me figuré al principio que la alarma provenía de un terremoto ; pero un momento de reflexión me convenció de que ésa no podía ser la causa, pues la gente en tal caso se precipitaría de las casas a las calles en vez de refugiarse adentro : además, sonaban violentamente las campanas tocando somatén y jinetes galopaban por las calles en todas direcciones. Así que pude encontrar a cualquiera bastante comedido para decirme la causa, supe que la guarnición del Callao se había amotinado y se decía que estaba cerca de las puertas de Lima disponiéndose para saquear la ciudad. Esta última parte de la noticia no resultó cierta, y una quietud relativa se restableció por esfuerzos del gobierno. Pero aun se sentía, en todas las clases sociales, la inquietud más febriciente : la plaza estaba lleno de grupos conversando con la mayor seriedad y todos los rostros traslucían los síntomas del temor y desesperación.

El gobierno publicó la misma mañana una proclama ordenando se cerrasen todas las tiendas y asegurasen o enterrasen todos los valores ; las puertas de la ciudad se cerraron y se mandaron oficiales a Bellavista, para entrevistarse con los jefes del motín. También 400 *cívicos* y un batalloncito chileno marcharon al camino del Callao para evitar sorpresas. A mediodía oímos claramente los cañones grandes del Callao e inmediatamente corrieron rumores sobre la causa de los cañonazos. La incertidumbre era horrorosa, particularmente entre los ingleses que no solamente tenían en el Callao la mayor parte de sus bienes, sino que temblaban por la vida de los residentes ingleses, conocido el carácter sanguinario de los negros. Con gran dificultad, el general Correa, segundo de Martínez, pu-

do entrar a los fuertes : a él y otros oficiales les hicieron fuego repetidas veces, lo que explicaba la artillería que habíamos oído.

Los motineros les manifestaron su exigencia de que se les pagase lo que se les debía montante a 60.000 duros, y otorgase pasaje libre del Perú. Se habían sublevado al parecer de noche, al mando de los sargentos y cabos, tomando y prendiendo a sus oficiales. El actual comandante era un tal Moyano, sargento. Primero había sido ayudante de un coronel, al servicio de San Martín, cuyo nombre olvido, y fusilado en Lima por motín : su ayudante Moyano fué rebajado a las filas, pero, con su buena conducta, ganó las jinetas de sargento.

El gobierno rápidamente se trasladó a Bellavista para tratar de que los motineros se sometieran, y, en el intervalo, la ciudad quedó en la alarma e incertidumbre más horribles. Al segundo día, llegó un inglés del Callao, con la noticia de que los motineros exigían una contribución de 10.000 duros, a pagar ese día, o saqueo del lugar : le permitieron venir a la ciudad para conseguir dinero, comprometiéndose a regresar en dos horas. Mencionó que a todos los barcos del puerto que no habían escapado hasta ponerse fuera de tiro, se les quitaron los remos y velas y fueron muy saqueados, lo mismo que los depósitos del Callao.

El 10 de febrero, al venir el día, se vió flamear la bandera española en el fuerte principal del Callao, y por tanto parecía desvanecida toda esperanza de arreglo. Parece que la paga de las tropas argentinas se había entregado con bastante regularidad al general Martínez, hombre de carácter sin mérito, quien, en vez de pagar a los regimientos, se apropió del dinero para satisfacer sus propias extravagancias. Cierto es que las tropas se amotinaron al principio por esta causa, pero, cuando reflexionaron, vieron que habían ido demasia-

do lejos para cualquiera esperanza de perdón por parte de los patriotas ; y si el gobierno hubiese satisfecho sus exigencias difícilmente se habrían establecido en parte alguna de Sud América sin tachárseles de motineros. Esta consideración fué hecha por los prisioneros realistas del Callao, que les aconsejaron por tanto, el solo paso que podían dar, de izar la bandera realista, lo que les aseguraría recompensa en vez de incurrir en castigo seguro. Los motineros adoptaron este temperamento y, dando libertad a los prisioneros, colocaron a un tal Casariego al frente de los asuntos civiles del Callao ; mientras Moyano, con el grado de coronel, mandaba en lo militar. Casariego había sido tomado algún tiempo antes y servido como coronel del ejército español en el sitio del Callao, en junio y julio de 1823 : se le colocó con muchos otros prisioneros a bordo de buques donde sufrieron mucho por la falta de espacio. Casariego tenía un hijo interesante al que atendió mucho el capitán Prescott del S. M. *Aurora*, y como consecuencia intervino en favor del padre y consiguió permiso del gobierno para que Casariego algunas veces visitase la fragata inglesa bajo palabra de honor. La última vez que fué rehusó regresar y reclamó protección del barco de guerra inglés, y el capitán Prescott se vió obligado a hacerlo sacar por la fuerza y entregarlo a la tripulación del bote de guardia. Era hombre sin coraje ni importancia, aunque ocurriese que en esta circunstancia hiciese a los realistas un servicio importante. Aunque la izada de bandera española en el Callao fué rudo golpe para la causa independiente, sin embargo tal era la agonía de incertidumbre en que los limeños entonces se mantenían, que parecía alguna satisfacción que los motineros reconociesen cualquier gobierno regular. Los ingleses ahora iniciaron comunicación con Casariego referente a la propiedad británica del Callao ; y justamente habían ob-

tenido permiso de reembarcarla previo pago de derechos de 50 %, cuando el arribo del almirante Guise, con la fragata *Prueba*, para bloquear el puerto, interrumpió la operación.

La ciudad quedó en el estado de confusión más horrible, debido especialmente a la ineficacia de las autoridades en que el pueblo no confiaba. Sin embargo, se adoptaron algunas precauciones para la seguridad pública ; todos los montoneros de las inmediaciones fueron reunidos dentro de la puerta del Callao en Lima, en número de doscientos ; los *cívicos* diariamente formaban en la plaza para estar listos en caso de ataque, y se publicaron proclamas requiriendo que todos los hombres de cierta edad se presentasen armados en palacio, bajo pena de muerte. Al sonido de la campana de la catedral se ordenó que todos los hombres se reuniesen en la plaza, preparados para, si fuera necesario, pelear por su vida y bienes. Pero a despecho de estas medidas, había completa falta de unión y concierto entre los habitantes, motivada por su desconfianza del gobierno ; y abrigábamos las aprensiones más temibles del resultado, en caso de ataque de los motineros, que se esperaba hora por hora.

Corrían noticias en Lima de que el almirante Guise había sido comprado por los españoles, y que la fragata *Prueba* entró al puerto en son de paz : sin embargo, el 20 de febrero por la tarde, se oyó en el Callao cañoneo más nutrido que de costumbre, y yo, con algunos más, corrimos al tope de la torre de Santo Domingo, de donde vimos bien lo que pasaba en el puerto. Nos apercibimos de que la *Prueba* se acercó con mucha bizarría a las baterías del Callao, que bombardeó media hora, causando poquísimo daño y sufriendo ella también poco ; los motineros le dispararon doscientos o trescientos cañonazos con poco efecto, debido a la falta de destreza de los artilleros en los fuertes.

Pocos días después, la ciudad volvió a ser presa de la máxima alarma por el motín de los Granaderos a Caballo. El regimiento, enviado desde su posición por la costa sur para defender la ciudad, se sublevó en el camino y, atando codo a codo sus oficiales, avanzó de manera tumultuosa sobre el Callao. Al aproximarse a los fuertes, vieron flamear la bandera española, y muchos se arrepintieron del paso que habían dado y, poniendo en libertad a sus oficiales, como la mitad volvieron a su deber mientras el resto salió a galope hacia los castillos. Esto se consideró en verdad un triste suceso ; pues, además de la fuerza adicional obtenida por los motineros, ahora podían cortar las provisiones de la ciudad y avanzar hasta las puertas en corto tiempo : sucedió lo previsto y se trabaron escaramuzas bajo las mismas murallas. Entretanto, todas nuestras noticias del Callao describían el lugar en situación muy ansiosa e incierta. Los hombres, aunque se habían amotinado de mutuo acuerdo, estaban malísimamente satisfechos de su actual estado por haberse izado la bandera española contra sus dificultades. Casariego y Moyano tuvieron la mayor dificultad para evitar una nueva sublevación y se vieron obligados a conceder toda clase de favores. Vagaban a discreción por el Callao, bebiendo y peleando en las calles y algunos gritando : «Viva la Patria.» Las enormidades cometidas eran inevitablemente pasadas por alto, y el mismo Casariego consideró su vida en grave peligro. Se mantenía la guardia más estricta sobre los oficiales presos a fin de que no se comunicaran con sus hombres ; y el general Alvarado, que era el más querido entre ellos, para mayor precaución, fué enviado preso a Ica, adonde se mandaban comunicaciones diarias a los comandantes españoles, urgiéndoles se apresurasen a posesionarse de los castillos antes que estallase la contrarrevolución. Se ofrecían recompensas disparatadas

a los motineros para inducirlos a no saquear la ciudad, y muchas veces salieron del Callao con la intención de hacerlo.

El gobierno de Lima expidió órdenes de requisar todos los caballos y mulas, pues se necesitaba caballería que oponer a los Granaderos a Caballo que mantenían la ciudad en perpetua alarma. Yo tenía algunos caballos valiosos, lo mismo que otros ingleses ; y como sabía que los establos seguramente se registrarían, llevé los míos por la escalera a los altos y los encerré en un cuartito pasándolos por la sala y el comedor, desparramando paja para que no se oyera el ruido de las pisadas. Los que no fueron tan precavidos perdieron muchos caballos, y en algunos casos, donde se resistía la requisa, los soldados la verificaban a la fuerza. Así que una partida había salido de la casa, quizás llegara otra, sin exhibir ninguna autorización, las dos requisando por sí y ante sí. De la provisión de pasto verde se apoderaban en las puertas de la ciudad para «los caballos del Estado», y lo poco que se permitía pasar servía de hilo para descubrir el sitio donde había caballos escondidos ; con este objeto los soldados espiaban en las calles y vigilaban donde se compraba alfalfa. Los animales se redujeron así a la más ruin condición, pero inventé mantener vivos a los míos dándoles algunos repollos y sandías.

Las comunicaciones, largo tiempo esperadas, de Bolívar al Congreso, al fin se recibieron, pidiendo el nombramiento de un presidente eficaz, en reemplazo de Torre Tagle al que ahora sospechaba solapadamente de traición. Este hombre, a su turno, sintiendo declinar su poder, hizo todo empeño para excitar el odio público contra Bolívar. Por tanto, esparció la noticia que el Libertador había resuelto saquear la ciudad y alistar de soldados todos los varones. Estas noticias, dadas como autorizadas, produjeron el efecto de deses-

perar la gente y no sabían dónde volverse en busca de socorro. Con una guarnición amotinada, a sólo seis millas, con un enemigo avanzando sobre la ciudad y la creencia de que las tropas colombianas, cuyo auxilio habían pedido, intentaban saquearlos de los últimos bienes que les restaban, no es de admirar que muchos volviesen los ojos al partido más fuerte, y casi quisieran doblegar el cuello al antiguo yugo, antes de volver a luchar con la adversa fortuna. Con estas siniestras impresiones, muchos acariciaban en secreto aún la aparición de fuerzas regulares españolas que pusiesen fin al menos a las enormidades cometidas con los habitantes indefensos, estableciendo alguna policía.

El 10 de febrero, el Congreso publicó una proclama, relevando a Torre Tagle de la presidencia, y afirmando que lo desesperado de la situación requería las medidas más prontas y eficaces : en consecuencia, los congresales se disolvieron el 20 de febrero, poniendo todo el poder dictatorial en manos de Bolívar, y anulando la Constitución ; pero requiriéndole al mismo tiempo acatamiento a las leyes, en cuanto fuese compatible con la seguridad de la causa independiente. Por la tarde del mismo día el general Necochea lanzó otra proclama especificando las facultades que había recibido del dictador, como jefe civil y militar de Lima, y afirmando que la propiedad sería respetada, y todos los robos castigados con el mayor rigor. Pronto sentimos la influencia de las medidas decisivas de Necochea ; se restableció el orden de la ciudad y los negocios siguieron unos pocos días con más regularidad. Un cuerpo respetable de caballería mandado por el coronel Brandsen y Raulet se situó en la puerta del Callao para evitar sorpresas, y el mismo Necochea estaba siempre activamente ocupado en ver se cumpliesen sus disposiciones.

XLIV

VISITA A CHORILLOS.—ROBO EN LA PUERTA DEL CALLAO. —ULTRAJES POR LOS MOTINEROS EN LIMA.—LADRONES FUSILADOS.—ENTRADA DE LOS REALISTAS EN LIMA.

Mi hijito mayor había estado largo tiempo muy débil, debido al clima, y empeoró tanto que el médico inglés me dijo que el solo medio de salvarle la vida era dejar el país o darle aire de mar. Como no podía ahora adoptar el primer medio, resolví llevar parte de mi familia a Chorrillos, de donde podía, en cualquier tiempo, embarcarme para el Callao. Con gran dificultad pude conseguir una calesa con míseros mancarrones, dejados después de la requisa general para nuestra conducción. Allí pasamos algunos días tranquilos y hubiésemos pasado más, pues todos los informes coincidían en dar a la fuerza española cerca de la ciudad, si uno de mis sirvientes, a quien le habían robado el caballo, y despojado de todo en el camino, no hubiese traído la noticia que nuestro hijito menor, que había quedado en Lima a cargo de una niñera, había caído de repente enfermo, sin esperanzas de curar. Salimos para la ciudad sin demora en un carruaje que felizmente estaba en Chorrillos, donde había traído una persona en la mañana. Hallamos en el camino un hombre que nos informó haber en Miraflores una partida hostil, a un cuarto de milla de la ruta directa ; pero como era peligroso caer entre ladrones sueltos y sin oficiales, resolví inmediatamente pasar por el lugar. Sin embargo, al entrar en este lindo villorrio, a la sazón del todo desierto, encontramos felizmente ser la noticia incierta, y además un alemán que vivía allí, nos proporcionó caballos de refresco que nos llevaron con buena velocidad.

A media milla de Lima, ya obscureciendo, nos alcanzó el gobernador de Chorrillos, quien dijo al postillón de ir a toda velocidad, pues una partida de los Granaderos a Caballo del Callao, seguía nuestros pasos. Por tanto apuramos la marcha esperando cada minuto ser alcanzados, pero, por fin, llegamos a las murallas, que tuvimos que costear por hallar todas las puertas cerradas menos la del Callao. De noche llegamos a la puerta, y en el momento que el carruaje iba a entrar, nos detuvieron algunos soldados ordenando al postillón dirigirse al Callao. Concluí que Lima estaba en poder de los motineros, y como sabía que un viaje al Callao significaba nada más o menos que llevarnos camino abajo fuera de todo socorro, para ser robados y maltratados, les supliqué tomasen todo lo que llevásemos encima y nos dejasen ir. Como me había precavido de no llevar conmigo sino poquísimo dinero, los soldados se mostraron muy satisfechos con diez duros que les ofrecí y repitieron la orden al postillón de dirigirse al Callao. Híceles presente que en realidad no tenía más dinero y pedíles registrasen los bolsillos, y así lo hicieron ; y agregué teníamos alguna ropa blanca en el coche al que eran bien venidos. Con esta información tiraron afuera una bolsa de tripe que llevábamos y desparramaron todo el contenido en el suelo, preguntando al mismo tiempo si no teníamos alguna «ropa de soldado» lo que significa ropas de lana. En este momento llegó un oficial joven y preguntó a los soldados qué andaban haciendo, a lo que contestaron que habían tomado algunos ingleses que querían enviar al Callao. El oficial pareció muy contento de la oportunidad de sernos útil, y cortésmente ordenó a los soldados nos soltasen, tomó nuestra dirección y prometió visitarnos al día siguiente.

Al entrar en la ciudad encontramos todas las casas cerradas ; muy pocos candiles encendidos y las calles

llenas de patrullas de montoneros y soldados con trajes diferentes a aquellos que estábamos acostumbrados. Cuando llegamos a casa nos dejaron entrar con dificultad. Nuestro chico estaba mejor y se nos informó que, por la proximidad de los españoles, el general Necochea había salido de la ciudad esa mañana, tomando el camino del Norte para Chancay con 300 soldados *cívicos*, montoneros y regulares. La ciudad estaba ahora por consiguiente en poder de los motineros del Callao que habían entrado a mediodía encabezados por Casariego.

Aunque Lima estaba en tan deplorable desorden, hallé, al preguntar por las damas dueñas de casa, que habían sido bastante imprudentes para salir a sus visitas usuales y resuelto volver a pie por las calles. Por consiguiente propuse a un amigo nos armáramos y fuésemos a buscarlas. Las encontramos en la calle, agobiadas por el placer de la entrada de sus amigos realistas ; y con mucha dificultad pudimos persuadirlas de volver a casa, cuando deseaban dar una vuelta por la plaza, aunque al mismo tiempo detonaciones repetidas de armas de fuego indicaban el comienzo de los ultrajes a que Lima aquella noche estaría expuesta.

Habíamos estado en casa muy corto tiempo, cuando los tiros en nuestra calle se hicieron más frecuentes ; y caballos a galope y gritos de «*¡ataca! ¡ataca!*» nos llevaron al balcón, donde, no obstante, no podíamos ver sino los fogonazos de armas de fuego, en medio de luchas de hombres y caballos. Había tomado todas las precauciones posibles para proteger mi casa si era atacada. La disposición de las casas, en efecto, las hace pequeñas fortalezas, fácilmente defendibles : la única puerta de calle es de grandes hojas macizas, plegadizas, tachonadas de clavos, y se puede hacer fuego a los asaltantes desde los balcones salientes en ambos lados. En estos balcones pusimos mosquetes y pis-

tolas con munición y se tenía vigilancia constante para el caso que se necesitasen. Nuestra casa estaba en un barrio con muchas pulperías y frente a un convento. Los granaderos a caballo entraron a muchas casas a derecha e izquierda de la nuestra, haciendo volar a tiros la cerradura de las puertas, mientras los pobres moradores daban gritos lastimeros de auxilio, esperando ser asesinados si no abrían las puertas. Vimos mucho de lo que pasaba, pero no creímos prudente hacer fuego al enemigo, pues de este modo provocaríamos la venganza de toda esa raza de malvados contra nuestra casa, dándonos amplio motivo para arrepentirnos de nuestra intervención. Fué noche horrible para Lima, y las detonaciones lejanas y el estallido de las puertas nos decían que las mismas escenas sucedían también distante de nosotros.

De repente nos alarmamos oyendo gritos en nuestro mismo patio, y, al averiguar de dónde provenían, encontramos que un pobre portugués había escapado desnudo por los fondos de la casa cuando los soldados entraban por el frente y saltado nuestra pared. Sentí encontrar nuestra posición tan débil a retaguardia y temí que los soldados persiguiesen al hombre y entrasen detrás de él. El pobre infeliz gemía lastimosamente y nos costó mucho apaciguarlo. Lo vestimos, y media hora después nos dejó para volver a su casa, cuando creyó que los ladrones se habían retirado, después de llevarse todo lo que encontraron. A eso de la una de la mañana las calles empezaron a estar más tranquilas y luego me metí en cama completamente fatigado.

Por la mañana me aventuré en la plaza para tener noticias y saber lo que pasaba. Encontré oficiales de los motineros activamente ocupados en disponer el fusilamiento de muchos sujetos tomados en pleno saqueo de las casas. Se dispusieron banquillos en el suelo, a los que eran atados los pobres infelices, y fusi-

lados sin ser juzgados, y nuevas víctimas se traían cada minuto maniatados en ancas de los granaderos a caballo. Cuando estaba allí llegó un soldado a todo galope, arrastrando dos pobres sujetos atados de la muñeca a la silla ; y un inglés que estaba conmigo reconoció un sirviente suyo. Inmediatamente pidió al capitán de la guardia no lo fusilase sin examen, porque le creía hombre honrado ; sin embargo, toda la satisfacción que consiguió a sus reiterados pedidos fué : «Si usted tiene algún interés en el destino del hombre, lo verá en el banquillo dentro de cinco minutos.»

Cada uno rezaba fervientemente ahora por la entrada de alguna fuerza respetable, aunque fuese enemiga, para protección contra la desobediencia de estos bellacos, y se envió una diputación del Cabildo, acompañada por el teniente de un barco de guerra inglés, al encuentro del ejército español, para negociar en nombre de la ciudad. Volvieron por la tarde, después de encontrar los realistas cerca de Lurin, ocho leguas de Lima, y dijeron que no entrarían antes de dos días.

Viendo un granadero a caballo con una guitarra, muy parecida a la que yo había dejado en Chorrillos, comencé a alarmarme mucho por la sirvienta y el niño quedados allí, y mandé dos hombres por la tarde para informarme de ellos. Volvieron la mañana siguiente, no sin haber sido robados y maltratados en el camino, con el cuento que sirvienta y niño venían a Lima en calesa, y que una partida de los granaderos a caballo del Callao habían entrado en Chorrillos y saqueado todas las casas principales. Esto sucedió en el crepúsculo, más o menos a la misma hora en que nos saquearon al entrar en Lima. Los ladrones rompieron roperos, baúles, etc. ; desnudaron al chico y apuntaron las pistolas al pecho de sirvienta y niño para

hacer que la primera dijese dónde estaban los valores : cuando los encontraron les agradó mucho, pues habíamos traído de Lima cantidad considerable de joyas, plata labrada y dinero, para enviarlos a bordo, pero, desgraciadamente, no pudimos. Los soldados se llevaron todo lo de valor, haciendo bolsas para meterlo, de vestidos de mujer, y atándose al pescuezo mis pantalones. Su último acto fué hacer pedazos los muebles sin necesidad y llamar los indios que dejaron la casa literalmente vacía, mientras compelían a la pobre sirvienta aterrorizada a presenciarlo todo. Preguntaron especialmente por mí, y tengo buenas razones para regocijarme de haber escapado de sus garras, pues se apoderaron de un pobre francés, único extranjero residente en el lugar, y lo sacaron a la plaza para fusilarlo, aunque después lo dejaron. La sirvienta nos dijo que todo el camino de Lima estaba cubierto con bandas sueltas de montoneros que la insultaron y echaron mechas encendidas por las ventanillas del carruaje.

La noche después y la siguiente fueron mucho más tranquilas, pues la proximidad de los españoles hacía a los oficiales de la ciudad más solícitos en el cumplimiento del deber.

XLV

ENTRADA DE LOS REALISTAS A LIMA Y CALLAO.—CARÁCTER DE LOS GENERALES RODIL Y MONET.—CONDUCTA DE TORRE TAGLE Y EL GOBIERNO ANTERIOR.—EL CORONEL RAMÍREZ.—TRATAMIENTO DE LOS PRISIONEROS.—ESPÍAS.

La fuerza realista acampó a una legua de Lima la noche del 29 de febrero, entrando al mediodía del 10 de marzo : se componía de 3.000 hombres, en cuatro cuerpos de infantería, y 500 de caballería. Marcha-

ron bien ordenados por las calles, y parecían bien disciplinados con vestidos y equipos, particularmente la caballería, superiores a los de las fuerzas patriotas. Tres batallones de infantería eran casi enteramente de indios que apenas pasaban de cinco pies de estatura, exceptuando las compañías de granaderos con hombres de talla poco común con largas barbas. Los oficiales no me parecieron de ningún modo mejores que los patriotas. El cuarto batallón llamado de Arequipa, era de negros. La caballería se componía principalmente de españoles con largas chaquetas amarillas y vueltas azules.

Numeroso pueblo se reunió en las calles para presenciar la llegada de las tropas, pero dominaba un silencio mortal, sin manifestarse bienvenida ni disgusto : cuando alguno de la turba reconocía un amigo particular, se limitaba a darle la mano en silencio. Los realistas pasaron por la ciudad directamente al Callao, sin hacer alto, y su llegada a los fuertes se anunció por la tarde con gran salva de artillería. Por pedido urgente de los limeños, se dejaron 200 hombres en la ciudad para hacer policía.

Entretanto, todos los partidos ignoraban el paradero de Torre Tagle y sus ministros. Algunos afirmaban habían dejado la ciudad con Necochea el 27 por la mañana ; otros, que estaban confinados en los castillos ; pero la sospecha general parecía ser se habían escondido en Lima durante los disturbios : ahora que la ciudad estaba cómodamente en poder de los españoles, se insinuaba bastante abiertamente que se habían quedado atrás. Parecía que la razón de no haber aprovechado los españoles la sublevación del Callao, fué por carecer de fuerzas bastantes en Ica, su cuartel general de la costa. Un cuerpo de 1.500 plazas, sin embargo, al mando de Rodil, marchó de allí sobre Lima, y se le unieron muchos más en Lurín, mandados

por el general Monet, destacado de Jauja por Canterac. El primero de estos oficiales fué nombrado comandante del Callao, mientras el segundo establecía gobierno en Lima.

Rodil es hombre de índole feroz y tiránica, temido en todo el país por su crueldad. En el momento de alejarse de la costa Sur, hizo matar públicamente a azotes al alcalde de Pisco, porque éste había favorecido a los patriotas ; y durante tres semanas siguientes a su arribo al Callao, se decía haber fusilado cincuenta de sus hombres : descargas de mosquetería se oían con frecuencia de noche, cuando se sacrificaban nuevas víctimas a su severidad. Sin embargo, en manera alguna se le considera valiente en la pelea, y el virrey nunca le confirió mando que requiriese coraje o talentos militares. Tenía buena cabeza para negocios, y por tanto era gobernador útil en un país sometido a ley marcial. Su aspecto era verdaderamente insignificante y el vestir sucio y desaliñado. Se parece mucho al judío, con larga barba negra y cara cetrina, y generalmente usa gran sobretodo verde que llega a los talones con mangas hasta la punta de los dedos.

Monet es de todo punto de vista el reverso de Rodil : su persona es buena y atrayente, sus maneras caballerosas y comedidas, y el pueblo hacía buenos augurios de que se le hubiese encargado de mandar las fuerzas de ocupación en Lima. Inmediatamente publicó amnistía general de todas las personas comprometidas con los patriotas, y pronto conquistó el afecto de los limeños por su moderación y bondad. El domingo siguiente a la entrada de los realistas se celebró misa de gracias, en la catedral, por la entrada de las tropas del rey, con sermón acerca de las bendiciones del gobierno español, pronunciado por el mismo sacerdote a quien yo había oído cantar elogios de Bolívar en ocasión anterior de la misma naturaleza. La

catedral estaba atestada de gente, y en medio de la ceremonia, Monet abrazó en público al coronel Moyano, el traidor. Después los ascendidos sargentos y cabos de los motineros del Callao paseaban por la ciudad con los mismos uniformes de que habían despojado a sus oficiales cuando se sublevaron, que veíamos haberse modificado para adaptarlos al cuerpo de los nuevos portadores. Entretanto, Torre Tagle, Berindoaga y Echevarría (ex presidente departamental de Lima) tuvieron la imprudencia de mostrarse a la luz del día, y se les vió sentarse y emborracharse liberalmente en compañía de los jefes españoles. Torre Tagle publicó también una proclama contra Bolívar, llamándole invasor y destructor del país, y elogiando a los españoles, únicos dueños legítimos del Perú. La indignación se levantó a tal punto en consecuencia, que en las reuniones privadas no se oían sino execraciones contra los traidores : fué necesario poner guardia en la puerta de Torre Tagle y rara vez se le vió después afuera y, en este caso, de la manera más oculta.

Además de la mayor parte del último gobierno patriota, numerosos oficiales, encontrando que ahora iban a ser sometidos a la rígida disciplina de Bolívar, se quedaron en Lima y prestaron sus nombres a los generales españoles, que exageraron el número de deserciones, divirtiendo al público diariamente con los títulos de los oficiales con quienes aseguraban falsamente estar en correspondencia.

Mi hijito mayor continuaba aún tan enfermo en Lima que vime más de una vez obligado a buscar sitio donde se disfrutase mejor aire. En consecuencia, lo mandé con una sirvienta a Miraflores, a casa del alemán que allí vivía. Yendo a verle un día, encontré que una partida de ladrones había entrado en la casa y maltratado horriblemente al pobre alemán y su esposa, para hacerles descubrir el dinero : nuestra sir-

vienta no escapó sin gran dificultad. En verdad los caminos vecinos a Lima estaban tan infestados de bandidos que era inseguro salir cien yardas de las murallas.

El general Monet puso el gobierno ejecutivo de Lima en manos del conde de Fuente González, respetable noble peruano, adicto a los intereses españoles, y nombró al coronel Ramírez gobernador militar de Lima : era coronel del regimiento español de negros de Arequipa, y puede llamársele duplicado de Rodil, más cruel si era posible. Durante su mando, al pasar el puente vió dos hombres que se imaginó reconocer : los acusó de desertores y ellos asintieron pidiendo misericordia : inmediatamente mandó venir soldados del palacio, los fusiló donde estaban parados y dejó los cadáveres en el puente. Otro ejemplo, mostrará suficientemente su carácter : poco después de su entrada en Lima, el dependiente sueco de una casa de negocio, al pasar una guardia y dársele el «*¿ quién vive?*», contestó por equivocación *la patria*, seña de los independientes a que estaba acostumbrado. Sin embargo, inmediatamente enmendó su error gritando «*La España*» ; no obstante, se le aprisionó y por orden de Ramírez, fué atado de manos y pies, y mantenido algunas horas en el temor de muerte inminente ; el mismo Ramírez entró en el calabozo y marchando con la espada desenvainada la ponía en el pecho del preso como si intentase matarlo. Era tan temido como si fuera el Omnipotente, y con frecuencia, entraba en las casas de noche con soldados disfrazados para llevarse los pobres objetos de su venganza. Los limeños, al principio contentos con el nombramiento de Fuente González para gobernador, juzgando favorablemente las intenciones de los españoles por esta causa, se chasquearon dolorosamente al encontrar el mando efectivo en manos de Rodil y Ramírez, teniendo el gobernador civil solamente poder en el nombre.

Monet luego reunió todas las fuerzas que pudo sacar del Callao para juntarse con Canterac en Jauja, llevando consigo los oficiales del regimiento Río de la Plata, y otros confinados en los castillos. Estos pobres marcharon a pie, en el estado más mísero, sin ropas, una distancia de 600 millas hasta la isla Chupito, en el lago Titicaca. Tuve oportunidad de ver una carta, escrita por uno de ellos en el camino a un amigo, rogándole le mandara alguna ropa usada y le comprara bestia para conducirle, pues si no perecería en el camino de frío y de cansancio.

Fueron encerrados la noche antes de partir en una iglesia de Lima, y dejaron la ciudad, muy lamentados por los habitantes que no podían menos de sentir remordimiento por aquellos hombres, otrora los primeros en las reuniones alegres de Lima, que por sus maneras agradables, lindos uniformes y buenas figuras habían con frecuencia excitado admiración.

Me informó un oficial español, que la división de ejército mandada por Monet, en el camino de Lurin para incorporarse a Rodil, sufrió las más grandes penalidades. Era invierno en la Cordillera, y los hombres fueron obligados a marchar tres días y pasar tres noches entre la nieve, casi sin alimento ; y cuando bajaron a los ardientes arenales de la costa, estaban tan cansados por las marchas forzadas y el cambio de clima, que un regimiento no podía seguir más adelante. El coronel del regimiento enancó a un hombre para animar a los demás a marchar ; pero hallando que esto era inútil sacó un hombre de cada compañía y los fusiló. En las marchas, acostúmbrase siempre que un cuerpo de caballería siga al ejército y se ocupe de despenar todos los rezagados. Cuando un regimiento acampaba de noche, tanto miedo tenían los españoles a la deserción, que siempre hacían vivaquear un batallón en cuadro, colocando centinelas de confianza para hacer fuego a todos los que intentasen escapar.

Durante estos sucesos Bolívar se valía constantemente de agentes en Lima que le enviasen noticias de lo que allí ocurría : un coronel colombiano en particular estuvo largo tiempo en la ciudad con diferentes disfraces : a veces de soldados español. Cierto día una persona vino a mi casa y afirmó tener conmigo asuntos de la mayor importancia. Después de mucho vacilar, díjome ser agente de Bolívar en Lima, y oyendo que yo era grandísimo patriota, me pedía enviase una comunicación para aquél. Le dije mis sospechas en cuanto a sus designios verdaderos ; pues no era verosímil confiase secretos tan importantes a un perfecto extraño ; y agregué que, por ardientes patriotas que yo o cualquiera de mis paisanos fuéramos, ciertamente no caeríamos en el garlito de tan sospechosa comunicación. El sujeto me dejó más bien bruscamente, y después he tenido buena razón para creer era espía empleado por los españoles y descubrir las fuentes de información de Bolívar.

XLVI

ENTREVISTA CON RODIL PARA CONSEGUIR PASAPORTE.— REHUSA ACORDARLO.—PLANES DIFERENTES PARA ESCAPAR DE CALLAO.—ESCAPE.

El cariz político de los asuntos peruanos era tan desgraciado tocante a la causa liberal, y el gobierno se había sometido tan malamente, que resolví salir para Inglaterra en la primera oportunidad, que pronto se presentó : el *Crown*, buen barco de 300 toneladas, iba a zarpar para Río de Janeiro, donde estábamos seguros de conseguir pasaje para Europa.

El lunes 29 de marzo, habiendo llevado mi familia del Callao, y todo listo para el embarque, acudí al general Rodil para que me firmara el pasaporte en

forma, que ya tenía las firmas de todas las oficinas de Lima : me acompañó un caballero inglés que estaba en buenos términos con el general, y se había prestado bondadosamente a hacerme este servicio. No tenía la menor idea que Rodil conociese mi nombre, pero inmediatamente de presentarle el pasaporte preguntóme a qué casa comercial pertenecía : mi acompañante dijo que yo era representante de los contratistas del empréstito ; pero estoy completamente cierto que Rodil lo sabía de antemano, pues se valía de un espía norteamericano para saber los nombres y ocupaciones de todos los residentes ingleses. Al oír el propósito con que había salido de Lima, me miró de pies a cabeza y pareció sorprenderse de mi audacia en presentarme profiriendo violentas invectivas contra mí por haber violado la neutralidad y, por tanto, declarádome enemigo. Mantuvimos una larga discusión airada entre los dos, y él caminaba de un cuarto a otro presa de violenta ira, diciéndome tendría buen cuidado de mí hasta recibir instrucciones del virrey La Serna. Me irritó mucho su proceder y el modo tiránico con que proceden los realistas, así como el desdén con que tratan a los extranjeros. Díjele, por tanto, era una farsa lo de pedir instrucciones al virrey, que yo era inglés y no se atrevería a tocar un solo cabello de mi cabeza, pues sabía muy bien que mi país en todos los tiempos fué poderoso y diligente para proteger a los súbditos británicos. Contestó : «Muy bien, señor ; que mi gobierno y el suyo discutan este asunto ; yo procederé como crea oportuno.»

Hallando que nada bueno sacaría de hablar con él, y con las puntas de mis pies casi pisadas, mientras él trataba de sacarme del cuarto con repetidos «adiós», me despedí, sin haber logrado permiso siquiera para embarcar mi familia. Al salir de su presencia, inmediatamente resolví el camino a seguir, y después de

una visita apurada a mi familia para hacerla saber el mal resultado de mi gestión, caminé directamente al muelle y fuí a bordo de la corbeta de S. M. *Fly* de diez y ocho cañones, con la intención de reclamar protección en mi calidad de súbdito británico.

No hallándose a bordo el capitán Martín, le escribí una carta expresándole el objeto de mi venida, y añadiendo esperaría hasta poder verle, lo que esperaba fuese por la mañana. Pasé, como se imaginará, noche muy intranquila : después de sufrir tantas vejaciones en el país, y después de haberme, como creía, habilitado para volver a mi país natal, parecía duro, en efecto, perder en un momento toda esperanza de retorno por algún tiempo, con riesgo quizás de ser encarcelado. Para mi familia habría sido particularmente desagradable retornar a Lima, pues habíamos dispuesto de todo el moblaje, etc., traídos de Inglaterra.

El martes, a eso de la una, el capitán Martín vino a bordo de la *Fly* sin poder ver a Rodil, que estaba muy ocupado. Convinimos que el capitán Martín intentaría ver a Rodil por la tarde y tratar primero de hacerle desistir amigablemente ; pero, como último recurso, el capitán Martín me reclamaría como súbdito británico. Por la tarde míster Cragg, capitán del *Crown*, vino a bordo para verme, enviado por el capitán Martín a decirme que no había podido persuadir a Rodil a cambiar de resolución, pues insistía en que yo había violado la neutralidad y no dependía de él cualquier proceder que observase conmigo. El capitán Martín, sin embargo, había conseguido permiso para que se embarcase mi familia. Me contrarió en extremo cuando supe que el capitán Martín se había ido del Callao para Lima, sin escribirme siquiera, o aconsejarme mi futura conducta ; y sentí, en el enojo del momento, que por haberme refugiado en un barco del

rey, y pedido por escrito oficialmente su protección, me debía haber reclamado del gobernador Rodil o dádome alguna razón satisfactoria por no proceder así. Además, su visita a Lima casi impedía la posibilidad de trato entre nosotros, por habérseme prohibido salir del Callao ; y quedaba solamente un día entero antes de zarpar el *Crown* para que diese los pasos a fin de embarcarme en él.

Como la *Fly* estaba fondeada dentro del tiro de las baterías y el capitán Martín había insinuado duda en cuanto a protegerme en caso que el gobierno español me detuviese, no sabía qué hacer, y por tanto necesitaba particularmente su consejo y ayuda. Muy entrada la tarde resolví, cualquiera fuese la consecuencia, ir a tierra y volver a ver al capitán Martín. Como iba en bote de barco de guerra, se nos permitió bajar, aun después de la hora reglamentaria, la puesta del sol. Pasé la noche en el Callao con mi familia, y por la mañana el amigo que primero me acompañó a ver a Rodil, fué a los castillos a fin de conseguir permiso de embarque para la familia. Se dió orden verbal al capitán del puerto, que casualmente estaba con el gobernador, quien, al mismo tiempo, le encomendó asegurar al «señor enviado». Así que se permitió a mi familia ir a bordo del *Crown*, alquilé un caballo y partí para Lima, donde llegué el mediodía del miércoles. Conversé acto continuo con el capitán Martín, que parecía sorprendido de mi venida a tierra ; pero al mismo tiempo dijo creía no había más que esperar tranquilamente la respuesta de una carta que tenía la intención de escribir al virrey interesándose por mí : convino en que mi situación era muy penosa e incómoda, pero no creía peligrosa mi persona.

Hallando ahora que nada podía hacerse mediante negociación, resolví intentar escaparme, cualquiera fuese el resultado. Conocía bien el carácter de mis

enemigos ; quizás me dejarían sin molestarme mientras sus asuntos siguieran prósperos, pero poco tendría que esperar si los independientes readquiriesen preponderancia. La siguiente consideración, después de haber resuelto escaparme, fué sobre los medios de efectuarlo : deseaba especialmente intentarlo, de tal modo que, tomado *in fraganti*, no pudiese ser sometido a las leyes vigentes ; pues tenía toda razón para saber por el carácter de Rodil, que debía esperar poca bondad de parte suya en caso de tomárseme en violación directa de una orden militar.

Mi amigo el doctor Bennet que había asistido a mi familia durante nuestra estada en Lima, y con quien estaba en términos de intimidad, había bajado hoy al Callao ; y cuando volvió a la tarde dijo, que al ir a bordo de un barco donde tenía algo que hacer, fué llamado en el muelle por el capitán de guardia, quien preguntóle nombre, domicilio etc., y vió una lista de personas a quienes no se permitiría el embarque, entre las cuales estaba yo. Por tanto hallé que Rodil tomaba las cosas a lo serio : no obstante, no me acobardó este nuevo peligro, y resolví intentar el experimento, estribando la dificultad principal en elegir entre la variedad de planes que me sugirieron. Al salir del Callao nos entendimos con el capitán Cragg, y bondadosamente me prometió toda la ayuda que pudiera darme, sea deteniendo su barco o recalando en cualquier puerto de la costa adonde pudiera escaparme. Al principio pensé ocultarme hasta que obscureciese, en Miraflores, y luego alquilar una canoa en Chorrillos que me sacase de noche, y quedarme afuera de la isla San Lorenzo para que el *Crown* me tomase a bordo después de zarpar del Callao ; pero encontré muchas dificultades en esta empresa : había una compañía de soldados apostada en Chorrillos para impedir el embarque de cualquier persona, y los indios estaban tan

asustados por la disciplina militar de los españoles, que acaso ninguna recompensa los decidiría a correr el riesgo. Además, en la bahía de Miraflores hay siempre tanta marejada, que sería muy peligroso tratar de embarcarse allí, y, de noche, quizás impracticable.

Otro plan que me sugirieron fué salir de Lima disfrazado y de noche, yendo a caballo a una región deshabitada de la costa, diez leguas de la capital, donde me tomaría el *Crown* que iría a buscarme. A este proyecto se oponían aún mayores objeciones : en primer término no podía confiar en la fidelidad del arriero, en caso de encontrarlo para llenar la tarea ; y también si hubiera conseguido guía de esta clase, debía pasar por las puertas de la ciudad con pasaporte fraguado y luego seguir por Lurín, puesto español, además de otros lugarejos donde lo debía mostrar : agréguese todas las comunicaciones interrumpidas por las hordas de bandidos que frecuentaban el camino, y por fin, suponiéndome llegado a mi puerto, aún corría riesgo que el *Crown* no diese con él o fuese sacado mar afuera por el viento : la presencia del barco allí podía despertar sospechas en la vecindad, y todo el proyecto fallar en consecuencia. A toda costa resolví intentar mi primer plan, que era salir del Callao abiertamente a la luz del día y por el muelle donde se mostró mi filiación.

El jueves de mañana, almorcé temprano en Lima con el agente del *Crown*, que también bajaba al Callao ; y, una vez conseguido caballo de alquiler, partimos como a las diez para el puerto, aunque había orden expresa que nadie saliese de la ciudad sin pasaporte y guardia en la puerta para hacerla cumplir. Sin embargo, confortábame saber que la orden a veces se eludía y poco peligro había que recelar, a menos le enviasen instrucciones especiales del Callao como consecuencia de haber yo desaparecido. Pasamos a caballo

alegremente, tocándonos el sombrero ante la guardia, y pasamos sin llamar mayormente la atención, y a eso de las once y media llegamos a la puerta del Callao. Los centinelas aquí eran mucho más exigentes que en Lima, pues era plaza fuerte ; pero resolví pasar de largo, en todo caso, y lo hice mientras mi amigo se disculpaba de no tener los pases. Seguí por la ciudad en derechura al patio de la casa que ocupó mi familia antes de embarcarse, sin mirar a derecha e izquierda ; y metiendo el caballo en el establo esperé que mi amigo viniese del cuerpo de guardia.

Así que llegó, dispuse mi ánimo para el ataque ; y tomándole el brazo, caminamos a la punta del muelle, donde se hallaban el capitán de guardia y centinelas apostados a pocas yardas entre sí ; adelantamos hasta llegar al oficial, audazmente y, llamando un bote con tono resuelto, nos embarcamos sin que nos dijesen una palabra. Sin embargo, todavía teníamos que pasar una línea de lanchas cañoneras fondeadas frente al muelle ; pero felizmente en ese momento estaban sin gente que había ido a tierra para ser pagada, de modo que pasamos sin que nos gritasen *¡Alto, quién vive!*, y nos dirigimos a bordo de la *Fly*. Aquí encontré a míster Cragg y con él convinimos una señal que iba a hacernos así que el bote de policía hubiese hecho la última visita al *Crown* para despacharlo, y yo iría a bordo.

Ahora me figuraba haber terminado todas las dificultades y que el bote de la *Fly* me llevaría al *Crown* al hacerse la señal convenida ; pero encontré con gran pesar mío, que los oficiales no podían intervenir sin órdenes al respecto de su comandante. Después de alguna discusión, se convino que yo iría primero a bordo de un buque inglés fondeado fuera de tiro de los fuertes para esperar allí la señal, conservando el bote en que me trasladase, a fin de que los hombres que

lo tripulaban no informasen en mi contra. En consecuencia, me dirigí al *Swallow*, donde llegué a eso de la una. Naturalmente vigilaba ansiosamente los movimientos del *Crown* para ver si había alguna demora inesperada en despacharlo, y temía que los españoles me buscasen en tierra y, no encontrándome, detuviesen al *Crown* hasta que yo pareciera. Entre tres y media y cuatro el *Crown* disparó un cañonazo, señal para que se largaran los botes de visita ; no mucho después vi alejarse todos los botes atracados a su banda ; y, por fin, se izó la bandera, señal convenida conmigo por el capitán Cragg. Mediaba considerable distancia a popa del *Swallow*, y por tanto esperé que se nos acercara más para saltar al bote.

En este momento vi un bote lleno de gente que salía de la costa así como otro de la *Fly ;* y temeroso en cuanto a las intenciones del primero, esperé hasta que el bote de la *Fly* llegara al *Crown*. Cuando éste se acercó, el capitán me gritó que fuese a bordo inmediatamente, pues el capitán del puerto nos daba caza (suyo era el bote que había visto venir a tierra), y trasbordé mi baúl al bote. Los dos hombres empezaron a remar y yo timoneaba, pero el mar estaba tan picado y el bote era tan pesado, que encontré no alcanzaría al *Crown* aunque su verga mayor estaba en facha : entretanto, la linda galera del capitán del puerto con muchos remeros venía ligera hacia mí. Fué un momento de ansiedad ; no obstante, estaba afortunadamente muy tranquilo. Soplaba lindo viento en la bahía e hice que los dos boteros dejasen los remos por el momento e izaran vela que, aun cuando la operación tomó bastante tiempo, cuando se extendió, arrastró por el agua la vieja tina en que nos encontrábamos mucho mejor que los remos. La falúa nos aventajaba ligero, pero ahora yo había ganado el *Crown* y, después de unos minutos fastidiosos, corría paralela-

mente al costado. Así que me agarré de la cuerda que me tiraron, toda la tripulación del *Crown* y del bote de la *Fly* se ocupó empeñosamente en disponer las velas, y yo con mi baúl fuimos izados inmediatamente, El capitán del puerto estaba entonces a cien yardas de nosotros agitando el sombrero y empleando gestos violentos para que nos parásemos ; felizmente, no tenía probabilidad de alcanzarnos y pronto lo perdimos de vista, pero no antes de verle vorazmente posesionarse del bote en que me había escapado.

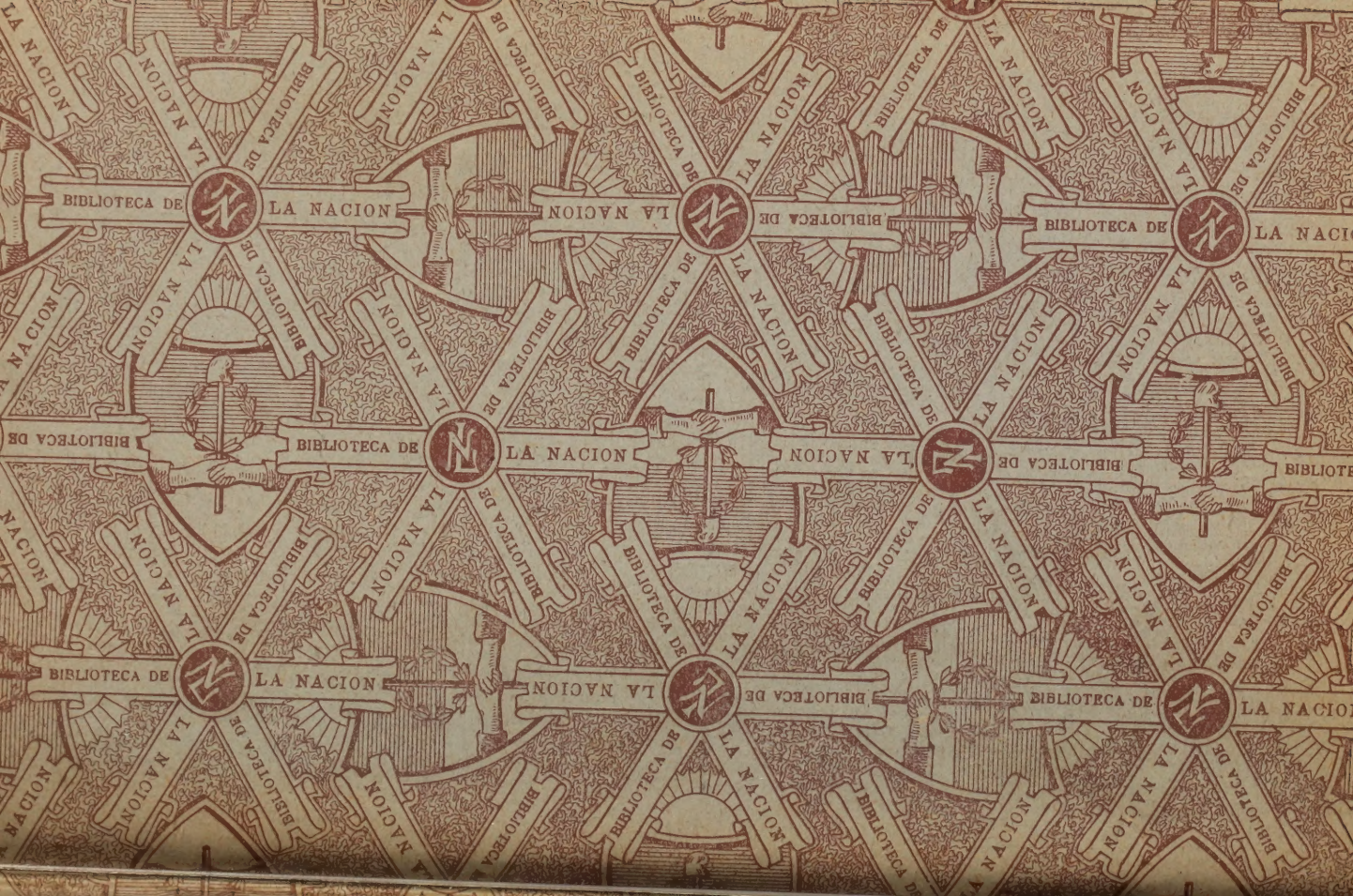
Después de mi arribo a Inglaterra supe que los dos boteros que inocentemente me habían ayudado, fueron castigados con severidad ; y Rodil destituyó de su empleo al capitán del puerto, por sospecha de estar en connivencia conmigo. Había sido culpable de alguna negligencia, así como el oficial y centinelas del muelle delante de quienes tomé el bote. La verdad es que el aire confiado que mi amigo y yo afectamos oportunamente hizo creer a los guardias que no teníamos ningún designio impropio, pues no esperaban hubiéramos hecho la tentativa en pleno día.

De nuestro viaje de regreso es innecesario decir algo, pues sería difícil decir nada nuevo. Encontramos mar bravo, aunque no con mal tiempo, al doblar el Cabo de Hornos ; y llegando a Río de Janeiro en el *Crown*, nos embarcamos allí a bordo del paquete para Inglaterra.

No obstante las muchas congojas que pasé, y dificultades que hube de vencer durante casi todo el tiempo de mi estada en el Perú, siempre me alegraré de haber visitado, ciertamente bajo todos los respectos, la parte más interesante de Sud América, si no del hemisferio occidental.

FIN

LIBRARY
MAR
6
1979
UNIVERSITY
OF TORONTO


BIBLIOTECA DE LA NACION

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

01-858-019

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 06 10 004 4